De héroe a villano:
Los treinta años de lucha contra la banda armada del comisario Enrique Pamies,«Lleida», que trabajó a las órdenes del PSOE y del PP

# CÓMO LUCHÉ CONTRA ETA

## DE LOS AÑOS DE PLOMO AL CASO FAISÁN

PABLO MUÑOZ
ANTONIO SALA

ALMUZARA

Pablo Muñoz y Antonio Sala

# Cómo luché contra ETA

*De los años de plomo al caso Faisán*

© 2021 Pablo Muñoz y Antonio Sala

© Editorial Almuzara, S.L., 2021

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del ©»

Colección Sociedad actual

Editorial Almuzara

Director editorial: Antonio Cuesta

Editora: Ángeles López

Maquetación: Fernando de Miguel

Ebook: R. Joaquín Jiménez R.

www.editorialalmuzara.com

pedidos@almuzaralibros.com — info@almuzaralibros.com

ISBN: 978-84-18709-34-0

Hecho en España — *Made in Spain.*

*A Camino, mujer, madre, hija y compañera maravillosa;*
*a nuestras hijas, Ana, Blanca y Camino, el «ABC» y motor de*
*mi vida, a las que tantas horas de presencia he hurtado por*
*mi trabajo; a mis padres, que hoy hubieran sido felices;*
*a Mari Carmen y al resto de mi familia, en especial*
*a vosotros, Isabel y Álvaro.*

Pablo Muñoz

*A todas las mujeres de mi vida: mis hijas María y Arancha;*
*mis nietas, Tanchi y Lucía y sobre todo a mi madre, Carmen,*
*la que viuda desde mis 13 meses de vida supo cuidarme y trasladar*
*los valores que hoy tengo, presente en mí todos los días.*
*A mi mulatito lindo, Toni. Y a Use, la luz que ilumina mi camino.*

Antonio Sala

*Y por supuesto, a todos los servidores del Estado que,*
*como Enrique Pamies, dedicaron su vida a luchar contra ETA*
*sin más recompensa que el deber cumplido, y a las víctimas*
*del terrorismo, para que su memoria siga viva en estos tiempos*
*tan dados al olvido.*

# PRÓLOGO

«Para esos que me tildan de traidor o siervo de un partido político, solo recordarles que desde el año 2000 no he recibido ninguna condecoración, y entonces ya llevaba dieciocho años en la lucha antiterrorista. Me han acusado de ser un hombre de Alfredo Pérez Rubalcaba. Pues sí, lo he sido y a mucha honra. Como también ha sido una honra para mi ser un hombre de Antonio Camacho, de José Antonio Alonso, de Ángel Acebes, de Mariano Rajoy, de Jaime Mayor Oreja, de Jorge Fernández Díaz, de Juan Alberto Belloch, de Antonio Asunción, de José Luis Corcuera o de José Barrionuevo… Ahora estoy jubilado muy a mi pesar, aunque aún me siento y pienso como policía… Han pasado muchas cosas en mi vida y en estos años que llevo fuera de servicio he tenido mucho tiempo para pensar. Y siempre llego a la misma conclusión:
una y mil veces volvería a hacer lo mismo».

Quien así habla es el comisario Enrique Pamies, conocido policialmente como «Lleida», y este libro que tiene en sus manos es el relato de su trayectoria, contada a partir del testimonio del protagonista. No se trata, por tanto, de la historia de la lucha contra ETA, sino de la de alguien que ha dedicado toda su vida profesional a combatirla, con riesgo para su vida muchas veces. Este hombre, ahora vejado y abandonado a su suerte, ha vivido en primera línea más de 30 años de esta guerra no declarada en la que fueron asesinados más de 800 inocentes.

A lo largo de su carrera Lleida ha tenido acceso a información muy sensible. Que ahora decida romper su silencio tiene un enorme valor, ya que por primera vez se conocerán episodios hasta ahora inéditos para la opinión pública. El único límite, como es natural, es no revelar informaciones que puedan poner en peligro a terceros ni que comprometan la seguridad del Estado. Al margen de ello, pocas veces un profesional de esta trayectoria ha contado con tanta sinceridad su experiencia.

Por sí sola esta sería una razón más que suficiente para escribir este libro. Pero hay otras. La primera, que ya está jubilado, lo que elimina el riesgo de que sea acusado de utilizar estos folios como una forma de promoción personal; la segunda, de la que muy pocos pueden presumir, es que ha luchado contra la banda siempre en vanguardia, sin salir del País Vasco, donde los asesinatos eran diarios y la solidaridad de la población, al menos al principio, muy limitada, por no decir inexistente; la tercera, que logró lo que muy pocos

consiguieron, tener un confidente durante años —llamémosle Sandokán— en los aledaños de la dirección de ETA; y la cuarta y última, que ha demostrado con su actuación a lo largo de todo el caso Faisán, conocido popularmente como el del «chivatazo», que es un servidor del Estado, leal a sus superiores y subordinados hasta sus últimas consecuencias, aunque eso le haya costado una condena por revelación de secretos y también su carrera. Pamies fue acusado, junto a su compañero el inspector jefe José María Ballesteros, de poner sobre aviso de que iban a ser detenidos a miembros del aparato de extorsión de la banda, y aunque solo se les condenó por dicha revelación, tuvieron que afrontar también el cargo de colaboración con organización terrorista.

Nunca, y tenía información suficiente para haberlo hecho, ha presionado a los mismos políticos que luego le dieron la espalda de forma vergonzante cuando las cosas se pusieron complicadas; nunca ha contado algo que pusiera en peligro la seguridad nacional, ni implicado a nadie… Ha asumido con honor las consecuencias de ese proceso judicial, mientras veía con tristeza cómo «compañeros» suyos, que lucen orgullosos en sus pecheras medallas pensionadas que solo a él le correspondían, le dejaban de lado. Simplemente, se ha mantenido en su sitio, con el orgullo legítimo del trabajo bien hecho y con la esperanza, ya frustrada, de que le hubiesen dejado seguir siendo lo que siempre quiso ser: policía.

Puede contar que ha trasladado en un coche explosivos y armas porque era la única forma de que su confidente y él pudieran hablar al tener que cumplir el miembro de la organización un encargo en un determinado periodo de tiempo, muy limitado; que ha sacado armas de zulos; que ha estado en algún piso franco de ETA viendo el material que su colaborador tenía; que ha recorrido los puntos de cita de los integrantes de la banda que él le marcaba para luego poder trabajar sobre ellos; que ha comido o cenado en bares que frecuentaban etarras sin saber cuándo podían llegar los asesinos… Se considera un privilegiado dentro de su profesión por haber podido vivir esos momentos.

La gran pregunta que se hará usted, amable lector, es por qué Pamies se ha decidido ahora a contar su historia. No podemos dar una explicación muy exacta a ese interrogante, pero quizá haya una palabra clave: confianza. Hace años, en una de las largas sobremesas de las muchas comidas que hemos mantenido tras su salida del País Vasco, comentamos que su vida daba para escribir un libro. Entonces nos reveló que en su día un empresario mexicano, multimillonario, le había puesto encima de la mesa un cheque en blanco para que lo

hiciera. Sin embargo, lo descartó porque la organización terrorista seguía activa y había muchas cosas que no era conveniente que se conocieran en aquel momento. Con el tiempo y sin ningún cheque de por medio ha accedido a hacerlo con nosotros, con una generosidad que nunca terminaremos de agradecer.

Su primera reacción al conocer nuestra propuesta fue la de preguntar si de verdad pensábamos que le podía interesar a alguien este relato. No era por falsa modestia, sino porque pensaba —y probablemente en parte aún lo haga a día de hoy—, que pasados ya bastantes años desde la derrota de ETA estas cosas habían perdido actualidad. Todavía pasaron varias comidas más hasta que se decidió a dar el paso, aunque lo cierto es que nosotros tampoco presionamos. Sabíamos, por otra parte, que sería inútil; si no lo tenía claro no colaboraría. También hablamos con alguno de sus íntimos amigos para que nos dieran su opinión sobre el proyecto. La respuesta que recibimos no podía ser más alentadora: «Por favor, hacerlo. La gente tiene que saber quién es de verdad Enrique Pamies. Yo también os intentaré ayudar para convencerlo».

En nuestro caso, el interés por hacer el libro ha sido, simplemente, el de que se sepa quién es este hombre, más allá de los estereotipos inevitables que surgen de las informaciones periodísticas, más o menos exactas, más o menos trabajadas, pero siempre, por su propia naturaleza, incompletas. Por supuesto no es un ajuste de cuentas con los compañeros, a los que respetamos al máximo y en algunos casos hasta queremos en lo personal. Pero pensábamos que quedaba mucho por contar sobre Pamies y su etapa profesional, y por qué no, ahora, con las aguas calmadas, podía ser un buen momento.

Aunque siempre hemos mantenido un contacto fluido —por decenas se cuentan las comidas mantenidas, todas con sus correspondientes risas, para las que ha sido necesario recorrer miles de kilómetros, con Pablo Muñoz al volante y con Sala de «copiloto dormilón»— hubo etapas en las que parecía que el proyecto se estancaba; de hecho, ha tardado mucho más de lo previsto en salir a la luz por distintos retrasos. La culpa es solo de los autores, que nunca han podido dedicarse de forma exclusiva a escribir este libro, lo que han tenido que compatibilizar con sus obligaciones profesionales habituales. Por parte de Lleida, en cambio, lo único que ha habido es la máxima colaboración, con una disciplina, un rigor y al mismo tiempo una calidez humana extraordinaria. Revelaremos una anécdota: en uno de las decenas de documentos que nos hemos intercambiado durante este tiempo le hacíamos la broma de que no era necesario responder a las cuestiones que le planteábamos tan deprisa. Nunca olvidaremos la

respuesta: «Soy así. Siempre. Si pedía algo, tenía que ser para ayer. Vicios que uno pilla».

Las circunstancias han cambiado mucho desde el primer ofrecimiento que le hicieron a Pamies de escribir su historia: ETA ha sido derrotada policialmente sin que el Estado haya cedido ni a una sola de sus pretensiones, aunque haya a algunos que les cueste reconocerlo; la mayor parte de los episodios vividos están ya «prescritos», por decirlo de forma coloquial, y por supuesto no se contará nada que perjudique a la lucha antiterrorista o a las personas que han colaborado con ella —mucho menos que beneficie a algún etarra—, aun a costa de perder material muy valioso que serviría para explicar algunas claves de nuestra historia reciente.

El lector puede estar seguro de que todo lo que aquí se cuenta es real —solo se cambiarán fechas, nombres y lugares en algún caso muy concreto por las razones ya explicadas—, aunque por supuesto somos conscientes de que otros protagonistas de estos episodios los habrán percibido de un modo distinto. Por esta razón, y porque legítimamente pueden preferir no aparecer en el libro, salvo alguna excepción no se van a dar los nombres de los compañeros del comisario; solo se citarán sus apodos, cuando los tengan, y en su defecto los cargos o categoría profesional de cada uno de ellos. Esa omisión en ningún caso puede entenderse como falta de reconocimiento a su trabajo, sino como una forma de preservar su anonimato al no tener autorización expresa para utilizar sus identidades.

Al margen de los que saldrán en estas páginas ahí van los apodos de algunos de estos héroes anónimos, siquiera como mínimo reconocimiento a su trabajo. De la Brigada de Información de San Sebastián son inolvidables policías como Peru, Goyo, Nerón, Cornelio, Doval, Ribera, Eco, Plinio, Nieto, Juanjo, Balbino, Julio, Curro, Mase, Barbe, Moreno, Jon, Abel, Borre, Petete, Toldo, Josu, Txutxi, Marci, Carlos, Nina, Lux, Txemi, Samy, Majose, Zigor, Bronco, Truman, Susana, Alicia, Puri, Petri, Gildo, Fran, Igor, Koro…

Del Grupo III que mandó Lleida merecen especial recuerdo Floyd, Charly, Ceci, Grajo, UImán, Arucas, Sony, Niña, Nano, Lois, Eva, Txiki, Jotaerre, Pin, Kike, Koldo, Magic, Lucky, Josu, Chino, Joxan y Marti, a los que luego se unieron Richard, Corco, Merche, May, Boris, Rocío, Alberto, Juancho, Gemma, Muro, Brother, Tino, Pelos, Kiski… Todos ellos, y algunos que seguro no aparecen porque es imposible recordar a la totalidad de los que pasaron por ese grupo, eran policías con mayúsculas, auténticos investigadores fuera cual fuese su graduación: inspectores, subinspectores, oficiales o policías.

También hay policías de la Comisaría General de Información con servicios muy relevantes y que alcanzaron luego altos cargos en el Cuerpo como Mugas, Cernuda, Santa, Fiti, Nino, Baldo, Mariscal, Manolito, Calvo 1, Susín, Burdi, Carmen, Martín…

Todos ellos y más que se quedan en el tintero —pedimos perdón sincero por ello— trabajaron muy por encima de lo que se les podía exigir, se dejaron la piel para acabar con la banda terrorista sacrificando su vida familiar, con una abnegación absoluta y una lealtad inquebrantable con nuestro país que conviene poner en valor en tiempos como estos. Nunca se les podrá agradecer lo suficiente su esfuerzo.

Finalmente, antes de que se adentre en el relato, creemos que debemos hacerle algunas aclaraciones más, necesarias para evitar interpretaciones malintencionadas. Los autores del libro que tiene en sus manos respetamos las sentencias tanto de la Audiencia Nacional como del Tribunal Supremo, pero legítimamente consideramos injusta la condena a año y medio de cárcel por revelación de secretos en el marco del caso Faisán a Enrique Pamies y, por ende, a su compañero José María Ballesteros. Es una opinión subjetiva, con el mismo valor que puede tener cualquier otra, pero es la nuestra. En esta obra hay algunos capítulos específicos, y muy detallados, de todo lo relacionado con el también llamado «chivatazo», según la versión de Lleida. Es su verdad y la mantiene aún hoy, cuando su situación es irreversible, de modo que deben ser cada uno de ustedes quienes la valoren. También incluyen estas páginas los hechos probados de la sentencia para que usted disponga de toda la información.

Hay un segundo elemento que ni queremos ni debemos ocultar, y que ya habrá apreciado por los párrafos anteriores: nuestra relación personal con el comisario Pamies. En el caso de Antonio Sala, inspector de Policía en segunda actividad y con experiencia en la lucha contra ETA, arranca en San Sebastián, durante los años de plomo de la banda, y ha continuado a lo largo de todo este tiempo; en el de Pablo Muñoz, como periodista de *ABC*, ese contacto es mucho más reciente, exactamente desde la salida de Lleida del País Vasco y su llegada a Huesca como máximo responsable provincial de esa comisaría. Es decir; el protagonista de este libro nunca ha sido para él una fuente de información, sino una persona que, por lo que había vivido, merecía la pena conocer. No hay, por tanto, favores que pagar en uno u otro sentido, aunque mentiríamos si no admitiéramos que el trato ha desembocado en amistad.

No aspiramos, como ya se ha dicho, a escribir la historia de la lucha

contra ETA; no repartimos carnés de héroes ni de villanos; no decimos que Enrique Pamies ha derrotado a la banda, ni siquiera que sin su trabajo eso jamás se hubiera conseguido… Lo que garantizamos es que lo que aquí se cuenta ocurrió, o al menos así lo vivió el protagonista de la obra, y que se trata de un material inédito, que levantará ronchas en la piel de los biempensantes, pero necesario para conocer mejor la lucha contra el terrorismo etarra que ha padecido España. Creemos que junto con otros muchos libros que se han escrito —algunos de ellos extraordinarios— o se puedan escribir a partir de ahora, puede servir para que los españoles tengan un conocimiento más profundo de lo que ocurrió en esos años terribles en los que pensar o ser de forma diferente a lo que marcaba una banda mafiosa podía costar la vida.

Por todas esas víctimas, por sus familias y para contribuir a que se reconozca el trabajo de las Fuerzas de Seguridad y de tantos héroes de esta guerra ya vencida ha merecido la pena escribir este libro. Ojalá lo disfruten tanto al leerlo como nosotros al hacerlo. Suyo es el veredicto.

# CAPÍTULO 1

## EL CASO FAISÁN

«Que la gente piense lo que quiera; nadie me va a sacar de lo que dije en el juicio. Han intentado que mezclara a otros con los hechos, y un sector del PP quería utilizar mis palabras para sacar votos. Eso no se hace en un país decente, aunque también debo decir que no fue todo el PP, porque en ese partido también hay gente que se viste como lo hacen los hombres. Y luego están algunos malos periodistas, que en mi opinión buscaban su lucimiento y han emponzoñado las cosas…
Hablar me han pedido muchas veces jueces y fiscales a cambio de una salida airosa para mí; si tuviera que hablar lo haría también de lo que ha ocurrido en España en la lucha contra ETA, sin ir más lejos en los ocho años del Gobierno de José María Aznar, con eso que llaman chivatazos incluidos, para que algunos de los que ahora se permiten el lujo de juzgar supieran de una vez qué cosas hemos hecho y por qué había que hacerlas».

Un ejemplo.

«En 2012 y 2013 el presidente del Gobierno, Mariano Rajoy, y su ministro del Interior, tuvieron conocimiento de la presencia de tres dirigentes etarras en Noruega. No eran tres jefes cualquiera; se trataba, nada menos, que de José Antonio Urruticoechea Bengoechea, Josu Ternera; David Pla e Iratxe Sorzabal, que en octubre de 2011 había leído
el comunicado en el que la banda anunciaba el "cese definitivo de la violencia", la confesión de su derrota. Pues bien, no hicieron lo más mínimo por detenerlos. Nunca activaron las órdenes internacionales de detención contra ellos».

El episodio lo cuenta el comisario porque antes lo había desvelado Rogelio Alonso en su libro *La derrota del vencedor*, publicado por Alianza Editorial. El autor afirma varias veces, una de ellas en las páginas 298 y 299, que esos etarras estuvieron allí y que el CNI los tuvo controlados todo el tiempo. «Sé que es verdad. No solo eso; hubo otro servicio de las Fuerzas de Seguridad del Estado en el que se siguió a un enlace de esos dirigentes etarras hasta un aeropuerto de París, donde iba a enlazar con un vuelo a Noruega. Desde París se puede volar a Oslo, Bergen, Stavanger, Trondheim o Vigra, todas ellas ciudades noruegas. Pues bien, se les dio orden de dejarlo volar y regresar a España».

«Sé que Rajoy y su ministro dijeron *a posteriori* que nada, absolutamente nada tenían que ver con esos etarras en Noruega, una vez que el gobierno de aquel país decidió expulsarlos de su territorio. Creo que el CNI y algún cuerpo policial no opinan lo mismo, pero callaron y obedecieron, como era su obligación para no causar más problemas de los que se podían resolver».

Enrique Pamies ha tenido mucho tiempo en los últimos años para pensar. Para él ha sido muy difícil asimilar que cuando estaba en la plenitud de su carrera profesional, con una hoja de servicios intachable y un bagaje de éxitos detrás como muy pocos de sus compañeros, tuviera que jubilarse casi de tapadillo, como si debiera pedir perdón por haber hecho bien su trabajo. La razón última de que eso haya ocurrido es, simplemente, que siente y actúa como un leal servidor del Estado. Un día juró que así sería siempre, y hoy, a pesar de las cicatrices, se mantiene igual de firme. Con el caso Faisán, hay que insistir en ello, ha tenido muchas oportunidades de salvarse, aunque era a costa de condenar a otros. La última, con el juicio y la sentencia del Supremo ya dictada y él en trámites para poder jubilarse y que no hubiese lugar a que se ejecutara la sentencia. Para entonces, además, el Gobierno del PP ya había denegado el indulto… «Quizá si hubiera sido un caso de torturas lo hubieran concedido… Y por supuesto esto no es ninguna crítica hacia los compañeros que se beneficiaron de esta medida de gracia, porque considero que fue una decisión justa. Solo hago constar la diferencia».

«La lucha antiterrorista [reflexiona] es andar descalzo por un filo que corta. En un lado está la legalidad, y en el otro la ilegalidad. Para poder avanzar unas veces hay que apoyar el pie en uno de los lados, y otras en el otro… Es mentira que solo con el Estado de derecho se acaba con el terrorismo; ni un solo país lo ha conseguido así, y nadie duda de que se trata de democracias avanzadas… Quien diga lo contrario falta a la verdad o no sabe de lo que habla. Estados Unidos es un claro ejemplo: no solo ha matado terroristas para defender a sus ciudadanos, sino que además condecora y felicita a quien acaba con ellos, incluso físicamente. Pero también es verdad que en esos otros países esta materia ha estado siempre a salvo de la lucha partidista y en el nuestro se ha utilizado para conseguir votos demasiadas veces».

Lleida habla con pausa, mastica las palabras porque es la primera vez que pone voz a sus pensamientos sobre el caso Faisán y quiere ser muy preciso. Da la sensación de que esa argumentación que ahora hace pública la ha pensado una y mil veces durante los últimos tiempos, probablemente en los frecuentes paseos que se da con su perrita por Zaragoza, su ciudad de acogida. No deja traslucir odio;

más bien tristeza y dolor porque tiene plenamente asumido que en ningún caso se merece un trato como el recibido, ni una condena que le ha apartado de su pasión: servir a España como policía.

En la lucha contra ETA, tal como reconoce abiertamente Enrique Pamies y también otros muchos mandos policiales de forma reservada, se han hecho muchas operaciones sobre las que no se puede contar la verdad de lo sucedido, ni siquiera ahora que ha pasado ya algún tiempo de la derrota del terrorismo. Los policías y guardias civiles que las han hecho no solo hicieron lo que debían, sino que además cumplieron con su obligación de estar callados. «Así ha sido siempre y así debe seguir siendo, cueste lo que cueste en términos personales», insiste Lleida, para quien la palabra clave es lealtad: lealtad con tus jefes, con tus compañeros, con tus subordinados y con tu país…

Sin tener que hacer ni una sola pregunta, Pamies continúa, siempre mirando fijamente a los interlocutores para transmitir la importancia que quiere dar a sus palabras:

«Una vez un terrorista de ETA PM me dijo que nosotros, por el Gobierno, negociábamos muy mal con la organización. “No tienen que dar tantas explicaciones”, me decía; “lo que la gente quiere es que le den el plato ya cocinado, no saber lo que pasa en la cocina…”. Creo firmemente que tenía razón, que hacer públicos los detalles de ese tipo de procesos perjudica a todos y solo sirve para que algunos políticos intenten sacar tajada, porque además no entienden que pueden poner en peligro, en última instancia, vidas humanas».

«Algo así ha sucedido con el caso Faisán; la gente con sentido de Estado ha estado callada, pero ese sector del PP, supongo que por órdenes de la cúpula del partido, decidió ir a por mí con la colaboración de un supuesto compañero. Fue una época nefasta; me ha acusado de colaborar con ETA gente que precisamente no parece que esté muy limpia, porque algunos han aparecido en los papeles de Bárcenas por haber cobrado dinero… En mi época, si hubiésemos encontrado a la banda un documento de ese tipo hubiéramos mandado a prisión a todos los que aparecieran en él. De los que más caña me dieron, como Ignacio Gil Lázaro, Enrique Martínez Pujalte o Esteban González Pons, ¿alguno sabe una palabra de lo que fue ETA? Me gustaría hablar con ellos para explicárselo, para que entendieran que en esa lucha tuvimos que hacer muchas cosas, unas publicables y otras no… Asimismo, estaba por allí Jaime Ignacio del Burgo, que en principio se supone que debía tener algún conocimiento más por haber nacido en Navarra, y que a pesar de ello una de las veces no tuvo reparos en proclamar que había una conexión entre los etarras y

los yihadistas… ¿Se puede decir un disparate mayor?».

Se refiere Pamies al asunto de los misiles SAM, que se utilizaron en Afganistán y que ETA compró al IRA para matar al entonces presidente del Gobierno, José María Aznar. Querían derribar su avión con uno de esos proyectiles cuando fuera a aterrizar en San Sebastián… Lo cierto es que esas armas nunca habrían llegado a funcionar, porque ya se había encargado la organización terrorista irlandesa de inutilizarlas antes de la venta.

En realidad, esos misiles tierra-aire los tenía el IRA para matar a la reina Isabel II, pero mientras preparaban el atentado se llegó a unos acuerdos para comenzar unas negociaciones con el Gobierno británico. Los jefes de la organización temían que algunos de sus miembros más radicales se hicieran con ellos y perpetraran algún disparate, lo que hubiese provocado que las conversaciones se fueran de inmediato al garete. La solución encontrada por los terroristas irlandeses fue manipular el sistema de disparo, lo que inutilizaba el arma, con la ventaja de que era algo que los compradores no podían detectar hasta el momento en que fuera utilizada.

Los «chicos» de ETA supieron que el IRA quería vender ese armamento, y cuando los nuestros se interesaron por él los terroristas irlandeses vieron una oportunidad perfecta para desprenderse de ese material, sabiendo además que no iba a poder ser utilizado jamás. Por ese «chollo» los etarras pagaron una importante suma de dinero.

«El IRA sabía que no podía vender parte de su arsenal a otro grupo terrorista, porque las consecuencias hubiesen sido nefastas para la organización. Eso sí, aprovecharon para hacer caja con esos despojos de misiles, y supongo que también para reírse un poco de nuestros *gudaris*».

ETA siempre estaba pendiente de los mercados negros de venta de armas, e incluso compró una partida de pistolas y munición a la mafia italiana, que también engañó a los etarras. Los terroristas se gastaron un dineral por una remesa de armas anticuadas, oxidadas y fuera de uso. Por supuesto, no reclamó, porque Cosa Nostra, que se sepa, no tiene ventanilla para este tipo de cuestiones… Les timaron y quedaron, otra vez, como pardillos.

Tras la digresión, Lleida vuelve al núcleo de sus reflexiones:

«Me hacen gracia los “etólogos” de salón, que dan lecciones de terrorismo con una solvencia sorprendente. Yo he estado treinta años

en la lucha contra ETA, y sobre cuestiones teóricas profundas considero que no tengo ni idea. Yo estaba solo para combatirlos; localizaba al objetivo y lo destruía, bien enviándolo a la cárcel, o a tiros si es que se producía algún enfrentamiento con nosotros».

Y finalmente confiesa que muchas veces le viene a la cabeza el alegato final que hace el coronel Nathan Jessup, jefe del destacamento de Marines en Bahía de Guantánamo (Cuba) —fue interpretado de forma magistral por Jack Nicholson—, en el juicio que se celebra en el tramo final de la película *Algunos hombres buenos*:

«Yo tengo una responsabilidad mucho mayor de la que puedas imaginar (…). Disfrutas de la manta de la libertad que yo te proporciono y me cuestionas cómo te la proporciono. Eres afortunado de no saber lo que yo sé. (…). Y mi existencia, aunque grotesca e incomprensible para ti, salva vidas. Tú no quieres saber la verdad, no quieres profundizar ni hablar sobre ello en tus bonitas fiestas. Tú solo necesitas a gente como yo guardando los muros».

El confidente, Sandokán —obviamente ese no es su alias real—, no solo se volcó con el comisario a lo largo de la instrucción del caso Faisán, sino que también viajó a Madrid a declarar en el juicio. Lleida se resistía a ello por los evidentes peligros que corría su amigo de ser descubierto o reconocido por sus excorreligionarios, cuando no por periodistas que hubiesen vivido la circunstancia como un enorme éxito profesional, sin importarles que esa «exclusiva» pudiera costar una vida. Pero al final, como última salida, recurrió a él. Por supuesto, corroboró la línea de defensa de Pamies y solo se lamenta de que aquello no sirviera de nada: «Lo hubiese hecho una y mil veces, y sé que él también se habría expuesto lo que fuese necesario para sacarme de un apuro», relata Sandokán.

Su amistad alcanza unas cotas que solo pueden entender personas como ellos, que han puesto muchas veces su vida en manos del otro: «En su día, cuando empezamos este proyecto, fuimos unos visionarios, nos convencimos de que aquello era lo que teníamos que hacer para acabar con la pesadilla… España no es consciente del daño que ha hecho a una persona extraordinaria», dice el confidente con la sonrisa amarga del que sabe cómo de mal lo ha pasado su compañero.

Los trabajos de preparación de este libro han sido una de las últimas veces en la que ambos han coincidido físicamente, aunque uno y otro hablan con frecuencia.

«El primer flotador que tuvo mi hija me lo regaló él», recuerda

Pamies; «la familia de Enrique es mi familia [responde Sandokán], y si hoy estoy aquí sentado con vosotros es solo porque él me lo ha pedido. Sois los únicos que me habéis visto, sabéis cómo soy y hasta mi nombre de pila… Ahora mi vida también está en vuestras manos… Sé que no me vais a traicionar porque Enrique me ha dicho que sois de absoluta confianza. Por eso estoy tranquilo».

Sin duda, este fue el momento más delicado de todos estos años, y quizá de nuestra carrera profesional. Nunca imaginamos que un día íbamos a tener una reunión con alguien que había pertenecido a ETA, aunque luego colaborara como el que más en acabar con ella. Son citas que marcan y a las que no se puede acudir con ideas preconcebidas. Cada cual que haga su valoración, pero para nosotros ese largo encuentro nos sirvió no solo para escribir este libro, sino también para poder entender muchas claves. Además, fue una experiencia personal extraordinaria. Lo volveríamos a repetir. De hecho, lo haremos (o quizá ya lo hayamos hecho cuando lea estas líneas). Y por supuesto, y ante todo, respetaremos el pacto.

PRIMERA PARTE

# NOSOTROS SOLOS
(1982-1995)

*Digo nosotros solos porque en aquellos años es como realmente nos sentíamos los policías en el País Vasco. Y más que sentirnos, es que estábamos solos. Ni los políticos, ni la sociedad, ni prácticamente ninguna prensa, salvo para hablar de atentados, estuvieron a nuestro lado. Tuvimos que buscarnos la vida y creo que lo hicimos bastante bien. Fueron años de aprendizaje y también de un compañerismo increíble. Entonces, cuando llegabas a tu primer destino solo había que aprender de los veteranos. Lo que habíamos estudiado en la Escuela de Policía, bien, pero la realidad, sobre todo allí, era muy distinta. No estaría de más que los nuevos inspectores que salen de Ávila hoy en día asumiesen este principio. Tienen una categoría, sí; pero de ahí a considerarse jefes de algo hay un mundo. Me permito darles un consejo. Tenéis subordinados, pero nunca jamás les consideréis inferiores. El que para vosotros sea el más simple puede sorprenderos cualquier día y enseñaros algo.*
*Y jamás ordenéis algo que vosotros no hayáis hecho o estéis dispuestos a hacer. El respeto de vuestros subordinados, por no hablar de su lealtad, os lo tenéis que ganar cada día…*

CAPÍTULO 2

BAÑO DE REALIDAD…
Y DE SANGRE

El 27 de marzo de 1983, sábado, el inspector de tercera Enrique Pamies, con apenas 22 años y con apenas tres meses destinado en el País Vasco, estaba de servicio en un K (coche camuflado) del turno de noche en San Sebastián. Como casi todos los días en la Sala del 091 se había recibido un aviso de bomba y junto con dos compañeros se dirigió al lugar de la llamada, el comercio Portobello de la calle Manterola. Ellos eran la primera línea, los que tenían la misión de responder primero a la incidencia para comprobar que aquello no era una emboscada, como tantas veces había sucedido.

Los policías tenían mucha vinculación con los tedax, porque como ellos iban por delante veían antes el paquete en cuestión. La verdad es que, con la costumbre, en muy poco tiempo eran capaces de detectar si aquello era un artefacto explosivo o no. Se podían equivocar, claro, pero para eso estaban los especialistas, que llegaban después, y que eran los que confirmaban o no la primera impresión de los inspectores. Pero lo relevante es que esa relación hacía que conocieran a sus compañeros, lo mismo que a los policías nacionales que iban en los coches patrulla y a los bomberos.

«Aquella noche, que recuerdo coincidía con el cambio a horario de verano, recibimos el aviso de la calle Manterola y mi compañero Jorge y yo nos acercamos. Vimos que en efecto había una bolsa negra, y ya por su aspecto nos miramos y dijimos: “Joder, esta es buena…”. Activamos el dispositivo correspondiente y los tedax llegaron poco después, mientras que los zetas cortaron la calle, que no era muy larga, por ambos extremos».

«Los especialistas que acudieron al lugar de los hechos eran Aniano Sutil Pelayo y el cabo Juan Manuel Martínez Aguiriano. La tensión, no por repetida, era menor. Ya antes se habían producido bajas en situaciones similares y por la mente de los agentes siempre pasaban todo tipo de cosas».

«Mi compañero Jorge y yo hablamos unos segundos con ellos y los dos especialistas en explosivos que iban a actuar se acercaron a la bolsa negra. Miraron aquello, volvieron hacia nosotros y nos dijeron que en efecto era una bomba. Añadieron que le iban a meter un cebo para evitar mayores problemas, salvo los daños materiales en la zona que

ocasionara la deflagración. Se produjo entonces una anécdota que jamás olvidaré. Uno de los tedax, Aniano, nos pidió un cigarro y yo le ofrecí tabaco rubio, que era lo que fumaba. Como él prefería negro, acabó dándoselo uno de los policías nacionales de uniforme. Cogió el paquete y el agente que se lo había dado, para intentar rebajar la tensión del momento, le dijo en broma: "Devuélvemelo, no sea que no vuelvas". La verdad es que todos nos reímos».

Segundos después se vivió una escena que Pamies —hay que insistir que con 22 años recién cumplidos—, tiene grabada a fuego:

«Pasaron unos minutos y vimos cómo el compañero de Aniano le enfocaba con la linterna, y que él tenía las manos metidas en la bolsa… Alguien comentó que por qué cojones tardaban tanto, si la maniobra de poner un cebo era relativamente sencilla… En ese momento me di la vuelta. Lo primero que vi fue una luz verde muy potente, enorme… E inmediatamente después oímos el sonido brutal de la explosión».

«¡Les ha pillado, les ha pillado!, gritó alguien… Unos echaron a correr y yo fui a por el coche para acercarlo para evacuar a los compañeros. Uno de los zetas que estaba más cerca se me había adelantado… Bajé, y aquello era terrorífico. En ese momento no reparas en casi nada, pero luego te das cuenta de que has pisado los restos de tu compañero mezclados con los cristales de las ventanas de las casas, porque aquella era una calle muy estrecha y los destrozos en las viviendas eran importantes».

El tedax que tenía la linterna estaba metido entre dos coches, empotrado, con la parte inferior de una de las piernas destrozada hasta la rodilla, como si literalmente la hubiera metido en una picadora de carne… Y además un cristal se le había clavado en la nariz y le había abierto la cara. Entre los policías se preguntaban dónde estaba Aniano, hasta que se dieron cuenta de que la deflagración lo había lanzado a varios metros de distancia. El cadáver tenía unas mutilaciones horribles… Meses después, unos señores que estaban de vacaciones volvieron a su piso de la calle Manterola, en una cuarta planta, y encontraron uno de los brazos del agente.

«Recordarlo, aún a día de hoy, me pone malo… Sé que Jorge me tuvo que coger y meterme en el coche… No sé si me puse a llorar… Al rato llegó el gobernador civil de la época, Julen Elgorriaga, que llevaba poco en el cargo. Preguntó dónde estaba el cadáver y un comandante de la Policía Nacional le contestó que era mejor que no lo viera. Pero Jorge intervino de inmediato para decir que al contrario, que lo tenía

que ver para que supiera bien qué cosas estaban pasando. Levantaron la sábana y vi el gesto de su cara y el paso atrás que dio».

Julen Elgorriaga fue el primer gobernador civil de Guipúzcoa nombrado por el gobierno socialista de Felipe González y acabó en prisión por su vinculación con el GAL. En el comunicado en el que reivindicaba la salvajada, fechado dos días después de haberla cometido, ETA justificaba lo sucedido por «la división territorial y las agresiones hacia nuestra lengua y cultura nacionales» y el «régimen de ocupación militar que sufrimos».

Los terroristas habían utilizado un dispositivo trampa, porque su verdadero objetivo era asesinar a los tedax. El motivo por el que los artificieros optaron por intentar desactivar la bomba y no hacerla estallar a distancia fue que se trataba de un explosivo muy potente, que dado lo estrecha que era la calle iba a provocar grandes daños en casas y establecimientos de la zona. El entonces delegado del Gobierno, Ramón Jáuregui, líder socialista vasco de muy larga trayectoria, dijo tras los atentados que todos los vecinos debían saber que Aniano Sutil y Juan Manuel Martínez arriesgaron sus vidas «para que los ciudadanos y sus bienes no se viesen afectados por la bomba. Pudieron hacerla estallar a distancia, pero no lo hicieron y perdieron ellos». Aniano tenía 26 años y era natural de La Hiniesta (Zamora). Estaba casado y dejó huérfana a Tania, una niña de 3, que hasta cumplir los 8 no supo qué le había pasado a su padre.

«Son muchos los que dicen que han visto morir a gente en atentados terroristas, cuando lo que ha visto son muertos, aunque sea un compañero. Por desgracia yo sí lo he visto y eso no se olvida». Por supuesto que no, y el recuerdo lo marcó hasta tal punto que cuando relata esta pesadilla Enrique Pamies vuelve a emocionarse. Quizá ese «bautismo de fuego» tan brutal fuera el primer hito que le decidió a permanecer en el País Vasco hasta ver derrotados a los asesinos de sus compañeros.

Pero hay una segunda parte de la historia. Al etarra que puso aquella bomba, Antxon Tolosa, el destino le tenía reservado la misma suerte que a sus víctimas: «El 13 de julio de ese mismo año iba a colocar otro artefacto en una pequeña patrullera de la Armada en La Concha que ya había sufrido muchos ataques anteriores, para volverla a hundir. Vestía traje de neopreno, para protegerse del frío, pero algo debió hacer mal o el artefacto tenía algún fallo, porque lo cierto es que le estalló en las manos. Quedó de él prácticamente lo mismo que de mi compañero, y el resto de su cuerpo quedó esparcido por el paseo Nuevo de San Sebastián». Los numerosos gatos que vivían en esa zona

se dieron un auténtico festín y la verdad es que ninguno de los compañeros de Aniano y Martínez sufrió lo más mínimo por ello. Al fin y al cabo, había muerto matando.

La noticia, por decirlo de forma suave, sirvió para aumentar la moral de las Fuerzas de Seguridad en aquellas semanas de principios de los ochenta en las que día sí, y día también, los muertos siempre los ponían los mismos: la Policía, la Guardia Civil y el Ejército, en medio además de una soledad terrible y angustiosa. Se había hecho eso que algunos llaman justicia histórica y aquel indeseable, Antxon Tolosa, que había estado sembrando de bombas el País Vasco durante una buena temporada, pasó a mejor vida. Eso sí, durante muchos años los proetarras lo homenajearon en el lugar donde había estallado la bomba, mientras que la familia de Aniano Sutil, como las de tantos otros asesinados por los pistoleros etarras, veía pasar el tiempo sin que hubiera un mínimo reconocimiento a su actuación heroica, que además le había costado la vida. Eran los tiempos de una perversión moral casi sin límite en esa comunidad autónoma, donde los servidores del Estado eran enterrados en la clandestinidad y los verdugos tenían el reconocimiento popular.

La vida diaria era de una dureza extrema, pero también había lugar para anécdotas que, vistas con los ojos de hoy, resultaban hilarantes. En mayo de 1983 se celebraban elecciones municipales y el polideportivo de Anoeta acogía un mitin del Partido Socialista de Euskadi en el que intervenían Txiqui Benegas y Ramón Jáuregui. Con buen criterio, se decidió desplegar con ese motivo, además de a los uniformados, que solo daban servicio en el exterior del recinto, a un puñado de agentes de la Brigada de Información de San Sebastián que debían garantizar que dentro no hubiera incidentes.

Como entonces era habitual, los asistentes estaban en la pista, sentados en sillas de madera de tijera, bastante pesadas, mientras que los policías prefirieron quedarse en la grada para tener un mejor punto de observación. Todo transcurría con tranquilidad, siempre relativa en aquellos años de plomo, hasta que los policías vieron cómo varios jóvenes se levantaban y empezaban a desplegar una pancarta enrollada. «Había que reaccionar de inmediato para que aquello no fuera a mayores y corrimos hacia ellos para neutralizarlos. El problema era que había una cierta distancia, y que aunque no había mucho público las sillas entorpecían nuestro paso… Así que hubo que tirar de imaginación, y les lanzamos alguna de ellas para jugar con el elemento sorpresa. Hubo un pequeño accidente; una de ellas impactó en la cabeza del que luego fue identificado como Joseba Álvarez, un militante de la izquierda *abertzale* desconocido por entonces para

nosotros y que acabó como una de las figuras clave del ala dura del movimiento proetarra. Aquello le costó una brecha y quién sabe si tuvo algo que ver con su evolución posterior».

Álvarez fue atendido de inmediato en una zona apartada y a Pamies, con cierta socarronería, se le ocurrió comentar a sus compañeros: «Tranquilos, que de eso no se muere». Una frase lapidaria que al día siguiente sería publicada, con riqueza tipográfica, por *Egin*. «Fue la primera vez que la prensa recogías mis palabras», recuerda ahora con una sonrisa. Por cierto, la pancarta solo pedía el fin del servicio militar, aunque es cierto que esa era una bandera del mundo independentista violento.

Esos fueron los primeros pasos como inspector en San Sebastián de Enrique Pamiés, quien el 5 de diciembre de 1982, a bordo de un Seat 1500 conducido por su padre, había llegado al barrio de Amara, donde estaba la comisaría. Tenía apenas 21 años y era un inspector de tercera recién salido de la Escuela de Policía, en la que había ingresado dos años antes. Su único bagaje hasta entonces era un periodo de prácticas de ocho meses en Lérida, y eso sí, una semana antes de jurar el cargo tuvo que hacer un estrafalario «cursillo de adaptación al norte» que se daba a aquellos de su promoción —prácticamente todos— que iban a ser destinados en el País Vasco o Navarra. «Siempre recordaré a un profesor que nos daba clases de preparación para esta etapa y que cuando un compañero le preguntó cuánto tiempo había estado destinado allí respondió que nunca».

Estando en la escuela, además, se había producido un atentado en el restaurante Rancho Chileno, en Sestao (Vizcaya), el 22 de marzo de 1982, donde murieron «una supuesta confidente y dos compañeros nuestros, inspectores, porque entonces aún estaba separado el Cuerpo Superior de Policía, en el que yo ingresé, y la Policía Armada, luego Nacional». Aquella monstruosidad se produjo después de que llegara hasta un comando de ETA información de un establecimiento en esa población que era frecuentado por agentes.

Aquel día varios terroristas acudieron al local. Al identificar a unos policías, entraron y ametrallaron la mesa en la que se sentaban cuatro de ellos y una chica. Con absoluta frialdad, asesinaron a los inspectores Alfonso Maside Bouzo y Agustín Martínez Pérez, además de a la profesora de inglés Mónica Illarramendi Ricci, a la que tacharon de chivata de las Fuerzas de Seguridad. También resultaron heridos los inspectores Miguel Ángel Cabezas Fernández y Miguel Ángel Fernández Martínez. Además, al repeler el ataque uno de los policías hirió en una pierna a uno de los agresores, Enrique Letona

Viteri.

En esas difíciles circunstancias Pamies decidió pedir como destino San Sebastián, no porque fuese su ideal, ni movido por un especial «ardor guerrero» propio de la juventud, sino porque cuando le llegó el turno para elegir ya solo quedaban plazas en Zumárraga, Pasajes, algún puesto fronterizo y Donosti… «Era la única capital de provincia, y además allí tenía algún familiar», de modo que con estas razones tan simples tomó esa decisión que marcaría su vida.

«La llegada fue de traca. Se nos estropeó el coche por el camino, llegamos al atardecer y caía sobre la ciudad ese sirimiri al que con los años me acabé acostumbrando… Al llegar a comisaría le dije a mi padre que esperara fuera. Fui a la Sala, me presenté como un nuevo inspector que acababa de llegar y pedí a los compañeros que por favor me dijeran un lugar donde dormir. Como desde 1979 no llegaban nuevos inspectores, se había suplido esa carencia con agregados de otras provincias. Uno de ellos, andaluz, muy simpático y cuyo nombre no recuerdo, se ofreció a acompañarme».

Al salir de las dependencias policiales se lo presentó a su padre, pero lo que sucedió después fue de película. Les llevó al Hostal José Mari, en la calle Urbieta, que pasados los años ardió. Hasta que llegaron allí este hombre iba en el coche contándoles cosas como que «aquí no te llevo porque hubo un atentado en no sé qué fecha; podrías ir al Parque Móvil, pero estarías expuesto a que te lancen granadas en cualquier momento; en esa esquina hubo un asesinato…». Y así una y otra vez. Cómo lo vería su padre, que cuando aquel hombre dijo que no subía con Enrique al hostal para que no «mordieran» (identificaran como policía) al chico, al ir a despedirse de su hijo le pidió que dejara la ciudad de inmediato, que volviera a casa y que le buscaría otra cosa en la que trabajar. Le respondió que no, que él quería ser policía, su sueño desde que era muy joven. Nadie en su familia había tenido antes esa vocación.

En realidad, fue en tercero de BUP cuando tuvo clara su vocación. «No sé por qué exactamente, pero sí recuerdo una cosa graciosa. Estando en clase en León, y como ya íbamos a pasar a COU, un profesor agustino preguntó qué íbamos a hacer al acabar el colegio. Cuando me tocó, respondí que policía, y el cachondeo fue monumental». Lo curioso es que pasado el tiempo al menos tres alumnos de aquella clase acabaron siendo inspectores del Cuerpo Superior… Alguno todavía se acuerda de la anécdota.

El 6 de diciembre de 1982 —por aquel entonces el Día de la

Constitución no era festivo—, Pamies comenzó su andadura en la Policía. Su primer destino en San Sebastián fue lo que se conocía como «las galeras», donde acababan los que no tenían padrinos y que eran los K (coches camuflados de seguridad ciudadana), que compartían las calles con los zetas (radiopatrullas) de la Policía Nacional. Por supuesto, había turnos de mañana, tarde y noche.

En cada K iban tres inspectores; uno para conducir y dos para poder intervenir. Su estreno fue de noche, y lo primero que enseñaba el veterano era la ciudad, por dónde se podía ir y por dónde no —por supuesto el Casco Viejo estaba casi vetado—, así como el sistema de trabajo que se había diseñado ante cualquier eventualidad que se pudiera presentar. Cuando entraba una llamada en el 091, los primeros en acudir eran ellos, que trabajaban de paisano, para comprobar que no se trataba de una emboscada o de cualquier otro tipo de trampa, y solo una vez que tenían asegurada la zona llegaba el zeta.

Los responsables policiales habían dividido la ciudad en tres sectores, a los que se asignaban dos patrullas de la policía nacional a cada una. Entre ellos se mantenía siempre una distancia de seguridad de 50 metros para evitar que una explosión afectara a los dos vehículos, o que un comando pudiera tener a tiro a ambos. Las consecuencias del terror, por tanto, no se limitaban solo a los atentados, sino que la propia población estaba más desprotegida al tener que actuar la Policía de esa manera. Pero eso a nadie parecía importarle. Lo importante para la anestesiada sociedad vasca era no verse salpicada por aquello, poder mirar a otro lado sin hacerse preguntas ni exigir explicaciones, no ya a los terroristas, sino ni siquiera a sus representantes políticos.

Otra de las cosas básicas que los veteranos enseñaban a los inspectores novatos eran las reglas de supervivencia, no solo para cuando estaban de servicio sino también, muy especialmente, en su vida ordinaria: «Nos explicaban que si queríamos tomar una copa después de trabajar solo podíamos ir a los clubes de alterne, lo cual nos daba mala fama pero tenía su lógica. Primero, allí nos conocían; pero además es que era gente decente, que detestaba el terrorismo. Cuando entrábamos, lo primero que nos decían las chicas o el dueño era si había alguien raro o no… Incluso nos miraban de vez en cuando el coche por si nos habían colocado una bomba lapa, y si entraba algún desconocido nos alertaban de inmediato. Claro que hacíamos la vista gorda con algunas cosas, faltaría más; por supuesto que si alguna chica subía acompañada nos quedábamos al margen, y si nos pedían algún favor se lo hacíamos, pero es que en aquella época los burdeles eran los

únicos sitios donde un policía podía estar tranquilo. Pagábamos las copas, aunque es verdad que nos hacían un precio especial, y de vez en cuando nos invitaban a alguna. Eso era todo».

Aquello, lógicamente, sería inadmisible y castigable a día de hoy, pero no hay que olvidar la época en la que se hacían estas cosas. Si los clubes eran el único sitio donde la policía era bien recibida, lo lógico era ir a ellos. Nunca, o casi nunca un agente era cliente de las chicas; pero al menos allí podían relajarse y hablar con alguien sin tener que mirar siempre hacia atrás por si recibían un disparo por la espalda.

Con el tiempo —en torno a 1988— esta forma de sobrevivir pasó en gran medida a mejor vida y los policías comenzaron a frecuentar algunos bares de su «zona de influencia»; es decir, cercanos a comisaría. Por supuesto, eso no quería decir que pudieran estar plenamente seguros en esos locales. La mejor prueba de ello es que el 22 de diciembre de 1992, el día de la Lotería de Navidad, un comando entró en la oficina del DNI de San Sebastián, a solo 75 metros de esos locales, y a bocajarro disparó contra el policía nacional Isidoro Artigas, destinado en esas dependencias. El agente no tuvo la menor posibilidad de defenderse. Los terroristas se aprovecharon de que el agente, además de vigilar, también ayudaba a los ciudadanos a hacer los trámites y estaba de espaldas a la puerta para dispararle en la nuca y el cuello. La víctima quedó parapléjica a causa de las balas recibidas.

«Tras quedar impedido de por vida le asignamos un perro adiestrado para ayudar a este tipo de pacientes. No sé por qué, pero un tiempo después el animal falleció. Lo lógico era que el Estado le facilitara otro, porque al fin y al cabo estaba en esa situación por su condición de policía. No fue así, y entre los compañeros hicimos una colecta, en la que también participaron agentes de fuera del País Vasco, para que tuviese otro perro».

Como dato curioso, a oídos de Pamies llegó que el atentado había sido anunciado por una «vidente», que anunció a una de las trabajadoras de la oficina que ese día iba a ocurrir allí algo muy grave. Como un buen policía nunca deja de comprobar cada dato, por absurdo que parezca, decidió ir a visitarla con un compañero, Floyd. La mujer no residía habitualmente en San Sebastián, y ante los dos agentes lanzó una serie de vaticinios, uno que afectaba directamente al inspector. «Percibía» que iba a tener un atentado en un coche negro, pero que le salvaría el llevar puesto el chaleco antibalas… El coche camuflado en el que habían ido hasta allí era de ese color, y él prácticamente no usaba el chaleco antibalas. Al acabar, Floyd le pidió que cambiara de

vehículo, pero él no lo hizo… Por fortuna, al menos esa vez erró la adivinadora».

Lleida marca el punto de inflexión en el tratamiento de las víctimas entre los años 1995 y 1997, y la explicación que da para que se produjera ese cambio es demoledora:

«Hasta entonces los muertos, casi en su totalidad, los poníamos los mismos, las Fuerzas de Seguridad y los militares; a partir de esa fecha también les tocó a otros, como políticos y periodistas… Eso cambió la visión de las cosas para muchos. Por no hablar de los años anteriores, donde tras el funeral de un compañero y la marcha de las autoridades a Madrid los familiares del caído nos llamaban porque por ejemplo ni siquiera les habían arreglado los papeles. Nosotros mismos teníamos que encargarnos de eso. Por fortuna, todo aquello cambió con el tiempo».

En 1982, el resto de «vida social» se reducía a un par de discotecas del paseo de la Concha, donde los policías eran fácilmente identificables porque estaban siempre solos, en una barra aislada… El miedo era tal que las relaciones con las chicas eran muy difíciles, entre otras cosas porque ellas también estaban atemorizadas ante la posibilidad de comenzar una relación como esa. «Siempre recordaré una frase de la película *Blade Runner*, en la que uno de los replicantes, Nexus 6, explica lo que es ser esclavo: "Vivir con miedo", decía. Y eso es lo que sucedía en los ochenta y hasta bien entrados los noventa en la sociedad vasca. Pero no solo en las Fuerzas de Seguridad, sino en el conjunto de la población».

«No solo eran las chicas las que nos tenían miedo; eran también los vecinos, que ni siquiera querían subir con nosotros en el ascensor. Cuando alquilábamos un piso, que además nos los pasábamos unos a otros, era tremendo. Por las mañanas salíamos con el arma metida en el bolsillo y el dedo en el gatillo. Además, mirábamos alrededor antes de poner un pie en la calle, porque sabíamos que nos estábamos jugando el pellejo. En un portal de al lado vivía Jorge, el compañero y buen amigo con el que viví el episodio del asesinato de Aniano, que aún está en activo. Era muy alto, llevaba un 3,57 de 4 pulgadas que abultaba una barbaridad, y encima tenía un dóberman al que sacaba a pasear de esa guisa. El portero de su finca, desesperado, nos llegó a decir que le pidiéramos que fuera más discreto porque los vecinos estaban aterrorizados… Puede parecer exagerado, pero es que unos meses antes de llegar nosotros, en el bar Majusi de la misma calle en la que vivíamos, Carlos I, habían asesinado a varios policías nacionales».

Vivir de esta forma solo era posible relacionándose con sus iguales; es decir, con otros policías, lo que al final suponía que siempre frecuentaban los mismos círculos, en los que se acababa hablando de las mismas cosas. Para los directamente implicados aquello suponía crear unos lazos de amistad inquebrantables, pero para las novias o parejas aquello se hacía muy difícil de superar. La endogamia era enorme, y la falta de porosidad con la sociedad, desde luego, no era positiva.

El bautismo de sangre de Pamies no se hizo esperar. El 12 de diciembre, apenas diez días después de llegar Pamies ya tenía un féretro en el Gobierno Civil, donde estaba la comisaría, de un guardia civil asesinado, y el día 29 del mismo mes otros dos, también de miembros del Instituto Armado.

«Entonces es cuando te preguntas dónde te has metido, cuando te das cuenta de que las historias que te contaban los veteranos eran reales y que te podían matar en cualquier momento. A la vista de todo esto pensaba que iba a quedarme poco tiempo, hasta que me pudiera marchar, y ese era un sentimiento generalizado».

Prácticamente cada noche, no menos de una de cada tres, se colocaba una bomba en San Sebastián, o se cometía un asesinato. Se trabajaba con una tensión máxima y eso es muy difícil de aguantar mucho tiempo.

Pasados cuatro meses, en abril de 1983, se deshizo el grupo de los K, que no solo estaban enfocados al terrorismo sino a cualquier tipo de incidencia.

«Como seguía sin padrino, mientras a algunos los destinaban a estupefacientes, atracos o donde fuera, me quedé el último. Sabía que para entrar en Información había que tener a alguien que te ayudara y por eso pedí otra especialidad, que no me concedieron. Pero un compañero, que me conocía de León, donde había preparado la oposición, me rescató. Habló de mí a un jefe de grupo y este accedió a que entrase. Así fue mi llegada a la lucha contra el terrorismo, al grupo ATE 1 (antiterrorista) que investigaba a ETA militar, del que formábamos parte 16 o 17 inspectores».

Un cúmulo de casualidades.

Había un segundo grupo ATE, especializado en ETA político militar (PM), que dirigía Silver, un policía casi de leyenda ya fallecido, y otro más dedicado a hacer información pura y dura, del que los otros se

cachondeaban en sus comentarios internos porque decían que a lo único a lo que se dedicaban era a leer el *Egin* y a ir las manifestaciones… El jefe de la brigada era Coronel, un comisario igualmente de larga trayectoria ya jubilado.

El primer jefe de Pamies era Colombo, también jubilado a día de hoy, y la entrada del novato fue triunfal.

—Colombo: Ven niño. ¿Qué apodo quieres usar?

—Pamies: Lleida [improvisando sobre la marcha].

—Colombo: ¿Qué cojones es eso?

—Pamies: Es Lérida en catalán, la ciudad a la que acaban de ir destinados mis padres y donde yo he hecho las prácticas…

El recién llegado tenía que ser conocido por un apodo, y era preferible que se lo pusiesen ellos mismos para evitar males mayores. A día de hoy, Lleida no solo es conocido como tal por sus compañeros, sino muy a su pesar por gran parte de la opinión pública.

Por aquella época en el País Vasco actuaban ETA militar, ETA PM, los Comandos Autónomos Anticapitalistas, Iraultza y después, con la escisión de ETA PM, aquello se complicó aún más al surgir ETA PM Octava Asamblea, los de la Séptima… «Cuando había un atentado, solo averiguar quién podía haber sido era un problema serio. Menos Iraultza, que cuando ponía una bomba era muy fácil detectar porque olía a pólvora, el explosivo que utilizaban ellos».

La verdad es que en esa época cuando un inspector llegaba a la lucha antiterrorista no tenía ni idea de nada. Conocían a la cúpula de la banda, no porque nadie se lo explicara sino porque ellos se preocupaban de estudiarlo, pero nada más… En cambio, sí existía una cosa buena, que era que los veteranos se encargaban de adiestrar a los nuevos, cosa que, según Pamies, hoy se ha perdido. «Cuando ahora salen de la academia piensan que ya son jefes, pero entonces el que estaba allí era el que te enseñaba. Era una adecuada gestión del conocimiento, porque en la escuela te podían contar mil batallas, pero otra cosa era verlo sobre el terreno».

Cuando no había nada que hacer, lo primero que el veterano ordenaba a los novatos era que cogieran los álbumes de los etarras y los estudiaran… Otra cosa que hacían los nuevos eran diligencias, que consistía en recoger todo lo que se había hecho en terrorismo en todas las provincias, apuntar cada nombre y relacionarlos con otros…

Primero se pasaba a mano y luego a máquina, con las viejas Olivetti, para añadir esos informes a los historiales correspondientes de cada etarra. Aquello proporcionaba cultura terrorista, era una enciclopedia que se perdió cuando llegó la informática y se ordenó destruir aquello.

## CAPÍTULO 3

## UNA LUCHA DESIGUAL

Hablar ahora de la lucha contra ETA, con la perspectiva actual y el posterior desarrollo de los acontecimientos, es jugar con cartas marcadas. Los medios con los que contaban las Fuerzas de Seguridad entonces no eran los de hoy en día; tampoco las instituciones democráticas eran tan fuertes; Francia era un santuario para los terroristas y un infierno para quienes combatían a la banda y, sobre todo, ni el País Vasco de aquella época era equiparable ni había que enterrar a compañeros, semana sí y semana también. Por no haber, ni siquiera había asociaciones de víctimas.

Enrique Pamies lo define a la perfección con una vivencia personal:

«Llegué siendo católico y en buena medida practicante, y tras asistir a más de veinte de esos funerales vergonzantes con curas que traíamos de fuera o con páter del Ejército porque los de allí no querían oficiarlos dejé de ir… Después acabé odiando a la Iglesia, más cercana a los verdugos que a las víctimas, con el siniestro obispo Setién a la cabeza, al que tuve que sufrir muy de cerca».

A él, y a toda su banda de curas con alma de cianuro, cabría añadir, que abrían de par en par las puertas de la catedral del Buen Pastor para acoger la misa por el *gudari* muerto en un enfrentamiento con la policía o la benemérita y se negaban a hacer lo mismo y dar apoyo espiritual a la pobre mujer y a los niños que acababan de perder a su marido y a su padre cobardemente asesinado por la escoria etarra. Si de verdad hay Dios, ese «comando del alzacuellos», no peor que el de los que utilizaban las pistolas, lo acabará pagando. «Siempre le decía a un amigo de la Guardia Civil, un comandante ya fallecido, que había tenido mucha suerte porque había podido detener a alguno de ellos. Yo lo hubiera hecho: un domingo en misa de 12 hubiera sido perfecto».

En aquella época (mediados de los ochenta) las Fuerzas de Seguridad iban al choque, bajo la lógica de la acción-reacción. Durante mucho tiempo no se hizo trabajo de inteligencia. No había confidentes. Alguno podía contar algo, pero siempre temas menores. Francia, en aquellos años, se portó de forma repulsiva, aunque es verdad que el policía es policía en todos los países y que por esa relación humana que se crea entre compañeros, aunque sean de otros cuerpos, algunos facilitaban cierta información. No era nada elaborado, pero como los

etarras vivían en Francia como ciudadanos normales, cuando esta gente veía coches con matrícula española delante de la casa de alguno de los etarras más cualificados, como Txomin o Peio el Viejo por ejemplo, la anotaban y la pasaban bajo cuerda a alguno de los agentes españoles que conocían. Era lo que se llamaba «Asuntos Francia», a los que solo tenían acceso los jefes de grupo de entonces.

El material con el que trabajaban las Fuerzas de Seguridad tampoco daba para mucho. Si la policía salía de San Sebastián no había nada que hacer, salvo a veces la comunicación coche a coche. Un ejemplo: en Mondragón, donde se tuvo que hacer un servicio durante bastante tiempo, se utilizaba uno de los k (vehículo camuflado) como repetidor. Lo subían a un monte, le ponían una antena larga en el capó y esa era la única forma de que tuvieran mejor comunicación entre ellos. Y eso que Información disponía de los mejores medios de toda la comisaría… Pero nadie se quejaba; era lo que había, y tiraban adelante. «Por eso [dice Lleida] hay veces que cuando escucho ahora a compañeros más jóvenes las quejas por la falta de equipos me hacen gracia…».

Trabajar en Francia en aquella época, con la democracia apenas asentada en nuestro país, también era una quimera. La policía pasaba a Hendaya, pero solo a comprar pelotas de tenis, que era a lo que jugaban los agentes en las instalaciones militares de la Hípica, que estaban custodiadas por el Ejército. Y con mucho cuidado, porque en los años setenta dos policías fueron secuestrados por etarras en el País Vasco francés y según un compañero que vio las fotos de sus cuerpos, las torturas y palizas a las que fueron sometidos no eran menores a las que ahora hacen los yihadistas. Todos los asesinos de aquellos inspectores, salvo uno, están muertos. «El que sobrevive es Peixoto, y lo ha pagado, porque tuvo dos o tres atentados del GAL. Era un mal bicho; él y otro al que apodaban Huesitos…». Durante mucho tiempo Peixoto disfrutó en Francia del estatuto de refugiado político. A día de hoy todo está prescrito y nunca fue acusado de esta atrocidad. «Pero sabemos que fueron él y sus colegas».

Cuando esos terroristas que se refugiaban en Francia pasaban a España como liberados para matar, apoyados por los legales que residían aquí, contaban con una infraestructura espectacular. Les acogía todo el mundo. Por eso, detener liberados en aquella época era muy difícil. Entonces, hasta el 89, seguían actuando como un «movimiento de liberación». Se habían entrenado en Yemen, en Argelia, en sitios así… Y esa preparación les permitía montar auténticas emboscadas a convoyes de la Guardia Civil o de la Policía Nacional. Provocaban una explosión en un sitio, luego en otro y

finalmente ametrallaban desde un tercer punto… Actuaban además con la tranquilidad que les daba el hecho de que desde el momento en el que cruzaban la frontera eran intocables.

«En el puente de Santiago, la frontera entre España y Francia estaba marcada con una raya amarilla. Ahí se convocaban manifestaciones proetarras, a las que asistían los asesinos de ETA con absoluta impunidad. Los gendarmes se quedaban con ellos en su lado; nosotros, en el nuestro. Y unos y otros nos sacábamos fotografías». Un suceso define muy bien lo que entonces ocurría. Unos jóvenes españoles que pasaron al otro lado denunciaron a la policía que los habían parado —el GAL había empezado a actuar ese año— y a uno de ellos, que llevaba una cartera con una pegatina de «I love España», le dieron una brutal paliza. «Cuando nos dio la descripción de quién llevaba la voz cantante lo identificamos enseguida: era Txapela, un tío sanguinario con mirada de loco. Pensaron que los mataban, pero por suerte para ellos uno de aquellos animales dijo algo y llevaron a los chicos a una comisaría de policía francesa. Allí los agentes trataron a los terroristas como colegas, y solo dejaron marcharse a los chavales cuando verificaron que no eran policías».

Merece la pena detenerse un momento en la personalidad de Txapela, de nombre Miguel Antonio Goikoetxea. Miembro de ETA militar, era uno de los activistas más destacados de esa banda terrorista. Fue miembro, entre otros, del sanguinario comando Madrid. Natural de Baracaldo, casado y padre de dos hijos, participó en 27 atentados mortales, entre ellos, el de la inspectora de la Comisaría General de Información María José García, ocurrido el 16 de junio de 1981 en la localidad guipuzcoana de Zarauz.

En aquella ocasión la policía lo tenía localizado en una vivienda junto a José Luis Eciolaza Galán, Dienteputo, miembro como Txapela del comando Gohierri Kosta entre 1980 y 1983, que en ese periodo asesinó a 22 personas. Sin embargo, un fallo de coordinación provocó la fuga de Eciolaza. En el trayecto hasta el exterior del inmueble este pistolero se encontró frente a frente con la inspectora García. No lo dudó, y con absoluta sangre fría abrió fuego contra ella. Otro compañero, Santa, que pasado el tiempo ocupó importantes cargos en la Policía —«un gran amigo y un gran profesional»—, salvó la vida porque al pistolero se le encasquilló el arma tras toparse con él en las escaleras del edificio.

Txapela había asistido en 1976 a cursillos de adiestramiento en Argelia. Dos años después era acusado de la muerte de un sargento y de dos guardias civiles. También participó en el asalto a la Ayudantía

Militar de Marina de Fuenterrabía y en el asesinato de 3 policías en el monte Urgull, de San Sebastián. Pasados los años probó de su misma medicina, como se verá más adelante.

Dienteputo vive todavía hoy refugiado en Venezuela y su detención es aún prioritaria para la policía. En febrero de 2017 agentes de la Comisaría General de Información detuvieron en México al tercer etarra que estaba en el inmueble donde fue asesinada la policía: Ángel María Tellería Uriarte, alias Koldo, que fue condenado en 2018 por la Audiencia Nacional a 42 años de cárcel. Una vez más el trabajo policial hacía justicia, aunque fuera después de tantos años.

En este momento del relato hay que insistir en la necesidad de trasladarse a esa época para explicar algunos acontecimientos.

«Nos hervía la sangre, y hay un hecho cierto. Que el GAL comenzara a actuar y que los que llamaban refugiados, que no eran más que simples pistoleros, se empezaran a recoger fue todo uno, y desde luego en ese momento puntual esas acciones eran beneficiosas desde el punto de vista operativo de la lucha contra la banda. Otra cosa es que las consecuencias últimas de aquellos movimientos resultaran a la larga perjudiciales, que es posible, por no decir seguro. Pero para los que estábamos ahí, en primera línea, era una bendición; etarra que caía, celebración que montábamos. Funcionaba así, y el que diga lo contrario, miente».

Y los periodistas, lo mismo.

«No estuve en la creación del GAL, ni tuve la menor relación con aquello. Pero surge porque había que hacer algo, no se podía permitir esa impunidad por parte de Francia. Tengo que reconocer, y no me arrepiento, que cuando el 28 de diciembre de 1983 hirieron mortalmente a Txapela —el individuo que ese mismo año había participado en la paliza a los jóvenes españoles que habían cruzado la frontera con Francia— brindé con champán… Era una guerra».

Al terrorista le dispararon en la cabeza desde una moto en una calle de San Juan de Luz, pero no murió hasta el día 1. Tenía una hija a la que puso el nombre de Iraultza, «revolución» en euskera.

Este tipo de reflexiones son habituales entre quienes estuvieron en primera línea de la lucha contra la banda. Para algunos pueden ser una auténtica monstruosidad, escandalosas, pero desde luego son entendibles. Vivir minuto a minuto con la muerte acechando hace ver las cosas de otra manera. Hoy estos razonamientos son impensables,

pero entonces tenían su razón de ser. Juzgar es fácil; vivir aquello, no.

«Me sorprende oír que allí no había conflicto. Era una situación de unos, nosotros, contra los demás, en la que el ciudadano era neutral, incluso más proclive hacia ellos. El pueblo vasco actuaba entonces con cobardía, porque en lugar de enfrentarse a estos animales simplemente desaparecían del lugar donde actuaban».

«Seré sincero: ¿por qué no entramos muchos en el GAL? Simplemente porque hubo un reparto territorial: en Guipúzcoa era verde, en Vizcaya era azul… y yo estaba en San Sebastián. Si nos lo hubieran propuesto, en aquella época hubiéramos aceptado prácticamente todos y gratis total… En el País Vasco ni había leyes, ni había nada. Pero es verdad que se cometieron errores, sobre todo con la gente que se reclutó, porque la motivación última con la que actuaron varios de los que se embarcaron en aquello no fue el patriotismo, sino el dinero… Ahora todo esto es repudiado, y quizá con razón; pero insisto en que había que estar allí».

La tensión con la que trabajaba la policía era sencillamente insoportable. Es curioso recordar ahora los primeros meses del PSOE en el Gobierno. Cuando se hacían detenidos, y era prácticamente cada semana, el entonces gobernador civil Julen Elgorriaga bajaba en batín a ver cómo se les trataba… Así hasta febrero de 1984, que es cuando asesinan al senador Enrique Casas, y entonces la cosa cambia. Habían tocado a uno de los suyos. A partir de ahí seguía bajando, pero ya de otra forma.

El atentado contra Casas fue obra de los Comandos Autónomos Anticapitalistas, de reciente creación, en represalia por la tolerancia del Gobierno con las actividades del GAL. La cúpula de esa banda de ultraizquierda próxima a ETA encomendó su ejecución a Pablo Gude Pego, alias Antxon el Grande, y a José Luis Merino Quijano, el Coronel, quienes durante varios días vigilaron los movimientos y las costumbres del senador. Al comprobar que Enrique Casas tenía escolta policial durante sus desplazamientos decidieron atentar contra él en su domicilio.

Fue Antxon el Grande quien subió al piso del senador. Casas salió en ese momento de forma súbita e inesperada y el terrorista le descerrajó ocho tiros con dos pistolas, una en cada mano, que alcanzaron al político en puntos vitales. Murió en el acto.

Ese mismo año Merino Quijano fue detenido en el puerto de Pasajes cuando un comando de su organización intentaba entrar en España a

bordo de una lancha neumática que zarpó desde Francia. Una brillante operación de la Comisaría General de Información permitió conocer ese dato, por lo que los geos y algunos inspectores los estaban esperando en la zona en la que iban a desembarcar. Tras darles el alto, y responder los terroristas disparando, todos, salvo Merino, fueron abatidos. Fue curiosa la forma de reaccionar de este asesino, que no sufrió lesión alguna: a pesar de tener a todos sus compañeros heridos mortalmente, lo único que le preocupaba era su perro, alcanzado por una bala perdida… Así se comportó el «valiente» *gudari*.

«Los políticos [reflexiona Pamies] hacían lo que tenían que hacer, y los que había entonces tenían un problema muy serio; había muertos constantemente. Alguna vez Barrionuevo —que por cierto, fue un pésimo ministro del Interior, probablemente el peor junto con Jaime Mayor Oreja—, despegaba en el avión oficial tras asistir a un funeral y antes de llegar a Madrid le hacían volver porque ya había otro muerto».

«Rafael Vera, el secretario de Estado de Seguridad, era el auténtico peso pesado del ministerio. Haya hecho lo que haya hecho, y si ha metido la mano en la caja peor para él, era un líder de la lucha antiterrorista. Eso sí; hay que reconocer a los dos, tanto a Barrionuevo como a Vera, que prefirieron entrar en prisión antes que delatar a nadie. Fueron leales hasta el final y eso es algo que yo valoro especialmente. Siempre he dicho que lo único que quiero y pido es eso, lealtad, porque si no en un trabajo como este estás perdido».

Las primeras detenciones en la que participó Enrique Pamies, obviamente como un joven e inexperto inspector, fueron en 1983. Unos cuantos aún inspectores de la comisaría de San Sebastián tuvieron que apoyar a los compañeros de la Central, que estaba en Madrid. Las relaciones con ellos no eran muy buenas y de hecho lo que los veteranos enseñaban a los novatos era a que si veían a uno por allí cerrasen los cajones de inmediato, y que si preguntaban cualquier cosa la respuesta fuera un «no sé, habla con el jefe». La operación se hizo en Rentería, y cayó una mujer, su hija y algún etarra más… La preparación de los agentes era casi nula, y de hecho alguien preguntó a uno de los arrestados si pertenecía a ETA. La respuesta fue que no, que a KAS (Koordinadora Abertzale Sozialista). Por entonces nadie tenía ni idea de qué era aquello, nadie les había hablado de esa organización. Aprendían por su cuenta y cuando se encontraban con algo que no entendían o no conocían preguntaban a los jefes. Solo había un libro de este tema, *Memorias de un policía español*, del comisario José Saiz, pero costaba mucho encontrarlo. Por supuesto, hoy está descatalogado.

Pasó el tiempo y Lleida comenzó a participar en investigaciones que desembocaron en detenciones, aunque muchos de los arrestados quedaban en libertad a los dos o tres días, de los diez de los que entonces disponían las Fuerzas de Seguridad para interrogar antes de que el sospechoso fuera puesto a disposición judicial.

«Una de las veces fuimos a hacer una operación en Azpeitia. Los grupos ATE (Antiterrorista) teníamos armamento especial y a un compañero, Cornelio, y a mí, que éramos los novatos, nos dieron unas uzis (subfusil con capacidad para disparar 600 balas por minuto), que pesaban una barbaridad, y unos incomodísimos chalecos antibalas que apenas permitían hacer movimientos. Lo más curioso es que si hubiésemos tenido que utilizar esa arma no habríamos sabido, porque jamás habíamos tirado con ella».

«Al ir para allá, el jefe de grupo, Colombo, nos ordenó que nos quedáramos abajo, en la calle, para cubrir una posible fuga de los terroristas, que estaban en un tercer piso. Se debió dar cuenta de lo que nos acababa de decir, porque dio un respingo y nos ordenó: "¡Ostia! Si salen no disparéis". Estuve por contestarle que perdiera cuidado, porque ni siquiera sabía cómo se cargaba aquel chisme». Fue más tarde, al llevarlos a un campo de tiro del Ejército —la policía no tenía—, cuando aprendió a hacerlo.

Todo este tipo de vivencias no hacían sino inocular en Pamies el gusanillo de la lucha contra el terrorismo. «Te enganchaba el trabajo; en aquellos años no teníamos ni traductores, de tal modo que si por alguno de los teléfonos intervenidos se hablaba en euskera directamente cesábamos la escucha… Una de las primeras traductoras fue una joven que a día de hoy es una política de primera fila. Hasta nos dio algún curso, pero nos apuntábamos más por estar con ella que por otra cosa, porque era encantadora además de muy guapa».

El 21 de mayo de 1985 ETA perpetró un asesinato que tocó muy de cerca a Pamies. Dos policías destinados en la centralita de la comisaría, Francisco Rivas y Máximo Díaz, fueron asesinados a tiros en el monte Ulía, al que los agentes llevaban a pasear a sus perros. La voz de alarma se produjo cuando sus familias, que vivían en los pisos oficiales de Trintxerpe, se empezaron a alarmar porque no regresaban. Finalmente, solo volvieron los animales… Cada crimen, sobre todo de personas tan cercanas, era un mazazo, pero a la vez aumentaba la determinación de los policías de acabar con la banda.

En aquella época desarticular un comando era un acontecimiento. El primero en cuya desarticulación participó Pamies fue el Oker, en

octubre de 1985. Se logró detener a Josean Aguirre, hijo de un banquero y con el tiempo alto dirigente de las Gestoras tras pasar muchos años en prisión, y a Ramón Zapiraín, y se escaparon Arturo Cubillas, ahora refugiado en Venezuela, donde vive protegido por el régimen chavista, e Idoia López Riaño, la Tigresa, aunque ese apodo a quien de verdad correspondía era a Elena Bárcenas Argüelles, también conocida como Neska. Además, se pudo arrestar a otros siete individuos como supuestos colaboradores del comando.

Tras escapar de esa operación La Tigresa perpetró 23 asesinatos hasta su detención, convirtiéndose en una de las etarras más sanguinarias. Miembro del comando Madrid, fue condenada a 2000 años de cárcel, de los que apenas cumplió 23, y en 2010 se acogió a la vía Nanclares. Siete años más tarde, con 52, consiguió salir en libertad. Hoy vive en el anonimato más absoluto.

La investigación que acabó con el comando Oker fue, paradójicamente, un chollo. En aquella época los comandos legales, como este, se autofinanciaban, y para ello tenían que cometer atracos, de modo que los agentes antiterroristas se transformaron en una especie de brigada medio de Información, medio de Policía Judicial. Cada asalto que había intervenían para comprobar si habían sido etarras o no… Y ese comando cayó así.

«Aquel día los etarras atracaron una caja postal de Rentería, y además era la segunda o tercera vez que lo hacían. Además se daba la circunstancia de que uno de los terroristas tenía cierta relación con ese pueblo, de modo que cuando actuaron aquella vez se reaccionó rápido y se pudo coger a Josean Aguirre. Los otros dos lograron huir, y a partir de ahí, con una técnica muy depurada, el jefe de equipo, Quico, le presionó con cierta vehemencia. En segundos se derrotó y confesó no solo que era de ETA, sino también dónde estaba el coche con las armas y dio el nombre y apellidos del resto de individuos que formaban el comando».

La policía intervino en un piso franco descubierto en el barrio donostiarra de Txintxerpe, en un zulo situado en un monte próximo a Hernán y en el vehículo propiedad del pistolero responsable del comando, entre otras cosas, cuatro pistolas Browning, dos fusiles de asalto Cetme y cuatro granadas anticarro de fabricación belga.

El valeroso *gudari* se mostró muy colaborador, hasta el punto de que relató punto por punto todos los ataques que había perpetrado el comando. Tenían tres asesinatos y habían colocado bombas en muchos lugares. En concreto asesinaron a un hombre que relacionaban con el

GAL en Irún, a un industrial y a un policía nacional en el paseo Larracho de San Sebastián. El autor material de este último crimen fue Ramón Zapiraín, el segundo de los detenidos.

Lo de este último sujeto, que era de una familia de dinero, es un caso singular porque fue a la cárcel y por razones desconocidas salió al poco tiempo en libertad. Nunca más se supo de él. Y eso que estaba como un cencerro, loco de atar… Idoia López Riaño había mantenido relaciones íntimas tanto con Cubillas como con Aguirre. Y con Zapirain no lo había hecho porque incluso para ella estaba como una cabra. Se sabe ese episodio porque ella misma lo contaba en una agenda que se le intervino.

Cuando se le arrestó, este etarra estaba haciendo el servicio militar en Ceuta.

«Lo trajimos y aún recuerdo cómo contó el crimen del compañero, con absoluta sangre fría, con todo lujo de detalles, delante de su abogada… Literalmente se descojonaba, y nosotros teníamos que seguirle la corriente para que terminara de relatar los hechos. Incluso su letrada de oficio, al oírle, no pudo evitar las lágrimas… Explicó que aquel día habían quedado los del comando para ir al cine, pero a él no le apetecía y en ese mismo momento decidió picar (matar) a alguno».

«Voy [relató el terrorista de forma relajada en la sala de interrogatorios], veo al *txakurra* (policía), le pego, pero no le doy bien… Joder, que casi se me escapa el hijoputa… No le veía, no sabía dónde se había metido y de pronto, no te jode, que se había metido el cabrón debajo del coche para esconderse… Tuve que tirarme al suelo con la pistola y rematarlo así». Este personaje era Zapiraín, un psicópata de libro como la mayoría de sus correligionarios.

Las investigaciones permitieron averiguar que el comando legal Oker se proponía atentar contra el ministro del Interior, José Barrionuevo, y contra otras autoridades aprovechando los desplazamientos que realizaba a San Sebastián para presidir los funerales por los miembros de las Fuerzas de Seguridad del Estado víctimas del terrorismo. La policía le atribuyó 31 atentados, entre ellos los tres asesinatos antes citados, de los que fueron víctimas el industrial Ángel Manuel Facal Soto, el policía nacional Máximo Antonio García Kleinert y el ciudadano francés supuestamente vinculado a la ultraderecha gala y a los GAL Joseph Couchot. Igualmente, se acusó al comando del incendio de la empresa Koipe, que produjo pérdidas valoradas en 1000 millones de pesetas. Entre la documentación intervenida al comando figuraba información sobre futuros objetivos.

Otro de los comandos que cayó en aquella etapa, en septiembre de 1986, fue el Aker (cabeza de cabra). Fueron arrestados Francisco Javier Sagarzazu Mendibe y Juan Andrés Urkizu Ormazábal, a los que se les imputaba el asesinato por error del jubilado de ideología comunista Enrique Moreno Argilea, perpetrado el 2 de mayo de ese mismo año en la calle Urbieta de San Sebastián.

«Salió por los cruces de frontera, donde nosotros estábamos especialmente atentos. Mirábamos los pasos de frontera sobre todo en fechas señaladas, como Navidad o Semana Santa, y nos fijábamos si alguno había pasado solo a Francia, y si volvía a los cuatro o cinco días, porque eso significaba que podía haber estado haciendo un cursillo. Silver, que en paz descanse, ya lo tenía, y el siguiente jefe de grupo hizo la tirada (detenciones)…».

La investigación había sido relativamente sencilla. A partir de la identificación de los sospechosos se observó que se reunían, que pasaban a Francia y hacían todos los movimientos clásicos de un etarra. «Cuando fuimos a por ellos venía Polaco conmigo [él también murió después]; los detuvimos en base a esos datos y uno de ellos cantó muy fácilmente».

Un agente le preguntó «¿dónde tienes el piso?», cuando lo lógico era preguntar por el zulo y no por la casa. El detenido, otro valeroso luchador por Euskal Herria, dio la situación exacta. Entre el material intervenido en los distintos registros figuraban un subfusil marca Mat, calibre 9 milímetros, tres pistolas, dos de ellas marca Star que formaban parte de un lote robado años atrás a la Ertzaintza, abundante munición, documentación sobre la técnica de utilización de explosivos, pelucas, material de camuflaje y un *zutabe*, publicación interna de ETA-M.

Habían perpetrado un único asesinato y encima se habían equivocado… En el fondo eran dos mindundis. Uno, Sagarzazu Mendibe tenía un montón de hermanos en la organización terrorista. Pamies preguntó a la madre por uno de ellos y ella contestó que estaba en la cárcel, «porque dicen que ha matado a alguien». Y le precisó que le habían condenado a más de veinte años de prisión… «A este el favor que le hicimos, y nos contó casi todo, fue prometerle que le íbamos a meter en la misma cárcel que a su hermano. Y él más contento que nadie».

No se le tocó; nadie le puso la mano encima. Hasta el punto de que cuando uno de los policías que le interrogaban le quiso cortar una pequeña coleta que lucía, uno de sus compañeros le advirtió de que no

lo hiciera, «que te denuncian por torturas». Como la lucha contra ETA también da para muchas situaciones delirantes, aquí se deja una: «Aquella coletilla nos despistó, y uno de nosotros se hizo pasar por homosexual por si aquella era su preferencia… Hacía como que le metía mano y el otro se ponía histérico. Fue todo el maltrato que sufrió».

Puede que no fuera el método más ortodoxo para sacar una confesión, pero la policía activaba todos los resortes posibles para conseguirla. Es evidente que para algunos puede ser un episodio casposo; pero no es la primera vez, ni será la última, que se han roto muros de silencio solo con «cariño», tanto en investigaciones antiterroristas como de delincuencia común.

Más tarde hubo otro comando, al que se tuvo que trabajar con mucha más intensidad.

«Todos los legales [terroristas no fichados, que llevaban una vida aparentemente normal], cuando iban a hacer sus cursillos, tomaban notas. Eso lo escondían en el zulo, porque allí estaban las instrucciones de cómo montar las bombas y todo este tipo de cuestiones. Cuando se descubría uno de estos almacenes de armas, con esas anotaciones, se intervenían y el jefe de grupo te ordenaba que cogieras todo el archivo del DNI de Guipúzcoa, ya que para sacar el carné de identidad había que rellenar una media cuartilla con tus datos, y la mayoría lo hacía a mano… Por tanto, teniendo la letra que aparecía en el zulo, se podía comparar con las otras e identificar a su autor. Así se hizo en bastantes ocasiones».

De esta forma se llegaba hasta uno de los miembros del comando, y a partir de ahí se montaban tronchas (vigilancias) hasta identificar al resto del grupo. Una investigación rudimentaria, muy trabajosa, impensable en estos momentos pero que daba buenos resultados. Y es que la inteligencia, y a veces la astucia, muchas veces tiene mejores resultados que los medios técnicos más avanzados.

En este caso así se hizo; se localizó la letra, se identificó al terrorista y a partir de ahí vimos con quién se relacionaba. Una de las veces se observó cómo el que estaba identificado y otro individuo subieron en un coche. La policía pensó que iban a hacer algo, y parece ser que iba a ser así. Por supuesto, se les detuvo inmediatamente y luego los etarras contaron que esa mañana habían intentado robar un automóvil, pero que les había salido mal y sabían que los *txakurras* (policías) estaban detrás de ellos. Se trataba del comando Aizkora (hacha) a los que solo les había dado tiempo a poner alguna bomba en

entidades bancarias de Guipúzcoa.

Entre el material que le fue intervenido había una metralleta marca Sten calibre 9 milímetros Parabellum, una pistola Flowing, munición para las dos armas, 3,5 kilos de explosivo amonal, TNT y explosivo clorato incendiario, una granada de mano, seis temporizadores, detonantes, capuchas, pelucas y diversa documentación, además de dos radioemisoras robadas tiempo atrás a la policía local de Rentería. Los detenidos fueron José Ángel Álvarez García, Francisco José Gil Gajate, Emiliano Viaña Balda, Izaskun Quintas Etxeberría y Agustín Illarreta Casas, que fueron arrestados en Lezo, Rentería y San Sebastián.

La policía acusó a este comando legal de haber perpetrado, el 20 de diciembre de 1985, un atentado frustrado contra una familia gitana de Lezo [sin duda vital para la liberación de Euskal Herria], del robo de un vehículo Land Rover y los dos radioteléfonos de una patrulla de la policía municipal de Rentería y de intentar colocar una bomba en el hipermercado Mamut de Oyarzun, empresa de capital francés.

Para perpetrar este atentado, el comando robó un Renault 7 a punta de pistola en Rentería, que fue encontrado abandonado ese mismo día. Los terroristas optaron por aplazar la acción al detectar la presencia de un control policial en una carretera próxima a ese establecimiento comercial.

Antes y después de este hubo otros comandos Aizkora, y en uno de ellos llegó a estar Antonio Troitiño, miembro del comando Madrid más sanguinario e individuo que en 1986 accionó el mando a distancia que hizo estallar el coche bomba que mató a 12 guardias civiles en la plaza de la República Dominicana de la capital.

No pasó mucho tiempo hasta que cayeron más etarras gracias al trabajo de la Brigada Provincial de Información de San Sebastián. Fue el 28 de diciembre de 1986, y el objetivo fue el comando Andraitz. Los detenidos fueron José Alberto Arribas, Mikel Gotzon Zumárraga, José Vitoria y Joaquín María Allanando. Se les arrestó cuando preparaban un explosivo que iba a ser colocado en un concesionario de automóviles de marca francesa.

La caída de este comando fue rocambolesca:

«Un ciudadano llamó al 091 para advertir de que las lluvias caídas habían dejado al descubierto, en los pinares que rodean la Policlínica de Guipúzcoa, un bidón… De inmediato acudimos al lugar y

comprobamos que era un depósito de la banda, por lo que montamos una troncha (vigilancia) sobre ese punto que duró algunos días, hasta que nos relevaron los GEO… Un mes duró el dispositivo. Al hablar con uno de los etarras detenidos nos explicó que cuando se acercó al zulo y quitó la tapa del bidón enterrado solo le dio tiempo a ver una mano enorme que iba hacia él. Lo siguiente que recordaba era estar esposado, dentro de un coche de la policía. Los GEO son espectaculares, nunca se valorará lo suficiente su trabajo».

La actividad del comando había consistido en la colocación de artefactos en concesionarios de automóviles de San Sebastián y dos ametrallamientos a camiones con matrícula francesa en el puerto de Etxegárate (Guipúzcoa). Fueron confiscadas una metralleta Stein, una pistola Browning y otras tres marca Star, junto con su correspondiente munición. La numeración de las tres últimas armas coincidía con el paquete de pistolas que ETA militar robó a la Policía Autónoma Vasca en la Diputación Foral de Guipúzcoa en febrero de 1983. También fue hallado material para la fabricación de artefactos y un manual para su elaboración. En los registros se encontraron papeles manuscritos en los que se indicaban los atentados que debía perpetrar el comando contra las Fuerzas de Seguridad y una lista de objetivos, entre los que destacaba un destacado militante del PSOE… Ya entonces la banda comenzaba a dar pasos en su estrategia de lo que luego sería conocido como «socialización del sufrimiento».

# CAPÍTULO 4

## TALENTO CONTRA LA BARBARIE

«Visto con perspectiva, conseguimos unos resultados muy por encima de lo que cabía esperar en función de los medios que teníamos. Recuerdo cuando había que vigilar la casa de un objetivo, lo que a día de hoy no entraña dificultad alguna pues basta con colocar pequeñas cámaras enfocadas hacia el piso y el portal… Entonces no; había que hacerlo personalmente y eso requería pasar muchas horas en la zona con el evidente peligro de ser detectado por el etarra. La clave era buscar un puesto de vigilancia adecuado, que permitiera dominar el escenario de forma discreta. Y para eso había que tener picardía, saber aprovechar hasta la mínima posibilidad que se planteara».

«Una de las veces ese lugar perfecto fue… un cementerio. Salté la valla y encontré una tumba que estaba algo elevada. El difunto debía ser hebreo, porque en lugar de una cruz sobre la lápida había una estrella de David. El caso es que subí y me senté a esperar. Seguro que puede haber alguien que piense que es macabro, pero la verdad es que aquel lugar me ofrecía exactamente lo que yo necesitaba: una vista perfecta sobre la casa y la calle y tranquilidad, toda la tranquilidad del mundo… Estaba seguro de que nadie miraría allí, y si alguien lo hacía muy probablemente ni siquiera me vería. Así que me pude dedicar plenamente a mirar por el objetivo, sin tener que estar pendiente de que alguien me sorprendiese por la espalda. Esa era una de las principales normas de seguridad en estos servicios: con un ojo se vigila al objetivo, y con el otro se mira alrededor por si vienen a por ti… Más de un compañero fue cazado así por estas alimañas».

Entre 1985 y 1986, Enrique Pamies ya había decidido que quería dedicar su vida a la lucha contra ETA:

«Este trabajo es adictivo, llega a apasionar como pocas cosas en la vida. Tenía muy claro que para qué me iba a ir, si me gustaba lo que hacía… Tuve la oportunidad de trasladarme a Reus, pero no lo hice; es más, salió una vacante en Lérida, donde estaba mi familia y Ana, la que iba a ser mi mujer, me pidió que la solicitase; lo hice, pero no me la dieron. Recurrí la decisión y años después me la concedieron, pero ya no quería dejar la lucha antiterrorista de ninguna de las maneras».

Y eso a pesar de que por esos años tuvo que enfrentarse, por primera vez, a la experiencia de ser acusado en un juicio junto a otros tres

compañeros, Curro, Julio y Boque, en este caso como supuesto autor de lesiones a un detenido. Lleida y Boque llegaron a estar muy acostumbrados a lidiar con estos asuntos, porque fueron acusados otras seis veces, pero siempre salían bien librados. Hay que recordar que ETA obligaba a todos los detenidos a presentar denuncias por torturas, y que sus militantes lo cumplían a rajatabla, de modo que no era extraño que en la Brigada de San Sebastián hubiera «especialistas» en estas situaciones.

En esta ocasión el denunciante era un concejal de Herri Batasuna de Hernani. La sala de vistas estaba llena de «ciervos» (elementos proetarras) ya que los compañeros de los cuatro implicados no habían podido asistir. El ambiente, por tanto, era abiertamente hostil. Al final salieron absueltos, pero no porque la sentencia dijera que no habían existido malos tratos, sino porque no se había podido acreditar la culpabilidad. Les salvó la torpeza del médico forense, que escribió que el detenido presentaba «un chichón del tamaño de cinco duros» en la parte trasera de la cabeza. El abogado defensor, puesto por el Ministerio del Interior, defendió que el término chichón no aparecía en ningún tratado médico y que por tanto él no podía saber a qué se refería el facultativo con esa palabra… Hubo discusión entre las partes, claro, pero lo mínimo que se podía pedir a un profesional era que utilizase un lenguaje preciso. Como no fue así, Lleida y sus compañeros salvaron el trance.

«Me caso en el 87, y me llevé a mi mujer a San Sebastián. Para ella que los vecinos no la hablaran, que en algunas tiendas fuera la última en ser atendida era tremendo… Aquello lo llevó fatal. Menos mal que mis tíos, a los que nunca se lo podré agradecer bastante, le ayudaron a sobrellevarlo. Le prohibí abrir el buzón de casa; cuando íbamos a ir en coche a algún sitio, primero bajaba yo y lo revisaba».

Cada vez que Enrique Pamies tenía que salir por la noche, Ana era incapaz de conciliar el sueño hasta que regresaba a las seis, siete u ocho de la mañana, por mucho que él la dijera que estuviese tranquila, porque si le pasaba algo a la primera que iban a avisar era a ella. Se trataba solo de una mentira piadosa… Fueron años muy malos, en los que las únicas relaciones que podía tener era con mujeres de compañeros. Para que no faltara nada, el trabajo de su marido le hacía pasar horas y horas fuera de casa. Y no era solo el horario laboral, siempre flexible por prolongado: es que cuando salía de comisaría cualquier día normal muchas veces se quedaba por allí tomando copas con otros policías para seguir hablando de las investigaciones… En junio de 1990 el estómago le dio un serio aviso y dejó el alcohol, lo que le permitió pasar bastante más tiempo con ella.

Una vez más, se cumplía aquello de que «no hay mal que por bien no venga».

Era un clima horrible y Pamies prometió a su mujer que si salía otra plaza en Lérida la pediría. Salió en el 92; la solicitó por ella, pero cuando se la concedieron le insistió en que quería seguir en San Sebastián, además teniendo en cuenta que ese puesto en Cataluña ya era suyo y podrían ir allí cuando quisieran. Una vez más, Ana accedió… Todos los que entonces se dedicaban a eso tienen una deuda pendiente e impagable con sus mujeres e hijos.

La Brigada de Información de San Sebastián, a pesar de las dificultades, continuaba teniendo éxitos importantes a mediados de los ochenta. Aquel grupo de policías que día a día se jugaban la vida en Guipúzcoa iba adquiriendo experiencia —el compromiso fue permanente— y las operaciones se sucedían. Para entonces ya no existían como tales los grupos ATE (antiterroristas) y los inspectores de dividían en tres grupos. Pamies quedó encuadrado en el primero.

El 13 de julio de 1988 los policías del Grupo II, del que formaban parte gente mítica de la lucha contra ETA como Neo, un visionario de las operaciones, Harry, Boque o Zimer, entre otros que luego siguieron en la lucha contra la banda pero ya fuera del País Vasco, detuvieron en la calle Easo de San Sebastián a José Miguel Latasa Guetaria, alias Fermín, entonces jefe del Donosti, lo que suponía un golpe muy duro a la estructura de la organización terrorista en la provincia. Fue, sin duda, una operación clave en aquel momento, porque suponía el desmantelamiento de uno de los principales comandos de la banda.

En aquella operación, además de Latasa Guetaria, fueron apresados en Guipúzcoa catorce individuos más. La policía acusaba a ese pistolero de haber ordenado el asesinato de la exdirigente etarra María Dolores González Catarain, Yoyes, crimen perpetrado en pleno centro Ordizia, el pueblo natal de la víctima, a la luz del día, cuando iba de la mano con su hijo pequeño y delante de numerosos testigos que, por supuesto, no colaboraron con las Fuerzas de Seguridad por miedo. Era la respuesta de la organización terrorista a la decisión de esta mujer de acogerse a las medidas de reinserción que había puesto en marcha el Gobierno de Felipe González para incentivar la división dentro de ETA. Por este hecho Fermín fue condenado a 26 años y 8 meses de cárcel como coautor del asesinato, al haber sido la persona que señaló a Yoyes como objetivo al pistolero que apretó el gatillo, Félix López Ruiz, Kubati. Este sería arrestado y condenado algo más tarde, como se verá.

Después de las detenciones de Latasa y el resto de etarras, la policía localizó en la lonja de un edificio de Hernani 100 kilos de amonal —explosivo que se utiliza para la fabricación de bombas—, 12 granadas anticarro y diversas armas y munición. Asimismo, fueron incautados dos vehículos sustraídos —uno de ellos preparado con tubos lanzagranadas para un atentado inminente—, un equipo para fabricar matrículas y notas manuscritas de ETA.

El comando desmantelado tenía previsto atentar los días siguientes contra la Comandancia de Marina de San Sebastián y el Gobierno Civil de Guipúzcoa con el lanzamiento de granadas y colocar un coche bomba al paso de una furgoneta del Cuerpo Nacional de Policía.

Latasa, natural de Ordizia, estaba armado en el momento de la detención y portaba documentación falsa. El pistolero fue acusado también de colocar sobre el coche del entonces gobernador militar de Guipúzcoa, Rafael Garrido, un paquete explosivo que causó la muerte de este, de su esposa y de su hijo, así como de una transeúnte. La policía implicó también a este sujeto en el secuestro del empresario Jaime Caballero y en diversos atentados realizados en Guipúzcoa contra cuarteles y patrullas de las Fuerzas de Seguridad.

Lo cierto es que hasta ese momento había tenido suerte, ya que consiguió huir el verano anterior tras la explosión accidental de un coche bomba preparado cerca del río Urumea, en San Sebastián, para que estallase al paso de una patrulla policial. En aquel suceso resultaron muertos los otros dos terroristas del Donosti, Rafael Etxebeste y María Teresa Pérez.

Latasa Guetaria acabó renegando de ETA, que lo expulsó en 1994 y que incluso había ordenado asesinarle. En diciembre de 2013 quedó en libertad y el 7 de octubre de 2014 intentó suicidarse en el garaje de su casa. Fue uno de los terroristas más sanguinarios, y sobre su conciencia recaen muchos muertos inocentes. Al menos colaboró con la justicia en la resolución de algunos de los siniestros asesinatos perpetrados por esta pandilla de pistoleros fanáticos, aunque también ocultó datos que podían haber resuelto más crímenes. Entre ellos, la existencia de una «cárcel del pueblo» en Usúrbil que fue encontrada años después por la guardia civil al confesar Domingo Aizpurúa Aizpuru, Pitxas, después de que Francia se lo entregara en 1994.

«Tras esa operación mi grupo continuó con sus investigaciones y solo un par de meses después de aquello, en septiembre de 1988, mis compañeros localizaron a otro de los terroristas del Donosti. Me llamaron para darme la noticia de que mis vacaciones habían

terminado y exactamente sobre las nueve menos veinte de la noche el 23 de septiembre, en la plaza de la Diputación de San Sebastián, por fin detectamos una cita buena de nuestro objetivo y de otra terrorista. Se trataba de Miguel Castresana Razquin y de Begoña Uzkudun Etxenagusia, que al verse descubiertos entablaron un tiroteo. El primero resultó muerto —recibió cinco impactos de bala— y la segunda detenida, aunque uno de los compañeros, Turri, el jefe de mi grupo entonces, sufrió heridas en un brazo en el forcejeo. La etarra llevaba encima una granada y una pistola que no se atrevió a utilizar».

El intercambio de disparos había sido con Castresana. La terrorista, que actualmente está ya en libertad, se quedó literalmente paralizada ante la situación y se limitó a intentar oponer esa mínima resistencia ya comentada. Es fácil imaginar qué hubiera sucedido si hubiera utilizado la granada.

Castresana había recibido la orden desde Francia de reconstruir la infraestructura del Donosti, comando clave para la banda. Ya tenían un piso franco y contaban con la ayuda de otros individuos, tres de los cuáles también fueron detenidos tras la captura de los cabecillas.

La secuencia de la detención de Castresana y Uzkudun es digna de película. Ambos caminaban bajo los soportales de la plaza de la Diputación tras salir de una cafetería, el primero con un paquete de libros bajo el brazo y la segunda con un bolso grande. El etarra se dio cuenta de que había sido descubierto y con una tranquilidad pasmosa se apoyó contra una de las columnas de la plaza. Intentando disimular, sacó la pistola que llevaba en el bolsillo derecho, momento en el que dos de la media docena de policías que participaban en el dispositivo se acercaron por detrás de la columna para intentar inmovilizarle.

No tuvieron tiempo, porque Castresana disparó contra Turri, quien recibió un balazo en el hombro derecho, que le afectó el húmero. Luego, el pistolero abrió fuego en abanico, sin alcanzar, por fortuna, a más policías. Como es lógico, los compañeros del herido repelieron el ataque y el etarra murió tras ser alcanzado por cinco proyectiles. Begoña Uzkudun, Bego, como ya se ha dicho, no fue capaz de reaccionar.

Castresana, natural de Lasarte, participó, entre otros hechos repugnantes, en el secuestro y asesinato de José María Pérez López y colaboró en la muerte del jefe de la Policía Municipal de San Sebastián, Miguel Garciarena, en noviembre de 1980. En 1981 secuestró y asesinó a Juan José Costas Otamendi y en 1982 intentó

acabar con la vida del teniente de navío Francisco Santamarina.

La desarticulación total del Donosti, un éxito espectacular de la Brigada de Información de San Sebastián, se hizo, pues, en dos operaciones separadas entre sí por tres meses, por dos grupos distintos y sin que una investigación tuviera absolutamente nada que ver con la otra. «Aquel Grupo I de Turri, en el que también estaban conmigo Morgan, Floyd, Julio, Corro y Joa, entre otros seis o siete, era espectacular tanto en resultados, como en compañerismo y dedicación. La verdad es que lo mismo se puede decir de los otros dos, aunque lógicamente mi relación con ellos era menor».

Otra prueba de que la brigada funcionaba a pleno rendimiento es que de esa misma época es la desarticulación del comando Parque, dedicado a robar coches para, una vez preparados con explosivos, entregárselos al comando Madrid o al Itinerante, entonces especialmente sanguinarios. Aquella operación se hizo a finales de enero de 1988.

Los policías de la Brigada de Información de San Sebastián detuvieron en esa ciudad a tres miembros legales —no fichados por la policía— de ETA Militar que formaban un grupo de apoyo e infraestructura a la organización terrorista, a la que surtía de automóviles robados y explosivos para los atentados. Según las investigaciones, este grupo preparó y trasladó el coche bomba que fue utilizado en el sangriento atentado contra la casa cuartel de la Guardia Civil en Zaragoza, donde murieron en diciembre de 1987 11 personas. Asimismo, el grupo trasladó a Madrid los vehículos cargados de artefactos utilizados en el triple atentado contra centros militares el 17 de mayo de ese mismo año, en los que resultó muerta una mujer de 79 años.

La operación se pudo llevar a cabo porque un ciudadano llamó a la guardia municipal tras observar cómo los tres hombres manipulaban un vehículo en la calle Eustasio Amilia, en el barrio donostiarra de Amara. Los agentes se trasladaron inmediatamente al lugar, donde los tres detenidos sacaron las armas que llevaban, pero no hicieron uso de ellas. Los arrestados fueron Eduardo Aguirre Mauleó, natural de Tolosa (Guipúzcoa); Pedro Juan Odriozola Aguirre, natural de San Sebastián y residente en Tolosa, y Antonio Otamendi Auditegui, natural de la localidad guipuzcoana de Cizurquil. La policía les intervino en una bajera de Villabona 10 vehículos robados, 120 kilos de amonal, matrículas y documentaciones falsas, así como diversos dispositivos explosivos y armamento.

La investigación fue, por tanto, de gran calado, aunque tiempo

después, en 1993, fue superada por otra, de la misma brigada, en la que cayó el hermano mayor del comando Parque, el Mangui que operaba desde 1976… Sobre ello se volverá más adelante.

Ya en 1989 hubo otra operación, que no salió bien pero que tuvo un trabajo enorme detrás.

«Cuando en septiembre de 1987 cae el histórico jefe de ETA Santi Potros en Anglet [salió en libertad en 2018 gracias a la doctrina Parot] intervinimos un montón de documentación. Y además de llegar hasta un arsenal en Deba se le encontró un trozo de papel escrito que daba a entender que era del individuo que suministraba el material al comando Madrid, que enviaba a través de compañías de transporte».

«Como otras veces, teníamos la letra de ese individuo y una vez más acudimos a los archivos del DNI de Guipúzcoa. No dimos con ella. Luego Madrid, la Central, cuando se enteró de que estábamos mirando aquello se dio cuenta de que nos faltaban cosas que tenían ellos. Así pudimos comprobar cómo junto con ese trozo de papel venía un membrete de la empresa Orona, de ascensores, radicada en Hernani. Sacamos todo el listado de trabajadores, miramos otra vez la letra y nos dimos cuenta de que había un tal José Arregui Goicoetxea que como otro compañero suyo había rellenado la ficha del DNI a máquina, con lo cual no lo habíamos podido detectar. Lo que hicimos fue acudir al archivo del pasaporte; allí sí estaba esa letra manuscrita y por lo tanto lo pudimos identificar».

Los agentes de la Brigada de Información de San Sebastián se pusieron detrás del sospechoso, para ver si estaba activo o no. Fue un trabajo de tres meses en los que un grupo de ocho personas estuvieron en Hernani con tres coches, porque no había más, y sin comunicación con la base, porque las transmisiones en esa época eran manifiestamente mejorables. Una vez más, la escasez de medios se suplió con talento. Una lección que en estos tiempos sería bueno que se aprendiese.

El grupo de Pamies cogía al sospechoso desde que salía de trabajar en la fábrica hasta su casa, y veía cómo de vez en cuando hacía dos cosas raras: una, que en lugar de salir de la empresa e irse a su vivienda se iba monte arriba con su coche, y otras veces a un pueblo entre Éibar y Elgóibar, desde donde también cogía un camino forestal. Fueron muchas semanas de trabajo paciente, metódico, que como casi siempre acaba por dar resultados.

«En este último sitio vimos que simplemente iba y esperaba. Pensábamos que acudía a una cita, por lo que dedujimos que estaba

activo, lo cual ya era muy importante. La duda era por qué demonios subía hasta ese lugar u otro cerca de Hernani». De nuevo, la bendita improvisación ante la falta de medios dio sus resultados. «Lo que hicimos fue hacer cortes en esa pista forestal, donde nos situábamos nosotros, porque no se le podía seguir en un medio como ese. Así sabíamos que había superado determinada cota, pero que no había llegado a la siguiente, de modo que lo que demonios estuviera pasando tenía que estar sucediendo necesariamente en un tramo ya acotado».

Resulta ocioso decir que allí no había balizas, que para la mayor parte de la policía eran artilugios casi de ciencia ficción porque solo los usaban los de la Central para casos muy especiales. La solución al problema fue, de nuevo, de una lógica aplastante: el sospechoso se detenía alguna vez junto a una caseta que parecía de labranza. No se sabía qué podía haber dentro, de modo que a Pamies se le ocurrió poner tres piedrecitas en la puerta formando una figura, de modo que si alguien entraba allí las tenía que mover necesariamente… Salvo que hubiese llovido mucho, en cuyo caso la técnica «vanguardista» habría fracasado, o se habría ido «a tomar por culo», en lenguaje castellano y fácilmente entendible de los operativos.

«Uno de los días me quedé en una especie de vaguada, en la que a cierta distancia había unos arbolitos, mientras un compañero, Morgan, el sucesor de Turri como jefe de grupo, tomaba posiciones en la cota siguiente, que habíamos señalado con antelación. En mi punto de vigilancia había flores altas, y pude ver cómo aquel individuo subía en el coche y se acercaba al lugar donde me encontraba. Como empezó a aminorar la velocidad, y al ver que llegaba a mi altura, tuve que improvisar y decidí tirarme al suelo y cubrirme con la vegetación. Había una puñetera avispa incordiando, pero pude ver cómo ese tío se bajaba del vehículo, saltaba un pequeño tronquito que había y se acercaba a los dos o tres árboles en los que antes me había fijado. Le vi también agacharse antes de irse, de modo que era fácil deducir que había dejado o recogido algo de allí. Antes de todo esto ya había avisado a Morgan de que el tío estaba allí y cuando se fue me vino a buscar. Llamamos al jefe y cuando subió descubrimos un zulo con restos de TNT, entre otro material de interés».

«Aquello ya solo era cuestión de esperar a que el etarra se reenganchara; sin duda, ya lo teníamos. Pero Madrid dijo que quería fotos, y tuvimos que volver al sitio. Luego quería verlo personalmente el gobernador, y otra vez hubo que subir… Más tarde, los compañeros de sistemas de la Central colocaron allí un dispositivo para detectar la presencia de gente, que por lo demás fallaba más que una escopeta de

feria… Total, que al final de cómo había visto yo aquello el primer día a cómo quedó una semana después no tenía nada que ver… Ya había hasta una senda que llegaba al zulo de lo trillado que estaba el terreno».

¿Qué ocurrió finalmente? Lo normal. Cuando el sospechoso volvió a subir al monte, bajó del automóvil en el punto vigilado y se dio cuenta de que allí pasaba algo raro. Volvió a subir a su coche, y se marchó para siempre. Le detuvieron después en Uruguay y se dedicaba a cocinar besugos. Pero aquel servicio, que tenía un potencial espectacular, quedó seriamente tocado.

Pero si aquella operación fallida provocó una gran frustración en Pamies y sus compañeros, qué decir de la detención, el 26 de noviembre de 1987, de José Antonio López Ruiz, alias Kubati, jefe del comando Gohierri-Costa y objetivo número 1 de las Fuerzas de Seguridad en la provincia. La Brigada de Información de San Sebastián tuvo todo en su mano para arrestarlo, pero finalmente se le adelantó el entonces teniente coronel jefe de la Comandancia de Intxaurrondo, Enrique Rodríguez Galindo, que maniobró de forma inteligente para apoderarse de una investigación de la que sus hombres apenas tenían datos: «Por entonces en la Brigada de San Sebastián decíamos que los enemigos eran ETA, la Central y la Guardia Civil, pero con el tiempo te das cuenta de que eran estupideces de juventud y que lo importante era que los asesinos fuesen detenidos», dice con retranca Pamies.

El Grupo II identificó a la novia de Kubati, a la que como es natural sometió a un seguimiento muy minucioso. Un día los agentes observaron que entraba en una joyería y supieron más tarde que encargaba un reloj, dándose además la circunstancia de que lo hacía para un sábado que era el cumpleaños de este terrorista. Estaba claro, por tanto, que se iban a ver con ese motivo, por lo que la detención era inminente.

«Como es lógico, teníamos intervenciones telefónicas de ellos hablando, de modo que el caso estaba muy cerrado. El problema fue que el entonces gobernador, José Ramón Goñi Tirapu, al conocer por el jefe de nuestra brigada cómo estaba la investigación quiso oír en persona la voz del terrorista… Galindo y alguno de sus hombres acudieron también a esa reunión, y se dio la casualidad de que uno de ellos identificó a la persona que hablaba como la que también lo hacía con un colaborador del Gohierri-Costa al que ellos tenían pinchado y que pensaban que hablaba desde Francia».

Por sus intervenciones telefónicas previas, la guardia civil sabía que el

miércoles anterior al cumpleaños de Kubati aquel individuo que todavía no habían conseguido identificar iba a llamar a un colaborador (*laguntzaile*) a determinada hora. Por supuesto, sería desde una cabina pública, para que no pudiera ser localizada por las Fuerzas de Seguridad.

Galindo, rápido de reflejos, diseñó una operación para que ese día todas las cabinas de Guipúzcoa estuvieran controladas por guardias civiles, gran parte de los cuáles fueron reclutados en el colegio de guardias jóvenes Duque de Ahumada. Las que no podían ser cubiertas por el impresionante dispositivo fueron inutilizadas previamente. Como estaba previsto, el pistolero hizo esa llamada a la hora exacta desde un teléfono público de Tolosa, y fue detenido. Y la Brigada de San Sebastián, que era la que de verdad había obtenido los datos clave para el arresto del sanguinario pistolero, se quedó a dos velas.

Para dar una idea de la importancia de la detención de Kubati basta con señalar su historial. José Antonio López Ruiz fue condenado a 1210 años por 13 asesinatos y 16 atentados frustrados. Estuvo a punto de ser excarcelado en 2007 por una redención de condena por estudios, pero la aplicación de la doctrina Parot frenó su salida de prisión que quedó fijada para 2017. Estaba al mando del Gohierri-Costa de ETA y participó en múltiples asesinatos, como el de la exetarra Yoyes o el guardia civil Antonio Mateo Melero. Su historial de sangre incluye la muerte del electricista Juan Sánchez Fierro el 8 de noviembre de 1984; la del policía nacional Mohamed Ahmed Abderramán el 23 de noviembre de 1984; la del exconcejal y militante de UCD José Tomás Larrañaga Arenas el 31 de diciembre de 1984; el atentado el 28 de junio de 1986 contra los Grupos Antiterroristas Rurales de la Guardia Civil en el que perdió la vida en el acto Francisco Muriel Muñoz y el atentado con coche bomba del 27 de septiembre de 1987 en el que pereció en el acto el policía Wenceslao Maya Vázquez. Como ya se ha señalado, uno de los peores atentados en los que participó este individuo fue el cometido en San Sebastián el 25 de octubre de 1986, cuando asesinó a tres miembros de la familia Garrido: el general de Brigada Rafael Garrido Gil (gobernador militar de Guipúzcoa), su mujer, Daniela Velasco Domínguez de Vidaurreta, y el menor de sus seis hijos, Daniel Garrido Velasco.

«A pesar de todo, después de treinta años en la lucha contra ETA quiero decir que me he encontrado a magníficos profesionales en los distintos Cuerpos de Seguridad. Por supuesto, en todos los sitios hay ególatras que contaminan las relaciones. La única forma de coordinación que he conocido es a través de las relaciones personales. Aunque haya quien crea lo contrario, he tenido una magnífica relación

con la Guardia Civil a través de generales como Petisco, Aparisi o Castro, y de otros que no lo fueron, como Minguela, el ya fallecido Tuda, Doblas, Hernández, Barbero… Con la Ertzaintza, claro, fue más difícil, pero poco a poco mejoraron las cosas. No cito nombres para no perjudicarlos, y sé que si sus responsables políticos lo hubieran permitido la colaboración habría sido mayor. Y del CNI simplemente decir que los españoles pueden estar orgullosos de sus Servicios de Inteligencia, que están a la altura de los mejores del mundo, como han demostrado muchas veces».

CAPÍTULO 5

# FRANCIA EMPIEZA A COLABORAR

El 8 de enero de 1989, poco después de la liberación del empresario Emiliano Revilla tras pagar un rescate multimillonario, ETA declaraba una tregua unilateral de 15 días «como prueba de buena voluntad a fin de materializar la única salida al contencioso que enfrenta a nuestro pueblo con el Estado opresor español», que basaba en una negociación sobre el ritmo de aplicación de la llamada alternativa KAS. Al mismo tiempo la organización advertía de que «no queremos ni debemos catapultar falsas expectativas o soluciones mágicas».

Esa propuesta-imposición que era la alternativa KAS, sueño de los terroristas que jamás lograron alcanzar a pesar de los centenares de asesinatos perpetrados durante décadas, se basaba en estos puntos: amnistía total; legalización de todos los partidos políticos, incluidos los independentistas sin necesidad de rebajar sus estatutos; expulsión de Euskadi de la Guardia Civil, Policía Armada y Cuerpo General de Policía (aún no estaban unificados); adopción de medidas para mejorar las condiciones de vida y trabajo de las masas populares y especialmente de la clase obrera; satisfacción de sus aspiraciones sociales y económicas inmediatas expresadas por sus organismos representativos; estatuto de autonomía que cuando menos abarque los siguientes requisitos: reconocimiento de la soberanía nacional de Euskadi y derecho de autodeterminación, incluido el derecho a la creación de un Estado propio; el euskera lengua oficial, prioritaria de Euskadi; las fuerzas de defensa ciudadana que sustituyan a las actuales represivas serán creadas por el Gobierno vasco y dependientes únicamente de él; las Fuerzas Armadas acuarteladas en Euskadi estarán bajo control del Gobierno vasco, y el pueblo vasco poseerá poderes suficientes como para dotarse de las estructuras económicas, sociales y políticas que considere más convenientes para su progreso y bienestar, así como para realizar cualquier transformación autónoma de las mismas.

Por supuesto, con semejante planteamiento aquel diálogo era imposible que fructificase, entre otras razones porque el Gobierno solo estaba dispuesto a dar pasos para la reinserción individual de los pistoleros, pero sin contrapartidas políticas. Una fórmula, por tanto, de paz por presos.

«Aquella tregua [sostiene Pamies], representó el final de ETA como

movimiento de liberación al estilo que querían darle, similar al de Argelia. A cambio, su logro fue sentarse en una mesa con el Gobierno de España, entonces presidido por Felipe González, lo que le dio una legitimidad, tanto a nivel nacional como internacional, que hasta entonces no había conseguido». Ese proceso de negociación fue conocido como las conversaciones de Argel y duró hasta el 4 de abril.

Uno de los hechos relevantes que se produjo en aquel periodo de «distensión» ocurrió fuera de España. El 11 de enero de 1989, apenas tres días después de la declaración de la tregua la policía judicial francesa asestaba un duro golpe a ETA con la detención de su máximo cabecilla, José Antonio Urruticoechea Bengoechea, Josu Ternera, y de Elena Beloki, también miembro del zuba (comité ejecutivo de la organización terrorista).

Ternera fue detenido en Bayona sobre las siete de la tarde cuando acababa de salir de un piso y circulaba en una motocicleta, acompañado de una mujer por un sendero situado a solo un kilómetro del centro de la localidad. Los agentes franceses simularon un accidente de circulación para obligarle a detenerse, momento que aprovecharon para su arresto. Poco después Beloki fue capturada en la vivienda. Urruticoechea Bengoechea compartía en ese momento la cúpula de ETA con Francisco Múgica Garmendia, Pakito, y José Javier Zabaleta Elósegui, Baldo.

La caída de Ternera tuvo como primera consecuencia que el colectivo Artapalo, formado por Pakito, José Luis Álvarez Santacristina, Txelis, y Joseba Arregui Erostarbe, Fiti —probablemente también estaban incluidos en él al menos Baldo y Agustín Azcárate Inchaurrondo—, se hiciera con el control absoluto de la banda en una de sus etapas más sanguinarias. «Desde ese momento los etarras pasaron ya a ser puros y simples asesinos sin una base política más o menos fundada», sostiene Pamies, quien recuerda que el ideal que había mantenido ETA desde sus inicios era ser una especie de Frente de Liberación Nacional similar al argelino, y de hecho ese es el origen del nombre del Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV). Artapalo planificó lo que llamó la «batalla del 92», concebida para teñir de sangre los acontecimientos históricos que nuestro país iba a celebrar ese año, en especial los Juegos Olímpicos de Barcelona y la Expo de Sevilla, y ya antes ordenó todo tipo de salvajadas para someter al Gobierno español.

El 3 de mayo de 1990 era domingo y aniversario de boda de Ana y Enrique. Ese día le tocaba incidencias y tuvo la mala suerte de que le avisaron de que había habido una manifestación en la que se habían

producido cargas policiales y que le llevaban 18 detenidos… Eran las 12:30 más o menos y él tenía reservada mesa en un restaurante para celebrar con su mujer el acontecimiento familiar. Además, le dieron la orden de que hiciera diligencias y les tomara declaración a todos, ya que se les quería pasar a disposición judicial en el día, y en el caso de que el juez no los recibiese la mañana siguiente. «Pensé, ¿en domingo?, ¿por unos disturbios?… Ni en broma lo hace su señoría. Pero como siempre digo, las órdenes se cumplen».

Pamies llamó de inmediato al abogado de oficio, al que casi le dio un infarto al saber lo que se le venía encima. Le tranquilizó diciéndole que seguro que llegaban a comer, pero el letrado no las tenía todas consigo. Lleida se entrevistó con los 18 detenidos —algunos de ellos tenían lesiones por los enfrentamientos—, y amablemente les sugirió que lo mejor para todos era que pidieran letrado de oficio y que se negaran a declarar… «Con la perspectiva de los años, puede ser que aquello no fuera para sentirse orgulloso, pero la guerra es la guerra y hay que permitirse algunas licencias. Lo esencial es que poco después de las tres de la tarde estaba sentado con mi mujer en el restaurante».

La lucha contra el terrorismo no tenía tregua, si bien para entonces Francia había cambiado de actitud —hay quien atribuye parte de ese viraje a la actuación de los GAL, aunque es una versión discutible— y comenzaba a detener a miembros de la organización muy cualificados. Buen ejemplo de ello, además de los arrestos de Beloki y Ternera, fue la captura de Carmen Guisasola, la Gorda, el 17 de noviembre de 1990 en un control policial de la Gendarmería Nacional Francesa en Saint Martin de Seignanx, a 50 kilómetros de la frontera de Irún. La peligrosa etarra, que por entonces coordinaba los comandos ilegales, fue arrestada junto Roberto Murguiondo, Alberto Plazaola Anduaga y Miren Simone Odriozola. Tras veinticuatro años en prisión salió en libertad en 2014 después de repudiar a la banda y asegurar que «sentía no poder reparar lo irreparable», aunque como otros etarras «arrepentidos» no ha ayudado a resolver crímenes pendientes perpetrados por sus compañeros de los que ella tiene datos.

Guisasola iba a reunirse esos días con Francisco Múgica Garmendia, Pakito, jefe del aparato militar, para poner a su disposición a nuevos terroristas que habían sido seleccionados para integrar el comando Araba, y a una mujer que reforzaría al Barcelona. Cinco días después de su arresto fueron detenidos en Nantes los etarras con los que la banda pretendía formar ese grupo criminal. La terrorista llevaba encima en el momento de ser apresada gran cantidad de documentación que sirvió para la detención de hasta 26 pistoleros en los días siguientes en Francia, Guipúzcoa, Navarra y Vizcaya.

Lo que precipitó esta caída masiva fue que la Gorda tenía entre sus papeles unas anotaciones con direcciones y un número al lado. El primer arresto de esta serie se hizo al día siguiente en Pamplona, en un piso situado en una de esas direcciones junto al que había escrito un 1. En efecto, allí se escondía un terrorista. En vista de que ese número parecía hacer referencia a los etarras que se escondían en cada una de las viviendas señaladas, se fueron diseñando los correspondientes dispositivos.

En el caso de Pamies, en la parte de la documentación que afectaba a la Brigada de Información de San Sebastián aparecía una vivienda de Rentería situada en el piso 14 del polígono Olivet, y un 2, lo que hacía sospechar que allí se refugiaban dos etarras. En aquella operación llevaban los chalecos antibalas puestos.

«Llamé al timbre, pero como nadie respondía pregunté a mi compañero "Neo: ¿Patada en la puerta?". Como me dijo que sí, actué en consecuencia. Dentro un etarra estaba justo detrás de ella. Salió despedido y me fui a por él. Crucé el salón, pero el individuo logró salir a la terraza. Yo le gritaba lo típico, «¡quieto!, ¡policía!, ¡quieto o disparo!», aunque en ningún caso iba a abrir fuego contra alguien por la espalda, ni siquiera a un terrorista, entre otras cosas porque habría sido el fin de mi carrera… Aquí no es igual que en Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña o Alemania, como se ve países muy "atrasados" en lo que se refiere a derechos humanos».

El caso es que, para su sorpresa, y a pesar de estar en una planta 14, el terrorista saltó por el balcón, agarrándose a la barandilla, y aunque pudo cogerlo del pelo el etarra tuvo el coraje de intentar una acción casi suicida para escapar. Así, hizo un escorzo y de esta forma logró llegar hasta el balcón de la planta 13. De 1000 veces que lo hubiera hecho, 999 habría muerto reventado en la calle… Pero lo consiguió, de modo que Pamies volvió dentro de la casa gritando que el etarra estaba en la planta 13. No acabó ahí la persecución. El fugitivo saltó del piso 13 al 12 por un patio interior, atravesando una cristalera y haciéndose, como consecuencia de ello, varios cortes. En ese momento fue cuando, por fin, pudieron detenerlo.

«Pasados los momentos de tensión, y ya con una sonrisa, Donal, por entonces mi jefe de grupo, me contó que cuando salí en persecución del etarra tras la patada en la puerta él me siguió, pero se quedó en el pasillo al ver un recodo que daba a una habitación. Por lo visto, allí estaba el segundo terrorista, pistola en mano, viendo la escena, de modo que podía haberme disparado con absoluta facilidad y con toda seguridad matarme. Por fortuna no lo hizo y mi compañero le

encañonó con una Marietta, a lo que él respondió dejando caer el arma… Lo más gracioso, visto desde ahora, claro, fue que la Marietta de Donal no funcionaba, pero él no lo supo hasta que otro compañero le dijo que para qué llevaba esa arma si estaba estropeada. En fin, será que realmente existe el ángel de la guarda, o al menos se aparece alguna vez».

Los dos etarras, a los que se intervinieron tres pistolas, fueron identificados como Ángel Lizarbe Osés y Luis Francisco Gracia López y en el barrio donostiarra de Ulía fue detenida poco después Nekane Arrieta, propietaria del inmueble en el que se hallaban escondidos. Los dos primeros eran unos huidos del comando Nafarroa, del que también formaba parte Germán Rubenach, el terrorista que se disparó en la Foz de Lumbier mientras era perseguido por la guardia civil.

La caída de la Gorda y del resto de terroristas no solo fue un golpe importante en ese momento, sino que allanó en buena medida el camino para la posterior desarticulación del colectivo Artapalo por parte del Servicio de Información de la Guardia Civil en una brillantísima operación que dejó noqueada a ETA.

A finales de los ochenta, Mauri, que había sido clave en la caída en 1987 del comando Madrid de De Juana Chaos y Troitiño, tuvo una de sus brillantes ideas: montar servicios los fines de semana en los posibles lugares de cita entre liberados y enlaces de la organización. Aquello se demostró con el tiempo que había sido un acierto, porque otro compañero, Morgan, detectó una de esas reuniones. Tras seguir a un joven que llevaba un ejemplar de *El País* bajo el brazo bien visible —demasiado, porque se veía que aquella forma de llevar el periódico era artificial—, llegó hasta Zarauz, donde se le perdió. Aquello fue un contratiempo, claro; pero al menos la policía ya le conocía, y sobre todo por dónde se movía. Aquel individuo era Antonio Cabello Pérez, que tenía otro hermano en la banda.

Una vez más el Grupo I se echó a la calle para detectar a este individuo. «Tuvimos que hacer gestiones de todo tipo, en las que fue de una gran utilidad otra operación que llevábamos con la policía francesa en la que meses después fue detenido Dienteputo y que me permitió conocer muy bien la infraestructura de HASI, antecesor de EKIN, el aparato encargado de salvaguardar la ortodoxia de todo el MLNV, incluida la izquierda *abertzale*. Y también tuvimos que pasar muchísimo frío en las calles de Zarauz, pero todo mereció la pena porque en febrero de 1991 logramos desarticular el comando Gohierri-Costa, uno de los más sanguinarios».

Sobre el mediodía del 9 de febrero de ese año Pamies estaba de pareja con su compañero —«y gran policía»— Petri, cuando vieron cómo Cabello se dirigía hacia la calle principal de Zarauz y entraba en el bar Eguzki. Por la malla (emisora policial) dieron el aviso en clave: «Sadam en autobús». Era la época de la primera guerra del Golfo y habían detectado que el objetivo tenía un compañero, de modo que los llamaron Sadam y Hussein. Y lo de autobús era porque estaban controlando la parada de los autobuses que iban y venían a San Sebastián.

Desde hacía algún tiempo la policía tenía alquilado un piso en la localidad, que además era la base de operaciones de los geos, que estaban siempre preparados para actuar. Los de operaciones especiales, por supuesto de paisano para no levantar la alarma, llegaron muy pocos minutos después, y a pesar de que Cabello se resistió, fue neutralizado en segundos. Llevaba una pistola y una granada y lo primero que hicieron Pamies y Petri fue quitarle las llaves de su piso, cuya dirección aportó tras un rápido y expeditivo interrogatorio. Estaba situado en el quinto piso de la calle Zigordia, 37. La operación estaba en marcha y entraba en su fase crítica.

Pamies acompañó a los geos hasta la misma puerta de esa vivienda, que era una buhardilla; quería entrar con ellos, pero el responsable del grupo, con toda la razón del mundo, le ordenó esperar abajo. Tras entrar en el piso, los agentes de operaciones especiales vieron que había una mujer en el baño y la gritaron lo de siempre: «¡Quieta, policía!». El problema fue que al detener a esta mujer Hussein, que estaba tumbado en la cama, abrió fuego sobre el primer geo que entró, alcanzándolo en el brazo y haciéndolo caer. Otro impacto fue repelido por el chaleco antibalas que portaba, y el tercero impactó en la cartuchera. El resto del equipo, al ver que no podía entrar allí para cubrir a su compañero, abrió fuego a discreción a través de las paredes de la habitación, alcanzando al etarra en la cabeza y un brazo. Increíblemente el proyectil de la cabeza le alcanzó el borde del parietal y resbaló, quedando la bala en un lateral, sin afectar zonas vitales.

«Yo, que estaba oyendo aquella ensalada de tiros, pedí por radio que me fueran mandando ambulancias, convencido de que iba a haber bastantes heridos, como poco. En ese momento vi bajar a uno de los geos, que me dijo: “Oye, me han dado, déjame tumbarme en el suelo por si me mareo”, exactamente con el mismo tono de voz que el que te comenta el tiempo y aconseja coger un paraguas… Honor y Gloria a esos policías, con mayúscula. Si no hubieran estado allí y tenido que entrar nosotros es probable que alguno hubiésemos caído… Pero lo

que es seguro es que los etarras no habrían salido de allí».

Mejor para todos, por tanto.

En el piso fue intervenido diverso material, armas y explosivos. Hussein fue identificado como Miguel Ángel Ascasíbar Garitano, y la mujer era la también liberada María Josefa Uzkudun Etxenagusia, quien cuando salió de la casa, según relataron entonces los vecinos, gritaba y lloraba de rabia por la detención… Pero el golpe al Gohierri-Costa aún no había acabado.

Poco después de esa operación fue detenido Bonifacio Arrondo Angulo, propietario del piso ocupado por los terroristas, en el bar La Cantina de la estación de Zarauz, próximo al lugar del tiroteo. Otras siete personas, miembros de la infraestructura del grupo, fueron igualmente arrestadas. Se trataba de Carlos Larrañaga, detenido en Deba; Eutemio Fernández Carabias, arrestado en Orio; Hilarlo Leturiondo y Jon Maya, en la localidad guipuzcoana de Zumaya; Demetrio Tarradillos y Miquel Artola, en Ordicla, y José Ignacio Oña, en Beasain. Algunos terroristas del comando, reconstruido tras la caída de Kubati, estaban ya fichados por la policía. Actuaban en la zona de Zarauz y en la cuenca del Urola.

Precisamente Ascasíbar, el etarra herido, fue quien decidió confesar todos los hechos perpetrados por el comando ante el juez Baltasar Garzón, encargado del caso, implicando además a sus compañeros. Dijo que los tres habían participado en los lanzamientos de granadas contra los cuarteles de la Guardia Civil de Zarauz y Deba (Guipúzcoa), que no causaron víctimas mortales, aunque sí importantes daños materiales. Admitió también haber colocado con los otros dos terroristas un coche bomba que contenía 50 kilos de amosal y otros 50 de metralla en la autopista Bilbao-Behobla a la altura de Arrona. El artefacto fue desactivado. Y confesó que disponían de 26 kilos de explosivos y un arsenal de armas.

Por entonces, primeros de los noventa, aún continuaba la competencia mal entendida entre la Policía y la Guardia Civil —hay quien asegura, no obstante, que también actuaba como un acicate más para sacar adelante grandes servicios—, con episodios tan delirantes como el ya relatado de la detención de Kubati. Por supuesto, todo eso no hacía sino provocar más recelos entre unos y otros. Sin embargo, peor era la que se producía en la propia casa. Un buen ejemplo de ello se produjo con una investigación del Grupo I de Información de San Sebastián, que culminó nada menos que con la detención en Francia, entre otros, del sanguinario José Luis Eciolaza Galán, alias Dienteputo, Diente, y

Ezio, asesino de la inspectora María José García y que con el tiempo ocuparía puestos de máxima relevancia en la cúpula de ETA. La operación apenas tuvo trascendencia, ni mediática ni policial, toda vez que aquel individuo fue poco después puesto en libertad y nunca más se le pudo capturar.

«Por aquella época en mis ratos libres me dedicaba a estudiar los documentos de Santi Potros, sanguinario pistolero e inductor de la matanza de Hipercor en Barcelona, que había sido detenido el 30 de septiembre de 1987 en Anglet (Francia). Los papeles, claro, nos los tenía que enviar Madrid, lo que llevaba su tiempo, años incluso. El caso es que al leer uno de ellos me llamó la atención que había anotaciones con pagos a miembros de la banda. Recuerdo que había uno de 500.000 pesetas (3000 euros, un dineral entonces) a Kubati, el jefe del Gohierri-Costa. Pero había otro similar a nombre de lo que nosotros pensábamos que decía Inferno o Infernu, aunque teníamos serias dudas sobre si en verdad se trataba de una f o una p».

Pamies comentó el dato con el jefe de grupo, Morgan, y con su autorización se puso a trabajar en ello con sus compañeros, por supuesto sin tener ni idea de a dónde les llevarían las pesquisas. Al poco tiempo descubrieron que la *herriko* de Zumaya se llamaba Inpernupe («infierno»), comprobaron que se había fundado solo unos años antes y que uno de quienes la habían puesto en marcha era Zumay, el alias de Aristi Echaide, también conocido como Patxi, un etarra que huyó poco después de abrir sus puertas el local.

Lo primero que hizo la policía fue localizar a la mujer, y tras meses de escuchas y seguimientos dio con el etarra, que se encontraba en una zona de la Bretaña francesa. En ese momento se pidió ayuda a la Central, pero en aquella época todo lo que ellos no controlaban les importaba poco. Ante esta tesitura, y tras comprobar que el terrorista no estaba solo, la brigada de San Sebastián decidió actuar por su cuenta y pedir ayuda a unos colegas franceses —uno de los Resignemant Generaux y otro de la Policía Judicial— que entonces estaban destinados en la Delegación del Gobierno en Vitoria. Ambos se portaron de forma impecable y fruto de ese trabajo conjunto, tras muchas vicisitudes, se pudo detectar el piso de Zumay, que compartía con otros dos terroristas: Jesús María Bergaretxe Zugasti y Dienteputo. La operación se hizo el 11 de diciembre de 1991 en Burdeos, Poitiers, Angers y Biarritz.

En total, fueron detenidas 21 personas. Los arrestos, realizados por la policía judicial al ser en suelo francés, comenzaron a primeras horas de la mañana. Izaskun Rekalde, mujer de Santi Potros, con el que

había sido ya detenida en 1987 aunque luego quedó en libertad, y una de las responsables del comité de refugiados en el suroeste francés, fue trasladada desde su domicilio de Biarritz hasta las dependencias policiales en Bayona. José Luis Eciolaza Galán, Dienteputo, José Manuel Aristi Etxaide, Patxi, Zumay y Jesús María Bergaretxe Zugasti fueron localizados y detenidos en Angers. El resto de los implicados formaban una pequeña red de apoyo integrada por independentistas bretones, por lo que se pudo demostrar, ya de forma definitiva, la relación tan estrecha que había entre ambos colectivos.

Eciolaza Galán residía en Francia desde 1983, año en el que fue desarticulado el comando del que él formaba parte junto a Miguel Goikoetxea, Txapela. Este grupo etarra fue autor entre los años 80 y 83 de 15 asesinatos, entre ellos, como ya se ha dicho, el de la inspectora de policía María José García Sánchez, cuatro guardias civiles y un paisano en Zarauz (Guipúzcoa). Antes, entre 1978 y 1980, había estado en el Donosti a las órdenes de Txapela en una etapa en la que José Javier Zabaleta Elósegui, Baldo, también pertenecía a ese comando. Tal como se ha señalado en otro momento, Txapela fue asesinado en un atentado de los GAL.

Pamies comenzaba a destacar con fuerza en la Brigada de Información de San Sebastián, y su capacidad de trabajo, de sacrificio, de anteponer el servicio a cualquier otra circunstancia no pasaban inadvertidas a sus mandos. Por supuesto, familiarmente el coste seguía siendo muy alto, pero la lucha contra el terrorismo hacía tiempo que había dejado de ser para él una profesión y se había convertido en una forma de vida. Todo giraba alrededor de eso.

«Una de las cosas que descubrimos también a lo largo de la investigación, y que años después haría correr ríos de tinta, fue que los etarras cursaban estudios en la Universidad del País Vasco y que algunos profesores les enviaban los exámenes y ellos los rellenaban y los devolvían. Por supuesto, identificamos a los docentes que se ofrecían para esos manejos, pero no se hizo gran cosa entonces… Aunque luego, años más tarde, el asunto provocara un gran escándalo. Por tanto, se pudo acabar con aquello mucho antes».

Parece lógico que los responsables de la universidad estuvieran al tanto de todo, pero también en ese sector, como en todos los de la sociedad vasca, el miedo era moneda común.

Además, al tener que trabajar a fondo esa costa francesa para localizar a los terroristas, Pamies pudo controlar toda la infraestructura en la zona de HASI, el primer brazo político de ETA y antecedente de EKIN.

Estas investigaciones tuvieron una gran importancia, como se demostró algún tiempo después.

El jefe de la Brigada de Información de San Sebastián, Mauri, el jefe del Grupo 1, Morgan, y Lleida, supieron desde el principio que la operación que habían realizado era de primerísimo nivel, pero en la Comisaría General de Información, en Madrid, se tomó aquello casi como una afrenta, hasta el punto de que no está ni siquiera claro que en la misma se llegara a conocer el alcance real del asunto. El entonces ministro del Interior, José Luis Corcuera, se mostró «satisfecho» por las detenciones, pero tampoco se extendió en más valoraciones, como si aquel hubiese sido un servicio antiterrorista cualquiera. Aunque solo fuera porque era de las primeras investigaciones conjuntas de las policías de los dos países contra la banda terrorista, lo que suponía un cambio de tendencia fundamental, no se entiende, tampoco a día de hoy, esa cicatería al valorar el trabajo realizado. Terminaba la etapa del santuario francés y comenzaba la de la colaboración, lo que acercaba el final de ETA. En Francia, quizá por lo que suponía de cambio de actitud, el caso sí tuvo bastante repercusión.

En julio de 1991 las Fuerzas de Seguridad se enfrentaron a otro reto importante. Diez años después de los incidentes en la Casa de Juntas de Guernica, en la que don Juan Carlos y doña Sofía fueron «obsequiados» por los proetarras de Herri Batasuna con el canto del Eusko Gudariak (himno del soldado vasco), justo cuando el rey iba a hacer uso de la palabra —fue uno de los detonantes del golpe de Estado de 1981—, los monarcas regresaban al País Vasco. Primero visitarían Guipúzcoa y luego Vizcaya, y en la primera de las provincias se alojaban en el maravilloso hotel María Cristina de San Sebastián.

La Brigada de Información de Donosti se movilizó íntegramente para participar en el dispositivo conjunto de seguridad, y a Lleida le tocó estar de control en la planta inferior a la que los reyes se alojaban, ocupada por su séquito y el resto de personas que tenían alguna relación con el evento.

«Me ordenaron que todo el que saliera del ascensor y pretendiera salir del mismo tenía que llevar la correspondiente acreditación. Aquello, desde luego, no era muy emocionante, pero en peores plazas había toreado y al menos se estaba fresquito. Además, descubrí que en una zona de servicio había un carrito con una bandeja llena de unos bombones maravillosos, de los que por supuesto di buena cuenta».

«En esas estaba cuando veo que el ascensor se detiene en mi planta y

sale de él un señor mayor al que le faltaba un brazo. Como veo que enfilaba hacia el pasillo sin siquiera saludar, intervine: "¡Quieto, la documentación!". Lo normal, vamos, pero no se le ocurrió otra cosa que decirme aquello tan español de "usted no sabe con quién está hablando", con una superioridad un tanto molesta… Es verdad que conmigo la diplomacia española no se ha perdido nada, y aquello no me sentó bien, así que le repliqué. "Sí señor, claro que lo sé; un manco que se cree que va a pasar por aquí". El hombre se puso rojo de ira, pero sacó la acreditación, que comprobé. Era correcta, así que le dejé pasar. No se despidió… Más tarde supe, al comentarlo con los compañeros, que aquel hombre era Manuel Prado y Colón de Carvajal, íntimo amigo de don Juan Carlos».

La verdad es que no presentó queja alguna, por lo que no hubo consecuencias para Pamies. Probablemente se daría cuenta de que su comportamiento tampoco había sido el más adecuado.

Como ya se ha avanzado, tras la tregua y la caída entre otros de Josu Ternera en Bayona en enero de 1989, tomó el relevo en la cúpula de la banda el colectivo Artapalo, formado por Francisco Múgica Garmendia, Pakito, José Luis Álvarez Santacristina, Txelis, y José María Aguirre Erostarbe, Fiti. Desde ese momento los etarras pasaron a ser puros y simples terroristas, con mucha menos base ideológica, y su detención en Bidart por la Guardia Civil el 29 de marzo de 1992 fue uno de los golpes más duros que sufrió la banda. De menos repercusión mediática, pero igualmente decisiva, fue la caída de sus sucesores, Iñaki Bilbao y Rosario Picabea, el 31 de mayo de ese mismo año en un aparcamiento de Bayona. Aquel servicio fue posible gracias a las pesquisas de la Comisaría General de Información de la Policía.

El trabajo de la Brigada de Información de San Sebastián continuó con la misma intensidad. Los años de plomo continuaban y prácticamente cuando comenzaba la investigación por un atentado había que dejarla porque se perpetraba otro de igual o más gravedad. Muchas veces se sabía quién podía ser el autor del asesinato, pero no había medios ni forma de poder demostrarlo, de tal modo que quedaban oficialmente como «no resueltos». Es verdad que ni siquiera a día de hoy hay sentencias condenatorias sobre esos crímenes, pero no lo es menos que están sin resolver en el ámbito judicial, porque policialmente la mayoría de ellos no ofrecen dudas en cuanto a la autoría.

En 1992 hubo otro servicio de gran relevancia. Tras unas detenciones, entre ellas las de algún abogado, se intervino un trozo de papel en el que ponía que un tal Xabi B estaba descolgado y que ya había estado trabajando con la organización. El servicio era de la Comisaría

General, pero la Brigada Provincial de Información apoyó para intentar identificarlo. «Una vez más nos comimos el archivo del DNI. Todos aquellos cuyo apellido comenzara con la B, y todos los Xabier, Javier, Francisco Javier, Kepa Xavier, etcétera, también… Pero no encontramos nada».

La respuesta llegó poco tiempo después, cuando pudo ser identificado mediante una línea de investigación alternativa. Era Xavier Balerdi, pero el tipo figuraba en el DNI como Francisco Javier Valerdi Ibagurren, algo muy extraño en los vascos, que eliminan las V y las transforman en B. Era camarero de una *herriko* taberna de Gros, Marruma Elkartea, que había actuado desde la época de Kubati como *laguntzaile* («colaborador»). Después
lo fue del comando Donosti formado por Patxi Iciar, Ormaechea y Leunda, todos ellos muertos en un enfrentamiento con la guardia civil en el barrio de Morlans de San Sebastián en agosto del 90.

Balerdi tenía sobre sus espaldas cinco asesinatos: un funcionario de prisiones en el Antiguo; el conductor de un empresario; el gobernador militar de San Sebastián; un policía nacional en el Casco Viejo y otro militar en el Antiguo. Tras cada crimen iba a la *herriko* a trabajar, con absoluta tranquilidad, lo que demuestra la catadura moral de este sujeto.

«En el caso del asesinato en San Sebastián del conductor del empresario la idea del comando era la de secuestrar al jefe, pero Balerdi se puso nervioso y abrió fuego contra el empleado… Un compañero y yo fuimos a hablar con el industrial a su piso del paseo de La Concha cuando aún estaba el cadáver de la víctima en el vehículo. Al hombre no se le ocurrió otra cosa que decirme que en ese momento no estaba para hablar, que comprendiéramos su situación… Quizá fui algo brusco, pero le respondí que a la que había que comprender era a la familia del muerto, que suponía querría colaboración por su parte, y que además no disfrutaba de un pisazo como el suyo… Su abogado, que para entonces ya estaba en la casa, intentó mediar, y yo les pedí que me dejaran utilizar el teléfono para hablar con la comisaría… Estábamos en el salón, había un aparato allí mismo pero aquel hombre tuvo la “amabilidad” de mandarme a hacer la llamada a las habitaciones del servicio. Cosas de la diferencia de clases sociales…»

En el asesinato del gobernador militar le dispararon un montón de tiros en la cabeza. La policía tenía claro que el arma asesina era un subfusil, y al estar tan agrupados los impactos pensó que el que lo había hecho debía ser un experto en el uso de las armas… Lo normal

al tirar a ráfaga es que los primeros proyectiles vayan bien dirigidos, pero luego, salvo que uno sea muy diestro, lo habitual es que el resto vayan hacia arriba. Cuando Xavier Berardi confesó dijo que Leunda le entregó el subfusil unos segundos antes con el seguro quitado y que le dijo que aguantara fuerte y disparara. Fue su primera vez; nunca antes había practicado.

El 20 y 21 de enero se celebra en San Sebastián la tradicional tamborrada, y en 1993 ETA tuvo la idea siniestra de teñirla de sangre con el asesinato del empresario José Antonio Santamaría: su «crimen», según justificó posteriormente la organización, era ser jefe de una red de tráfico de drogas «que la Guardia Civil y la Policía Española han organizado y promovido» para destruir a la juventud vasca. ¿Había alguna prueba de eso? Ninguna. ¿Fue el único que cayó bajo el fuego etarra con las mismas acusaciones? En absoluto, hubo varios como Santamaría… Los terroristas se investían como jueces, dictaban la sentencia y la ejecutaban y lo que es peor había muchos que justificaban estas salvajadas, o en el mejor de los casos miraban para otro lado. Lo sucedido en la tamborrrada es un ejemplo perfecto de ello.

«La noche del día de San Sebastián tuve que ir a una sociedad gastronómica en el Casco Viejo donostiarra. Una hora antes del comienzo de la fiesta un individuo había entrado en el local, se había acercado a donde estaba sentado Santamaría y sin mediar palabra le descerrajó un disparo en la cabeza, casi a cañón tocante… La víctima estaba delante de un plato de merluza a la vasca con angulas, como manda la tradición. Aún recuerdo sus sesos desparramados por encima de aquel manjar, que tardé mucho en volver a probar, aunque la verdad es que los policías cambiábamos las angulas por gulas, dado nuestro sueldo».

Lo más terrible, lo que demuestra la miseria moral que se vivía entonces en el País Vasco, es que la tamborrada no se suspendió, ya que los responsables políticos no consideraron ese crimen salvaje una razón suficiente como para detener la fiesta….

«Y eso que el asesinato se había producido a apenas 75 metros de la plaza de la Constitución, donde se celebraba el evento. Quiero recordar que el alcalde entonces era el socialista Odón Elorza, que jamás acudió a una sola fiesta de los Santos Ángeles Custodios, patronos de la Policía, o a la de la Virgen del Pilar, que lo es de la Guardia Civil… Hasta eso sería perdonable; pero ni siquiera asistió a uno solo de nuestros funerales, de gente que había caído en acto de servicio…».

Por cierto, apenas dos días después del asesinato de Santamaría los etarras volvían a matar en San Sebastián, esta vez en el barrio de Martutene. La víctima elegida en esta ocasión era un funcionario de prisiones, José Ramón Domínguez Burillo. Otro crimen tan salvaje como absurdo, que apenas ocupó espacio en algunos medios de comunicación ya vacunados, cuando no temerosos, por la brutalidad del terrorismo. Muchos de ellos utilizaban un lenguaje aséptico, de una frialdad absoluta, que visto hoy repugna. Se podrá argumentar que también ellos vivían bajo el terror, pero se convendrá igualmente en que no supieron hacerle frente hasta mucho años después, con una ETA mucho más débil gracias al trabajo de las Fuerzas de Seguridad. Porque en lo ocurrido en el País Vasco hay solo un culpable, que son los que mataban, pero muchos responsables de la falta de reacción: la propia sociedad, la clase política, la Iglesia y también, por qué no admitirlo, un cierto sector de la prensa.

A finales de octubre de 1993 la Brigada de Información de San Sebastián hizo otro gran servicio: la desarticulación del comando Mangis, el hermano mayor del comando Parque que ya había desmantelado años atrás. Se trataba de un grupo clave, porque sus miembros eran los encargados de llevar los coches cargados de explosivos por toda España para que los diferentes comandos los hicieran estallar. Estaba formado por dos individuos, José Gabriel Zabala Erasun y Gonzalo Rodríguez Cordero que eran la historia viva de la banda, ya que desde 1976, año en el que ingresaron en ETA, siempre dependieron de los máximos dirigentes de la organización. Estos dos individuos pasaron de formar el comando Buzos, especializado en ataques a embarcaciones y oleoductos, a ser transportistas. En 1980 crearon el comando Manguis.

La detención en Vera de Bidasoa de Iñaki Fagoaga Yanci y Patricio Goienetxe Telletxea fue el punto de partida de esta ambiciosa operación, que permitió desmantelar la red de aprovisionamiento logístico de todos los comandos que actuaban fuera del País Vasco. El arresto de los etarras, residentes en Lesaka (Navarra), se produjo al advertir un policía de Vera de Bidasoa la existencia de unas bolsas negras con material explosivo. Establecido el correspondiente dispositivo de vigilancia sobre el mismo, la policía detuvo a estos dos sujetos. En el coche que utilizaban, un taxi propiedad de uno de ellos, fueron encontrados más explosivos.

Los agentes supieron entonces que estos dos sujetos se iban a ver poco después en Oyarzun con José Gabriel Zabala, que fue detenido en esa localidad cuando llegaba con su Volkswagen al lugar donde estaba concertada la entrega del material. En su casa, en la que fue también

arrestada la mujer del etarra, fue localizado un escáner para escuchar comunicaciones policiales, un mapa de Madrid y una agenda marrón, y posteriormente también se localizó en un garaje el almacén donde el comando Manguis guardaba el material. Allí se encontraron dos vehículos robados, uno de ellos una furgoneta y una máquina troqueladora para falsificar matrículas.

«Un compañero y amigo, Miguel Valverde, que luego fue comisario General de Información en el momento en que ETA se rindió, y yo nos hicimos cargo de Zabala Erasun. Era un tipo duro —en el traslado a dependencias policiales golpeó al agente que conducía el coche y provocó un accidente—, de esos que apenas abría la boca. Nos costó 13 horas sin salir de un despacho poder identificar a su compañero, Rodríguez Cordero, que sería detenido poco después», al igual que su pareja. También se supo que tenían que haber entregado días atrás un coche con explosivos al comando Barcelona y que días después iban a llevar otro al comando Madrid. En total, se intervinieron 329 kilos de ese material, subfusiles, granadas, escopetas, detonadores, telemandos para activar los coches bomba… Todo un golpe a la logística de la banda.

El comando Mangui fue clave en atentados como el ocurrido en 1991 Muchamiel (Alicante), en el que un coche bomba causó la muerte a tres personas y heridas a cuatro más; en el de febrero de 1993 cometido contra una furgoneta militar en la calle Joaquín Costa de Madrid, en el que murieron siete militares; en el ataque con coche bomba en 1988 contra la Dirección General de la Guardia Civil en Madrid, en el que perdieron la vida otras 2 personas y 87 resultaron heridas; en el ataque perpetrado en 1992 en Santander que costó la vida a 3 ciudadanos y resultaron heridas 21, y en el ocurrido en de 1992 en la plaza de la Cruz Verde, en Madrid, en el que cayeron 4 militares y 1 civil.

«Hoy en día están ya en libertad [dice Pamies] tras cumplir sus condenas en virtud de la legislación de aquella época. Cuando vi la foto de Zabala Erasun ya en la calle, y ver el aspecto que tenía, supe que habíamos ganado. Recuerdo que antes de mandarlo ante el juez, le dije: “Tu hija es pequeña; cuando salgas, no solo no habrás podido ir a su Primera Comunión, es que no habrás estado ni en su boda”. Así fue y no solo le ocurrió a él, sino a decenas de terroristas más». Rodríguez Cordero salió en libertad en noviembre de 2013, veinte años después de su arresto, lo mismo que Zabala Erasun en aplicación de la sentencia de la doctrina Parot.

Aún en esta etapa hubo más golpes destacables de la Brigada de

Información de San Sebastián. El primero se produjo a mediados de julio de 1993 y acabó con la caída del comando Lartaun, bautizado así por los terroristas en honor a un dios de la mitología vasca. La gran peculiaridad de este grupo era que estaba formado por dos policías municipales de San Sebastián, Patxi Xavier Añora Aspiazu y José María Lizarraga. Llevaban diez años de servicio en el Cuerpo y formaban un *talde* de información dependiente, en último término, de José Luis Ansola Larrañaga, Peio el Viejo, hasta su detención en 1986.

Uno de los policías municipales detenidos, Patxi Añora, había sido concejal de Herri Batasuna en Usúrbil (Guipúzcoa) años atrás. En el registro de su casa, en esta última población, la policía encontró un manual de ETA con las instrucciones que los activistas debían seguir en caso de ser detenidos, instrucciones en las que se incluía la denuncia sistemática de torturas y malos tratos tras el paso por dependencias policiales. Los detenidos se aprovechaban de su puesto laboral para obtener informaciones sobre vehículos oficiales y de miembros de las Fuerzas de Seguridad, así como de guardias municipales, empresas y establecimientos comerciales. Su labor consistía en indicar lugares donde se podían cometer atentados.

No era la única sorpresa que deparó esa información, ya que el otro detenido, Jesús María Lizarraga, era un policía municipal con el que varios policías de la comisaría de San Sebastián tenían una buena relación y al que acudían para preguntar datos de determinadas personas que hacía falta contrastar. «Lo más increíble de todo es que una vez que cumplieron condena tenían derecho a ser readmitidos en la Policía Municipal. No se llegaron a reincorporar, pero el Ayuntamiento les proporcionó una salida laboral».

Los resultados en la lucha antiterrorista muchas veces tardan en llegar y no siempre quien más aporta a la investigación recoge luego los frutos. Así sucedió con el comando legal Txomin Iturbe, formado por Francisco Javier Chimeno Inza y Juan Carlos Estévez Paz. Su identificación fue consecuencia de un trabajo minucioso de la Brigada de San Sebastian y sin embargo su detención en agosto de 1995 corrió a cargo de la Comisaría General de Información, en una operación en la que se evitó un atentado contra don Juan Carlos.

Las pesquisas arrancaron a raíz de la colocación de una bomba lapa en el coche de un trabajador civil del cuartel de la Policía Nacional de Aldapeta. Por fortuna no funcionó, de modo que los tedax pudieron hacerse con ella para estudiar su composición. «Lleida, los que lo pusieron son de tu tierra», comentó a Pamies uno del equipo en un pasillo de la Brigada. «¿A qué viene eso?», le respondió. «Y entonces

me enseñó una de las bolsas en las que estaba el explosivo, en concreto una de pan de molde de la marca Panrico en la que había una pequeña pegatina con el precio de esas que se ponen con una máquina. En ella, además, estaba el nombre de la tienda, Montserrat, y por eso mi compañero había relacionado el hallazgo con mi apodo».

Comenzó entonces una de esas investigaciones artesanales, en la que no es necesario utilizar medios técnicos que se suplen con el oficio del investigador. «Con el permiso del entonces jefe de brigada, al que llamábamos "el Inu", me puse a hacer gestiones sobre esa etiqueta. Supe que en Guipúzcoa, en concreto en Irún, había una tienda de ultramarinos que se llamaba Montserrat, pero cuando nos acercamos comprobamos que llevaba cerrada bastante tiempo».

La única línea de investigación posible, por tanto, era la de la propia pegatina, conocer quién la fabricaba y a qué tiendas las distribuía, por si de ahí se podía sacar algo. «Empecé a llamar a los fabricantes y en una empresa de Bilbao me dijeron que tenía que darles las medidas exactas. Así lo hice y la respuesta fue prometedora: había quien las fabricaba en Madrid y Barcelona. Puesto al habla con esas dos sociedades, una me confirmó que las etiquetas eran suyas y que las había encargado una pequeña cadena de tiendas de alimentación con ese nombre que había en Pamplona —eran dos locales—, e incluso la época en la que Panrico tenía ese precio, ya que había sido una oferta».

«No era mucho, pero sospeché que el terrorista al que buscaba tenía que tener relaciones tanto en San Sebastián, donde se había colocado la bomba lapa, como con Pamplona, ciudad de la que procedía la bolsa. Sin duda se trataba de un tiro a ciegas, pero había que empezar por algún sitio. Un viernes por la tarde le dije a uno de los policías del Grupo III, que era el que yo mandaba entonces y que se había especializado en *kale borroka*, que chequease todos nuestros archivos en busca de algún elemento que tuviese relación con estas dos ciudades. Y en efecto salió un tipo apellidado Chimeno, miembro de Jarrai y con un hermano que trabajaba en Pamplona con su padre pero que era originario del barrio donostiarra de Amara Berri, precisamente donde estaba la policía».

No mucho después, en marzo de 1994 Javier Chileno y Juan Carlos Estévez huyeron porque sospechaban que estaban siendo vigilados. Nada más lejos de la realidad; sobre ellos solo trabajaba la policía, que aún no había logrado localizarlos. En abril de ese año se localizó en el barrio de Burlada de Pamplona la vivienda que Chimeno había utilizado con María Luz Bella en el que fueron encontrados tres kilos

de amonal, una granada de carga hueca así como informaciones sobre objetivos que habían elaborado con datos obtenidos del libro *La red Galindo*, del «periodista-terrorista» de *Egin* Pepe Rey. Bella estuvo vinculada también al comando Parque, ya mencionado.

Los tres fueron detenidos en Hendaya en la macrooperación puesta en marcha en julio de ese año para desactivar un atentado contra el rey cuyos autores materiales iban a ser Jorge García Sertucha e Ignacio Rego Vidal. La orden para perpetrar el magnicidio les llegó de Juan Ramón Aguirre Lete y José Javier Arizcuren Ruiz, entonces responsables de los comandos ilegales del aparato militar de ETA.

SEGUNDA PARTE

## A POR ELLOS (1996-2006)

*Las tornas cambiaron. Pasamos de hacer servicios más o menos brillantes a seguir una estrategia global contra el terrorismo en todas sus dimensiones. ETA cometió el error de atacar a políticos, además de utilizar la kale borroka, y eso hizo despertar poco a poco a la sociedad. Ni siquiera el brutal atentado de Hipercor en 1987 lo había logrado. Sin duda fueron años aún muy duros, pero empezamos a golpear a la organización en flancos antes inimaginables. Fue el fin del principio y el principio del fin para el enemigo. Tuvimos apoyo popular, más medios, y vimos que ya sí se les podía hacer daño. Cada vez le costaba más regenerarse a ETA; sus apoyos menguaron; llegaron las treguas de 1998 y 2006, ambas favorables al Estado desde una perspectiva global.*

CAPÍTULO 6

# EL TRÁGICO ERROR DE LA *KALE BORROKA*

Pasado el verano de 1992 Enrique Pamies, ya jefe del «glorioso Grupo III» de la Brigada Provincial de Información, recibió el encargo de Mauri, su jefe, de investigar a los grupos de *kale borroka*, aquellos a los que Xavier Arzalluz llamaba «chicos de la gasolina» y que, según se vio posteriormente, eran la auténtica cantera de ETA y una de las llaves para acabar con ella. Lo cierto es que pocos meses después los policías al mando de Lleida «tocaron pelo» y desarticularon su primer *talde* Y. La verdad es que no hizo falta una investigación depurada ni penosa para conseguirlo, sino simplemente un «golpe de suerte», que además tuvo cierta trascendencia desde un punto de vista legal.

«En 1993 la brigada había hecho unas detenciones con los flecos del comando Gohierri-Costa, desarticulado en el 91. Estábamos ya en comisaría cuando por casualidad entré en un despacho en el que estaba un detenido con el que no había hablado, algo que siempre intentaba hacer. El caso es que me senté frente a él y le hice ver que la cosa estaba para pocas bromas. "Déjate de hostias y dime quiénes son los del *talde* Y que actúan en tu zona", le dije. Lo sorprendente es que el «*gudari*» no se lo pensó y comenzó a recitar el nombre y los domicilios de bastante gente de Beasain y Ordicia, que muy poco después tenían los grilletes puestos».

Aquella fue la primera vez que un juez de la Audiencia Nacional, en este caso Carlos Bueren, acusó a la gente de la *kale borrosa* de colaboración con banda armada y no de estragos (daños), como hasta entonces era habitual. Y es que no fue hasta el Código Penal de 1995 cuando se incluyó estas acciones dentro del delito de terrorismo.

Las detenciones habían sido fruto de la suerte, como se ha visto, pero también es verdad que casi siempre la suerte la tiene quien se la trabaja… Por otra parte, los ataques de *kale borroka* se seguían produciendo, de modo que se trataba de un asunto que cada vez preocupaba más a los responsables de la lucha contra ETA. En este contexto se produjo una cena del jefe superior de Policía del País Vasco, Juan Felices, a la que asistió el comisario jefe de San Sebastián; Mauri, jefe de la Brigada de Información; el Inu, entonces jefe de sección y bastantes miembros de la misma, entre ellos Pamies. Los mandos provinciales le explicaron al jefe superior que tal como había pedido habían encargado a un grupo de la Brigada de Información

investigar específicamente los actos de *kale borroka*, y que Lleida era el responsable del mismo. En concreto, fue el Inu quien hizo la elección. Fue entonces cuando se produjo la siguiente conversación.

—Juan Felices: A ver cuándo cojones cogéis a los bomboneros (así se llamaba a los grupos de *kale borroka* en el argot policial porque usaban bombonas de *camping* gas).

—Enrique Pamies: Cuando los coja se viene aquí a comer.

—Juan Felices: Primero los tienes que coger.

—Enrique Pamies: No se preocupe, que en cuanto lo haga le pongo un télex.

Felices fue el creador de la «escuela de Barcelona» en la lucha contra ETA. De allí salió un grupo de excelentes policías como el Inu, Txutxi, Berin, Marce, Valverde, Josu de Levante, Víctor, Tumaca, Carlos, Nina, Avión, Pepín…

Pamies tenía (y tiene) una profunda admiración por el que entonces era su jefe superior y no estaba dispuesto a fallar en el envite. La verdad es que entonces aún desconocía por completo lo que había detrás del terrorismo callejero, más allá de alguna idea producto de su lucha de años contra los comandos. «Lo primero que se me ocurrió fue intervenir las comunicaciones de la sede de Jarrai en Hernani, un local alegal, porque cuando comencé a analizar quiénes habían sido detenidos por actos de este tipo resultaba que la mayoría era gente de ese entorno… Por algún sitio había que empezar».

Aquel trabajo paciente iba a dar sus frutos en el futuro, pero en la policía, como en cualquier ámbito, había que tener resultados lo más pronto posible. En diciembre de 1992 la Guardia Civil había desarticulado dos *taldes* de «bomboneros» a la vez, uno en Oñate y otro en San Sebastián. Fue producto de un control en la primera de las localidades, en la que vieron cómo desde un coche tiraban un papel por la ventana. A resultas de ello, los detenidos tuvieron la «amabilidad», después de intensos interrogatorios, de confesar las identidades de los miembros de los dos grupos, porque además habían cometido la imprudencia, propia de la juventud, de que alguno de ellos había actuado en los dos grupos.

«Yo era de los que me leía a fondo todos los papeles que llegaban a mi mesa, y cuando tuve acceso al tocho de diligencias de esa operación me di cuenta de que se hacía referencia a un tal Iñigo de Altza. Comprobé que la guardia civil no había trabajado sobre él, algo en

aquella época lógico porque entonces tenían mucho mejor información que nosotros sobre ETA y despreciaban a los «cachorros», y ordené abrir una investigación sobre este individuo. Empezamos a cruzar datos con todo lo que íbamos sacando de Jarrai y nos volcamos en muchísimas horas de vigilancia, sobre todo los viernes, sábados y domingos, siempre por la tarde y por la noche… A los míos les decía de coña que cada fin de semana tenían vigilancia-*eguna* («día de la vigilancia») y así pudimos identificar a todos los integrantes del *talde*. Cuando tiramos de ellos y vimos que habíamos acertado, le dije a mi comisario que mandara un télex al jefe superior… No sé si lo hizo, pero don Juan Felices cumplió su palabra y vino a Donosti a darnos la enhorabuena, que yo recibí con la mejor de mis sonrisas…».

«Hijoputa, no se te había olvidado», le espetó Felices, satisfecho.

Un miembro de los servicios de inteligencia israelíes, el Mossad, comentó en una conferencia que para acabar con una organización terrorista, o incluso de cualquier otro tipo, había tres vías fundamentales. La primera era cortarles el flujo o caudal económico; la segunda, cortarles el flujo de caudal humano; y la tercera conseguir infiltrar dicha organización hasta llegar a su cúpula. Por supuesto, estos tres caminos no son excluyentes y se pueden transitar de forma paralela. Pues bien, la *kale borroka* permitió a las Fuerzas de Seguridad el poder utilizar tanto la segunda como la tercera vía. Probablemente incorporar a los grupos de lucha callejera a sus estructuras fue uno de los mayores errores de ETA y de ahí la importancia del trabajo que en este campo hizo mucha gente, entre ellos, con un papel muy destacado, Enrique Pamies con sus compañeros.

El «terrorismo de baja intensidad», como también se le ha llamado, fue la causa del progresivo «desarraigo entre el pueblo y la militancia terrorista; entre los principios que decían defender y lo que la población percibía en el día a día; entre una idea de futuro que planteaban los terroristas y una realidad cotidiana que los habitantes de muchas localidades vascas tenían que soportar», en la que el miedo a sufrir daños en sus propiedades, a que hubiera cortes de calles y carreteras o a ser desalojado de un autobús por la acción de esos grupos era constante.

El origen de la *kale borroka* es discutido y discutible, parafraseando al expresidente José Luis Rodríguez Zapatero. Para algunos es un documento que se intervino en 1992 en Bidart a José Luis Álvarez Santacristina, Txelis; para otros se inicia a mediados de 1994 con la ponencia «Oldartzen» y su «socialización del sufrimiento», y la realidad es que, según Lleida, «esta forma de lucha tiene sus orígenes

en 1985, coincidiendo con la puesta en marcha por parte del Gobierno de Francia del procedimiento de entrega a España de los etarras que residían en su territorio. Aquello se llamó *procedimiento de urgencia absoluta*, aunque en realidad se trataba de una argucia legal francesa para encubrir los que a todas luces eran extradiciones gubernamentales, que no judiciales».

La reacción de ETA ante este movimiento del Gobierno galo fue declarar como objetivos los intereses franceses en el País Vasco y sus comandos legales (no fichados) iniciaron campañas contra concesionarios de vehículos fabricados en el país vecino, empresas originarias de allí y ametrallamientos de camiones de transporte con matrícula francesa a su paso por las carreteras vascas.

En paralelo a esos atentados, los jóvenes encuadrados en la organización juvenil Jarrai, del MLNV, iniciaron por su cuenta una campaña de incendios y daños sobre los mismos objetivos, aunque bien es cierto que fundamentalmente centrados, de forma temporal, al menos en un principio, en la época veraniega. También participaron jóvenes y no tan jóvenes que no estaban encuadrados en Jarrai, aunque esa organización era la que organizaba los ataques.

Poco a poco esa deriva cogió fuerza, de modo que comenzaron a elegir objetivos diferentes y a buscar excusas para seguir con los estragos. Así, actuaban cuando había detenciones de etarras o algún terrorista moría en un enfrentamiento con las Fuerzas de Seguridad. De esta forma el fenómeno no solo ganaba en intensidad, sino que además se extendía por todo el territorio e implicaba a un mayor número de personas.

«Hay que reconocer [explica Pamies] que nosotros nos equivocamos porque no supimos ver entonces el peligro potencial que esto tenía, pero además la legislación de la época era deficiente y a los autores de los daños les salían muy baratas sus acciones. En lo que a nosotros se refiere, por aquel entonces todavía seguíamos pensando que ETA era la misma de años atrás, cuando bajo la dirección de Txomin ninguna persona que estuviese implicada en algaradas, manifestaciones habituales o hechos similares podía ingresar en la organización… Claramente, fue un error, porque la banda había evolucionado y Txomin había muerto en Argelia en 1987».

El fenómeno siguió en aumento no solo hasta el final de los ochenta, sino que llegó a su esplendor cuando el conjunto del MLNV, incluida ETA, decidió tomar las riendas para encauzarlo y dirigirlo. «En el fondo no fue otra cosa que, ante un fenómeno social en expansión, la

banda tuvo miedo a que se les fuera de las manos, por lo que decidió coordinarlo y ponerlo a sus órdenes. Su primer gran reto, que además fue un éxito, fue la campaña contra la autovía de Leizarán, que obligó al Gobierno a cambiar algunas de sus decisiones».

La intensa vigilancia y control de la sede de Jarrai en Hernani y de todos aquellos que pasaban por allí comenzó a dibujar un panorama muy interesante de cómo estaban organizados estos *taldes* Y, una información clave que sirvió a Pamies para diseñar una estrategia para combatirlos.

La necesidad de tener una estructura para organizar la *kale borroka* había sido planteada por KAS y por Jarrai, que consideraban además que esta última organización era la que tenía que dirigirla al ser militantes suyos los que perpetraban la mayor parte de los ataques. Con esta premisa, la rama juvenil del MLNV decidió reproducir el modelo vigente en ETA, de modo que diseñó una copia del «colectivo Atrapado»; es decir, un triunvirato con poder absoluto sobre la organización.

Si el máximo responsable de ETA era Pakito, en Jarrai lo era Joseba Camio Fuente, Tximu. Hasta tal punto llegó su autoridad que a los 26 años seguía al mando de la organización juvenil, cuando por su normativa interna la edad tope de permanencia eran los 25, aun cuando la mayoría normalmente se separaba a los 23 sin haber dado el salto a otra organización del entramado.

En el caso del aparato político de ETA su responsable era Txelis, mientras que en Jarrai esa función era asumida por Mikel Zubimendi, Mikelón; y finalmente, si Fiti dirigía el aparato logístico en ETA, en la rama juvenil del MLNV ese puesto estaba en manos de Asier Oyarzábal Txapartegui, Casero o Animal. Años más tarde, cuando entró en la organización terrorista este sujeto fue conocido como Baltza.

El Grupo III tenía una actividad frenética. Floyd, Charly, Grajo, Imán, Arucas, Sony, Niña, Nano, Lois, Rosa, Eva, Txiki, JR, Pin, Kike, Magic, Lucky, Josu, Chino, Joxan, Martí, y los que luego fueron llegando como Tero, Corco, Ceci, Merche, May, Boris, Rocío, Alberto, Sancho, Juancho, Gemma, Muro, Brother, Tino y algunos más fueron la sombra de los *borrokas*, a los que diezmaron con continuos golpes…

«Es mejor que aparezcan así, sin graduación, aunque entre ellos había inspectores, subinspectores, oficiales y policías, pero como me gustaba decir el Grupo III era una República Democrática Orgánica: república,

porque a la hora de trabajar éramos todos iguales y hacíamos las mismas horas; democrática, porque del primero al último, todos debían dar su opinión sobre el trabajo y cómo hacerlo; y orgánica, porque al final quien decidía era yo, con mis órganos; más claro, mis cojones…».

La dedicación de esta gente a su trabajo es algo que nadie podrá recompensar jamás. Es fácil decir algo así, pero con ejemplos concretos seguro que se entiende hasta qué punto es cierta esa afirmación. Un día Arucas se rompió la muñeca y tuvieron que escayolarle hasta el codo. Cualquier persona normal se hubiera cogido una baja hasta recuperarse, pero en lugar de eso él faltó tres días, que además cargó a sus vacaciones. Luego se presentó en comisaría y se puso a trabajar, con la escayola y dos clavos que le sobresalían de la misma. Lleida solo le dijo que procurara no dar a ningún objetivo con ese artefacto…

Un 17 de agosto, Día de la Salve, festivo en San Sebastián, este mismo policía estaba junto a su compañero Nano en una zona del Casco Viejo, donde los «ciervos» (*borrokas*) siempre la liaban. Por supuesto muchos más compañeros del Grupo III estaban desplegados, pero el caso es que cuando empezó la jarana —lanzamiento de cócteles molotov, de adoquines que arrancaban del suelo, vallas de obras, destrozos en el mobiliario urbano y cruces de coches, entre otras cosas — ellos dos comenzaron a intentar cumplir la misión que Pamies les había encomendado, que era la de tratar de identificar a aquellos salvajes sin que se detectara su presencia, ya que si eran localizados lo podían pasar muy mal hasta que el resto del dispositivo pudiera socorrerles.

«Los dos se fueron hacia donde estaban los *borrokas*, tapándose la cara con pañuelos igual que hacían los enemigos. Nano se puso a arrancar adoquines junto a un grupo que dirigía en persona Joseba Camio… Todo iba bien, pero en un momento dado uno de los que estaban a su lado le dio en la oreja con el borde de la palanca que usaban, causándole una pequeña hemorragia. Aquel tipo se quitó el pañuelo y le preguntó si estaba bien, a lo que Nano obviamente dijo que sí… Lo mejor es que aquel gesto de solidaridad entre colegas le sirvió a Nano para quedarse con su cara e identificarlo posteriormente».

Unos días después fue a comisaría un *ertzaina* con una cinta de vídeo de los sucesos, para ver si reconocíamos a algunos, ya que sabían de los resultados de la policía en los temas de *kale borroka*. Según iban pasando las imágenes, el policía vasco iba diciendo de qué pueblo era cada uno, hasta que en un momento dado, y en primer plano, se veía a

dos tipos con pañuelos saliendo de una esquina. «De estos no tenemos ni puta idea quiénes son», comentó. Pamies tuvo que aguantarse la risa y afirmar que él tampoco… Por supuesto se trataba de Arucas y Nano.

En ocasiones, por supuesto, se rozaba la desgracia. Una de las veces, antes del despliegue de la Ertzaintza, se volvió a liar en lo Viejo. En el fragor de la batalla, a uno de la Unidad de Intervención Policial (antidisturbios) se le cayó al suelo la pistola sin que se diera cuenta. Una vez que pasaron de ese punto y mientras «repartían estopa» en una esquina próxima, un grupito de «ciervos» vio el arma y se fueron a por ella. «Menos mal que mezclado entre ellos teníamos a Sony, que se tiró a por ella y comenzó a gritar para que los de la UIP regresaran… Los individuos aquellos supieron de inmediato que era un policía y comenzaron a golpearle y a llamarle *txakurra*… Lo malo es que Sony no recibió solo de esa gentuza, ya que cuando los antidisturbios cargaron de nuevo, y en medio de la batalla campal, le soltaron un gomazo que le dio en el pómulo. Menos mal que consiguió gritar que era policía y le sacaron de allí, con la pistola del compañero, por supuesto. Mi gente no iba armada para evitar que se notase el bulto de la pistola o incluso que la detectaran si había cacheos, como hacían a veces para evitar infiltraciones».

La actividad de los «chicos de la gasolina» era constante, y la respuesta policial también. Además, se comprobaba que en esa época había implicada gente de muchos sectores de la sociedad vasca, incluida la más acomodada, en donde a veces salían jóvenes rebeldes con ínfulas de libertadores, o bien chicos que se dejaban arrastrar por el grupo. En una de las operaciones, y con los detenidos ya en dependencias de la Comisaría General de Información de Madrid, Pamies recibió la llamada de su jefe provincial para comunicarle que uno de los arrestados era hijo de un industrial amigo suyo. La verdad es que el chaval no era uno de los cabecillas, aunque desde luego algo tenía, pero el caso es que se hicieron las diligencias de tal modo que, aunque pasó a disposición judicial, quedó en libertad. Esta solución era mucho mejor que la de que la Policía lo liberase directamente, pues alguien podía sospechar que trabajaba para ella y podía empezar a pasarlo muy mal.

«Un par de semanas después, mi jefe me comunicó que esa noche teníamos cena en una sociedad gastronómica con el industrial. Yo no solía ir a eventos, así que le pregunté si era obligatoria mi asistencia, a lo que me respondió que sí, porque su amigo quería hablar conmigo». Ante una orden, no hay más que hablar. Se cumple y listo, así que Pamies y el comisario provincial acudieron a la cita. «No sabía qué

podía pasar, porque igual el chico le había contado a su padre que nos habíamos pasado con él… La verdad es que sí se lo dijo, pero la respuesta del padre fue ejemplar: "¿Qué querías, que te diesen cafés y bollos?"».

Al contrario de los temores de Lleida, aquel hombre estaba muy agradecido por la actuación policial y le garantizó a Pamies que no tendría que volver a ocuparse de su hijo porque de inmediato lo iba a sacar del País Vasco para que estudiara como interno en un centro adecuado. «Además, nos invitó a la cena… pero no a cualquier cena. Tras unos entrantes, y antes del plato principal, nos pusieron una cazuelita de angulas; no de gulas, de angulas, que ya no me acordaba ni de cómo sabían. Nos preguntó si nos habían gustado, por supuesto le contestamos que sí, y para nuestra sorpresa sacaron una paella XXL… En fin, no tuvimos más "remedio" que dar cuenta de aquello… No todo iban a ser malos momentos».

En 1993 la estructura de los *taldes* Y se desmadró, por utilizar una expresión coloquial. Cada vez había más grupos y más jóvenes implicados, y eso obligaba también a que hubiera más jefes tanto en KAS como en Jarrai, que por supuesto estaban peor preparados que sus predecesores. Además, ETA comenzó a utilizar esos grupos para paliar algunas de sus deficiencias operativas en determinados momentos y zonas concretas, algo para lo que no estaban preparados.

No hay que olvidar que la caída del colectivo Artapalo y la detención poco después, a finales de mayo de 1992, de los etarras llamados a sustituirlo, Rosario Pikabea e Iñaki Bilbao, había provocado una disminución de la capacidad operativa de la banda. Es curioso que los dos últimos arrestos citados, realizados gracias a las investigaciones de la Comisaría General de Información de la Policía, tuvieran poca repercusión mediática a pesar de que hicieron mucho daño a la organización terrorista.

La operación fue realizada en el suroeste francés y se saldó con la detención, además de Bilbao y Pikabea, de sus colaboradores Bernardo Mella Durán, de origen chileno —al parecer chófer y guardaespaldas de Bilbao— y Bernadette Aguerretche. Los dos jefes etarras tenían previsto mantener una reunión en el aparcamiento del hospital Saint Leon de Bayona cuando agentes de los servicios de información franceses se echaron sobre ellos. El vehículo en el que estaban Bilbao y Pikabea —ambos portaban pistolas que no llegaron a usar— fue rodeado por varios policías. A pocos metros de los anteriores fueron arrestados los otros dos individuos cuando se disponían a acercarse al coche.

El arresto de los dos etarras abortó la formación de una nueva cúpula dirigente y la recomposición de la infraestructura de la organización, que pasó a manos de Faustino Estanislao Villanueva, Txapu, Felipe San Epifanio, Pipe, y Julián Atxurra Egurrola, Pototo.

Mientras Bilbao se ocupaba entonces de la dirección de los comandos, Rosario Pikabea se encargaba de los explosivos y del paso de activistas por la frontera. Iñaki Bilbao, natural de Lemona (Vizcaya), y entonces con 32 años de edad, entró a formar parte de ETA en la década de los ochenta. Durante cuatro años fue uno de los integrantes del comando Gohierri-Costa, desarticulado por la guardia civil en 1986, año en el que el etarra huyó a Francia. Rosario Pikabea Ugalde, Errota, es natural de Hernani (Guipúzcoa) había sustituido dos meses antes a Joseba Arregui Erostarbe, Fiti, detenido junto a Pakito en Bidart.

«Con la actividad de los grupos Y pudieron mantener la presión y el terror en sus ámbitos habituales de operaciones. Fue en 1995 cuando se produjo un claro punto de inflexión», explica Pamies.

CAPÍTULO 7

LA CANTERA DE ETA

A mediados de 1995, a raíz de un control de la guardia civil en las inmediaciones de la localidad guipuzcoana de Zaldivia fueron detenidos los integrantes de un *talde* Y de la zona. Los cachorros de ETA llevaban en el coche una caja de cócteles molotov y con sus declaraciones posteriores se desarticularon otros grupos de la zona del Gohierri… Los golpes cada vez eran más duros y el peligro de legalización aumentaba… Para entonces, además, el triunvirato que dirigía la *kale borroka* había cesado en sus funciones, bien por pasar alguno de sus miembros a la política activa —era el caso de Mikel Zubimendi, Mikelón—, por haber sido detenido como miembro del comando Nafarroa, como Joseba Camio Fuente, Tximu, o por estar ya plenamente integrado en la organización, que fue lo ocurrido con Asier Oyarzábal, que con el tiempo llegó a ser el máximo responsable del aparato de logística.

Camio había sido detenido por la Guardia Civil el 3 de junio de 1994. Líder de Jarrai y candidato de HB en las elecciones europeas, fue arrestado junto a tres individuos más en distintos puntos del País Vasco, acusados de actividades en favor de ETA. Los apresados fueron, además de Tximu, Jesús Unsion Pabolleta, de 39 años, vecino de Vera de Bidasoa (Navarra); Manuel Intxauspe Bergara, de 43, domiciliado en Fuenterrabía, y Julio Pascual Domingo, de 56 años, arrestado en Pasajes en compañía del propio Joseba Camio. El responsable de Jarrai trató de fugarse de las dependencias de la Guardia Civil por una ventana, pero fue rápidamente reducido.

A partir de ese momento la organización juvenil comenzó a desvincularse totalmente del terrorismo callejero, ya que, como se ha dicho, temía que antes o después se actuase policial y judicialmente contra ellos. No era un miedo nuevo, y desde luego estaba justificado. Lo adelantaba en un documento de 1993 en el que se recordaba que Jarrai ya tenía abiertos dos sumarios en la Audiencia Nacional en los que se le vinculaba con esta forma de terrorismo. Es decir, de alguna forma los *jarraitxus* ya intuían que tarde o temprano estarían en el foco de la policía, a pesar de lo cual no fueron capaces de evitar errores de bulto que facilitaron mucho el trabajo a los investigadores.

Se dejaron llevar por el éxito, ya que Jarrai nunca había conseguido tener tal número de adeptos en la juventud vasca y los resultados superaban con creces sus expectativas. De hecho, en el documento ya

citado anteriormente se cifran los daños causados en 1992 en unos 4000 millones de pesetas. Pero a partir de entonces se impartieron instrucciones para que cualquier militante que quisiera perpetrar acciones de *kale borroka* eligiera entre llevarlas a cabo o seguir su militancia en la organización juvenil. Ese fue el fin de los *taldes* Y el nacimiento de los grupos de sabotaje, aunque popularmente a día de hoy aún se cree, de forma errónea, que son la misma cosa.

«Los grupos de sabotaje [explica Pamies] no tenían jerarquía orgánica, de modo que no tenían que rendir cuentas a nadie. Su estructura era totalmente distinta a la de sus predecesores, ya que eran dirigidos por dos o tres personas, siempre jóvenes, que contaban con una serie de adeptos o seguidores habituales, aunque también incluían a otros de forma eventual».

Eso, obviamente, les hacía vulnerables.

Su separación de Jarrai y del resto del MLNV fue tan evidente que, en San Sebastián, por ejemplo, se llegó literalmente a las manos entre los dirigentes de uno de estos grupos y militantes de las juventudes etarras de la zona. El motivo era que los que habían cogido las riendas de la *kale borroka* acusaban a los otros de ser meros políticos que se limitaban a hablar, cuando lo que hacía falta era actuar.

«Los grupos de sabotaje realizaban sus acciones bajo el paraguas de la lucha por la liberación del pueblo vasco, así como en defensa de los postulados de ETA, por lo que en ese sentido continuaban con la labor de los *taldes* Y. Lo que marcaba la diferencia, además de la ya citada independencia de una jerarquía, era que antes se definían los objetivos según unos intereses puntuales, igual que el cómo y cuándo actuar, y desde entonces se pasó a la acción por la acción, lo que luego repercutió en la seguridad y clandestinidad de los mismos», reflexiona Lleida.

Socialmente, el espectro que cubrían los grupos de sabotaje era el que ocupaban en otras comunidades los ultras, *skin* y demás tribus urbanas; es decir, se nutrían de jóvenes desencantados, generalmente con estudios básicos o trabajadores del sector servicios y desde luego sin unas mínimas nociones políticas de lo que era y defendía el independentismo vasco. «Poco o nada que ver con los antiguos militantes de Y, donde no era nada anormal encontrarse con jóvenes cursando estudios superiores».

Aquella evolución facilitó el trabajo a la policía, porque era gente menos disciplinada y preparada, y por lo tanto cometían muchos

errores. El grupo de Pamies comenzó a hacer decenas de detenciones, sobre todo en San Sebastián, Hernani, Rentería, Tolosa, Villabona… Toda esa zona la tenían controlada, y además consiguieron dar otro paso adelante.

«Comenzamos a captar gente, porque siempre pensé que esa era una de las claves para poder hacerles daño, Coincidió además la puesta en marcha de esa estrategia con un curso que nos vinieron a dar sobre cómo hacer este tipo de operaciones de reclutamiento de confidentes… Allí presentaban unas teorías muy elaboradas con las técnicas del CNI y las distintas etapas hasta conseguir captar una fuente; pero la verdad es que a mi aquello me parecían palabrería. Como dice el refrán, "don sin din, mis cojones en latín". En estas cosas lo que funciona es el dinero y tener al tío agarrado por donde más daño se le podía hacer… Eso fue lo que hice, y así comencé a tejer mi red de confidentes en la *kale borroka*».

Pamies explica que «unas veces te salía bien y otras mal, pero eso forma parte del juego. Lo que sí tenían claro todos los que trabajaban conmigo es que me gustaba estudiar detenidamente a los detenidos para ver si alguno era susceptible de ser captado. Decía a mi gente que se fijaran en quién estaba más blandito, en quién intentaba desmarcarse más del grupo o en cualquier detalle que les sugiriera que esa persona podía ser sensible a nuestra oferta de colaboración… En cuanto encontraban a uno, y yo les pedía al menos uno de esos perfiles entre los arrestados en cada operación, me lo pasaban para que lo tocara… Que nadie se piense que manejábamos mucho dinero; eran confidentes de mil duros, dos mil como máximo al mes, pero la verdad es que daban mucha información… También me pasaban el historial de cada arrestado, su situación familiar y económica, y si veía posibilidades de futuro me daba pie a hablar con el fiscal de turno, al que convencía de que tal individuo era un pobre desgraciado que debía quedar en libertad… Muchas veces me hacían caso, y la verdad es que ese era un camino muy directo para reclutar al afectado, porque ya me debía un favor».

Esos informadores ahorraban mucho trabajo, y sobre todo sabían que si alguna vez mentían tenían claro que lo iban a pasar muy mal; extremadamente mal, cabría añadir, porque iban a sentir sobre ellos todo el peso de la policía, primero, y por supuesto más tarde el de la justicia. «Por ejemplo [recuerda Lleida], las vigilancias en Tolosa eran muy complicadas, porque es una localidad grande y además tiene un montón de pueblos pequeños alrededor. Controlar todo eso era difícil, se necesitaban muchos medios materiales y humanos, así que la opción de los confidentes era la más eficaz. Quedaba con ellos una vez

al mes en sitios alejados y normalmente venían en coche hasta el punto de encuentro… Una vez allí subían a mi vehículo, y lo primero que hacía era pagarles. A partir de ese momento el "confite" comenzaba a contarte que determinado ataque había sido obra de fulanito y menganito, porque había pasado por la calle en ese momento y les había visto, o bien porque había participado en los hechos, aunque en ese caso a él no se le detenía porque para nosotros tenía mucho más valor fuera que dentro».

Pamies comenzó a manejar un enorme volumen de información, hasta tal punto que era imposible que la explotara él solo con su grupo. Por eso empezó a escribir notas internas que repartía entre sus compañeros. La cosa llegó a tal extremo que muchas veces esos otros policías ponían en sus escritos frases del tipo «según noticias confidenciales…». «¡Qué noticias confidenciales, eran mis notas!», se ríe el comisario: «Una vez detecté que en una diligencia informe que iba a ser enviada a un juez los muy cabrones habían escrito una frase y, al final de ella, un número para remitir a una nota a pie de página, en la que se leía: "Fuente, Lleida"», recuerda entre carcajadas. «Era lo que me faltaba…». Esa estrategia con los confidentes fue el embrión de una forma de trabajar que pasados los años dio a Pamies unos resultados espectaculares…

Por supuesto, la lucha contra la *kale borroka* no impedía que se renunciase a detener comandos, pero en la segunda mitad de los noventa una torpe decisión del «biministro» de Interior y Justicia, Juan Alberto Belloch, asesorado por mandos policiales tan próximos al PSOE como desconocedores de las particularidades de la lucha contra el terrorismo, había afectado mucho a la operatividad del Cuerpo. No se le ocurrió otra cosa que separar a la gente en grupos UTI y UTA; es decir, unos investigaban —los primeros— y otros hacían las detenciones… Así se hacía en Francia y allí ya se renegaba de ese modelo, en vista de lo cual se implantó en España. La cantidad de información que se perdía era brutal, porque no se puede hacer una detención sin haber investigado antes, porque luego no se sabe qué preguntar a la persona detenida…

El caso es que la Policía, con esa reforma, perdió buena parte de su probada eficacia en la lucha contra el terrorismo, y cuando eso sucede revertir la situación es muy complicado. Entre otras cosas, porque cundió el desánimo entre los profesionales, que vieron cómo las decisiones del «departamento de ideas geniales» que asesoraba a Belloch echaba por tierra el buen trabajo realizado hasta entonces.

«A mí me dejaron en la UTA. Fui su tercer jefe, y el único que sigo

vivo. El primero, el Rubio (Miguel Ángel Martínez Vázquez), dejó la lucha contra ETA para irse a Bosnia y allí murió en un accidente; el siguiente, Enrique Nieto, fue asesinado por ETA de un tiro en la cabeza disparado por Carasatorre, en compañía de Javier García Gaztelu, Txapote, y el tercero fui yo, que de momento sigo vivo, esperemos que por mucho tiempo».

Una de las primeras operaciones contra ETA de esa etapa coincidió con el primer día del curso de ascenso a inspector jefe de Pamies, allá por el mes de febrero del 97. «Tuvo gracia, porque el primer profesor que tuvimos nos dijo que a partir de ese momento y hasta que terminaran las clases ya no dependíamos de nuestras unidades, sino de la escuela… Pocos minutos después un policía entró en clase y le dio un papel a ese mando. Nada más leerlo nos nombró a un compañero y a mí para comunicarnos que nos teníamos que incorporar de inmediato a la Brigada de Información de San Sebastián porque había habido un servicio antiterrorista y nuestra presencia era necesaria. Recuerdo que hicimos el viaje en helicóptero».

«Cuando llegué a comisaría estaba detenido Fernando Elejalde Tapia, que había sido detectado por compañeros en el barrio de Gros en una vigilancia tras asesinar al funcionario de prisiones de Martutene Javier Gómez Elósegui. Al ver a los policías, el etarra huyó a la carrera por esa barriada. Los agentes —tres, uno de ellos de prácticas—, salieron detrás de él y le dieron el alto, pero el etarra hizo caso omiso. El terrorista disparó varias veces y la fuga acabó cuando fue atropellado por un coche, que lo dejó en el suelo. Los agentes se acercaron a él y aún tuvo tiempo de revolverse… A pesar de ello, uno de los nuestros, con gran sangre fría, decidió ponerle la rodilla en la espalda e inmovilizarle antes de emplear su arma reglamentaria».

El asesinato del funcionario, que por cierto era partidario de la negociación con ETA y del acercamiento de presos al País Vasco, se había perpetrado a las 7:55 en la confluencia de las calles José María Soroa y Birmingham. La víctima, natural de León, había salido de su domicilio en el número 17 de la primera de las calles citadas tras despedirse de su esposa y de su hija Irene, de 3 años, para ir a trabajar. Un hombre y una mujer le esperaban y comenzaron a seguirle mientras se ponían unas capuchas de forma precipitada. A pesar de estar a muy corta distancia, el terrorista falló el primer disparo, pero no el segundo, que impacto en la nuca de Gómez Elósegui. Murió en el acto, a apenas 15 metros de su portal. La misma arma se había empleado para matar el 30 de enero a Eugenio Olaciregui, empleado de una tienda de bicicletas.

«Curiosamente esa detención casi le costó el puesto al comisario, porque alguien del mundo nacionalista, el peneuvista Joseba Egibar, afirmó que había visto cómo se había producido el arresto y que la policía se había empleado con brutalidad… La verdad es que el propio médico forense certificó que el golpe más importante que tenía se lo había producido por el atropello y que el resto eran magulladuras propias de haber sido reducido en esas difíciles circunstancias».

«Cuando pasé a interrogarlo, en un despacho [relata Pamies], vi que estaba doblado. Le pregunté qué le pasaba, y me contó que tenía algunos golpes… y añadió: "Lo entiendo, pero no que se haga sin que me pregunten antes qué quieren saber…". Se trataba de un *laguntzaile* («colaborador») de Irantxu Gallastegui y Francisco Javier García Gaztelu, que con el tiempo llegaría a jefe militar de ETA».

Confesó de plano todos los detalles que se le pidieron, porque tenía claro que no quería soportar un largo interrogatorio, en el que la presión psicológica que iba a sufrir era fuerte y el miedo a sufrir torturas continuo, aunque estas no se iban a producir. Aguantar esa tensión en el estado en el que estaba tras el atropello era muy complicado, y decidió colaborar.

«No soy partidario de las torturas, porque además, en general, me parecen poco útiles… Si tú le pegas a un tío al final acaba por contarte lo que tú quieres, pero no tienes la seguridad de que haya admitido las cosas solo por acabar con esa situación de violencia. En mi opinión, y así lo he hecho siempre, lo que hay que hacer es plantear el interrogatorio como un combate psicológico en el que cada uno tiene sus armas. Tú quieres que el enemigo diga cosas que él no quiere admitir y debes buscar los recursos para que al final lo haga. Para conseguirlo, lo principal es tener mucha información, por una parte, para que puedas detectar si el tipo te intenta engañar, y por otra para llevarle al convencimiento de que en realidad su testimonio es solo una formalidad, porque tú ya sabes todo lo relacionado con él. En el primer caso, como es natural, hay que hacerle ver que no estás para bromas. Pero además hay que conseguir que el detenido se sienta cómodo, rebajarle la tensión, que hasta le apetezca contarte las cosas… Si quiere fumar, que fume; si quiere una cerveza bien fría, un buen rioja o un solomillo porque tiene hambre, adelante. Lo único importante es sacarle la información».

Una de las veces que tuvo la ocasión de «hablar distendidamente» con un liberado, y antes de comenzar a interrogarlo, Pamies decidió empaparse de los gustos del detenido. De esta forma averiguó que practicaba y le gustaba mucho el ajedrez. Lleida solo sabía mover las

piezas, a pesar de que su padre sí jugaba muy bien, pero ni corto ni perezoso se compró un pequeño librito con las aperturas, defensas, movimientos más clásicos, mejores jugadores…

«Se crea o no, así logré que se abriera. Hablábamos de lo que a mí me interesaba pero intercalaba comentarios de cuál era el mejor movimiento ante tal o cual jugada y cosas de ese tipo. Llegó a pensar que sabía del tema, aunque es verdad que cuando veía que me llevaba al huerto hacía una pausa a consultar el libro, o simplemente cambiaba de tercio. Cuando nos despedimos, quedó que al salir de la cárcel me buscaría y echaríamos unas partidas… Por supuesto, le dije que sí, que perfecto, mientras pensaba "estás tú listo si piensas que me vas a volver a ver"».

El caudal de datos que llegaban a Lleida a través de los confidentes era, como ya se ha señalado, imposible de asimilar por una persona sola y por eso «repartía juego» con los otros grupos, con el peligro de que el destinatario no le hiciera el menor caso o, simplemente, pensara que era una chorrada en la que no merecía la pena detenerse, lo que era más frecuente entre policías que no eran de su sección. «Y por una de esas "chorradas" dejamos escapar al comando Donosti»; nada menos que al Donosti, que era una siniestra máquina de matar, aunque en esa etapa concreta llevaba algunos meses sin actuar por los golpes que se habían dado a la organización.

El 11 de octubre de 1997 —José María Aznar ya era presidente del Gobierno desde el año anterior, tras catorce años de Felipe González al frente del Ejecutivo— hubo un atentado con coche bomba en el mundial de ciclismo que se celebró en San Sebastián. Fue a las cuatro menos cuarto de la tarde en el Barrio Antiguo, a apenas cien metros del circuito por donde luego pasaban los deportistas, y ETA hizo estallar el artefacto al paso de un Nissan Patrol de la Guardia Civil ocupado por cuatro agentes, entre ellos una mujer… Volvieron a nacer, porque la explosión no les alcanzó de lleno al producirse un segundo antes del momento crítico, y además el blindaje resistió bastante bien. La chica fue la que sufrió heridas más serias, pero no demasiado graves.

A los pocos días, uno de los confidentes de Pamies se reunió con él y le comentó que había estado por la zona. Y cuando se lo encontró se produjo esta conversación:

—Lleida: ¿Has visto algo que te llamara la atención?

—Confidente: Pues sí. He visto a uno que conozco que iba en

dirección contraria al lugar de la explosión… Se movía tranquilamente y además llevaba una chaqueta puesta a pesar de que hacía calor… Me he fijado en él porque me acordé de lo que usted me enseñó de que quien se comportaba de ese modo seguro que estaba implicado…

—¿Quién era?

—Sebas, ¿se acuerda de él? Es un *jarraitxu* de Amara…

—Sí, claro que sí, lo tenemos investigado.

Aquella confidencia, que hubiese podido ser clave si se hubiera trabajado, costó la "friolera" de 5000 pesetas; 30 euros de hoy: «Esas eran las cantidades que manejábamos para estos temas».

Sebas era Sebastián Lasa Mendiaraz, al que el Grupo III de la Brigada de Información de Donosti conocía de sobra por ser miembro de uno de los grupos de sabotaje. «Por supuesto [explica Pamies], esa información la pasé al que había sido mi grupo, porque para entonces yo ya era jefe de sección al haber ascendido a inspector jefe. No se trabajó porque alguien debió decidir que no era importante, o que un "chico de la gasolina" era incapaz de cometer un atentado así… O simplemente, con el día a día frenético se les olvidó. La verdad es que yo también tuve culpa, porque no insistí en que se explotara esa información, pero como digo recibía un volumen demasiado grande de datos como para poder estar pendiente de todos los asuntos…». Son cosas que no deberían ocurrir pero que suceden, porque los policías son seres humanos y como tales también cometen errores.

El caso es que la guardia civil detuvo a Lasa Mendiaraz siete meses después, el 3 de mayo de 1998, cuando en compañía de otro legal (no fichado), Alfonso Sebastián Iriarte, se disponía a lanzar dos granadas contra las viviendas militares del cuartel de Loyola. Otras dos personas fueron igualmente detenidas acusadas de pertenecer a un grupo de legales del Donosti.

Las investigaciones policiales señalaban a que fue Sebastián Lasa quien había detonado el coche bomba. Cuando el confidente lo vio marcharse se dirigía a una cita con Txapote. Le tenía que devolver el mando… «Cosas que pasan», insiste Lleida con cierta resignación, porque se trataba de una operación muy importante en esos momentos.

Operaciones puntuales al margen, el grueso del trabajo de Pamies seguía centrado en el terrorismo callejero, que por otra parte era el campo donde la policía tenía mejores resultados. Por aquella época —

entre 1995 y 2000— los *borrokas* eran chavales de entre 16 y 22 o 23 años, como máximo. Después de esa edad evolucionaban, bien para centrarse en el trabajo y las novias, o porque daban el salto definitivo a la banda. «Cuando los captabas te daban toda la información sobre cada acción, lo que se comentaba en el pueblo, en la *herriko*, quién la llevaba, la dirigía y cuánto dinero recaudaba… También quién ponía las huchas, dónde iba la pasta… Era gente que estaba todo el día metida en ese ambiente, por tanto, de la máxima confianza y ante la que se hablaba de todo sin tapujos. Un chollo, vamos… También el CNI los trabajó, y mejor que yo, claro, porque entre otras cosas tenía más medios».

En su buena época la red de Pamies estaba formada por cuatro informadores distribuidos por toda la provincia. La Guardia Civil dijo en el juicio del Faisán que un solo agente no podía llevar muchos confidentes, pero la realidad desmiente esta afirmación, porque Lleida llevaba bastantes más… Y era lógico, porque si él los había captado, lo normal es que se fiaran solo de él, aunque con el paso del tiempo les pudiera presentar a otro compañero para el caso de que, si no podía asistir alguna vez a una cita, esa otra persona le sustituyera. Además, se seguía la trayectoria de cada uno de ellos; a algunos no se les perdía porque subían en el escalafón, pero otros se casaban, sentaban la cabeza y fastidiaban el «negocio» a la policía.

«A lo largo de mi carrera [reflexiona Lleida] he intentado acercarme siempre a quienes están en el bando contrario, porque es la forma de conocerlos mejor y poder preparar estrategias más eficaces contra ellos. Lo mismo hice con otros cuerpos policiales de la competencia: conseguí tener buena relación con la Ertzaintza —incluso trabajamos juntos operativamente en lo que se podía— y tengo amigos allí, y lo mismo puedo decir de la Guardia Civil, en donde me he encontrado auténticos caballeros… Hace pocos años, en Mondragón, cuando aún era jefe superior de Policía del País Vasco estaba en una comida con gente de Batasuna. A pocas mesas de la nuestra estaban Jesís María Zabarte y Txiquierdi… Me hubiese sentado encantado con ellos, todo lo que sea conseguir información es perfecto».

Una de las cosas curiosas que no se conocen de la relación de la Brigada de Información de San Sebastián con la Ertzaintza en esa etapa es que, de vez en cuando, algún agente de ese cuerpo se ponía en contacto con sus colegas de la Policía Nacional porque estaban hartos de que les quemaran el coche y los suyos no hicieran nada, a pesar de que en el pueblo donde se había producido el ataque se sabía más o menos quién o quiénes eran los autores. Por supuesto, esa información se trabajaba y si se podía se daba una alegría a los

denunciantes en forma de detenciones.

La forma de trabajar de Pamies, que como se ha dicho siempre estaba en los interrogatorios a los detenidos, también aumentaba su exposición. Hasta finales del siglo pasado la banda terrorista y sus organizaciones satélites editaban un librito con las tapas en rojo y negro en el que venían los datos de los «torturadores» habituales —como se ha explicado, los militantes detenidos tenían la obligación de denunciar malos tratos—, para que sus bases conocieran quiénes eran y cómo se comportaban en los interrogatorios. Muchos compañeros de Pamies salían en él, no con su nombre real, pero sí con su descripción física, modo de hablar, si llevaban alianza… Obviamente Lleida no se iba a librar del «honor» de aparecer en los últimos de esos volúmenes, donde se le conocía como «el de los niños». La «clientela» que había proporcionado sus datos era mayoritariamente de Hernani, Rentería y la parte vieja de San Sebastián, así que en esas zonas tenía que tomar más medidas de protección de las habituales.

En esta segunda parte de los noventa llegó a la Comisaría General de Información un jefe clave, Jesús de la Morena, que tuvo la visión estratégica de considerar que ETA no solo eran los pistoleros, sino también todas las organizaciones del MLNV, entre ellos los grupos de sabotaje; la formación política que la apoyaba, es decir Herri Batasuna; las empresas que la alimentaban económicamente y, por supuesto, también los medios de comunicación que servían para su estrategia de propaganda e incluso para marcar objetivos, como *Egin*, su editorial y su emisora de radio…

«Dejaros ya de los hierros, nos ordenó De la Morena, consciente además de que en ese campo no podíamos competir con la Guardia Civil, que tenía mucha mejor información de los comandos que nosotros. Eso no quería decir, por supuesto, que si se nos ponía a tiro un etarra no lo detuviéramos, pero insistía en que había que abrir la visión de lo que era la lucha contra el terrorismo que se tenía hasta entonces».

Pamies admite que en un principio aquello le parecía un error garrafal y una pérdida de tiempo: «Estaba completamente equivocado; no solo había dado con una de las claves para acabar con ETA, sino que además supo llevarla a cabo con éxito, y para eso hay que reconocer que tuvo la ayuda de un juez de la Audiencia Nacional que le echó arrestos, como fue en esa etapa Baltasar Garzón. Antes que a él se le hizo la misma propuesta a sus otros cinco compañeros, explicándoles además que era una estrategia de Estado. El único que dio un paso al frente cuando se le dijo que íbamos a por *Egin*, Gestoras, Batasuna y

todo lo demás fue ese magistrado. Los otros, por unas razones u otras, prefirieron mantenerse en la comodidad…».

«De la Morena planificó y desarrolló una estrategia que llevó a la derrota del enemigo… Otros han tenido más fama que él, pero no tenían su capacidad estratégica. Y además tenía otra ventaja: cuando algo salía mal, el responsable era él…». Igualito que muchos en esa casa.

En cuanto al Gobierno de la época, presidido por José María Aznar, Lleida tiene claro que los únicos que mandaban en la lucha contra el terrorismo y apoyaron hasta el final el plan de acción de De la Morena eran el propio jefe del Ejecutivo y el secretario de Estado de Seguridad, Ricardo Martí Fluxá. A la Guardia Civil se le ofreció participar en esta línea de trabajo, pero no quiso, porque tenía grandes éxitos en la desarticulación de comandos…

Pamies ilustra su diagnóstico con una anécdota personal:

«Estaba en Madrid para despachar con el comisario general tras unas detenciones que habíamos hecho, y cuando fui a verle la secretaria me dijo que esperara porque estaba ocupado… Él se enteró y salió a la puerta del despacho: "Pasa Lleida", me dijo. Estaban reunidos el entonces director general de la Policía, Juan Cotino; el subdirector general operativo, Pedro Díaz Pintado y él. La verdad es que el ambiente se cortaba por la tensión que había. Cotino pedía a sus otros dos interlocutores que se tranquilizasen, pero De la Morena zanjó el asunto con un "o se hace así, o me voy a Moncloa…".

No sé de qué estaban hablando, pero lo que sí estaba claro era quien tenía relación directa con el presidente». O lo que es lo mismo, quien de verdad tenía la confianza del jefe del Ejecutivo era De la Morena y no sus jefes directos. Lo mismo sucedía en la Guardia Civil, donde el general José Manuel García Varela, también disfrutaba del respaldo total del jefe del Ejecutivo, independientemente de quiénes fueran sus superiores. Las reuniones en Presidencia del Gobierno de esas tres personas fueron constantes en ese periodo.

En 1997 Pamies había ascendido a inspector jefe, invariable en su idea de continuar en el País Vasco. El día que juró el cargo jamás se le olvidará: 10 de julio, el mismo que ETA secuestró a Miguel Ángel Blanco.

«El secretario de Estado, Ricardo Martí Fluxá, era quien nos iba a entregar los diplomas, pero no llegó al acto. Además, veíamos a Jesús

de la Morena hablar sin pausa por el móvil, de modo que intuimos que algo grave había pasado… Fue el propio comisario general el que nos dijo que acababan de secuestrar a un concejal del País Vasco. Cuando supimos que la banda había dado un plazo al Estado de 48 horas para liberar a los presos éramos plenamente conscientes de que, salvo milagro, no había nada que hacer. Por supuesto, en cuanto acabó el acto volví a San Sebastián para incorporarme a la investigación».

El despliegue de aquellos días fue bestial; se montaban controles en cada carretera, se reventaron un montón de caseríos… No había tiempo material para poder reaccionar, pero las Fuerzas de Seguridad se volcaron hasta el último segundo, cada uno en su demarcación, con una colaboración absoluta entre los dos cuerpos y también, esta vez sí, con la Ertzaintza.

Miguel Ángel Blanco fue asesinado a primeras horas de la tarde del 13 de julio en Lasarte. La tragedia fue brutal, más aún después del éxito de la guardia civil con la liberación de José Antonio Ortega Lara… El único consuelo, si puede llamarse así, es que el concejal nunca supo que iba a ser asesinado… Cuando Txapote e Irantxu Gallastegui lo sacaron en coche de la bajera de Añorga en la que lo mantuvieron secuestrado pensaba que era para cambiarle de lugar de custodia. Lo asesinó Txapote; le dijo que se pusiera de rodillas, que estuviese tranquilo y así, con esa sangre fría, le descerrajó dos disparos en la cabeza… Apretó el gatillo dos veces porque la pistola del 22 con silenciador que utilizó no ajustaba bien y alguna vez había dado problemas. Hizo dos tiros para asegurarse no fallar. El tercer pistolero del comando fue José Luis Geresta Mújika, Oker.

La misma pistola con la que fue asesinado Miguel Ángel Blanco fue utilizada en Rentería por Kepa Etxebarria y Aitzol Gogorza, dos terroristas legales del comando Donosti. El objetivo fue un funcionario de prisiones y fallaron. La bala rozó el cuello de la víctima y pudo escapar. Nunca se ha encontrado esa arma…

Desde 1997 a 2000 la *kale borroka* comenzó a ser un lastre para la banda, aunque ETA no se diese cuenta de ello, o no pudiera evitarlo. Por una parte, la policía ya tenía más que acreditado que la cantera de ETA eran los integrantes de los grupos de sabotaje, de modo que si controlabas a estos a medio plazo tendrías muchísima información de la banda.

«Aquellos a los que la organización admitía ya no eran desconocidos para nosotros. Se conocía su círculo social, de amistades, su forma de hablar, sus gustos personales, sus relaciones afectivas, sus rasgos

físicos exactos, su nivel de radicalidad, su capacidad intelectual… Todo. Si volvían a España como liberados podíamos diseñar las vigilancias en función de esos datos, lo que desembocaba en no pocas ocasiones en la caída del comando».

Pero además los destrozos que provocaban los *borrokas*, unido a la estrategia de «socialización del sufrimiento» —extensión de la actividad terrorista a todos los ámbitos— que había puesto en marcha la organización, provocó que la propia sociedad vasca iniciara, tímidamente al principio y con más fuerzas después, una posición clara de hartazgo y de repulsa ante los hechos violentos.

«ETA nunca desautorizó públicamente los ataques de estos grupos, de modo que para la sociedad formaban parte de un todo controlado por la banda. Además, que cada dos o tres meses un núcleo urbano sufriese un ataque, era asumible, pero que se produjeran semana sí y semana también empezaba a ser insoportable para la sociedad. Fue tal el rechazo que había a esa forma de actuar que tengo constancia de que dirigentes de ciertos sectores del MLNV hablaron con los integrantes de los grupos de sabotaje para que "racionalizaran sus actuaciones", ya que literalmente les estaban echando a la gente encima. No tuvieron mucho éxito porque esos grupos no les reconocían autoridad alguna».

Se produjo otro hecho importante, conectado con todo lo anterior. Si, como está comprobado, ETA nunca desautorizó la actuación de los grupos de sabotaje, tampoco les podía impedir que, una vez que estuviesen «quemados» policialmente, engrosaran sus filas. El excedente de personal dedicado a estas actividades, lo frecuente de sus acciones, el que las realizaran con mucha asiduidad en sus zonas de esparcimiento o residencia y, sobre todo, el hecho de que apenas adoptaran medidas de seguridad para no ser descubiertos —por ejemplo, los integrantes de un grupo conocían a varios de los que formaban parte de otros—, provocó que la policía pudiera identificar y detener a decenas de estos sujetos.

La decisión de golpear todas las organizaciones del MLNV tuvo uno de sus primeros hitos a finales de ese mismo año con la operación contra la Mesa Nacional de Herri Batasuna, que incluyó no solo detenciones sino también la suspensión de actividades de la formación *abertzale* al servicio de ETA. Una vez más fue el juez Baltasar Garzón quien tomó la iniciativa después de que los dirigentes de HB intentaran difundir un vídeo hecho por la banda terrorista ETA en los espacios televisivos electorales gratuitos adjudicados a los partidos políticos. El Tribunal Supremo los condenó a ocho años, y dos después el Tribunal

Constitucional anuló la pena…

Cuando se produjo esa operación Xavier Arzalluz, pope del PNV, declaró que si eso (las detenciones) era verdad «nos van a obligar a echarnos al monte…». Lo cierto es que no pasó nada, más allá de cuatro manifestaciones. La sociedad no se movilizó y fue importante comprobarlo, porque con el nuevo enfoque de la lucha contra el terrorismo estaba claro que se iban a hacer más operaciones sensibles.

«Insisto en que no participé en la concepción de esas operaciones, porque para mí ETA seguía siendo la gente de las pistolas… Por fortuna no me hicieron caso. Lo que sí hice fue intervenir en la fase operativa, como era mi obligación. Nos dieron unos objetivos y los trabajamos un par de meses, pero poco más».

Tiempo después ocurrió otro hecho interesante. Alguien comentó a Lleida que fuera a ver al director de la prisión de Martutene, porque era un tema que nadie trabajaba. Le recibió el director.

—Director: Tengo una habitación con discos de ordenador con información que nadie ha visto porque hace años que la policía no pasa por aquí.

—Pamies: ¿Cómo es posible que nadie supiera lo que hay aquí?

—Director: Ya le digo, por aquí no venía nadie y nosotros, eso sí, hemos guardado y almacenado material todo este tiempo.

«Cuando vi todo aquello, me quedé de piedra: la información era impresionante; allí estaban todas las visitas que recibían los presos, sus historiales dentro… Absolutamente todo. Sacamos un montón de información, y como único favor me pidieron que diera a los funcionarios unas charlas de autoprotección… A la primera, asistieron solo cuatro, porque tenían miedo a que el sindicato *abertzale* LAB los marcara; a las siguientes ya acudió alguno más».

Comenzaba así una intensa colaboración, que dio muchos frutos.

«De los de la Mesa Nacional de HB nos contaron quién se juntaba con quién, el que no se hablaba con otro, detalles que te ayudan luego a hacerte una mejor composición de lugar. Nos dijeron que José María Olarra, guipuzcoano, era una bestia y que por ejemplo a la abogada Jone Goricelaia la llamaba Juana solo para molestarla, porque sabía que le sentaba fatal. También, que el día que salieron de prisión, Iñigo Iruin se presentó y que él no le dio la mano y le espetó: “Vendrán mis amigos, los del hierro, y os vais a enterar…”. Era un bocazas».

Conocer las visitas era fundamental, y aunque en esa cárcel no había etarras sí mucha gente de la *kale borroka*… La prisión facilitaba a la policía un listado y esta indagaba por qué un tipo iba a ver a un determinado preso, y por supuesto se pedía al confidente adecuado que se enterase de quién era el visitante y con quién se movía. Así se sabía quién era de la línea dura, de la más posibilista…. Aunque alguna vez se los detenía y resultaba que el que parecía el más duro era luego el que derrotaba (confesaba).

Ya en 2000, el 7 de noviembre, la Brigada de Información de San Sebastián participó en otra operación interesante, aunque con poca trascendencia en los medios. Fue la desarticulación de un comando Madrid cuando aún ni siquiera estaba operativo al cien por cien. «Por entonces trabajábamos los grupos de terrorismo callejero en Rentería y también hacíamos seguimientos a los descolgados de la banda. Recibimos una información sobre una pareja que había hecho algún tipo de cursillo en un monte, de modo que empezamos a controlarlos. Así estuvimos un tiempo, viendo con quién se relacionaban y cómo se movían, hasta que de un día para otro desaparecieron. Estaba claro que se habían liberado y ya trabajaban *full time* para la banda».

Uno de los policías que había participado en los seguimientos fue destinado a la Comisaría General de Información, en Madrid, y poco después de su llegada saltó una pista que apuntaba a que había movimientos de etarras en la capital de España. Por supuesto se trabajó la información, hasta que se localizó una vivienda en el corredor del Henares del hermano de uno de los miembros de la pareja. «Una vez detectados, el compañero los reconoció. Poco después fueron detenidos, en una operación en la que participó también, además de la comisaría general, la brigada de San Sebastián».

Se trataba de Asier Urretabizkaia y Nerea Garro, ambos relacionados con el complejo Donosti, y con ellos fueron capturados Ainara Esteran Cruz y Víctor Goñi. Urretabizkaia se había instalado en un chalé de su hermano en Azuqueca de Henares, a 50 kilómetros de Madrid. Al primer etarra se le localizó en la capital y cuando se le siguió se vio que mantenía una cita con Goñi. Ambos estuvieron vigilados los meses de septiembre y octubre, lo que permitió localizar además otros tres pisos en Madrid: uno en la calle de Augusto Figueroa, otra en la calle Infantas y un tercero en la calle Caravana, en el barrio de Lavapiés.

Como curiosidad, unos días antes de los arrestos las dos mujeres «mordieron» a los policías que las seguían y se introdujeron en la Embajada de Cuba para pedir asilo. Los diplomáticos caribeños

asentados en Madrid avisaron a Interior y luego las expulsaron. El régimen castrista no estaba dispuesto a tener un problema diplomático con España por culpa de la organización terrorista.

Cuando se les detuvo confesaron que iban a crear el nuevo comando Madrid, de modo que fue una operación importante. Y además confirmaba la hipótesis sobre la que se trabajaba de que los «chicos de la gasolina» eran la cantera de ETA, y que por tanto si se trabajaba a fondo sobre los grupos de sabotaje se tendría mucho ganado en la lucha contra la banda de los próximos meses y años.

CAPÍTULO 8

# DEL CIERRE DE *EGIN* A LA CAÍDA DEL DONOSTI

El comisario general de Información de la Policía, Jesús de la Morena, tenía, como se ha visto, una gran capacidad de análisis. Desde el punto de vista estrictamente operativo su historial no llamaba especialmente la atención, pero sin embargo a lo largo de su carrera había demostrado una enorme capacidad para diseñar estrategias. De hecho, su anterior destino había sido la Unidad Central de Inteligencia, dependiente de Información, que entre otras cosas planificaba posibles líneas de actuación a seguir por los investigadores tras el estudio de toda la información que caía en sus manos.

Como ya se ha dicho, había diseñado la estrategia que podía resumirse en «ETA no son solo las pistolas» y creado una estructura al servicio de esa idea. Era muy consciente de que en ese momento no podía competir con la Guardia Civil en la desarticulación de comandos —el Instituto Armado tenía mucha mejor información de Francia y del interior—, y necesitaba hacerse un espacio —no él, claro, sino el Cuerpo— en la lucha contra el terrorismo.

Hubo, como se ha relatado, reticencias, entre las que estaban las del propio Pamies, para quien por entonces ETA eran los de las pistolas y nadie más. Pero cuando hay un liderazgo fuerte —De la Morena sin duda lo tenía—, un respaldo total del Gobierno y las ideas claras al final llegan los resultados. Es verdad que había cierto cachondeo en determinados ámbitos, también de la Guardia Civil —«nosotros solo nos dedicamos a la caza mayor», presumían algunos en el Instituto Armado— por las investigaciones que hacía la Policía, pero también que no hubo que esperar mucho tiempo a que los resultados comenzaran a dar y a quitar razones.

«Ese día —15 de julio de 1998— había mucha tensión porque la Policía iba a dar un golpe sin precedentes, nada menos que el cierre de *Egin* y otros medios de comunicación proetarras, y no sabíamos cuáles podían ser las consecuencias, la respuesta en la calle», recuerda Lleida. Él, en realidad, no había participado en la investigación, aunque lógicamente sí lo iba a hacer en la fase de explotación.

«Aquella noche Hernani parecía el escenario del desembarco de Normandía; había un despliegue impresionante y Garzón se había desplazado a San Sebastián para dirigir la operación sobre el terreno…

Íbamos a entrar en la nave en la que el periódico tenía su redacción, su administración y su rotativa y además íbamos a cerrar la emisora de radio Egin Irratia y la editorial Orain S.A. La adrenalina estaba por las nubes y cuando entramos, comenzamos a neutralizar a los que allí estaban. Las señoras de la limpieza, que no tenían culpa de nada, nos miraban con miedo… La orden era que las rotativas no podían funcionar, pero no sabíamos manejarla, de modo que un compañero cogió una barra de hierro y comenzó a golpear a un panel que había por allí…».

En eso se estaba hasta que llegó un operario que muy extrañado preguntó a los agentes que qué estaban haciendo. Cuando se lo dijeron explicó que no hacía falta destrozar nada: «Si ustedes quitan esta placa base la rotativa queda inutilizada…». «La verdad es que se disfrutó aquello», rememora Lleida…

«En un despacho de la comisaría de San Sebastián un compañero y yo montamos un gabinete de coordinación [recuerda una inspectora de la Unidad Central de Inteligencia de la Comisaría General de Información]. Todos éramos muy conscientes de que esos medios eran una herramienta al servicio de la banda, pero estábamos en el límite de afectar a derechos fundamentales como es el de la información, y además no sabíamos cómo podía reaccionar la sociedad, pues estas empresas aglutinaban y alimentaban a todo el entramado del Movimiento de Liberación Nacional Vasco».

La secretaria judicial de Garzón fue de mucha utilidad, ya que cuando alguno de los trabajadores del periódico ponía pegas para cumplir las órdenes le advertía de que si persistía en su actitud tendría que informar al juez… Sin duda, la fama que precedía al magistrado era el mejor antídoto ante cualquier resistencia.

Una vez parada la rotativa aún quedaba el problema de qué hacer luego con ella. Se decidió llevarla a Madrid, parte en un helicóptero de la Policía y el resto en una furgoneta que envió la comisaría de San Sebastián. Esa rotativa histórica, que también imprimió carteles de Jarrai, permanece aún en una dependencia de la zona de calabozos de la Comisaría General de Información donde el olor a tinta aún se puede percibir con claridad. Nadie la ha reclamado.

«La verdad [insiste Pamies] es que no me involucré en la operación porque no creía en ella, pero por supuesto obedecía todas las órdenes que se me daban porque era mi obligación. No veía claro que se pudiera cerrar el periódico».

La investigación había tenido su origen en una documentación intervenida en 1993 a los etarras Juan María Dorronsoro y José Ignacio Herrán, si bien ya en 1986, en los famosos papeles de Sokoa, y tras la detención en 1987 de Santiago Arróspide Sarasola, Santi Potros, se intervino, entre otras cosas, el acta de una reunión de la banda en la que se discutió quién debía ser director de *Egin*. En 1992 otro documento, este confiscado a la cúpula de ETA en Bidart, explicaba que ETA veía «infravalorado» el papel de los medios de comunicación que «están a nuestra disposición».

A lo largo de las pesquisas quedó demostrado que *Egin*, su sucesor *Gara* y el resto de medios afines como la radio Egin Irratia, la revista *Ardi Beltza* o la editorial Txalaparta formaban el «frente mediático-cultural» de ETA, herramientas para mantener la cohesión interna del MLNV, y en el caso del rotativo un instrumento de coacción e intimidación contra los «enemigos», que hacía además una «pedagogía de la violencia» para que fuese vista por los afines como natural y legítima.

No solo eso; se demostró que el periódico proetarra era utilizado por los pistoleros para mandarse mensajes con el pleno conocimiento de su dirección. «Analizar la sección Merkatu Txikia nos daba buenos resultados», afirma Pamies. Un etarra, Juan José Aramburu, del comando Katamotz confirmaba esa utilización: «Utilicé esa sección del *Egin* para cosas urgentes y sin tener la seguridad de que el mensaje fuese captado por Anboto (Soledad Iparagirre) ya que teníamos establecido previamente una forma de entendimiento». Es decir, la persona a la que iba dirigido sabía cómo interpretar el contenido de un mensaje. Otros pistoleros igualmente arrestados a lo largo del tiempo hicieron confesiones similares…

La conmoción por la operación policial fue, como es lógico, muy fuerte no solo en el País Vasco sino en toda España. Pero no hubo reacción en la calle, donde el cierre de *Egin* y otros medios afines a ETA se asumió sin que se produjesen algaradas, como había sucedido en otras ocasiones con las detenciones de terroristas. Era un síntoma, de los primeros, de que el Estado comenzaba a ganar espacio al terror.

Por esa época Garzón comenzaba a querer hacer todo, investigar, detener e interrogar, asumiendo funciones que en principio no le correspondían y que debían haber sido asumidas por los fiscales… Aunque es verdad que muy pocos de estos se involucraban en las investigaciones.

La nueva estrategia marcada por De la Morena no impedía,

obviamente, que se trabajara en todas las líneas de investigación posibles, incluida la de los comandos. En este sentido capítulo aparte merece la operación que acabó con la completa desarticulación, en marzo de 1999, del Donosti gracias a la Brigada de Información de la Comisaría de San Sebastián. La «tirada» se realizó justo en el momento en el que los dos liberados del grupo, Sergio Polo y Kepa Etxebarría, pensaban huir a Francia tras la caída en suelo galo de José Javier Arizcuren Ruiz, Kantauri, en una operación de los servicios de Información de la Guardia Civil realizada el día anterior. El trabajo para obtener un éxito de esta magnitud había comenzado nada menos que siete años antes cuando una joven policía nacional dio los primeros pasos de un brillante trabajo de infiltración en la banda que la llevó a convivir durante más de un año con los dos pistoleros citados.

El valor de esta mujer en una etapa en la que ETA había declarado una tregua para supuestamente negociar con el Gobierno de José María Aznar permitió conocer a los responsables de la lucha antiterrorista que la banda había tomado esa iniciativa solo para reorganizarse y atacar aún más duro en el momento en que se rompiesen las conversaciones…

«Gracias a esta compañera [afirma Enrique Pamies], que hizo un trabajo sencillamente impagable, supimos que aquello era una trampa y el Ejecutivo pudo tomar sus decisiones; pero además, todo ese tiempo nos sirvió también a nosotros para identificar a todos los miembros y colaboradores del comando y golpearles antes de que pudiesen actuar».

La organización terrorista no supo que había tenido un topo hasta un año después de las detenciones. Fue la revista proetarra *Ardi Beltza*, dirigida por el siniestro periodista Pepe Rei —«unos marcaban los objetivos, otros disparaban»—, la que en marzo de 2000 publicó que la policía había consiguió infiltrar a una agente en el comando Donosti. Esta mujer llegó a convivir con estos individuos durante un año en un piso de San Sebastián y fue quien condujo en su propio coche a los dos etarras a la cita en la que fueron detenidos el año anterior. La revista llegó a difundir una fotografía de la policía con la clara intención de que fuese más fácil localizarla y asesinarla.

La joven había llegado a la capital guipuzcoana en 1992 con el falso nombre de Aránzazu Berradre Marín y la cobertura de que era militante del Movimiento de Objeción de Conciencia de Logroño. De esta forma, poco a poco fue introduciéndose en los ambientes *abertzales*. La clave era que los radicales, por su presencia continuada

durante meses, la considerasen ya uno de los suyos y no se hicieran preguntas sobre de dónde venía. La falsa Aranzazu Berradre frecuentaba la sede de HB del Casco Viejo donostiarra y con talento, paciencia y sangre fría logró ampliar cada vez más su círculo de amistades, a lo que contribuyó también un empleo temporal de camarera en una discoteca…

«Empezó a acercarse a la gente de Jarrai [revela Sandokán], y luego accedió a un responsable de KAS y de Gestoras… Estuvo mucho tiempo por allí, mezclándose con la gente, así que para cuando comenzó a subir en el escalafón nadie se acordaba de que había llegado de Logroño… Ya había pasado mucho tiempo y nadie se hizo preguntas sobre ella y su historia…».

De esta forma la infiltrada logró ser cada vez más conocida en el mundo proetarra, y más tarde o más temprano se ganaba la confianza de la gente con la que se topaba. Así, hasta que pudo entrar en la banda y convivir con los dos liberados del comando Donosti en un piso de la calle Urbieta número 3 que ella misma había alquilado y que se utilizaba como piso franco. La última vez que se la vio en San Sebastián fue en la taberna Herria tras la detención de Polo y Etxebarria.

«Tener a esta policía infiltrada en el Donosti era un lujo, porque la calidad de la información que nos pasaba era impresionante. Nosotros alquilamos una vivienda enfrente de donde ellos vivían, con la cobertura de ser trabajadores, y eso nos facilitaba mucho las vigilancias. Estábamos seguros de que nadie nos descubriría, porque si se oían ruidos dentro de la casa a nadie le podía extrañar, ya que advertimos de que íbamos a ser cuatro los que ocuparíamos la vivienda. Además, antes de que llegaran los terroristas a su piso habíamos instalado micrófonos, de modo que podíamos escuchar todo lo que se decía dentro…».

Los largos meses de vigilancia dieron para todo. La policía tenía controlados a todos aquellos con los que se relacionaban los liberados, de modo que si intentaban cualquier cosa actuaría de inmediato. Además, ese seguimiento permitía conocer el ambiente dentro de la organización, porque los etarras tenían contacto con la cúpula de la organización y de vez en cuando hacían comentarios sobre qué pensaban unos y otros del futuro de la lucha armada.

«El 1 enero de ese año me dieron a Lourdes, mi hija, y al volver a San Sebastián había un problema para poder controlar el piso en el que estaban la compañera y los dos liberados. Estudiábamos cómo

podíamos hacer una vigilancia sobre el terreno sin ser descubiertos, ya que los liberados siempre estaban obsesionados con su seguridad y nos podían "morder" en cualquier momento. La respuesta llegó a primeros de febrero. La niña ya tenía un mes y pensé que como mi mujer y yo teníamos que sacarla de paseo podía aprovechar la circunstancia para hacer la "troncha" de forma discreta…».

Cualquier persona pondría mil reparos antes de hacer algo así. Pamies no solo no lo hizo, sino que él fue el auténtico instigador de esa operación. El objetivo concreto era Kepa Etxebarría. Hubo algunos elementos que facilitaron que todo acabara bien. En la calle Urbieta había una plazoleta con un pequeño parque, de modo que la presencia de un matrimonio con su hija no llamaba la atención, mucho más en un día con sol. Además había una cafetería, y si alguien se sentaba en la terraza el campo de visión de la zona era perfecto. «El liberado pasó por allí, y le hice la vigilancia, así que puedo decir que mi hija, con dos meses, vio a un liberado de ETA, lo que no pueden decir muchos de los que se consideran expertos en la lucha contra la organización terrorista y lucen medallas en el pecho», dice Pamies divertido. El caso es que lleva razón.

«Nunca hubo riesgo para la niña ni para mi mujer; en la calle no estaba solo y al mínimo problema se hubiese solucionado la situación. Lo que no me acuerdo es de si le había contado algo previamente a Ana, pero supongo que no.… En cualquier caso, eso ya está caducado». Lo más sorprendente de todo es que cuenta el episodio con una normalidad absoluta y se ríe al pensar la cara que pondrá su familia cuando se entere de esta y otras muchas cosas por este libro.

Pamies no se da ningún mérito por ese episodio, entre otras cosas porque no fue el único que hizo algo parecido. «En mi grupo había una compañera, Rosa, que en esa etapa estaba embarazada, y ya de siete u ocho meses. Había que vigilar un objetivo y una vez más no sabíamos cómo meter mano a esa situación. Fue ella quien dio la solución: "¿Y si me voy ahí, me pongo en un banco a hacer punto y hago la vigilancia?", me dijo. Aceptamos, porque era muy difícil que una gestante levantara sospechas, pero por supuesto tomamos todas las medidas para que no hubiera riesgos. Ahora hago una pregunta: ¿hoy en día habría compañeros capaces de hacer algo así?».

Probablemente, no muchos, pero seguro que también en esta época en la Policía hay quien está dispuesto a hacer enormes sacrificios para sacar adelante el servicio, como se ha demostrado en algunas ocasiones. No obstante, el compromiso de Pamies y sus compañeras es difícilmente superable.

Los geos, por su parte, igualmente daban a diario muestras de una profesionalidad que impresionaba a los inspectores. Ellos también permanecían en el piso alquilado para las vigilancias, pero además tenían el problema añadido de que nadie les tenía que ver entrar y salir de él. «La vivienda que alquilamos era pequeña [recuerda Pamies], pero ellos jamás ponían pega alguna. Para poder mantener la forma ponían una barra de un lado al otro del pasillo y allí hacían sus ejercicios. Les decíamos que pusieran voz a la televisión, porque se suponía que allí vivían tres personas, pero no lo hacían. Su disciplina impresionaba: ni un ruido fuera de lo normal, y su única expansión era sacar el cubo de la basura por la noche para tomar el aire. Por supuesto, siempre por turnos. Nunca aceptaron nuestra sugerencia de que se diesen una vuelta más larga para relajarse, su profesionalidad estaba por encima de cualquier cosa». Uno de esos geos ejemplares fue Francisco Javier Torronteras, que el 3 de abril de 2004 murió al suicidarse en un piso de Leganés buena parte del comando yihadista que atentó en Madrid el 11-M. «Honor y gloria para todos y cada uno de los policías de ese grupo, porque son los mejores del mundo», afirma Pamies.

A veces, y por cuestiones de falta de personal, los geos también se ocuparon de las escuchas del piso ocupado por los terroristas y la topo. Como es lógico, esa tercera persona, desconocida para ellos —nadie, salvo un grupo de investigadores muy reducido, podía saber que se trataba de una policía—, les provocaba una animadversión importante. «Cuando vayamos a por ellos se va a enterar esa tía», comentaban los agentes de los Grupos de Operaciones Especiales a sus compañeros de Información con los que compartían horas y horas de vigilancia. «Si vosotros supierais…», reflexionaba Pamies en silencio. Cosas de la lucha contra el terrorismo.

El 10 de marzo de 1999 y los días anteriores la tensión en la Comisaría de San Sebastián era máxima. La infiltrada tenía que decidir si seguía adelante con su misión, sin tener garantizada una mínima cobertura, o finalizaba la misma. Polo y Etxebarría habían decidido huir a Francia tras la caída de Kantauri tres días antes y había que actuar rápido. El Inu, que era el comisario que «tutelaba» a la topo decidió, tras escucharla, con buen criterio, que había llegado el momento de sacarla de allí porque la seguridad de la compañera empezaba a estar en peligro… Más en peligro, para ser exactos. A partir de ese momento se puso en marcha el operativo para desarticular el comando Donosti.

«Acabo de dejarlos en Anoeta», comunicó la infiltrada a su contacto. «Por supuesto, nosotros ya les habíamos visto abandonar el piso de la

calle Urbieta, pero la información era clave para poder actuar con absoluta seguridad. Como a lo largo del año y pico que estuvo con ellos habíamos podido seguir a los colaboradores del Donosti, teníamos localizada toda su infraestructura y dentro de ella el piso de seguridad que había en esa zona, en el que con toda probabilidad pensaban ocultarse los etarras hasta poder pasar a Francia en condiciones seguras…».

«Dentro del dispositivo [explica Lleida], a mí me tocó con Fiti, gran policía y buen amigo, en un coche camuflado. Teníamos que hacer un recorrido determinado por la ciudad de modo que si se producía el momento de la intervención estuviéramos siempre a poca distancia del objetivo. Sabíamos dónde iba a dejar a los liberados nuestra compañera, de modo que el diseño de la operación era bastante más fácil que habitualmente».

«Todos estábamos en alerta; los del piso esperaban a que los terroristas salieran de su vivienda para darnos novedades, los geos estaban preparados y la prioridad era no poner a nuestra compañera en riesgo, de modo que había que esperar al momento más oportuno para intervenir… Era un día clave y no podíamos fallar; habíamos trabajado mucho, y arriesgado más como para que algo saliera mal».

«Nunca se me olvidará. Fiti y yo hacíamos el recorrido Amara viejo, nuevo, la bajada de hospitales y vuelta a empezar… Era por la tarde y recibimos el mensaje de nuestro comisario provincial preguntándonos qué hacíamos y que si le podíamos ir a buscar. Por supuesto, así lo hicimos. Venía de una comida y subió en la parte trasera del coche. En ese momento nos avisaron por la emisora de que fuésemos en dirección Anoeta porque había empezado la operación».

La reacción de Pamies, como conductor, fue fulminante y puso rumbo hacia el punto del aviso. «No veía curvas ni rectas, no respeté ni una señal y puse el coche a la máxima velocidad… Ni límites ni gaitas… Por el retrovisor veía al provincial que iba de un lado para otro, hasta que ya no pudo más y me ordenó parar un segundo porque él se iba al cuartel de Aldapeta… Entonces bajó del K y se puso a vomitar, porque no es lo mismo que esa situación te coja al volante o en el asiento del copiloto o detrás… Fiti empezó a reírse por la situación rocambolesca, yo también me descojonaba —"¡no te rías, que es el provincial!"—, y el jefe, mientras, nos gritaba: "¡Hijos de puta, yo me quedo aquí!".

«Nosotros continuamos y ya cuando llegábamos a la zona, Fiti, entonces jefe de Información de San Sebastián, va y me dice que se le había olvidado la pistola, y que se la preste… «¿Y con qué coño

disparo yo?», le pregunté, aunque aun así se la di… A Fiti le decía siempre que iba por el canal de la radio H-50, porque todos los demás nos comunicábamos por el H-40 y él parecía que iba a su bola… Insisto, es un gran profesional».

«Cuando bajamos del coche oímos disparos; por supuesto fuimos corriendo hacia allí y vimos a uno de los liberados, Kepa Etxebarría, en el suelo… Un poco más allá Sergio Polo hizo uso de su arma, y entonces presencié la reacción espectacular de un inspector del GEO: se fue para él y le golpeó en la cabeza con la culata de su arma, y décimas de segundo después ya le había reducido provocándole una luxación de hombro, codo y rodilla. Pudo utilizar su pistola, y no lo hizo porque sabía que ese tipo nos era mucho más útil vivo que muerto».

Sergio Polo fue trasladado al hospital Nuestra Señora de Aránzazu. En los pasillos del centro el pistolero comenzó a gritar «¡soy un *gudari* vasco!» ante la indiferencia de todas las personas que allí se encontraban.

A los dos miembros liberados del Donosti se les intervinieron dos mochilas con ropa, dos pistolas con sus correspondientes cargadores, varios DNI y permisos de conducir falsos, placas de policía falsas, 500.000 pesetas y 3000 francos.

Posteriormente se procedió a la captura de otros siete miembros del comando, dedicados a trabajos de infraestructura: Egoiz Gurruchaga Gogorza, Gorka Lazcano Murúa, Leire Picabea Almandoz, Luis Miguel Rufo Astinza, Garikoitz Pascual, Gotzon Aramburu Sudupe y José Cándido Sagarzazu. Algunos de los arrestos fueron rocambolescos. En uno de ellos el etarra se había escondido en un armario, y cuando pensaba que ya estaba a salvo porque la policía había acabado el registro dentro del piso, uno de los agentes metió la mano debajo de las sábanas de una cama sin hacer… Estaba caliente, así que gritó a sus compañeros que tenía que haber alguien dentro… Segundos después abrieron la puerta del armario y ahí estaba el terrorista, agazapado y sin escapatoria posible.

«A Sergio Polo lo interrogué en comisaría y me impresionó que a pesar de las lesiones que había sufrido durante la detención no quisiera tomar ni una aspirina, ni un Nolotil ni ningún otro medicamento contra el dolor… Debía estar pasándolo muy mal, pero el tipo aguantó lo indecible porque pensaba que le queríamos drogar. Lo cierto es que al final habló, y mucho, de los atentados en los que había participado, incluso de aquellos que habían resultado fallidos como uno en

Salamanca».

«Lo que más me sorprendió de él fue cómo confesó que llevaba las bombas lapas de una ciudad a otra. Lo hacía en autobús, dentro de una mochila. Le pregunté si aquello no le parecía una barbaridad, ya que se trata de artefactos no muy estables y él me respondió "si explota, a tomar por culo el autobús". Incluido él mismo, claro».

Polo y Etxebarría habían recibido la promesa de Kantauri de reforzar el comando Donosti con el envío de nuevos liberados, además de armas y explosivos. De hecho, sus terroristas eran los elegidos para perpetrar los primeros atentados una vez que ETA diera por finalizada la tregua trampa que mantenía. Entre los objetivos que tenían marcados para asesinar estaban el presidente de la Audiencia de San Sebastián, entre otros magistrados, diputados del PP y del PSOE, policías y guardias civiles. En concreto, tenían información muy elaborada de los movimientos de vehículos del Instituto Armado y en algunos de los casos también direcciones y datos clave para poder perpetrar un asesinato. Es fácil imaginar cuánto sufrimiento se ahorró España con esta operación.

Pero además esta investigación frustró los planes de la banda de aprovechar la tregua para reorganizarse y salir más fuerte de ese periodo. De hecho, este era el objetivo principal que perseguían los terroristas con el alto el fuego. Nunca sospecharon que una joven policía, con un valor y una sangre fría impresionantes, iba a ser capaz de desbaratar todos sus planes. «Mientras ETA decía que se preparaba para la paz se rearmaba hasta los dientes. Esa fue la realidad que descubrió mi compañera, a la que nunca se podrá recompensar lo suficiente lo que hizo».

El confidente de Pamies, Sandokán, también corrobora el enorme valor de la policía infiltrada, aunque obviamente él no la conoció. Pero sabe muy bien de lo que habla, quizá mejor que nadie, porque durante muchos años él siguió en ETA mientras pasaba información a Lleida. Por tanto, conoce, como ella, el miedo a ser descubierto, lo insoportable que puede llegar a ser llevar una doble vida, el dejar de tener cualquier contacto con la familia… «Si le hubiera echado más arrestos habría llegado a capitana general [añade Sandokán de forma gráfica]. Era muy lista, nunca la hubiésemos detectado. La «empresa» se llevó las manos a la cabeza cuando lo supo; era increíble que nadie se hubiese dado cuenta de nada».

La policía vive hoy con una identidad nueva y presta sus servicios en el Cuerpo. Nadie sabe quién es ni qué es lo que hizo. Esa es la mejor

garantía de que pueda seguir viviendo, porque si trascendiera es muy probable que alguien, incluso a día de hoy en el que la banda está desmantelada, la busque para volarle la cabeza. Actuó de forma heroica, y sin embargo no se le dio siempre un trato adecuado. En este sentido, hay una anécdota que ilustra cómo funcionan las cosas a veces en España: «Justo cuando había conseguido entrar en contacto con los liberados le tocaba examinarse para oficial. Informada de la circunstancia, la respuesta de la División de Formación de la época merece pasar a la historia: "Que se escape el día del examen y que lo haga, porque si no, no se puede hacer nada…". Manda huevos, que diría Trillo. Obviamente entonces no ascendió». Para vergüenza de los responsables de esa decisión, cabría añadir…

La caída del Donosti, como sucede siempre en estos casos, dejó abiertas algunas líneas de investigación. Una de ellas era la figura de Arkairtz Saez, un ciudadano francés con antecedentes de haber militado en Gazteriak, la Jarrai francesa, que llegó a estar dirigida por Egoitz Urruticoechea, el hijo de Josu Ternera. Vivía en un pueblo del sur del país, y desde marzo de 1999, con la ayuda de la Brigada de Francia de la Comisaría General de Información, la policía montó sobre él vigilancias constantes.

Según pasaban los meses los investigadores observaban que se relacionaba con varios jóvenes como él, entre ellos Aratz Gómez, hijo de un etarra asesinado en 1979 por el Batallón Vasco Español —primer antecedente de guerra sucia montada desde España— e Iraun Zabaleta, hijo como él del histórico dirigente de ETA, Baldo. El trabajo era complicado, porque al hecho de que una vigilancia siempre es delicada se unía que habían de hacerse en suelo francés, donde por ejemplo a las seis de la tarde las calles están desiertas.

«Ya a primeros de noviembre, ocho meses después de empezar el trabajo, vimos cómo dos de ellos pasaban a España y se acercaban a una zona de Irún donde solo había un descampado, un concesionario de Ford y una empresa. La experiencia nos hacía saber qué movimientos iba a hacer nuestra presa, pero dudábamos del objetivo que habían elegido, el descampado para hacer un traspaso de material de un vehículo a otro o cambiar de coche, o el concesionario por los coches y la troqueladora, o la empresa para atacarla o secuestrar al dueño».

Se alertó a los geos y se montó un dispositivo en torno a los tres lugares para reaccionar de inmediato cuando se produjese aquello que se preveía que se iba a producir. Uno de los días de «troncha» un compañero de Irún les vio. «Era un tipo estupendo y le tengo un gran

cariño, pero su "ojo de lince" dejaba bastante que desear. Si decía que algo era bueno para trabajar, aquello no conducía a nada, y al revés… Nos preguntó qué hacíamos, y yo, con un poco de mala leche, le dije que teníamos dudas sobre qué vigilar de los tres posibles objetivos ante la eventualidad de que los de la *kale borroka* hicieran algo por allí».

Matemático. Respondió que cualquier cosa menos el concesionario, ya que su dueño era amigo de la gente de la izquierda *abertzale*. En cuanto se marchó, Lleida ordenó que se priorizara la vigilancia sobre ese punto… No se equivocó. Días después los tres objetivos llegaron en un coche con las matrículas dobladas e intentaron llevarse la troqueladora de allí. Los geos actuaron rápido y detuvieron de forma contundente a los dos que habían entrado, Arkaitz Saez y Aratz Gómez. Por un fallo en las comunicaciones el jefe del dispositivo no se enteró de que aún no había entrado en el establecimiento Iraun Zabaleta, sino que se había quedado fuera para alertar si llegaba la policía. Cuando se quiso reaccionar ya era tarde y el etarra consiguió escapar, aunque fue detenido tiempo después por los franceses.

A raíz de este servicio Pamies se dio cuenta de que Mayor Oreja era un enorme bluf en la lucha contra ETA. Estando ya en Madrid, y aprovechando que el ministro había ido a felicitarles por el servicio, el comisario general pidió a Lleida que se acercara a él y le contara de qué iban los detenidos. A regañadientes, cumplió la orden, pero vio que según le iba dando datos del servicio el ministro le miraba «como las vacas cuando ven pasar el Talgo. No solo eso, en un determinado momento le cortó con un "vale, vale, vamos a hacernos una foto": Yo, que me salté algunas lecciones de diplomacia, le respondí que no, que no quería fotos… Pero insistió, así que tuve que poner ya cara de mala leche e insistirle en que de eso nada… Aprovechó que pasaba una compañera por allí para cogerla del brazo y decirle al fotógrafo que disparara. Le di la espalda y a otra cosa. Me di cuenta de que este hombre no sabía nada de la organización y que siempre utilizaba el mensaje de ETA mala, seguro que todo irá mal. Menos mal que el auténtico ministro del Interior era Aznar».

CAPÍTULO 9

UN APRETÓN DE MANOS

Corría ya el año 2000 y la Brigada Provincial de Información de San Sebastián, con Enrique Pamies ya de jefe de sección tras haber ascendido tres años antes a inspector jefe, continuaba su lucha implacable contra la *kale borroka*. Las operaciones se sucedían y como siempre desde hacía mucho tiempo, Lleida estaba muy presente en los interrogatorios para poder detectar posibles nuevos colaboradores.

En no pocas ocasiones esos servicios afectaban a más de una provincia vasca y a Navarra, de modo que cuando eso se producía había que coordinar las operaciones con los compañeros de las comisarías afectadas. A pesar de eso, Pamies insistía en conocer las circunstancias de todos y cada uno de los arrestados, siempre con una idea fija: captar confidentes.

La operación que dio paso a una de las colaboraciones policía-informador más rentable de toda la historia de la lucha contra ETA, no ya solo por las investigaciones que se pudieron culminar sino también por el número de años que duró, comenzó por tanto de forma casual, si se quiere hasta rutinaria en el sentido de que Lleida actuó como lo había hecho decenas de veces antes.

«¿Veis a alguno con posibilidades?», preguntó el entonces inspector jefe a sus hombres. «Bueno, hay alguno que quizá entre; estos son los historiales completos», le respondió un subordinado, aunque sabía que su interlocutor los iba a estudiar de cualquier manera. Y en efecto, a Pamies hubo una persona que le llamó la atención: era un tipo alto, de complexión fuerte y originario de un pueblo vizcaíno, de buena presencia… En definitiva, un buen mozo, alguien por lo demás con una historia detrás como la de tantos otros jóvenes de su edad en el País Vasco.

Había nacido en una población industrial, su familia era muy *abertzale* y siempre se había movido en esos ambientes. Su relación con ETA, por tanto, venía de muy largo, a través de amigos, aunque había algo que llamaba la atención en su caso. También tenía un marcado compromiso social al margen del político, se implicaba en acciones de ayuda a vecinos con problemas… «No sé exactamente por qué, pero tuve la intuición de que era factible entendernos. Por otra parte, si no aceptaba mi oferta no había problema alguno; ni era la primera vez, ni iba a ser la última que se producía un rechazo».

La relación del detenido con la banda, aunque superficial, había comenzado algo antes, hacía año y medio, aproximadamente. Los fines de semana, como otros chicos de su entorno, llenaba una mochila con ropa y otros efectos que llevaba a Francia para dárselos a algún etarra que había cruzado la muga y al que su familia quería apoyar. Luego regresaba con ella vacía y esperaba la siguiente ocasión. Otra de las veces, en pleno despliegue de las Fuerzas de Seguridad que obviamente había causado gran nerviosismo entre quienes se movían en ese mundo, alguien le pidió que llevara a un par de individuos desde donde estaban a otra zona para evitar que cayeran en el cerco… Como se ve, pequeñas colaboraciones que no iban más allá, aunque las completaba con su actividad en los «grupos de sabotaje» dedicados al terrorismo callejero, que fue lo que finalmente le costó la detención.

Todos los arrestados en esa operación, como era habitual si tenían cierta entidad, fueron trasladados en coche a las dependencias de la Comisaría General de Información, en el complejo policial de Canillas, en Madrid. «No coincidí con él en el trayecto, ni hablamos una sola palabra antes de bajar a verle a los calabozos. Tampoco había ninguna razón para actuar con prisa, y siempre es mejor que el detenido vaya asimilando su situación y lo que le espera en el futuro».

«Comenzamos a hablar entre sesiones de interrogatorios y le empecé a plantear la posibilidad de colaborar… Quería tomarle la temperatura y sabía que no debía agobiarle, porque él era muy consciente de que si daba el paso ya no podía echarse para atrás; su vida cambiaría para siempre y por supuesto nadie podía garantizarle que todo fuera a acabar bien», recuerda Pamies.

«Le expliqué muy claramente qué es lo que quería de él, que podía ayudar mucho a que acabase tanto sufrimiento, no solo ya el que habíamos pasado nosotros, sino también el de ellos… Por supuesto, le expuse que además le ayudaría en lo que pudiese. Le insistí en que era una buena oportunidad, que se lo pensase bien, hasta que me respondió que “yo soy el primero que quiero que se acabe esto, que no dure más…”. Entonces nos dimos la mano y nos emplazamos para vernos en prisión, porque estaba muy claro que él tenía que ir a la cárcel. Primero porque era lo justo; y segundo, porque si no lo hacía sus compañeros sospecharían que había llegado a algún tipo de acuerdo con nosotros y habría consecuencias nefastas para él».

«La verdad es que tras ese primer encuentro tanto él como yo teníamos nuestras dudas de que aquello fuera a funcionar, así que había que tomarse las cosas con calma. Sabía que el momento clave sería el siguiente encuentro, ya en prisión, porque hay veces que la

gente decía que sí que iba a colaborar y luego en la cárcel no solo se arrepentía sino que hacía una cantada en la que explicaba a la dirección de la banda que la policía lo había intentado captar».

Pasados unos días prudenciales se produjo la segunda cita en el centro penitenciario de Meco, y tanto uno como otro se dieron cuenta de que aquello iba muy en serio, de que el acuerdo era un hecho y que comenzaba una colaboración que ni sospechaban hasta dónde podía llegar. Había nacido Sandokán.

«Yo estaba convencido [dice el confidente] porque desde el principio, tal como me lo explicó Enrique, pensé que se iban a hacer las cosas bien. Me jugaba mucho, claro, pero él también. El acuerdo suponía poner nuestra vida literalmente en manos del otro; él me podía hacer una putada, claro, pero yo también hacerle una encerrona… Si hubiéramos querido cualquiera de los dos, ahora uno de nosotros estaría muerto».

«Cuando nos dimos la mano por segunda vez en la cárcel [relata Lleida] le miré a los ojos y le dije que como me intentara engañar o hiciera cualquier estupidez yo mismo lo mataría. En un asunto como este la lealtad es la palabra clave. Si uno traiciona al otro no hay posibilidad de marcha atrás. La confianza tiene que ser absoluta. Él lo entendió muy bien y nunca, jamás, hemos tenido un problema en ese sentido».

«Ya antes de ser detenido [admite el confidente] pensaba que ETA estaba derrotada. Se había producido el asesinato de Miguel Ángel Blanco y la reacción social de rechazo fue tremenda; fue un *shock* para todos… Conocía a compañeros que estaban en países suramericanos, en Francia, gente con muchos años de lucha y ya entonces decían que había que acabar con esto, que no se podía continuar con una estrategia que llevaba el sufrimiento a todo Euskadi… Tenía claro que la guerra estaba perdida, pero claro, había que saber cómo salir de aquello… Yo estaba en contra de los asesinatos, de las barbaridades que se hacían; otra cosa distinta es que justificara los sabotajes como parte de la lucha por una causa justa».

«La “empresa” jodía los tejidos sociales de cualquier lucha ciudadana, para manifestarnos por algo que nos afectaba no hacía falta cargarse a nadie… Al final, todo era ETA, todo lo ensuciaba y colonizaba la organización y el colectivo perdía fuerza porque muchos se retraían y dejaban de movilizarse. Al final, la gente normal ni siquiera iba a las manifestaciones. Esa era la situación, y yo era plenamente consciente de ella».

Con estas claves, la llegada de Pamies a la vida de Sandokán fue una perfecta vía de escape para que el confidente pudiera dar salida a sus inquietudes y trabajar por un futuro de paz para su tierra, desde primera línea y, sin duda, desde el puesto más arriesgado; exactamente igual que Lleida.

Los primeros indicios de que aquello funcionaba bien se tuvieron pronto, durante la estancia en prisión preventiva de Sandokán. Esa etapa, de algo más de un año, fue aprovechada por el confidente para trasladar algunas novedades del funcionamiento interno del colectivo de presos etarras. «Me contó que las autocríticas o *kantadas* [documentos en los que los terroristas escribían las circunstancias de su detención y que eran enviadas a la dirección de la banda para mejorar las medidas de seguridad] salían de la cárcel pasado un tiempo prudencial desde que eran escritas. Las instrucciones que tenían los recién llegados al talego eran que esos documentos debían dárselos a otros presos que llevaban mucho más tiempo que ellos en el centro penitenciario ya que estaban menos controlados que los nuevos. Estos, a su vez, se los hacían llegar al colectivo de abogados al servicio de ETA, bien cuando los visitaban o a través de algún familiar que iba a verlos».

De esta forma la policía supo que los letrados de los etarras no solo se encargaban de defenderlos jurídicamente, sino que además servían como herramienta para los intereses de la banda terrorista, para la que trabajaban como correos. Esta revelación, con el paso del tiempo, llevó junto a otras muchas investigaciones a la detención por parte de la guardia civil del denominado «comando Togolari» de letrados al servicio de la organización terrorista. En 2000, cuando Sandokán estaba interno, nadie podía imaginar hasta qué punto «los de la toga» estaban implicados en el funcionamiento de ETA.

Pero aportó aún más informaciones en el mismo sentido. Periódicamente, y siguiendo el mismo sistema, los terroristas hacían llegar a sus militantes encarcelados instrucciones a través de pequeñas misivas que eran pasadas de unos a otros hasta que volvían al responsable de ese *mako* (cárcel), que las destruía. «Así tuvimos conocimiento de las movilizaciones que iba a organizar EPPK, una subestructura de la banda en la que se integra el Colectivo de Presos, en centros penitenciarios de toda España».

El confidente demostraba gran habilidad para captar información sin levantar sospechas y la confianza con su controlador, Pamies, iba en aumento, y lo mismo sucedía en sentido contrario. Así, fue importante también su trabajo a la hora de clasificar a sus compañeros presos en

función de su grado de radicalidad, lo que era de una importancia policial enorme para el caso de que quedaran en libertad.

«Me dividió a sus compañeros entre los que seguían las consignas de la dirección de ETA y eran partidarios de la línea dura y aquellos que apostaban por aceptar medidas de reinserción, abandonaban el Colectivo de Presos o simplemente no eran partidarios de continuar con la lucha armada. Todo aquello era de suma utilidad para nosotros, porque podíamos tomar decisiones diferentes en función de la persona que se tratase».

Los largos meses que el confidente estuvo entre rejas sirvieron, por tanto, para engrasar la relación entre Sandokán y Lleida y para comprobar que el primero tenía unas posibilidades muy grandes de llegar a un escalón alto de la organización. En otras palabras, era visto como un «diamante en bruto» que había que pulir con sumo cuidado, sin cometer errores por la lógica ansiedad.

Tampoco ahorró el colaborador detalles sobre todos aquellos con los que había tenido contacto antes de entrar en prisión y fruto de esas informaciones se llegaron a realizar algunas operaciones destacadas, en las que obviamente no se va a entrar para mantener la seguridad de Sandokán, aunque sí se puede conocer que una de ellas afectó a liberados de la banda y otra a un grupo de sabotaje, algo por otra parte normal porque era ese su principal campo de actuación hasta el momento en que fue detenido por la policía.

En prisión, como se ha visto, se habían recorrido los primeros pasos del peligroso y apasionante camino compartido por Sandokán y Pamies, pero aún quedaba por preparar la estrategia para el momento en el que el juez de instrucción decidiese la puesta en libertad del confidente a la espera de juicio. Por supuesto, no se hizo nada por intentar adelantar esa decisión judicial y de hecho se produjo al mismo tiempo que la del resto de compañeros arrestados con él. Nadie de su entorno, pues, pudo sospechar que ya había adquirido la condición de confidente de la policía; una circunstancia que por fortuna se ha mantenido hasta ahora y que en ningún caso debe cambiar.

La ansiada salida en libertad provisional se produjo unos días antes de Semana Santa. En los primeros meses poco había que hacer, solo esperar a que se fijara la fecha para el juicio, al que por supuesto no se iba a presentar para reforzar la imagen de su compromiso con la lucha… Era el trampolín perfecto para que engrosara las filas de la banda como liberado, y a partir de ese momento ya solo dependía de

su talento que alcanzara los escalones altos de la organización. En cualquier caso, tanto Sandokán como Lleida sabían que iba a ser un proceso lento, porque en aquella época, como ya se ha relatado, había cola para poder entrar y él, al fin y al cabo, estaba «quemado» al haber estado en prisión.

CAPÍTULO 10

# DEL OTRO CHIVATAZO A LOS PAPELES DE SUSPER

Las investigaciones en torno al bar Faisán de Irún habían comenzado muchos años antes de que trascendiera a la opinión pública por el caso del chivatazo. Desde finales de la década de los ochenta y principios de los noventa, la Policía, y también la Guardia Civil, tuvieron puesto en algún momento su punto de mira en individuos como Joseba Elosua, José Antonio Cau, Gorka Agirre, que fue nada menos que responsable de Relaciones Internacionales del PNV, y Ramón Sagarzazu Olazaguirre, todos ellos implicados en el mal llamado impuesto revolucionario que ETA obligaba a pagar a los empresarios si no querían sufrir las consecuencias en su persona, en alguien de su familia o en sus bienes. Una extorsión mafiosa pura y dura, que además era uno de los principales soportes económicos de la organización. Incluso antes, a finales de los setenta ese bar ya era punto de referencia del trabajo policial al ser un lugar de encuentro y recogida de militantes de ETA-PM. A lo largo de todo ese tiempo a Elosúa lo habían intentado captar todos los cuerpos policiales y los Servicios de Inteligencia, pero él siempre se negó.

«La del Faisán era una de esas clásicas investigaciones que en función de si había cosas más urgentes o no se retomaba cada cierto tiempo», explica Enrique Pamies. «Evidentemente para nosotros estaba claro que esa gente eran colaboradores de la banda terrorista». Pero estaba el problema también de qué se hacía con los empresarios que pagaban… ¿Ayudaban a ETA o eran víctimas de ella? Y los otros, ¿eran gente dedicada a ayudar a unas víctimas aterrorizadas que lo único que querían era poder continuar con su trabajo o formaban parte del aparato de extorsión?

En febrero de 2001 Mariano Rajoy acababa de acceder al Ministerio del Interior en sustitución de un Jaime Mayor Oreja que iba a presentarse a las elecciones a lendakari. Por primera vez el mundo constitucionalista acariciaba el poder en el País Vasco, ya que el PP y el PSE de Nicolás Redondo Terreros habían llegado al acuerdo de que si la suma de ambos lo permitía el que tuviera más votos de los dos sería el nuevo presidente de esa comunidad. Si eso se producía —y las encuestas lo daban como posible, aunque fuese por un margen muy estrecho—, por primera vez el nacionalismo habría sido desalojado por las instituciones vascas. Finalmente, no dieron los números.

El caso es que José María Aznar relevó a Mayor Oreja para que pudiera volcarse en la campaña electoral y lo sustituyó por Rajoy, uno de los pocos ministros del Interior que no tuvo que asistir a funerales de ETA gracias a las operaciones, continuas y contundentes, de las Fuerzas de Seguridad. Probablemente el atentado más grave que tuvo que gestionar fue el intento de asesinato con coche bomba del entonces secretario general de Política Científica, perpetrado sobre las nueve menos diez de la mañana en la calle Corazón de María de Madrid. Un héroe anónimo que siguió a los terroristas y alertó a la policía de sus movimientos permitió la caída del comando horas después del estallido, que pudo provocar una tragedia porque a esa hora decenas de niños se dirigían con sus madres a un colegio cercano.

Pues bien, por entonces los agentes de Información de la comisaría de San Sebastián, a las órdenes de Neo, jefe de la brigada, habían intensificado las vigilancias sobre los individuos relacionados con el cobro del impuesto mafioso. En una de las minutas de la época se podían leer cosas como esta:

14-02-2001. 19 HORAS: se observa la llegada de José Antonio Cau y su amigo Jean Luis a las inmediaciones del bar Faisán. José Antonio Cau entra en el bar Faisán y habla con Joseba, ambos salen a la explanada y conversan por espacio de unos veinte minutos.

Se separan y Cau se junta con Jean Luis, y ambos se van de vinos, mientras que Joseba entra en la oficina que tiene dentro del Banco de Cambio.

14-02-2001. 20:30 HORAS: Joseba llama por teléfono a Jean Pierre Haracorene, Txampi, y le dice que mañana tiene que estar a la una en el bar Irungo de la localidad guipuzcoana de Irún (Guipúzcoa), que se lo ha dicho Burutxuri (José Antonio Cau), Txampi dice que allí estará.

14-02-2001. 22 HORAS: Joseba Elosúa llama a Gorka Agirre para comunicarle que le acaban de traer «dos notas de los precios de vino» (cartas solicitando el impuesto revolucionario), y que mañana hay reunión en el bar Irungo a la una de la tarde. Gorka, de malas maneras, contesta que no sabe si va a ir, que en todo casi si va, irá entre las once y media y las doce, pero solo a verle a él. Joseba le insiste en que tiene que venir, ya que quiere que vea las notas antes de entregarlas. Al parecer son de «vino de crianza» y el «precio» debe ser muy elevado. De todas formas, si no viene Joseba tiene intención de sacarle una fotocopia de las notas y dárselas cuando esté dispuesto a venir.

Por supuesto, al día siguiente la policía controló la cita. Txampi estaba en la barra tomándose un vino y a los quince minutos llegó Joseba Elosua Urbieta, saludándose ambos y dirigiéndose a una zona en la que no había clientes.

«Una vez allí [explica la nota policial], Joseba saca dos sobres, uno de color blanco y alargado de los utilizados por ETA para enviar las cartas solicitando el impuesto, y uno de color marrón. Joseba saca la carta y se la enseña a Txampi. Significa que el sobre ya estaba abierto y que la carta estaba escrita a ordenador sin poder apreciar nada más. Del sobre marrón no se puede aportar nada».

Al día siguiente, 16 de febrero, se escribe: «Joseba habla con Nicolás y le dice que ayer hubo reunión y que le dejaron cinco cartas para echar al correo y que antes de echarlas se las quiere enseñar. Que la cosa está que arde».

Curiosamente, en una de las conversaciones intervenidas esos días Joseba Elosua comenta con Nicolás Aguirre, al margen de cuestiones relacionadas con el impuesto revolucionario, «lo de las elecciones para el 13 de mayo; al parecer el PNV tiene miedo de perderlas, ya que para mucha gente su situación económica se vería seriamente alterada, en caso de que las ganara Jaime Mayor Oreja, ya que esa gente dejaría de pertenecer a determinados puestos de privilegio de la administración, diputaciones, etc. Que la gente del otro lado (ETA) quiere que gane las elecciones Jaime Mayor Oreja…»

El 22 de febrero, una vez difundida la detención de Francisco Javier García Gaztelu, Txapote, cerca de Anglet, «Joseba Elosúa sale y toma dirección Francia, cruza la frontera y se dirige a casa de Ramón Sagarzazu Olazaguirre, Xempelar. Se observa que lleva unas revistas, una caja de puros y un paquete envuelto en una bolsa de plástico. Cuando sale, lo hace sin nada de lo que trajo». No es descabellado pensar que tras la operación en Francia creyera que podía caer él y quisiera deshacerse de material comprometido, quizá incluso dinero procedente del impuesto revolucionario.

Como se ve, y afirmaban los propios etarras, en esa «época, como antes y después otras muchas», la cosa «estaba caliente». Este tipo de vigilancias, por tanto, eran frecuentes y muy habitual el control de reuniones entre los sospechosos, y de los sospechosos con los empresarios extorsionados. Normalmente, claro, los policías que estaban sobre el terreno no veían las entregas materiales del dinero, porque de ser así tendrían que haber intervenido… O no, que diría el expresidente Rajoy.

«Vigilábamos una de estas reuniones convocada en una sidrería de Irún. Entre los asistentes estaban Joseba Elosúa y uno de los empresarios afectados. De pronto, vimos cómo ese hombre sacó un sobre grande y pudimos distinguir de forma clara que dentro había una carta exigiéndole el impuesto revolucionario… Eran momentos de enorme tensión, y como era nuestra obligación consultamos con nuestro jefe si actuábamos o no», relata Pamies.

«Me pidieron que esperáramos, porque según me dijeron había que consultarlo con Madrid, concretamente con el ministerio, porque esos días había conversaciones entre el PNV y el Gobierno y podía ser contraproducente una operación en la que iba a caer alguien tan cercano al PNV por un asunto tan duro como ese…».

«Pasó el tiempo, que se nos hacía eterno porque veíamos que la reunión podía acabar en cualquier momento y entonces ya no había nada que hacer, hasta que me devolvieron la llamada con la orden de que nos limitáramos a vigilar, sin entrar en más explicaciones. Ahora pregunto yo, ¿anular unas detenciones cuando se está en presencia de un delito flagrante es otra forma de chivatazo, de colaboración con ETA o no? Ahora está prescrito, y de mi boca no saldrán más detalles, pero ¿qué hubiera pasado si desvelo esa información en su día? ¿Se hubiera dudado del compromiso del Partido Popular, del ministro Rajoy y del Gobierno en la lucha contra el terrorismo? Para mí, la respuesta está clara: tomó la decisión última quien tenía más datos para hacerlo, y si esa fue la orden sería porque se consideró que era lo más conveniente en ese momento para conseguir acabar con ETA».

No fue la primera vez que se hizo algo así, ni la última. Cuando se tiene la responsabilidad de luchar contra el terrorismo hay que valorar todos los datos que tienes encima de la mesa. Probablemente hacer esas detenciones hubiese supuesto un pequeño golpe, muy limitado, al aparato de extorsión de ETA, y en cambio es posible que por entonces se intentaran tejer complicidades con el nacionalismo en este campo tan complejo, lo que era mucho más importante desde un punto de vista estratégico. Tener al PNV enfrente en asuntos como estos hubiese sido catastrófico por lo que hubiese supuesto de deslegitimización de la lucha antiterrorista entre sus seguidores, y en cambio que estuviera a favor ayudaba a dar el vuelco definitivo que se necesitaba en la mentalidad de la sociedad vasca.

¿Eso es ético, moral? ¿Repudia la mente de los biempensantes? La verdad es que cada uno puede contestarse lo que quiera, pero como dice Pamies para tomar decisiones correctas hay que conocer toda la información. Recuerde, amable lector, la reflexión de Lleida en el

primer capítulo de este libro: «La lucha contra el terrorismo es una hoja cortante muy afilada. A un lado está la legalidad y al otro la ilegalidad. Para avanzar hay que apoyarse unas veces en un sitio y otras en otro. Solo así se puede ganar…».

El 10 de marzo de 2001 la Unidad Central de Inteligencia de la Comisaría General de Información daba forma a toda la investigación desarrollada hasta ese momento y en un minucioso informe proponía la detención de ocho individuos, cuatro en España y otros tantos en Francia, por su participación en actividades relacionadas con el llamado «impuesto revolucionario». El auto de procesamiento que llevaba a los implicados al banquillo de los acusados no llegó hasta 2008, incluso después del juicio del caso Faisán, y Baltasar Garzón dejó fuera del mismo al nacionalista Gorka Agirre…

«Entre 2001 y 2002 el Estado estaba fuerte. La última tregua, lejos de beneficiar a la banda, la había debilitado mucho y tanto la policía como la guardia civil asestamos golpes muy contundentes a la organización en todos sus frentes. Fue una etapa exitosa y ya comenzábamos a vislumbrar que la derrota de ETA era posible, aunque éramos conscientes de que aún quedaban por delante años de mucho sufrimiento».

Ibón Fernández de Iradi había elegido como apodo Susper, «inteligente» en euskera, lo que desvelaba que tenía un alto concepto de sí mismo. A la policía eso le vino muy bien, porque cuando fue detenido en 2002 en Francia gracias a una investigación de la Comisaría General de Información —«por entonces nuestra situación allí había mejorado de forma exponencial, con la llegada de magníficos policías», dice Pamies—, se le intervino abundante documentación, nada menos que con todos los nombres de lo que era la auténtica cantera de ETA, de legales y colaboradores, aunque encriptados.

Tras su arresto, rocambolesca fuga de la comisaría francesa a la que fue trasladado —huyó por un ventanuco sin que nadie se diese cuenta — y nueva detención meses después, Susper, el inteligente responsable del subaparato de captación, llamado Arrantza, tranquilizó al resto de la dirección etarra en el sentido de que nadie sería capaz de descifrar sus papeles, ya que no había utilizado un método de encriptación convencional, sino uno propio que nadie salvo él podía interpretar… Muy orientado no estaba, porque con el tiempo esa documentación sirvió a la policía para detener a 103 etarras y sembrar el pánico en una militancia desconcertada, que no sabía si su nombre estaba en el listado del terrorista y que prefería no moverse para evitar llamar la

atención… Todo eso, claro, derivaba en una paralización de las actividades de ETA.

«Cuando llegaron los papeles de Francia, Jesús de la Morena decidió crear un grupo de trabajo para intentar descifrarlos. Para ello ordenó que viajáramos a Madrid compañeros de Navarra, Vitoria, Bilbao y San Sebastián, a los que se sumarían los de la Unidad Central de Inteligencia. Recuerdo que era primeros de julio y hacía un calor insoportable, y para acabar de arreglar la cosa el aire acondicionado del edificio «inteligente» de la Comisaría General de Información estaba estropeado. El problema de ese tipo de esas construcciones es que no se puede abrir las ventanas, y por si fuera poco todo está acristalado, así que aquello funcionaba como una lupa… A los tres cuartos de hora de empezar ya teníamos las camisas empapadas de sudor».

«Pronto empezaron las "bajas", porque aquello era difícil de aguantar… Primero Vizcaya y Álava, y poco después la gente de Navarra. Total, que allí nos quedamos los dos de San Sebastián y otros tantos de la UCI. Aguantamos tres horas, pero al menos establecimos unas pautas de trabajo y de intercambio de información, e incluso nos pasamos las pocas claves que ya teníamos descifradas».

De la Morena intuía que esos papeles eran una mina y no se equivocaba. Además, tenía claro que si había alguna posibilidad de desencriptarlos tenía que ser con gente que conociera muy bien el terreno, porque constantemente se hacía referencia a montes, ríos, pueblos… Al ser un listado tan grande de nombres parecía lógico que muchos de los que allí aparecían tenían que haber pasado antes por los grupos de *kale borroka*, lo que
sin duda era una ventaja porque de ellos sí que la policía tenía un profundo conocimiento por todo el trabajo realizado desde años antes.

«Nos sentamos alrededor de una mesa y comenzamos a ir uno por uno… El método de encriptación de Susper se basaba en la asociación de lugares y personas a parte del nombre del etarra en cuestión… Siempre utilizaba las mismas, de modo que se pudo hacer una especie de diccionario que, tras las primeras identificaciones, agilizaba bastante el trabajo. Lo más importante era tener información para identificar bien las referencias que utilizaba este sujeto… Fue un trabajo muy duro y había que echarle muchas horas, hasta el punto de que los que nos ocupábamos de este asunto comenzamos a ser conocidos como los "susperólogos". Pero la verdad es que mereció la pena…».

Un ejemplo real ilustra bien cómo se descifraban esas identidades. Bajo la anotación literal «algunas captaciones de Ane», aparecía la inscripción «nombre del primo de Balerdi, del lugar de Bergu», por supuesto siempre en euskera. La conclusión de los investigadores es que ese individuo tenía que llamarse Jordi, ya que Balerdi era el alias de Aitor García Justo, Burger el nombre en clave que se daba a Barcelona, y el primo de Justo se llamaba Jordi…

Pero quedaba por descifrar el apellido. En este caso, la anotación decía «apellido: tercera, cuarta y quinta letra del *herrialde* de Nagusi + T + segunda letra del mote de Ñampa…». La solución: tenía que ser Purti, porque el *herrialde* de Nagusi, alias del captador Bertrand Patrice Jone Senacq era Lapurdi —por tanto, su tercera, cuarta y quinta letra son Pur—, a eso había que añadirle la T y la segunda letra del mote de Ñampa, identificada como Lorena Somoza y conocida como Pimpi, es la i.

Así, con este tipo de razonamientos, se consiguió identificar a la mayoría de los individuos que aparecían en los papeles de Susper, aunque para ser justos hay que decir que en ellos también estaban los documentos con identidades encriptadas por la citada Lorena Somoza, Agustín Figal y Fernando Bert. De hecho, cada uno tenía sus propias referencias para hacer ese trabajo.

Por ejemplo, Susper codificaba por separado nombre, apellidos y dirección de cada candidato a terrorista haciendo referencia para ello a cuestiones del pasado como su militancia como legal, su integración como liberado en el comando Buruntza, sus compañeros de *talde* o atentados en los que participaron. En ocasiones recurría también a datos de familiares y amigos del País Vasco, así como a activistas que conoció como liberado en Francia.

Por su parte, Lorena Somoza recurría sistemáticamente a utilizar las letras de su nombre y apellidos, las de su compañero sentimental Jorge González Endemaño, así como de otros de conocidos y colaboradores legales.

Agustín Figal basaba sus claves en la utilización de su nombre y apellidos, haciendo referencia también a legales relacionados con su labor de captador, mientras que Fernando Bert utilizaba alusiones a individuos legales que conoció antes de huir, entre ellas sus motes, amistades, etc., todos ellos además de su ciudad de origen, que era San Sebastián.

Con el tiempo, y por diferentes causas, los «susperólogos» quedaron

reducidos a muy pocas personas: «Félix, que controlaba Vizcaya y Álava con la ayuda de Marina, y yo, que me ocupaba de Guipúzcoa. Aunque no asistió a esa primera reunión, por parte de Navarra se sumó ya avanzada la operación Carlos… Entre nosotros nos lo comimos en esa etapa, aunque luego, a la hora de hacer operativa la información, maricón el último», relata Pamies con una sonrisa.

También incluye entre los «susperólogos» a Santi, el jefe de Carlos, «un cachondo y un gran madero». Es de las pocas personas capaces de meterse entre pecho y espalda una señora fabada en los días más calurosos de Madrid, en pleno mes de agosto.

La información que se obtuvo fue enorme, porque no solo se pudo atacar a aquellos miembros de ETA que ya se habían incorporado a sus filas sino también a los que lo iban a hacer en un futuro inmediato. Antes de que dieran el paso la policía ya sabía dónde vivían, con quién se relacionaban, su perfil… Sin duda, ha sido una de las operaciones más importantes que se han hecho contra este terrorismo y es evidente que Susper jamás pudo ni siquiera imaginar las consecuencias que iba a tener su caída.

Gracias a estos papeles se conoció el diseño y estructura del subaparato de captación, identificándose a sus responsables en cada provincia; la distribución de funciones de dichos responsables; el desarrollo y las etapas del proceso de captación de nuevos militantes; la clasificación de los futuros militantes en función de las labores orgánicas asignadas a los mismos y la situación en el proceso de captación y grado de implicación de los detenidos.

«En los papeles de Susper venían codificados datos sobre un par de individuos que ya habían tenido contacto con él, que según nuestro análisis podían estar activos. Con las claves descifré que se trataba de un tipo al que apodaban Parkins —Garikoitz Arruarte Santacruz— y el otro Gorka Loran Lafourcarde… A este último lo conocíamos porque se movía con Jarrai-Haika y además había participado en alguna acción de *kale borroka*».

«Por supuesto los sometimos a vigilancia, pero la verdad es que en una primera etapa no se le vio nada raro, de modo que decidí cogerme el primer turno de vacaciones de Navidad, que incluía el 24 y 25 de diciembre… Ya el día 22, cuando estaba en una zona de la sierra de Jaén con mi familia, me avisaron de que había movimientos extraños por parte de los sospechosos, y al día siguiente me comentaron que la cosa parecía seria… A todo esto, en mi lugar de vacaciones había poca cobertura de móvil, por lo que iba haciendo llamadas cuando podía. El

día de Nochebuena, por la mañana, ya vi que tenía un montón de llamadas perdidas en el teléfono, que tenía que dejar en el coche, que además estaba aparcado a 100 metros de casa».

«Cuando pude llamar me informaron de que las cosas se habían precipitado y que habían tenido que detenerles. Mi primera intención era volverme, pero me dijeron que cenase con mi familia y que al día siguiente viajara a Madrid, ya que los detenidos iban a ser llevados a las dependencias de la Comisaría General de Información, en Canillas. Además, me explicaron que uno de los etarras había colocado una bolsa con dos artefactos explosivos fabricados con amonal en un tren que había salido rumbo a Madrid… Por supuesto había que detener el convoy y desactivarlo, para lo que fue necesario pararlo cerca de Burgos, desalojarlo, y solo entonces pudieron intervenir los tedax, que hicieron un trabajo perfecto».

La cena de Nochebuena de Pamies no fue precisamente tranquila, ya que a primera hora de la mañana del día siguiente ya estaba al volante y horas después, sobre las diez, se había incorporado al operativo. «Nos abrieron un local cerca de Canillas para que pudiéramos comer, al igual que para la Nochebuena les buscaron otro sitio a los compañeros de San Sebastián donde al menos pudieran cenar… No es que fueran unas comidas gloriosas, pero los que las compartimos seguro que no las vamos a olvidar nunca».

Una de las que bajó a los interrogatorios fue Koro, inspectora de máxima confianza de Pamies en la Comisaría de San Sebastián. Aquello no tendría nada de particular si no fuera porque esta mujer acababa de dar a luz y estaba de baja maternal. Cuando la vieron, sus compañeros se echaron las manos a la cabeza, la ordenaron que se volviera a su casa y que se ocupara de su hijo de una vez. «Sí hombre, como que me voy a perder esto», les respondió. Aquello era de locos: «Hizo que su marido, que también es policía, se tomara unas vacaciones para acompañarla… Cada tres o cuatro horas el padre se presentaba con el crío para que ella le diese el pecho… Y luego continuaba…». Son personas como estas, en este caso de la Policía, pero también de la Guardia Civil y de los Servicios de Inteligencia, las que han conseguido derrotar a ETA, gente que antepuso el deber a cualquier otra circunstancia. Pues bien, a esa mujer, con el tiempo, ha habido mandos policiales que la han suspendido las oposiciones para los ascensos… A día de hoy, menos mal, eso está solucionado.

Como siempre, Lleida también participó en los interrogatorios:

«Al hablar con Garikoitz Arruarte le pregunté, entre algunas

generalidades, por qué Susper le llamaba Parkins. Yo pensaba que porque solían quedar cerca o en algún *parking* de vehículos… Pues no; resulta que le llamaba así por la enfermedad de Parkinson, ya que este individuo era muy nervioso y no paraba de moverse».

«Aún me acuerdo la cara que se le quedó tanto a él como a su compañero Gorka Loran cuando les dije que el *compact-disc* que pensaban colocar junto a las bombas con el que se avisaría de su colocación con la suficiente antelación para poder evacuar a los viajeros, tenía las pilas agotadas. Es decir, nunca se hubiese escuchado el mensaje y la matanza era segura. Según contaron luego, el «ingeniero» Arruarte había conectado ya el compacto el día anterior, con lo que a la mañana siguiente las pilas estaban casi agotadas, y por supuesto jamás hubieran durado hasta el final de trayecto… Parkins tenía la cara como el yeso de blanca, y su compañero solo decía joder, joder, joder… Seguro que a día de hoy todavía tienen el susto metido en el cuerpo». La verdad es que se rozó la tragedia, pero una vez más el trabajo policial sobre los papeles de Susper dieron un gran rendimiento».

Pero esa documentación, además de para las identificaciones, el desmantelamiento de varios comandos con un total de 103 detenciones y conocer todos los detalles del subaparato de captación, aportaron muchas más cosas. Por ejemplo, el número de integrantes de los *taldes* de ilegales en esa época; la cantidad de armas, explosivos y material electrónico asignada a los comandos operativos cuando se confeccionó el documento; referencias a enlaces y posibles integrantes de ETA o candidatos a formar parte de ella; cursos recibidos; acciones previstas; gran cantidad de citas orgánicas y de seguridad; cuestiones sobre la recepción de material logístico, *kantadas*…

Aún a día de hoy en los servicios de Información de la Policía se reconoce el trabajo de los «susperólogos» como uno de los más decisivos en la lucha antiterrorista.

CAPÍTULO 11

UN PROYECTO CONJUNTO

Sandokán llega a la cita doce horas más tarde de lo previsto, a primera hora de la mañana de un sábado de julio, hecho un pincel. El retraso se debe a que ha pasado la noche en una localidad cercana en la que ha encontrado otro amor fugaz, el enésimo de su vida... Se baja del coche con una amplia sonrisa y primero abraza a su amigo, y ya después nos estrecha la mano. Está nervioso, como nosotros. Para él es la primera vez que va a hablar de lo que hizo —nadie de su familia, ni un solo amigo tiene la más remota idea de nada—, y desde luego también para los autores del libro es la primera vez que nos encontramos en una situación como esta.

Es verano y el calor húmedo de la ciudad hace ya mella a esas alturas del día. El paseo hasta el piso donde vamos a reunirnos sirve para intercambiar frases de trámite, aunque desde el primer momento se advierte que entre él y Lleida hay algo especial, una relación que supera la amistad. Sandokán tiene que parar a comprar unos zapatos y su colega se los regala con la misma naturalidad que si fueran hermanos. Hay bromas sobre la noche anterior, miradas entre unos y otros, búsqueda de las primeras complicidades…

El formato del encuentro es totalmente abierto. Será una charla de horas y horas, por supuesto no se podrá grabar y el compromiso es que antes de que se publique una sola línea de este encuentro él deberá dar su visto bueno, por obvias razones de seguridad.

—Sandokán: Estoy aquí por Enrique, me lo ha pedido y he dicho que sí por la amistad y la absoluta confianza que tengo en él. Pero entended que con esto me pongo en peligro, y la verdad es que no tengo ganas de que la última bala de la «empresa» [ETA] sea para mí...

—Pablo: Por supuesto, somos muy conscientes de ello; si ves cualquier cosa, por pequeña que sea, que pueda señalarte no tengas duda de que será eliminada del texto.

—Antonio: Para nosotros es un privilegio que hayas aceptado esta reunión; no te vamos a traicionar. Puedes estar tranquilo.

La conversación se produce en el salón de la vivienda, nada más comenzar la reunión, y es el momento más tenso de la misma, porque todos sabemos a qué atenernos. Ya no hay vuelta atrás. Para algunos

lo que se iba a producir allí puede ser interpretado como un intento de blanquear a Sandokán, que no hay que olvidar que ha tenido importantes responsabilidades en ETA, aunque en su historial no hay delitos de sangre; para nosotros, sin embargo, era la única forma de entender la relación entre estos dos personajes. Decir que antes del encuentro no sentíamos algún escrúpulo sobre él sería mentir; afirmar que después del mismo no surgió un sentimiento de afecto hacia el confidente, también. Aunque ideológicamente, e incluso en algunas interpretaciones de lo sucedido en el País Vasco estemos a años luz de distancia… ¿Síndrome de Estocolmo? Habrá quien así lo crea; nosotros, desde luego, no somos conscientes de ello.

La palabra clave en la relación entre Lleida y el confidente es «lealtad». Una lealtad que luego crece y que acaba en amistad profunda. «Fijaos lo fácil que me hubiese sido llegar a la cúpula etarra y decir "oye, he quedado con el jefe superior de Policía del País Vasco en tal sitio de Francia, aparecéis por allí, hacemos el paripé y ya está". Pero no, no era eso; jamás se me pasó por la cabeza hacerlo y nunca lo haré, a pesar de que ha habido momentos muy duros, en los que pensaba que mis compañeros me podían descubrir y en los que tuve que tirar de todo tipo de recursos para evitar cualquier sospecha».

Sobre su entrada en ETA explica que «con la Empresa se empieza a colaborar, aparte de por haber nacido en Euskadi, porque más tarde o más temprano llamaba a tu puerta. Era algo que sabías que existía, aunque nunca la veías, pero de repente tocaba a tu puerta… A eso se sumaba que había detenciones, que la represión era cada vez más fuerte por parte del Estado, incluso contra currantes que lo único que hacían era defender su puesto de trabajo… Te sientes impotente para acabar con esa situación, crees que necesitas algo más para poder luchar y de pronto alguien pone delante de ti la herramienta justa… Tenía la sensación de que lo que hacía hasta entonces contra esas cosas que os he comentado no valía para nada y necesitaba dar un paso adelante más… Eso es realmente lo que me motivaba».

El confidente afirma que ya en los noventa sabía que «la lucha estaba perdida. Por entonces conocía a mucha gente que estaba en México, en Cuba, en Francia, que llevaba muchos años en eso. Cuando les oía hablar me quedaba claro que la batalla estaba perdida, que esa lucha había perdido todo el sentido… Una cosa es hacer sabotajes para protestar por alguna infraestructura que daña el medio ambiente, por ejemplo, pero otra muy distinta es matar».

Prueba de ello es que el confidente ha conocido a miembros de la Policía, la Guardia Civil y la Ertzaintza y «me hubiese sido muy fácil

pasar la información a la «empresa» para que los hubieran matado… Sabía dónde vivían, sus horarios y rutinas, hubiesen sido atentados muy fáciles. Pero nunca lo hice y ellos jamás lo sabrán… Pensaba, ¿qué vamos a conseguir con esto? ¿qué vas a sacar de todo esto luego? En aquella época lo que queríamos era acabar con la dispersión de los presos, pero esas muertes no hubieran contribuido a conseguirlo».

Sandokán, como ya se ha relatado, salió de prisión provisional al mismo tiempo que sus compañeros y no se presentó ante el tribunal cuando así se le requirió. De acuerdo con Pamies había decidido ingresar en ETA, aunque para eso tuviera que esperar bastante tiempo porque había colas de gente para hacerlo, sobre todo chavales de la *kale borroka*: «Los más zumbados», corrobora el confidente.

«Me asombraba por ejemplo que cuando algún pringao salía de la cárcel se le iba a buscar y se le hacían homenajes, y que cuando lo hacían los veteranos, la gente que de verdad sabía por qué luchaba, se le hiciese menos caso... En las *herrikos*, donde se movían estos chavales, había muchos que por ejemplo no sabían ni quién era Peio el Viejo u otros dinosaurios como él: "Pues alguien que te puede explicar todo, sobre todo en lo que te estás equivocando", les decía a esos chicos…».

Todas estas cosas aumentaban la determinación de Sandokán de querer ayudar a acabar con el terrorismo.

Al salir de prisión el confidente tuvo que ir a la Comisaría de San Sebastián para renovar el DNI. «Cuando llegué allí dos tíos vinieron hacia mí y me ordenaron que los acompañara… Yo ya había vivido esa película. Como había una chica cerca, le dije que ella era testigo de que si me pasaba algo esa gente era la que me había obligado a ir con ellos, que recordara su cara». Estaba convencido de que me iban a dar una mano, de modo que les dije medio en broma que si me llevaban para abajo supieran que ya conocía ese sitio… La sorpresa fue que me respondieron que "no, para arriba" y me acompañaron a un despacho en el que me propusieron que trabajara para el CNI… Por supuesto me negué, y tampoco les dije que ya colaboraba con Lleida».

«Tardé ocho meses en dar el puto salto a Francia... Todo ese tiempo tuve que estar escondido en un piso, sin poder salir ni hacer nada, solo "enchupinarme" (esconderme) y esperar a que me comunicaran que me iba... Pero si en España las condiciones de vida eran duras, en el país vecino mucho más. Lo primero es que cuando cruzabas la frontera te ponían unas gafas de sol con las que no podías ver absolutamente nada y te dejaban en una casa con gente desconocida, a

la que llegabas después de haber dado muchas vueltas. Por supuesto, no tenías ni idea de dónde estabas».

«El régimen de vida era tremendo. Los dueños de la casa se iban a trabajar y tenías que estar todo ese tiempo sin hacer ruido, sin ver la televisión ni poner la radio, sin comer nada caliente, por supuesto sin ducharte porque alguien podría extrañarse de que hubiera ruido de agua cuando se suponía que no había nadie allí… Si tenía que hacer uso del inodoro no podía tirar de la cadena y te las tenía que arreglar con una pastilla de lejía para que el olor no fuera insoportable».

Una vez pasada esa etapa penosa «la verdad es que tuve suerte, porque se me dio bastante bien y en algo más de un año pude tener información de gente de la dirección. Pronto confiaron en mí porque vieron que me movía bien y sin llamar la atención, y eso me daba la posibilidad de buscar huecos para poder mantener el contacto telefónico con Enrique sin levantar sospechas. Yo tenía un número de teléfono que sabía que solo se utilizaba para esas conversaciones y que memoricé antes de mi reincorporación a la Empresa… Otras veces, cuando disponía de varios días sin tener que reportar a la organización se lo comunicaba y ese era el tiempo que aprovechábamos para mantener nuestras reuniones».

Uno de los lugares preferidos para estos encuentros, poco habituales aunque siempre productivos, eran los hoteles próximos al Santuario de Nuestra Señora Lourdes. «Era un lugar perfecto, porque estaba relativamente cerca de nuestras bases de operaciones respectivas, había peregrinos de todas las nacionalidades, lo que nos ayudaba a pasar inadvertidos y se trataba además de un sitio en el que era muy poco probable que te pudieras encontrar gente de la Empresa». Todas esas circunstancias le permitían al comisario viajar solo sin tener que molestar a compañeros para que le dieran cobertura correspondiente por si pasaba algo.

En aquellas largas reuniones, y después de que Sandokán le hubiera puesto al tanto a Pamies de las cuestiones más generales y últimas novedades a las que había tenido acceso, el policía sacaba su álbumes con decenas de fotografías de individuos que el confidente debía identificar, y una vez hecho eso situar en las dos principales facciones que había en ETA: los posibilistas y los duros, o lo que es lo mismo, aquellos que estaban por la negociación para buscar una salida digna y los que querían seguir con las armas.

«Como ya teníamos confianza, me contaba que Ana, su mujer, que es religiosa, le pedía que le llevara agua de Lourdes. Los primeros viajes

Pamies lo hacía más o menos de buena gana, pero llegó un momento en que aquello le empezó a cansar. Cómo sería la cosa, que cuando le recordaba lo del agua me decía que ya se había traído una de las botellas vacías y que lo que iba a hacer era rellenarla con agua del grifo, que nadie se iba a enterar… Por supuesto le echaba la bronca y le obligaba a cumplir con el encargo». «Ya sabéis que no creo en esas cosas», se justifica Lleida.

En otras ocasiones las citas eran mucho más peligrosas, en cualquier punto del sur de Francia, y su duración era mucho más corta. En este tipo de encuentros sí que era necesaria la cobertura de los compañeros, no solo para detectar que no hubiese etarras en la zona que les pudieran descubrir, sino también la presencia de la policía francesa, que obviamente no estaba informada de estos movimientos. «No sé cómo hubiese podido explicar que un policía español estaba con un liberado de ETA armado, buscado por la justicia española, por ejemplo, en un coche repleto de pistolas y explosivos… No habría sido fácil, y además toda la operación se hubiese ido al garete». «También nos poníamos citas de seguridad para el caso de pérdida de contacto, lo que podía suceder por cualquier circunstancia, como por ejemplo de que la organización me movilizase para algo urgente y no pudiera avisar a Enrique», explica Sandokán.

«A veces [relata el confidente] le citaba en el piso de la organización en el que estaba con otros compañeros, aprovechando que ellos se iban a hacer sus gestiones… Por supuesto, en la casa había todo tipo de material, como pistolas, subfusiles, munición, explosivo… Hay que tener en cuenta que el amonal y el amosal son muy inestables, por lo que si se deterioraban podíamos salir por los aires. No teníamos la seguridad de que alguno de mis compañeros no volviera antes de tiempo, así que había que estar muy atentos a todo… Si eso se llega a producir habríamos acabado a tiros». Por fortuna, nada de eso sucedió jamás y ahora son anécdotas que se cuentan de forma divertida. «A veces, hasta me entretenía limpiando las armas, y otras le enseñaba a cocinar, porque Sandokán no tenía ni idea más allá de cuatro cosas básicas».

A caballo entre sus actividades en la banda, que continuaban como si nada, y el contacto cada cierto tiempo con Pamies, Sandokán continuaba desplegando su glamur allá por donde pasara… Al fin y al cabo, no todo en la vida va a ser trabajar. «Uno de los días estaba en el hotel de París en el que me alojaba y me fijé en una mujer norteamericana bastante guapa que estaba con su madre y que parecían bastante despistadas. La verdad es que no tenía nada que hacer, así me acerqué a ellas y con mi inglés de ikastola les dije que si

querían yo podía enseñarles la ciudad, que conocía bastante bien… Por supuesto les expliqué que no las cobraría un euro, ya que solo lo hacía por el placer de ayudar». Lo cierto es que pasaba mucho tiempo solo y el confidente tenía necesidad de estar con gente, «si era desconocida mejor».

«Para mi sorpresa aceptaron, y en efecto a lo largo de la jornada las llevé por los lugares más emblemáticos de la ciudad de la luz: Torre Eyfel, Arco del Triunfo, Mont Martre, Barrio Latino… Cada vez teníamos más confianza, les dije que era español pero que estaba en París por negocios, comimos en un bistró muy agradable que pagaron ellas pese a mi insistencia y prolongamos la jornada hasta por la noche… La madre se fue a dormir y aquella mujer y yo pudimos acabar aquel encuentro como se merecía. Por la mañana nos volvimos a ver; estábamos más contentos que la mar… El caso es que pasados algunos meses veía la televisión sin demasiado interés cuando de repente vi una cara que me resultaba familiar… Al fijarme descubrí que era la de aquella simpática turista con la que había tenido una relación fugaz y que según el informativo era, nada menos, que una destacada miembro de la judicatura de Estados Unidos… Me quedé de piedra, pero la verdad es que estuve bastante tiempo sin poder parar de reírme».

En otra de las ocasiones Sandokán estaba en un restaurante del sur de Francia, en Biarritz, cuando observó que en la mesa de al lado había otra pareja española, a la que se veía un poco despistada.

«Empecé a hablar con ellos y les calmé diciéndoles que habían elegido bien el sitio para comer, que estuvieran tranquilos… Entablamos una conversación y ya me ofrecieron que me sentara con ellos y me tomara algo. A cambio, yo les dije, como en la otra ocasión, que les enseñaría bien la ciudad costera y que seguro que lo iban a disfrutar… Así fue, estuvimos toda la tarde juntos y ya cuando nos despedíamos el chico me dijo: “Toma mi teléfono y cualquier problema que tengas me lo dices, que te ayudo; soy policía”. Se acababan de casar, y estaban de viaje de novios».

«No sabía si empezar a reírme o qué hacer… Tenía, claro, que seguir la conversación con absoluta naturalidad, y os aseguro que no es fácil porque no sabes si es que aquel hombre se había percatado de algo raro o no… Antes me había preguntado qué hacía por Biarritz y le conté que ponía copas en un bar, y de ahí que conociera algunos rincones que otros trabajadores españoles no habían visitado nunca. Por supuesto, me despedí con la máxima cordialidad, les deseé toda la felicidad del mundo y les prometí que me pondría en contacto con

ellos».

El paso del tiempo, los lazos que se creaban y esa lealtad a prueba de bombas, nunca mejor dicho, llevaban también a que Lleida ayudase desde la oscuridad a la familia del confidente, con la que este había dejado de tener cualquier tipo de relación. «Enrique era el que me ponía al tanto de las novedades; en todo ese tiempo solo hablé con un hermano para pedirle alguna cosa. Me preocupaba mucho que el teléfono estuviera pinchado, pero en esto también tenía la colaboración de Pamies, que me decía cuándo podía comunicar. Él también hacía llegar regalos a mis padres, al menos para que supieran que me seguía acordando de ellos». Sandokán, por su parte, también ha hecho obsequios a la hija y a la mujer de su amigo: «El primer flotador de Lourdes se lo compró él, y por supuesto las dos lo conocen y saben quién es, aunque no lo que hemos hecho juntos».

«En cincuenta años había habido infiltrados en ETA, pero salvo lo de Mikel Lejarza no creo que hayan dado los frutos de Sandokán, porque sus informaciones permitieron atacar a varios aparatos de la banda», reflexiona Lleida. «Lo organizamos muy bien, fuimos muy serios, sabíamos que era nuestro proyecto y queríamos hacerlo lo mejor posible. Creo que fue un éxito», ratifica Sandokán. «También es cierto que lo piensas ahora y ha sido hasta divertido, hemos hecho muchas risas y para mí contarle las cosas era una liberación, porque solo entonces podía dejar de actuar».

Recuerdan, por ejemplo, un día en Lourdes en el que se toparon con una procesión con un montón de gente ataviada con ropajes antiguos. «Aquello nos sirvió para decir un buen montón de barbaridades, por supuesto ninguna con maldad, pero que nos hicieron reír a carcajadas». Otro, decidieron probar las excelencias de un vino ecológico que les resultó intomable, mucho más cuando ya habían probado excelentes caldos de Burdeos, «que por cierto, para mí son mejores que los Borgoña». Eran momentos de relajación necesarios, pero además servían para que ambos se sintieran cada vez más unidos.

En cuanto a los momentos de peligro, que también los hubo, y muy serios, «se superan por instinto de supervivencia. Piensas, o lo hago bien o no salgo de esta. No es que uno sea un profesional, es que si dudas en ese momento les hubieran saltado las alarmas y hoy no estaría aquí, porque eran tíos de gatillo fácil».

«Entre Enrique y yo quedó claro pronto que todo iba a ir más allá del mero trabajo; nos dimos cuenta de todo lo que estaba en juego, nos reuníamos y sabíamos que nuestra amistad iba a durar siempre… Es la

persona de la que más me fío, y durante mucho tiempo ha sido la única… Todo nació de forma muy natural, por la demostración día a día del respeto que nos teníamos… Lo más duro para mí fue que le pasara lo que le pasó; me molesta mucho, muchísimo en una persona que ha hecho tanto para acabar con ETA, y a mí nadie me puede contar otra película porque la he vivido con él en primera persona».

Sandokán, como se ha explicado, no es de los que se fija mucho en la comida, parece incluso como si no le importara, pero en cambio es un enamorado de la sobremesa. Cuando dejamos el piso tras casi cinco horas de intensa reunión todos teníamos la sensación de que aún nos quedaba mucho por hablar, ya con un buen vino y un excelente menú sobre la mesa. Para entonces ya no había un solo hilo conductor de la conversación, sino que esta fluía muchas veces dos a dos, con intercambio constante de interlocutores, como sucede cada vez que unas personas que no tienen mucho que ver entre ellas se juntan sin apriorismos y deciden escuchar qué es lo que tiene que contar el otro, qué te puede aportar, mucho más allá de unas vivencias que en la medida de lo posible se recogen en este libro. Por supuesto seguían las anécdotas de la lucha contra la barbarie terrorista, los chascarrillos, la melancolía y la tristeza, hasta las lágrimas, y también, cómo no, las discrepancias en algunos asuntos, pero al mismo tiempo asomaban detalles de la vida personal de cada uno de nosotros, de las compañeras de vida y de las hijas, porque en esa tertulia insólita e impagable casualmente solo hay hijas…

En cada aparte el confidente insistía en dos ideas: la primera, «Enrique es mi amigo, por él haría cualquier cosa»; y la segunda, «espero que este libro le haga justicia y que los españoles sepan (y entre los españoles él no se incluye, porque aún anhela la independencia del País Vasco, aunque no de la mano de asesinos) que si se ha acabado con el sufrimiento ha sido porque gente como él, y más modestamente como yo, ha entregado su vida a la causa… Insisto, ha sido nuestro proyecto, y ha sido un éxito. Que no se le reconozca es, sencillamente, repugnante».

La tarde derivó en larga, y aunque Lleida se retiró como siempre pronto, sin haber bebido, también como siempre, ni una sola gota salvo cerveza sin alcohol, aún quedaron ganas de más. Hubo cena, pero para entonces, aunque la conversación siguiera girando en torno al mismo tema, el contenido de la misma ya no puede ser ni siquiera insinuado.

La mañana siguiente la cita fue en el desayuno. Cada mochuelo se volvía a su nido. Habíamos dormido algo, pero al menos nosotros aún

no éramos conscientes de que habíamos cambiado algunos puntos de vista. No en cuanto a nuestra admiración por Enrique Pamies, que ha permanecido inalterable; sino en nuestra percepción de lo que había supuesto esa relación en la lucha contra los pistoleros de ETA. En el fondo, de eso se trataba, de conocer la verdad de esa colaboración, de saber hasta qué punto uno y otro se jugaron el pellejo, aunque jamás puedan ser contados los detalles.

Tras los abrazos de despedida —abrazos sinceros, cabría añadir— y las últimas bromas, la vuelta a Madrid resultó extraña. Al contrario que habitualmente, no hubo demasiadas palabras, apenas una pregunta:

—Antonio: ¿Te has dado de verdad cuenta de lo que vivimos ayer?

—Pablo: Ha sido brutal, nunca me imaginé que en mi vida profesional pudiera tener una entrevista así… Vamos a dejar reposar todo esto; no lo vamos a escribir ahora, mejor tener las ideas más claras. Ya habrá tiempo de ponerlo negro sobre blanco.

Al llegar al mediodía a Madrid, una cerveza en nuestra «oficina» —el restaurante La Esquina, en el que hasta su cierre nos sentimos como en casa gracias a Lombao y su extraordinario equipo— sirvió para comenzar a relajarnos. «¿Qué tal os ha ido?», preguntaron las mujeres… No supimos contestar entonces y probablemente tampoco sabríamos hacerlo ahora. Solo cabe un adjetivo: «Brutal». Sin duda, había merecido la pena.

CAPÍTULO 12

## UN CURSO DE COMISARIO MARCADO POR EL 11-M

En 2003 ya estaba claro que Enrique Pamies era uno de los policías más destacados en la lucha contra el terrorismo, de modo que estaba en todas las quinielas de ascenso a comisario. No era solo que desde hacía tres años hubiese aportado muchas de las informaciones clave en los golpes a ETA gracias a su colaboración con Sandokán, en un momento además de éxitos constantes de la Policía en este campo, sino que también le avalaba su trayectoria anterior, y muy especialmente su trabajo en el ámbito de la *kale borroka* y su reputación bien ganada de acreditado «susperólogo». Tenía otra ventaja: no quería irse del País Vasco, ni abandonar la primera línea, de modo que en Madrid nadie le veía como un rival para acceder a determinados puestos muy cotizados en la Villa y Corte.

Lleida trabajaba en Guipúzcoa, se movía por el sur de Francia con el confidente y cuando sus jefes le llamaban desde la Comisaría General de Información bajaba a Madrid el tiempo estrictamente necesario para tener la reunión correspondiente y volver a su puesto. Era en San Sebastián donde estaba a gusto, con sus compañeros, a los que exigía el máximo porque él también lo daba, pero a los que protegía y garantizaba todo el apoyo en los momentos complicados. Hacía grupo, se ganaba el respeto de todos y solo a partir de ahí comenzaba a pedir resultados. «Si algo salía bien, era porque tenía que ser así, porque era lo normal; si salía mal se armaba una gorda, pero siempre los platos sucios se lavaban en casa», recuerda una de las inspectoras más próximas al entonces inspector jefe.

Además, era –(es), un tipo profundamente humano. Un día en uno de los grupos se montó una discusión entre dos compañeros por un tema profesional y acabaron, literalmente, a puñetazos. Pamies supo de inmediato lo sucedido, reunió a los dos implicados y les advirtió de que nunca más podía suceder algo así. Pero no comunicó los hechos a sus jefes… Sin embargo, al día siguiente alguien le había ido con el cuento al comisario, que le llamó para pedir explicaciones… Respondió que no sabía de qué le estaba hablando, que todo iba como la seda y que el ambiente era magnífico…

Naturalmente, el jefe tenía poco de tonto y le exigió que le contara qué había sucedido. La respuesta: «Es verdad que se liaron dos, pero era por un asunto profesional; discutían por cómo hacer mejor el

trabajo y vale, es cierto que no se puede acabar así, pero me han demostrado que están volcados en hacer bien las cosas… Por cierto, después de sacudirse se fueron a tomar unas copas y son más amigos incluso que antes. Así que asunto resuelto. Y si no he dado parte es porque lo que sucede con mi gente en este tipo de cuestiones es cosa mía… ¿Algo más o me puedo ir?». No hubo consecuencias para nadie.

Pamies aprobó la oposición a comisario en 2003, pero el curso de ascenso, de cuatro meses, comenzó en enero. Los candidatos abandonan sus unidades —en realidad muchos de ellos continúan informados de todos los asuntos por teléfono— y se trasladan a Madrid para seguir el curso en el Centro de Formación de la Policía. No es complicado —consiste básicamente en charlas, muchas de ellas de gestión de personal y de recursos—, y salvo catástrofe o torpeza infinita no hay muchas posibilidades de suspender. Los fines de semana cada uno vuelve a casa para estar con la familia.

En el caso de Lleida estos cursos han coincidido siempre con situaciones de crisis. Si en el de inspector jefe tuvo que abandonar las clases a las pocas horas porque se cruzó por medio una operación antiterrorista, y en su jura del cargo tuvo que regresar a toda velocidad porque ETA había secuestrado a Miguel Ángel Blanco, esta vez el asunto iba a ser igualmente terrible: la matanza yihadista de Madrid del 11 de marzo de 2004, los peores atentados de la historia de España y una tragedia que cambió el rumbo de España.

«Según iba a salir del hotel, esa mañana oigo por la radio que había habido algunas explosiones en trenes de Cercanías de Madrid. Aquello, por supuesto, me alertó, pero en esos momentos no se conocía la auténtica magnitud del ataque terrorista, de modo que esperé en la calle el autobús que me tenía que llevar al Centro de Formación de la Policía de Carabanchel. Yo estaba alojado cerca de Pirámides y me llamó la atención que la gente salía del metro con la cara tiznada de negro, comentando que había sido una masacre… Desde el autocar llamé por teléfono a mi brigada para pedir información, y me contaron que las bombas habían estallado en varios trenes y que había muchas víctimas».

«Hay que recordar que teníamos muy fresca la desarticulación del comando de ETA que había colocado las bombas en un tren, por lo que en el primer momento pensé que podía haber sido la organización terrorista. No obstante, había cosas que no me cuadraban, así que insistí en saber dónde habían avisado de que iban a estallar las bombas, si había sido en *Gara*, Euskadi Irratia, *Diario Vasco*, DYA, bomberos, Policía Municipal… En fin, donde solían llamar en este tipo

de situaciones. Mi sorpresa fue absoluta cuando me dijeron que esta vez no había habido aviso alguno, y que eran al menos cuatro los convoyes atacados».

«No es que sea yo muy inteligente, pero algo de experiencia en el tema tenía y a las ocho y cuarto de la mañana ya dije que ETA no había sido… No se podían permitir una matanza así. Las consecuencias para ellos hubieran sido devastadoras, no solo por la reacción del Estado sino por sus propias bases, que ya comenzaban a cuestionarse algunas cosas. Cuando llegué a la clase hice el mismo análisis. Repito, no era cuestión de ser listo o no, sino de aplicar la lógica. Aun así, y dado lo complicado de la situación, a todos los que éramos de Información se nos citó a las 15:30 en la Comisaría General. Sobre las tres de la tarde. Marci, uno de los mejores analistas operativos sobre la organización que jamás haya tenido la Policía, me llamó para decirme que no fuese, que habían anulado la orden porque se había encontrado un coche con cintas en árabe… Cuatro grupos operativos, en puntos diferentes, y que ninguno hubiera avisado era imposible para el *modus operandi* de ETA».

El ministro del Interior, Ángel Acebes, tuvo que hacer el papelón de dejar la puerta abierta a la autoría de ETA hasta el mismo 14 de marzo, día de las elecciones, y cuando ya el sábado 13 la policía había hecho las primeras detenciones que señalaban de forma inequívoca la vía yihadista. Él fue el menos responsable de esa decisión, tomada en La Moncloa a la desesperada y con una cortedad de miras —entre otras cosas más importantes— inconcebibles en un gobierno serio.

«Eso demuestra que para ser ministro del Interior, además de listo, y a ser posible inteligente, no puedes ser buena persona, y creo sinceramente que Acebes lo era. Supo —y supongo que así se lo transmitiría a sus superiores—, por la guardia civil que no había sido ETA. Y no porque su servicio de información hiciera razonamientos como el que yo hice, basados en la experiencia, sino porque en aquel entonces tenían controlado a uno de los máximos dirigentes de la banda y oyeron cómo estaba tan sorprendido como lo estábamos los demás. Incluso al ministro se lo hicieron llegar por escrito… Una copia de ese documento estuvo clavada en la pared de un altísimo cargo del Instituto Armado durante bastante tiempo».

Lleida también consultó el asunto con Sandokán. «Imposible», fue su respuesta. «Nos picaríamos (mataríamos) al que hubiese dado la orden de hacer una salvajada como esa». Él estaba muy cerca de la cúpula y nunca oyó nada, solo el asombro de los jefes etarras y militantes que él conocía ante el atentado. Es más; le preguntó si había oído algo de

relaciones con grupos yihadistas. Se rio.

«Vamos a ver —añadió— somos nacionalistas para independizarnos de España, no del mundo occidental. Con el IRA sí que ha habido cosillas, y con nacionalistas bretones también, incluso con algunos del norte de Italia, pero con esos pirados es imposible. Es más, sí que en el *mako* (cárcel) a veces establecemos contactos muy puntuales, pero exclusivamente porque ellos tienen chocolate y tarjetas de móvil, y a cambio nosotros les sacábamos cosas del economato de la prisión. Pero nada más. Ni intercambiábamos historias, ni experiencias. Los moros con los moros, y nosotros solo con los nuestros».

Aún más insólito que el Gobierno intentase ocultar la autoría yihadista con el probable razonamiento de «si es ETA, ganamos por mayoría absoluta, si son los yihadistas, perdemos las elecciones», fue que algunos medios de comunicación mantuviesen la mentira durante años —en realidad, toda la legislatura— bajo el paraguas de un supuesto periodismo de investigación que dio alas a todo tipo de teorías conspirativas o conspiranoicas, como también fueron bautizadas. Y aún peor, que utilizaran esas burdas manipulaciones para ganar cotas de mercado a costa de señalar a los que simplemente hacíamos periodismo. Ningún «periodista» ha pedido aún perdón por aquella infamia; es más, a día de hoy se siguen abonando a informaciones de tercera, aunque estas provengan de gente de la calaña del excomisario José Manuel Villarejo, encarcelado en el momento de escribir estas líneas y procesado en el caso Tándem por gravísimos asuntos de corrupción.

Tampoco ha pedido disculpas el PP, que durante esos cuatro años arroparon, ampararon y dieron pábulo a esas «investigaciones» apócrifas y mentirosas. Lo más curioso de todo era que cuando uno llegaba a los despachos de la planta noble de Génova se admitía sin tapujos que no había una sola prueba sólida que avalase una participación, siquiera tangencial, de ETA. Daba igual, porque luego en público mantenían la misma matraca…

No mucho mejor fue el papel del PSOE, que «olió» la sangre del enemigo y se lanzó a su yugular para matarlo sin importarle nada más que conseguir el poder cuanto antes, aun a costa de ni siquiera tener equipos mínimamente formados para hacerse cargo del Gobierno de España. Bien es cierto que la torpeza del adversario le allanó el camino, pero aún quedan para el recuerdo los infames escraches del 13 de marzo ante las sedes del Partido Popular en toda España.

En un momento en el que se necesitaba grandeza unos y otros

apostaron por destruir al enemigo, mientras el país estaba abierto en canal con 193 cadáveres de víctimas inocentes sobre las mesas de autopsia. En esa cifra se incluye el asesinato del geo Torronteras en el piso de Leganés en el que se inmoló buena parte de la célula yihadista autora de la matanza. Una vez más, la sociedad y las Fuerzas de Seguridad dieron ejemplo, cuando lo lógico es que esa reacción impecable y de liderazgo hubiera surgido de nuestra clase política.

Si de algo «sirvió» la brutal matanza fue para que don Felipe y doña Leticia tuvieran una boda tranquila. Por una fuente muy cualificada Pamies tuvo conocimiento tiempo después que ETA quería «hacerle un regalo» al entonces príncipe de Asturias. Le iban a regalar una «boda lorquiana»; es decir, «bodas de sangre» pero no en Madrid, donde los etarras sabían que iba a haber un dispositivo de seguridad extraordinario. El plan de la organización terrorista era en distintos puntos de la geografía española alejados de la capital. No se trataba de causar víctimas necesariamente, sino simplemente de sembrar de bombas parte del territorio nacional en una fecha tan señalada como esa. La resonancia mediática hubiera sido mundial, pero tras el 11-M ese plan se desechó. Afortunadamente.

Pasada la primera conmoción del 11-M, aunque con las heridas aún muy abiertas en la sociedad, Enrique Pamies juró su cargo como nuevo comisario. Aquel día su hija le vio por primera vez con el uniforme de policía y la impresión que tuvo es fácil de imaginar. Delante de ella estaba su padre, con el uniforme y las medallas, mientras la madre y algún amigo la explicaba que sí, que su padre se dedicaba a eso, y que era mejor que en el colegio nadie lo supiera.

Lleida se incorporó como segundo jefe de la Comisaría de Vitoria, aunque seguía muy centrado en la lucha contra ETA. La colaboración con Sandokán continuaba plenamente activa, y de hecho los resultados seguían siendo muy positivos. Así fue hasta 2006 —posteriormente hubo colaboraciones más puntuales—, precisamente el mismo año del chivatazo.

Es frustrante no poder contar con todo lujo de detalles cuáles fueron los éxitos obtenidos en todo ese tiempo. Ni siquiera la imaginación más despierta podría llegar a adivinar hasta qué punto uno, con la ayuda del otro, consiguió penetrar en la organización terrorista y, aún más importante, salir indemne de todo aquello.

Como contar asuntos muy concretos sería una forma de señalarle, sí que se puede decir que el confidente iba aportando información muy precisa sobre la visión estratégica que tenían militantes muy

destacados de ETA así como la llamada *izquierda abertzale*, además de las opiniones mayoritarias entre los terroristas encargados de ejecutar la estrategia de la banda; también de la reacción y nuevo posicionamiento de la organización tras el 11-M, que ya en el verano de 2004 le había llevado a plantearse un nuevo periodo de negociación con el Gobierno. Lo más interesante en esos momentos fue constatar que esa vez los terroristas aceptaban la estructura territorial vigente, de modo que sus esfuerzos se iban a concentrar en conseguir un mayor grado de autonomía para el País Vasco. La Comunidad Foral de Navarra, según este planteamiento, debería ir por su cuenta para conseguir nuevos logros, y los tres territorios franceses tendrían como meta conseguir del Gobierno galo la creación de un nuevo departamento, que se denominaría País Vasco francés.

«Todas estas cuestiones se plantearían a la militancia como el punto de partida para una futura independencia, presentándolo de forma y manera que los principios ideológicos no se vieran desvirtuados ni que los años de "lucha armada" (terrorismo puro y duro) fueran percibidos como inútiles o estériles por su clientela».

Además, Sandokán advirtió de que, tras el fracaso del acuerdo entre nacionalistas de Lizarra, ETA veía al PNV como rival principal en un futuro escenario en el que la violencia hubiese desaparecido y en el que los antiguos proetarras deberían competir con los nacionalistas «moderados» por el mismo espacio dentro de la política vasca.

También dio claves de la posible evolución de la organización ante una eventual decisión de alto el fuego y dejó muy claro que por entonces quien tenía capacidad de decisión serían José Antonio Urrutiocoechea Bengoechea, Josu Ternera, por parte de ETA, y Juan Lorenzo Lasa Michelena, Txquierdi, en el frente de *makos* (cárceles), aunque ahí también tenía un papel destacado el sanguinario Henri Parot.

Para el confidente, la posibilidad de una escisión era prácticamente nula —y así se ha cumplido—, ya que aún en el caso de que una parte del aparato militar decidiese continuar, solo contarían con la intendencia que tuviesen en ese momento. Las puertas de los colectivos afines al MLNV se cerrarían, el aparato financiero no lo controlaban y el de falsificación tampoco. Es decir, no tendrían cómo ni con qué mantenerse.

Por supuesto, este tipo de informaciones no servían a las Fuerzas de Seguridad para desmantelar comandos, pero sí aportaban muchas claves para diseñar estrategias más eficaces contra la banda. Y además

el Gobierno, al tener un conocimiento muy preciso de la «temperatura interior» de la organización, podía anticiparse a los movimientos del enemigo.

Pamies duró muy poco tiempo en su primer destino como comisario, ya que tuvo que sustituir al entonces jefe provincial. Su carrera comenzaba a ser meteórica. «Vivía en Vitoria, y un fin de semana me llamó el recién nombrado director general de la Policía, Víctor García Hidalgo, para que fuera a comer con él. Por supuesto, la conversación giró en torno a ETA; le expuse mis puntos de vista y me olvidé de aquello».

Un año después de ser nombrado comisario provincial, surgió la sorpresa. «Un día el director me llamó desde París para decirme que Enrique Barón iba a dejar la Jefatura del País Vasco porque iba a mandar la de Madrid y quería que yo ocupase el puesto. Le contesté que yo no era la persona adecuada, que no tenía el perfil porque era operativo, pero me respondió de inmediato que eso era precisamente lo que buscaba; alguien que conociera muy bien el paño, con una larga trayectoria en esa comunidad y con las ideas claras de qué había que hacer… Ante esos argumentos, y como siempre he hecho a lo largo de mi vida profesional, acepté el cargo que se me proponía».

El nombramiento fue una sorpresa, porque al fin y al cabo se había elegido a una persona que ni siquiera llevaba dos años como comisario, aunque tuviese todo el reconocimiento por parte de sus compañeros. «Cuando bajé a Madrid a jurar el cargo el entonces subdirector general operativo, Miguel Ángel Fernández Chico, hizo un aparte conmigo para decirme que nadie de la Junta de Gobierno había apoyado la decisión, que él quería a una persona de más confianza suya, pero que supiera que a partir de ese momento era exactamente igual que el resto de jefes superiores y que por supuesto tendría todo su apoyo».

Hay que recordar que en esos momentos al frente del Gobierno estaba el PSOE y que, como es habitual tras cada cambio de inquilino en La Moncloa, se había renovado la Junta de Gobierno de la Policía para buscar perfiles más cercanos a los socialistas… Pamies, pese a quien le pese, nunca ha sido de esa cuerda y si se pudiera medir el grado de afinidad ideológica que tenía y tiene respecto a ese partido estaría muy cercano al cero. Otra cosa es que, como profesional, sirviera con la máxima lealtad a esos gobiernos socialistas, como antes lo había hecho con otros de distinto signo.

«Las primeras reuniones de jefes superiores lo pasé muy mal, la verdad

es que prácticamente nadie se acercaba a mí… Recuerdo que una de las veces me vieron leyendo *La Razón* y varios de ellos se me acercaron a decirme que cómo era posible que hiciera una cosa así… "¿No lees tú *El País*?". "Pues yo leo lo que me sale de los cojones", les respondí. Noté que aquello no les gustó mucho, pero yo seguía a lo mío, y en cuanto terminaba aquello cogía el coche y me volvía a Vitoria».

Como siempre ocurre, hubo quien intentó hacerle más llevaderas las cosas. En este aspecto son dos las personas que demostraron su generosidad con Lleida, independientemente de que no comulgaran con sus ideas políticas: la primera, el comisario principal José Marín, en esta etapa máximo responsable de Seguridad Ciudadana; la segunda, Miguel Ángel Santano, también comisario principal al mando de Policía Científica. «Fueron unos caballeros, porque al resto se le notaba mucho que no era de su cuerda, que estaba en otra onda. También me llevaba muy bien con el jefe superior de Navarra, con el que además, por razones obvias, tenía un contacto mucho más frecuente».

Uno de los subdirectores de la época, Miguel Ángel Araújo, llegó a uno de esos encuentros de jefes superiores y Junta de Gobierno con el mensaje de que la vicepresidenta del Gobierno, María Teresa Fernández de la Vega, quería que el nuevo DNI fuera como un tiro, y que si había que poner a operativos a hacer los carnés que se pusieran. Una vez más, Pamies intervino para responder que bajo ningún concepto él iba a retirar gente de la calle para ese cometido.

Araújo quiso hacer valer su cargo y respondió de forma un tanto agria e insistió en que eran órdenes de De la Vega, a lo que Lleida contestó que si tanto interés tenía que fuera ella a hacerlos… La situación se puso muy tensa, de modo que el director adjunto operativo, Miguel Ángel Fernández Chico, cortó el tema y emplazó a hablarlo al acabar la reunión… «Ni Araújo habló conmigo [nunca lo hizo], ni yo le busqué para hablarlo. Eso sí, ningún operativo de mi Jefatura hizo DNI».

El paso de las reuniones hizo que las relaciones se engrasaran bastante. «Una de las veces un colega de otra comunidad me llamó para decirme que habían recibido un aviso de bomba en un centro comercial. Le pregunté que desde dónde se había hecho la llamada, desde una cabina, y a dónde habían llamado, que era varios sitios de los habituales… "Pues poneros las pilas, porque es bueno?", le dije, pero él no se lo acababa de creer. Cuando colgué llamé al entonces comisario general de Información, Miguel Valverde y le comenté la

conversación. Cinco minutos después estallaban las bombas».

Lleida era un jefe superior atípico en una comunidad autónoma con una problemática especial. Como el resto de sus compañeros asumió sus obligaciones como gestor, pero además su primera orden fue tajante: él asumía personalmente todo el área de Información, de modo que los jefes antiterroristas de cada provincia solo despachaban con él, y también era él quien lideraba las relaciones con la Comisaría General de Información… Aquello no gustó a alguno de los comisarios provinciales, que consideraban estas medidas como un menoscabo a sus atribuciones, cuando no una falta de confianza, pero lo aceptaron. Y lo cierto también es que al final no estaban totalmente «fuera de juego», ya que recibían información de lo que afectaba a su demarcación, como operaciones que se iban a hacer u otras cuestiones.

En realidad, Víctor Garcia Hidalgo era quien había provocado algo así, porque si la explicación para nombrar a Lleida jefe superior era que quería a alguien operativo, lo lógico era que este tomase las riendas muy personalmente en materia de terrorismo. Pamies probablemente se equivocó en la crudeza con la que planteó el tema a los provinciales, pero la diplomacia no está entre sus virtudes, como se ha visto a lo largo de estas páginas. En cualquier caso, es consciente de que aquello le granjeó algunas enemistades.

En su primera etapa como jefe superior, el ministro de Interior era José Antonio Alonso, ya fallecido, que apenas estuvo en el cargo un par de años, hasta ser sustituido por Alfredo Pérez Rubalcaba. Un fin de semana Pamies recibió en su casa de Vitoria una llamada de Víctor García Hidalgo para preguntarle si el lunes tenía algo quehacer… «Trabajar, como siempre, pero nada de particular», le respondió. «Pues mañana te recojo en tu casa a las ocho, que nos vamos a Madrid. No se lo puedes decir a nadie, ya te contaré después».

«Así fue; a la hora acordada estaba el coche abajo y cuando me subí volvió a insistirme en que nadie, ni el comisario general, ni el subdirector operativo podía saber qué íbamos a hacer… Luego ya me aclaró que íbamos al Ministerio del Interior. Nos plantamos allí en un par de horas, ya que el conductor no tenía muy claro qué es eso de los límites de velocidad. Nos llevaron a una sala pequeña con una mesa no muy grande; el director estaba callado y yo expectante por saber qué me iban a pedir».

«Poco después entró en la habitación Alonso, con un cuaderno grande bajo el brazo. Fue muy directo: “Buenos días, soy el ministro y no

tengo ni idea de lo que es ETA hoy en día… Por favor, no me cuentes historias del pasado, lo que quiero es que me hagas un análisis de su situación actual, que me digas cómo está y qué podemos esperar. Y, por cierto, ya te habrá dicho Víctor que de esto nadie sabe nada y nadie debe enterarse"».

José Antonio Alonso demostró que era una persona inteligente; no sabía de un tema y antes de tomar decisiones necesitaba ponerse al día. «Aquello se prolongó hasta la una de la tarde, y al despedirnos me dijo que habría más reuniones como esa; le respondí que perfecto, porque la situación evolucionaba de forma continua».

Por aquel entonces, el proceso de negociación con ETA comenzaba a dar sus primeros pasos. Algunos sectores importantes de la banda terrorista empezaban a darse cuenta de que la derrota era cuestión de tiempo, y no demasiado, y querían explorar un camino de ese tipo pasa salvar los muebles. Los Servicios de Información de la Policía eran plenamente conscientes de que pronto habría un comunicado de tregua para poner en marcha, ya de forma oficial, las negociaciones con el Gobierno. Paralelamente comenzaba a vislumbrarse una «mesa política» con la participación del PSE, PNV y Bildu, a la que el PP se oponía de forma feroz porque consideraba que era una traición a las víctimas del terrorismo y una cesión a la banda. El clima político estaba muy cargado, y la famosa «unidad de los demócratas» frente al terror era por desgracia un recuerdo lejano.

En ese contexto se produjo el comunicado de 22 de marzo de 2006, en el que la organización anunciaba que había «decidido declarar un alto el fuego permanente a partir del 24 de marzo de 2006; el objetivo de esta decisión es impulsar un proceso democrático en Euskal Herria para construir un nuevo marco en el que sean reconocidos los derechos que como pueblo nos corresponden y seguramente de cara al futuro la posibilidad de desarrollo de todas las opciones políticas» y que «al final del proceso los ciudadanos vascos deberán tener la palabra y la decisión sobre su futuro».

Cuando se estaba leyendo el comunicado Lleida estaba comiendo en la vivienda oficial del delegado del Gobierno en el País Vasco… Al acabar surgió, lógicamente, la conversación de quién había leído eso. Pamies reflexionó en voz alta que, evidentemente, por el tono de voz, esa persona era una chica y además sin duda debía pertenecer al aparato político… De pronto se le vino un nombre a la cabeza: Ainhoa Ozaeta, y lo lanzó a sus interlocutores.

—Delegado del Gobierno: ¿Por qué dices que puede ser ella?

—Pamies: Porque desapareció hace un tiempo de Andoaín y sabemos que fue a parar al aparato político.

—Delegado: ¿Pero no podrías saberlo seguro?

Entonces Lleida cogió el teléfono y llamó a un buen amigo, Estanis, concejal del PSE en ese pueblo y que aguantó a pie firme a pesar de que le habían quemado la casa, su coche y el de su hijo y agredido a su hija en el colegio.

—Pamies: Estanis, ¿has oído el comunicado, no te suena esa voz?

—Estanis: Claro que sí, es Ainhoa Ozaeta, es la hija de puta que fue concejal de mi pueblo, si lo sabré yo que la he sufrido en el Ayuntamiento.

De inmediato el comisario trasladó la información al delegado y este a sus superiores políticos, de modo que pudo apuntarse un tanto porque nadie había tenido acceso a esa información.

Para liderar todo este periodo el presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, eligió a Rubalcaba como máximo responsable de Interior, aunque también es cierto que tenía otros asesores que influían en sus decisiones. Corría abril de 2006 y estaba a punto de producirse el episodio que años después acabaría con la carrera de Enrique Pamies.

CAPÍTULO 13

# CASO FAISÁN,
# EL PRINCIPIO DEL FIN

El 4 de mayo de 2006 es el día que cambia la vida para siempre de Enrique Pamies. En ese momento estaba en la cresta de la ola. Como jefe superior del País Vasco los éxitos policiales se sucedían; gozaba de la máxima confianza de sus mandos políticos; era respetado (y envidiado también) por sus compañeros; le habían ofrecido ser comisario general de Información, aunque él no tenía nada claro aceptar porque no quería dejar la primera línea de combate —tras esa fecha la oferta decayó—; muchos le hacían la pelota, porque sabían que era caballo ganador… tenía, pues, una trayectoria imparable, con Sandokán aún en activo y la seguridad que le daba el que nadie le había regalado nada, que todo había sido producto de su esfuerzo y sacrificio, compartido, eso sí, con las dos únicas personas que han dado sentido a su vida: su mujer, Ana, y su hija, Lourdes, a las que apenas había podido atender en los primeros treinta años en común y de las que luego ha recibido tanto. Ha tenido y tiene grandes compañeros y amigos, pero ninguno, como es lógico, le ha visto sufrir tanto como ellas, han llorado de rabia como ellas ni han pedido a Dios tanto como ellas que se acabara la pesadilla.

Aquel día se produjo el llamado chivatazo: un supuesto operativo puesto en marcha por el jefe superior de Policía del País Vasco —él mantiene que nunca lo hizo a pesar de estar condenado en firme por ello— para evitar la detención de varios individuos por formar parte del aparato de extorsión de ETA. Las llamadas de la noche anterior con el entonces director general de la Policía, Víctor García Hidalgo, y sobre todo la que realizó al inspector jefe José María Ballesteros cuando estaba en el Bar Faisán al mismo tiempo que Joseba Elosúa, uno de los implicados, fueron clave para que los investigadores le señalaran como la persona que alertó a este empresario, y a través de él a varios sospechosos más, para evitar los arrestos. Utilizó para ello, siempre según las conclusiones del Tribunal Supremo, el teléfono móvil de su compañero, que éste pasó al interlocutor en el local, aunque nadie de los que estaba allí lo recuerda.

La constatación de que el chivatazo se había producido la dio el dispositivo de escucha instalado por la Policía en el automóvil de Joseba Elosúa, quien poco después de ese episodio relató a su yerno, Carmelo Luquin, la llamada que había recibido poco antes. En ella el comunicante —Pamies, según la sentencia— le pedía que alertara al

miembro del aparato de extorsión de la banda José Luis Cau de que no cruzara la frontera, porque sería detenido.

Este es el resumen que Elosúa hace de la conversación mantenida en el Faisán: «Ya te habrá dicho mi compañero, ya te habrá explicado por qué te llamamos, ya sabes cómo nos encontramos», explicándole a continuación que sus teléfonos estaban intervenidos, y que sabía de la reunión que el 3 de mayo había tenido con Burutxuri, que era el alias de José Luis Cau Aldanur. Continuó diciendo que estaba al corriente de que el 4 ó 5 de mayo iba a tener una cita con él para darle 9 botellas de vino —en el argot se correspondía con 9 millones de pesetas. Luego le pidió que no dijera a nadie que le había llamado para no fastidiar todo el proceso, pues «se podría armar un zipizape si dices que te he llamado yo», para añadir que escuchara lo que le estaba diciendo, «pues aquí hay gente que quiere que esto se rompa», en referencia a las negociaciones que ya se mantenían con la banda. En el anexo del libro se recogen íntegros los hechos probados en la sentencia del Tribunal Supremo, sin apostillas.

Nuestro compañero Fernando Lázaro, de El Mundo fue quien dio la exclusiva del llamado chivatazo —y a partir de esa muchísimas más—, que desde entonces persiguió la figura de Pamies. En un primer momento, el jefe superior del País Vasco tenía absoluta confianza en que aquello se resolvería sin más problemas, ya que insistía —e insiste — en que él no hizo aquella llamada. Pensaba entonces que todo se encauzaría bien y suponía que para ello contaba con el apoyo del Ministerio del Interior. Ese fue otro de sus errores, pues olvidó que los mismos políticos que hoy te alaban y agasajan son especialistas en dejarte tirado después para huir de la quema en cuanto ven el menor peligro para sus intereses.

Desde 2008 había rumores de todo tipo, entre ellos el de que el director general de la Policía, Víctor García Hidalgo, iba a ser destituido de su cargo… Los chismes entretienen una barbaridad a muchos en el Cuerpo, pero la verdad es que a Pamies le preocupaban muy poco porque tenía mucho trabajo. El llamado chivatazo ya ocupaba muchos espacios en los medios, gracias entre otras cosas al efecto amplificador que hacía el PP, que había convertido al ministro Rubalcaba en su enemigo a abatir. Aquellos meses iban pasando, y aunque siempre estaba presente ese asunto la verdad es que hasta el 23 de diciembre de ese año no sucedió gran cosa.

«Ese día, sin embargo, Garzón, que se había hecho cargo de la instrucción, nos citó a declarar en la Audiencia Nacional a García Hidalgo, Ballesteros y a mí. Fue por la tarde, y es una fecha que nunca

se me olvidará porque ese día, de madrugada, había muerto la única abuela que me quedaba y el tener que prestar declaración me impidió asistir a su funeral. El director general iba acompañado por un abogado pagado por el Partido Socialista o el Gobierno, pero nosotros dos acudimos a la citación sin letrado porque no lo considerábamos necesario. Pero el juez nos explicó que hacía seis meses se había modificado la ley en el sentido de que un imputado no podía renunciar a la defensa letrada… Le dijimos que entonces se llamara al primero que pasara por ahí, y nos pusieron a uno de oficio, como es natural».

«Antes de declarar advertí al abogado de que no interviniese, ya que iba a contestar a todo lo que se me preguntase, pues no tenía nada que ocultar… La verdad es que no tenía ni idea de en qué iba a consistir aquello, así que me quedé de piedra cuando Garzón me comunicó que era sospechoso de un delito de colaboración con banda armada… En cualquier caso, durante dos horas respondí a todo lo que se me preguntó, aunque en algunos casos de forma un tanto imprecisa en lo que se refería a las llamadas del 4 de mayo de 2006 porque los hechos habían ocurrido dos años y medio antes de mi primera comparecencia ante el instructor».

En esa declaración ya hubo un par de cosas que le llamaron la atención. La primera, que Garzón siempre le preguntaba por las llamadas hechas con su número de móvil oficial, nunca de las que hizo desde los dos fijos que tenía en el despacho, ni de las tres líneas diferentes con las que contaba en su domicilio, ni por supuesto se le interrogó acerca de otros posibles móviles que pudiera utilizar, como así era desde hacía mucho tiempo para poder tener contacto con las fuentes, Sandokán entre ellas. El segundo asunto que les sorprendió es que todo se grababa para después transcribirlo con tiempo… «Lo acojonante es que, según comprobé después, aquello se hacía de tal modo que el juez quedase siempre bien y yo como un idiota… Por ejemplo, no se reflejaba que Garzón levantó la voz varias veces, y que mi costumbre ante algo evidente, o que a mí me parecía normal, era que yo contestase con un «¿y?», lo que al parecer cabreaba mucho a su señoría».

«Lo malo fue al salir. Le das vueltas a la cabeza. Puedes acabar como aquellos a los que has perseguido desde que tenías 21 años… Piensas en la familia, en lo que has sacrificado. Y también, cómo no, estaba Balles, un gran policía que se limitó a cumplir unas órdenes legales. Toda mi admiración, respeto y amistad hacia él, un profesional como la copa de un pino que sabe muy bien qué es eso de la lealtad».

A partir de ese momento Enrique Pamies tuvo que trabajar en unas condiciones y bajo una presión angustiosa. Cada día su nombre estaba en los medios, cuando no en el Congreso. Su compromiso en la lucha contra ETA se ponía en cuestión, y se le acusaba, día sí y día también, de traidor y de estar al servicio del PSOE. Pocas cosas más absurdas se podían decir; la simple aplicación de un razonamiento lógico echaba por tierra esas teorías conspirativas. Pero daba igual. El PP había olido sangre y no estaba dispuesto a soltar a su presa bajo ningún concepto. Sin superar aún el trauma de su salida del gobierno tras el 11-M, estaba dispuesto a lo que fuese para recuperarlo. Incluso a costa de romper la unidad de los demócratas frente al terror. En el pecado llevó la penitencia, porque en 2008 volvió a perder las elecciones, en gran medida por su torpeza a la hora de abordar estos asuntos. Prueba de ello es que a partir de ese momento personajes como el diputado Gil Lázaro —hoy lo es de Vox— o el mismísimo Eduardo Zaplana quedaron relegados a un segundo plano, aunque con los años este último volvería a ocupar portadas si bien por asuntos muy distintos.

Pasados los años, y con la perspectiva del tiempo, es hora de hacerse algunas preguntas. Pongámonos en el caso de que efectivamente Lleida hizo esa llamada —hay que insistir en que él lo niega desde el primer día, y jamás ha variado su versión— para salvaguardar una negociación clave en el ansiado objetivo de lograr el final del terrorismo en España. ¿Alguien puede siquiera sospechar que una decisión de ese calado puede ser iniciativa del profesional, sin al menos contar con la opinión de los políticos? ¿Alguien puede creer que si en verdad se produjo esa comunicación fue porque el entonces jefe superior quería colaborar con ETA o bien lo hizo porque consideró que era la mejor estrategia posible en ese momento para debilitar a la banda? ¿Alguien es tan ingenuo de pensar que actuaciones como esta —y otras mucho más difíciles de explicar si no es desde la óptica de quienes estaban en la vanguardia de la lucha contra el terrorismo— no se hicieron en otras ocasiones? ¿Alguien puede explicar qué beneficio podía tener Pamies al actuar de esta forma, cuando ya estaba en la cúspide de su carrera, o mejor aún, manteniendo un silencio inquebrantable después, lo que solo se puede comprender desde la perspectiva de un hombre de Estado? ¿Alguien puede siquiera insinuar que este comisario —lamentablemente para él, su compañero Ballesteros es una víctima colateral— se ha podido beneficiar económicamente o de algún otro modo de aquello? ¿Alguien, en fin, tiene alguna teoría mínimamente creíble sobre cómo sería posible que un policía de la trayectoria de Lleida hubiera decidido pasarse al lado oscuro, al de sus enemigos, por medrar dentro de la Policía? Es decir, si esa llamada se produjo, ¿no se estaría ante

una decisión más dentro de las muchas que se tomaban para ganar la guerra contra ETA?

# CAPÍTULO 14

## DE HÉROE A TRAIDOR

Pasado algún tiempo desde la primera declaración por el caso Faisán el juez Garzón llamó al inspector jefe, José María Ballesteros, para someterle a una rueda de reconocimiento con el objetivo de que Joseba Elosúa, dueño del bar de Irún, le reconociese. Se trata de una diligencia muy habitual y que suele tener mucho peso en cualquier investigación, ya que permite situar en el lugar de los hechos al sospechoso y en este caso, además, identificar sin el menor lugar a la duda a la persona que había dado el teléfono móvil desde el que se hizo el chivatazo.

Si se quiere hacer una rueda de reconocimiento fiable hay que reclutar a una serie de personas de las mismas características de la que se somete a ella, porque de lo contrario estaríamos ante una maniobra para dirigir a un testigo en determinada dirección. Los resultados de esta prueba fueron contundentes: el señor Elosúa, tras observar a todos los convocados a través de un cristal opaco, de modo que en ningún momento podían verle, dijo que «entre estos señores no está el que me pasó el teléfono». Pero añadió una cosa más: «En todo caso, si tuviera que inclinarme por alguno de ellos sería el que lleva el número 3». Pues bien, esa persona no era el inspector jefe.

Aquel fiasco no hizo variar en modo alguno la postura de los investigadores, dirigidos por el entonces inspector jefe Carlos Germán, un policía adscrito a la sección económica de la Comisaría General de Información y que hasta ese momento no había tenido una carrera profesional especialmente destacada. Este caso era «su caso», el que le tenía que servir para dar el salto definitivo, y no estaba dispuesto a que este tipo de contratiempos echaran por tierra su única línea de investigación, según la cual Pamies era el autor material y cerebro del chivatazo y Ballesteros la herramienta que utilizó para ello.

Quede claro en este momento que Carlos Germán es un elemento absolutamente ajeno a nosotros, con el que no hemos tenido contacto de ningún tipo —no lo consideramos necesario, ya que este libro solo aspira a recoger la trayectoria de Lleida— ni al que pretendemos juzgar. Pero lo que sí es evidente es que desde el primer momento decidió quiénes eran los culpables y sorteó todo aquello que le apartaba de esa línea. Con éxito, cabría añadir, porque consiguió las condenas y de paso ascender a comisario, aunque ya no está destinado en Información.

Germán tiene tres cruces pensionadas: la primera, por el asunto de *Egin*; la segunda, por un tema de *herrikos*, aunque el asunto había salido de la Brigada de Bilbao y se lo quitó la comisaría general, con el lógico cabreo de la primera; y la tercera, que coincidió con el tema del Faisán, por el robo de droga en la Jefatura de Policía de Sevilla del que acusaron a un compañero, que fue detenido e imputado. Con el tiempo no solo quedó exonerado de todo, sino que ascendió a comisario y se ganó una roja… Por cierto, Pamies solo tiene dos de esas medallas pensionadas, a pesar de su historial. Cosas del Cuerpo.

«Germán no dio validez a la rueda de reconocimiento [recuerda Pamies] y lo justificó en que ya Elosúa le había advertido previamente que no iba a identificar a nadie… No deja de ser pintoresco, entonces, que a pesar de esa advertencia se realizara la diligencia; pero todavía lo es más que una vez que se decide seguir adelante y el afectado reconoce a otra persona distinta a Ballesteros, no solo no se proceda contra el señalado, lo que puede ser normal si se trata de alguien del que hay certeza que nunca estuvo en la zona, sino que se mantenga la acusación contra el sospechoso».

Durante todo el tiempo, y a medida que el caso Faisán engordaba, también en sus aspectos mediático y político, el jefe superior de Policía del País Vasco mantenía su actividad a pleno rendimiento, pero siempre con la preocupación —aún no era angustia— de que las cosas podían complicarse más. Sus dos principales colaboradores —en especial una inspectora jefe de San Sebastián y un comisario de Bilbao — eran plenamente conscientes de la situación y aunque a Lleida no le gustaba hablar del tema sí le notaban algo tocado, por más que no afectase al trabajo diario. Tanto a sus amigos como a su familia los intentó dejar al margen de todo, procurando transmitirles tranquilidad y confianza en que todo iba a acabar bien.

Sin embargo, ver su fotografía día sí y día también en las portadas de los periódicos e imágenes suyas en la televisión por un tema como este le hervía la sangre. Aquello podía acabar, o no, de la mejor manera, pero de lo que nadie podía ya librarle es del sufrimiento que algo así produce. Para él que su nombre apareciera asociado a la acusación de «colaboración con organización terrorista» le hacía daño; muchísimo daño, después de todo lo que había tenido que vivir y ver a lo largo de su carrera. Además, empezaba a comprobar la miseria humana de algunos «compañeros» que si antes le habían hecho la pelota ahora comenzaban a maniobrar para que no se les relacionase con el «apestado».

Por fortuna, hay otros que actuaron justo del modo contrario. Fue el

caso de uno de los coautores de estas páginas, Antonio Sala, Salitre.

«El 15 de julio de 2009 bajé de un avión procedente de Brasil, como había hecho otras muchas veces desde que en mayo de 1999 decidiera pasar a la Segunda Actividad como inspector del Cuerpo Nacional de Policía e instalarme en ese país maravilloso, grande y extenso. Cada vez que llegaba a España comenzaba una ronda de comidas con compañeros y amigos, no solo policías, sino también periodistas y otros profesionales, en las que nos poníamos al día de nuestras situaciones personales, familiares y laborales. En esos encuentros fue, precisamente, donde trabé una amistad muy especial con Pablo Muñoz (el otro coautor), que no ha hecho más que crecer con el tiempo».

Por supuesto, una de las personas a las que llamaba era a Enrique Pamies, entonces jefe superior de Policía del País Vasco. Ya le habían llegado a Salitre los ecos del Faisán y quería verlo cuanto antes para darle todo su apoyo. Eran amigos desde que ingresaron en la Escuela de la Policía, y no porque compartan filosofía de vida, más bien al contrario, sino por la admiración mutua que se profesaban, aunque por motivos distintos: Antonio Sala hacia Pamies como un profesional extraordinario, y el jefe superior hacia su amigo por vivir a su aire, de forma si se quiere un poco bohemia…

«En cuanto descolgaba el móvil teníamos siempre la misma conversación:

—¡Hombre Salitre! ¿Cómo estás?, ¿ya de vuelta? Pues te espero en Vitoria para comer y que me pongas al día de esos viajes por la selva amazónica que siempre he querido conocer y que nunca he tenido tiempo para hacerlo.

—Joder Lleida, a tus órdenes, ya sabes que soy un funcionario disciplinado, así que si te viene bien el día 20 estaré por allí…

Cada vez que me decía esas cosas me llegaba al alma. Un tío como él, que ocupaba uno de los puestos claves de la Policía sabía hacerme sentir el hombre más importante del mundo, a pesar de que yo había abandonado la lucha contra el terrorismo hacía mucho tiempo… Me sentía orgulloso de su amistad».

El día acordado para la comida, sin embargo, lo encontró diferente, triste y preocupado. Por supuesto, era por el maldito Faisán. Ese día les acompañaba Lola, Dolores Martínez Luján, brillante periodista de *ABC* y mejor persona, especializada en información sobre terrorismo y curtida en mil batallas. Sala fue quien le presentó a Lleida y desde ese

mismo momento mantuvieron una amistad que hoy continúa.

Viajaron en coche a Vitoria y toda la conversación se centró en el Faisán y en la situación personal y profesional de Enrique. Coincidieron en que era absolutamente injusta, que había que echarle una mano; Salitre, desde luego, no iba a quedarse de brazos cruzados, y Lola, en la medida de sus posibilidades, y respetando siempre las reglas de la profesión periodística en cuanto a veracidad de la información, tampoco.

«El encuentro fue, como siempre, emocionante. Nos abrazamos, yo le contaba mis peripecias por el Amazonas; mis encuentros con los indios, y él se descojonaba por mi forma de contarlo… Me decía, "joder, Salitre, qué bien me viene desconectar un poco", y aunque siempre me hacía ese comentario, aquel día noté que esta vez era cierto, que era vital para él pasar un rato así, distendido… Su estado de ánimo no era bueno, pero por lo menos se relajó durante las cuatro horas que estuvimos juntos».

Tras la despedida, Lola y Sala volvieron a coger el coche para regresar a Madrid. A mitad de camino pararon a tomar un café, cerca de Lerma. Los dos coincidieron en que veían a Pamies preocupado y abatido, y entonces surgió esta conversación:

—Sala: Lolita, algo tengo que hacer por Lleida, aunque no sé qué… Lo único que se me ocurre es quedarme un tiempo con él. Soy optimista por naturaleza y se me dan bien las relaciones públicas. Además, tengo grandes amigos y ya sabes que no me cuesta pedir favores para otros, reclamarles un poco de ayuda. Llevo diez años fuera de la Policía, pero voy a pedir la Segunda Actividad con destino y me voy a Vitoria.

—Lola: ¿De verdad que vas a hacer eso después de tanto tiempo? En fin, tú sabrás lo que haces, y desde luego tienes todo mi apoyo para lo que necesites. Enrique se lo merece.

Sin solución de continuidad, cogió el teléfono y llamó a Lleida:

—Sala: He tomado una decisión irrevocable. Voy a reingresar y a quedarme contigo en Vitoria, si no te parece mal, claro

—Pamies: Joder Salitre, me dejas alucinado… Claro que me apetece, un montón, pero tenemos un problema. Quien tiene que aprobarlo es el director, con el visto bueno del subdirector de Recursos Humanos, y yo ahora no tengo buena relación con él. Si se arregla, tengo libre el puesto de jefe de Relaciones y Prensa de la Jefatura y ese es el mejor

destino que te puedo ofrecer. Creo, además, que el cargo es perfecto para tu perfil, pero ya sabes cómo están las cosas.

—Sala: Tú no te preocupes de nada, que yo lo arreglo.

Tras esos pocos minutos de conversación Pamies ya no era el mismo, estaba animado y Salitre aún sorprendido consigo mismo de que fuera a dar ese paso. No sabía cómo podía salir aquello, pero la verdad es que iba a comenzar una de las etapas más felices de su vida…

«No habían pasado cinco minutos desde esa llamada, cuando comencé a moverme para conseguir el objetivo. Si había alguien que podía mover los hilos necesarios ese era José Manuel Sánchez Fornet, secretario general del SUP, con el que había compartido muchas horas en el sindicato y en aquella época uno de mis mejores amigos. Fue al primero al que recurrí, y al último:

—Sala: José Manuel, necesito que el director general firme mi reingreso y destino en Vitoria.

—Sánchez Fornet: ¿Estás seguro de que lo has pensado bien? Es un cambio muy fuerte. No sé si lo has meditado lo suficiente.

—Sala: Por favor, arréglamelo cuanto antes; lo tengo claro.

Todavía no sé ni con quién habló ni cómo lo planteó, pero lo cierto es que el tema estaba resuelto en media hora, porque cuando aún andábamos por Somosierra me hizo una llamada. Me dijo que todo estaba solucionado, pero que había sorprendido mucho en la Policía mi decisión».

El 27 de julio Salitre llegó a Vitoria. Todo había ido muy rápido. Su vida acababa de dar un giro total. Se presentó en el despacho del entonces jefe superior, que le recibió como siempre. Le pregunto qué necesitaba y Sala le respondió que con un despacho, un teléfono y un ordenador con acceso a Internet le valía. Le acompañó hasta la tercera planta, donde estaba esa dependencia, un antiguo almacén, y se fueron a tomar un café. No le volvió a ver hasta el día siguiente…

«A primera hora de la mañana del 28 de julio volví a presentarme en el despacho del jefe. Nunca se me olvidará la escena. Abrí la puerta y le propuse:

—¿Enrique, tomamos un cafetito?

—Salitre —dijo levantando un segundo la mirada y en tono seco—;

aquí se viene lavao, peinao, cagao y desayunao. ¿Algo más? Pues a trabajar.

En ese momento pensé: madre mía, dónde me he metido… Y sin embargo fue una de las mejores decisiones que jamás he tomado. El jefe se fue de viaje y para mi ese fue el tiempo necesario que necesitaba para hacerme con una de las ciudades más bonitas de España, con una calidad de vida inmejorable. Bien es verdad que nada hubiera sido igual sin el apoyo de José Luis, secretario general del SUP de la provincia, que me dio toda la cobertura necesaria para introducirme en la sociedad alavesa. Su personalidad es muy parecida a la mía, sus relaciones numerosas y su cariño y lealtad hacia Enrique estaban fuera de toda duda. Siempre me ayudó a solventar cada problema; así era muy fácil trabajar».

Mientras estos acontecimientos se producían, en Madrid la Audiencia Nacional continuaba con la instrucción. Baltasar Garzón había tenido que abandonar el juzgado por sus problemas con la justicia, y el juez Pablo Ruz había sido nombrado sustituto del titular del Juzgado Central de Instrucción número 5. Ruz reactivó la causa, que en algunos momentos parecía estar al borde del archivo, y decidió volver a llamar a declarar a Pamiés y a Ballesteros.

«De leyes debía saber mucho, pero de instruir no tenía ni idea [sostiene Lleida], porque se limitaba a seguir todo aquello que le decía el famoso equipo investigador. El chivatazo solo se pudo producir por la negligencia de los policías que, curiosamente, estaban a cargo de las pesquisas, ya que eran ellos los que estaban en la investigación del aparato de extorsión de ETA… Pues bien; no solo nadie les pidió explicaciones por la chapuza, sino que encima les pusieron a ellos a aclarar lo sucedido. Y cuando alguien les preguntó si ellos mismos habían sido puestos bajo el foco de las pesquisas, respondieron que sí… ¿Por quién? Por ellos mismos. ¿Cómo? Pues uno hacía indagaciones sobre el que tenía al lado y viceversa, de tal modo que uno le preguntaba al otro, ¿has sido tú?, el otro lo negaba y así sucesivamente. ¿Resultado? Todos descartados. Con un par. Y todo ello respaldado por el instructor».

Una de las cosas menos elegantes —por decirlo de forma muy suave —, que sucedió con la investigación del chivatazo fue el intento reiterado de que alguno de los dos policías confesase, no ya la verdad, sino la verdad que quería, necesitaba y buscaba Carlos Germán y su equipo, por una parte, y el juez de instrucción por otra. Según el testimonio de Pamies, a Ballesteros, muy especialmente, se lo hicieron pasar muy mal y Ruz le llegó a decir que o contaba «la verdad» o no le

quedaría otra posibilidad que tomar medidas contra él… Encarcelarlo, por decirlo de forma que todos lo puedan entender. La respuesta del inspector jefe estuvo a la altura de lo que es, un policía de los pies a la cabeza: «Haga usted lo que tenga que hacer». ¿Se puede considerar la actitud del señor juez de instrucción una amenaza, una presión intolerable, un intento torticero de forzar la voluntad de un investigado para obligarle a reconocer hechos que no admite? Sinceramente creemos que sí, aunque por supuesto se cuidó mucho de hacer esos comentarios en un momento en que no se estaba grabando nada y, por tanto, lo sucedido quedaba en un ámbito exclusivamente privado.

En otra ocasión, siempre según el testimonio de Lleida, el mismo juez Ruz y el fiscal Carlos Bautista, probablemente uno de los más «charqueros» e inoportunos de toda la carrera, como ha quedado acreditado en varios episodios de su vida profesional, mostraron a Ballesteros una fotografía para ver si reconocía a la persona que salía en ella. «Pues claro, soy yo», respondió sin titubear el interpelado. El hecho no pasaría de mera anécdota si no fuera porque la instrucción judicial se había gastado unos 17.000 euros de todos los españoles en un informe para corroborar que el de la imagen era el inspector jefe. Pues bien, los responsables de la chapuza ni siquiera consiguieron que el centro privado al que se había solicitado el informe les acreditara quién era el que salía. Es más; si el investigado no hubiera actuado con absoluta honradez, como ha hecho siempre a lo largo de su vida profesional, hasta es posible que ni hubiera habido juicio.

«También hubo, claro está, las presiones de periodistas que llamaban a Ballesteros para que le contasen la verdad… ¿La verdad? No les bastaba con la campaña a la que nos sometían, sino que querían hacer más daño intentando detectar alguna debilidad por nuestra parte. Por supuesto, los periodistas no investigaban nada, sino que simplemente se limitaban a reproducir aquellas informaciones que les daban las acusaciones particulares… No sé si fue porque una de ellas la ejercía el PP, pero mi compañero y yo nos enterábamos de lo que iba a decir el juzgado en cada momento veinticuatro horas antes de que fuesen públicas sus decisiones. Por supuesto, los que informaban de todo ello eran esos medios».

«Se destruyó literalmente nuestra presunción de inocencia, pero como éramos policías daba igual. Aún recuerdo un vídeo del entonces director de *El Mundo*, Pedro J. Ramírez, difundido en la web de ese diario, en el que llegó a decir que a Ballesteros y a mí había que meternos en la cárcel hasta que cantáramos, como se había hecho en su día con Amedo y Domínguez. Quizá no sea mal sistema, pero luego

que no alardee de ser un defensor de los derechos humanos o de la ética en el periodismo. Precisamente él, no».

Salitre, que además de policía era militante del PP de San Sebastián desde la época de Gregorio Ordoñez, vivió en primera persona ese ambiente agobiante en contra de Pamies: «Era raro el día que los informativos de todas las televisiones nacionales, las radios con mayor audiencia y los periódicos de mayor tirada no abrieran o se refirieran al caso Faisán, poniendo a Lleida en el disparadero. Él, que era muy celoso de su intimidad y huía de la notoriedad, se veía en el centro de la polémica por un tema tan grave como el de ser acusado de colaboración con ETA, alguien como él que había dedicado toda su vida a luchar contra el terrorismo…

La política, sin embargo, había entrado en escena y ese sí que era para el comisario un territorio absolutamente desconocido y hostil. El Partido Popular, con Ignacio Gil Lázaro al frente, había comenzado un camino de acoso y derribo contra el Gobierno socialista y en concreto contra el ministro del Interior, Alfredo Pérez Rubalcaba. El PP debió pensar que el punto más débil para tumbar al ministro, que era una auténtica obsesión para ellos, podían ser dos policías honestos y grandes servidores del Estado, como Pamies y Ballesteros. Los grupos político-mediáticos dirigían toda su artillería contra ellos y les lanzaban mensajes para que tiraran de la manta e involucraran al ministro.

Pero Enrique era un hombre hermético que nunca se había preocupado por otra cosa que no fuera debilitar a ETA, que le importaban los políticos solo en la medida que pudieran afectar a su trabajo y que había descuidado las relaciones sociales, especialmente con los medios de comunicación, que ahora jugaban un papel decisivo en su futuro.

«Solventar esa situación, abrirle a los periodistas, era mi objetivo [explica Salitre] y para eso había reingresado en el Cuerpo y trasladado a Vitoria. Debían de conocerle y saber cómo era realmente mi amigo… Creo que lo conseguí, porque hasta el día de la fecha hay quien todavía lo llama y apoya después de haber descubierto la grandeza, la generosidad y sobre todo la profesionalidad de un gran patriota como él. En mí concurría además el detalle de que era militante del PP y no podía permanecer impasible viendo cómo mi partido político, con el que siempre estuve comprometido, adoptaba esa postura. Comencé a hablar de Enrique Pamies a compañeros de filas y a trasladar lo injusto del comportamiento del Partido Popular con este gran profesional. Me parecía miserable que Gil Lázaro y algún

otro fueran tan duros e injustos con él, una persona que siempre recuerda una frase —"El Estado siempre tiene que utilizar a las personas más limpias para los trabajos más sucios"—, llena de contenido y de plena actualidad en los días que corren.

»Hablé de todo esto con María San Gil, Consuelo Ordoñez, con mi amigo y diputado por Guipúzcoa José Eugenio Azpiroz. A este último, incluso, le presenté a Lleida, por la confianza que me unía con ambos, y hay que decir que desde el primer momento se dio cuenta de que el trato que el PP le daba a Pamies no era el más justo, por desproporcionado… Sin embargo Gil Lázaro seguía erre que erre sin que nadie le parara los pies y alimentado, según supe después, por policías desvergonzados que anhelaban hacer carrera a costa de lo que fuera.

»En medio de este ambiente es cuando se produce uno de los hechos más relevantes de los que he vivido en esa etapa, que me dejó marcado. Casi todos los viernes nos reuníamos en Vitoria a comer Alfonso Ibañez, jefe de Gabinete y Comunicación de Antonio Basagoiti, por entonces presidente del PP del País Vasco, y yo. Siempre hablábamos de la situación política en general y de los ataques brutales que Pamies recibía desde el PP. Mi interlocutor era siempre práctico y directo. "Antonio —me dijo—; esto pasa por tirar de la manta. Enrique tiene que hablar de Rubalcaba. Ese es el objetivo que se ha marcado el partido y Pamies tiene la llave".

»No había forma de sacarle de su guion, aunque yo insistiera constantemente en que debía conocerle y hablar con él… Por supuesto, yo sabía que Enrique jamás iba a hacer algo así, que nunca se iba a prestar a nada de lo que se pretendía de él y así se lo trasladaba una y otra vez. Pero Alfonso es como un martillo pilón, e insistía en que era "la única forma de salvarlo".

»Tal fue la insistencia de Ibañez que me ofrecí a hablar con Enrique del interés que tenía Basagoiti en conocerle. Era un viernes y nada más acabar la comida llamé por teléfono a Lleida: "Tengo un asunto importante que debes saber". Ese mismo día, a las siete, entraba en su despacho de la Jefatura, donde ya se respiraba tranquilidad por el fin de semana. Sin más preámbulos, le solté: "Amigo mío, el presidente del PP vasco quiere comer contigo para conocerte personalmente y para tratar de temas de plena actualidad, en especial el caso Faisán". No sabía cuál iba a ser su reacción; lo que sí tenía claro es que si se lo hubiese propuesto solo un par de meses antes lo habría rechazado de plano.

»Nunca olvidaré su cara de sorpresa y desconcierto. No sabía que responder. Pero confiaba plenamente en mí, yo lo sabía y quería que se sentara en esa mesa. Hasta entonces había tratado poco a Basagoiti, pero tenía buena opinión de él; de lo contrario, ni se me hubiera pasado por la cabeza organizar algo así.

»"Salitre, ¿tú qué opinas de esa comida?", me preguntó. Inmediatamente le dije que debía asistir, que creía que ese hombre era serio y un político valiente en el que se podía confiar. "Bueno, pues prepárala, pero quiero que vengas conmigo, quiero que estés cerca porque ya me conoces y eso puede acabar como el rosario de la Aurora". Por supuesto, acepté y le dije que seríamos cuatro, ya que Alfonso también asistiría.

»Al día siguiente, después de descansar y haber meditado todo, llamé al jefe de gabinete de Basagoiti: "El jefe superior acepta pero quiere que asistamos los cuatro", le dije, y él me pidió media hora para consultar con su jefe y devolverme la llamada. No llegó a pasar ese tiempo, cuando sonó el teléfono. Aceptaba, y proponía uno de los días en los que él tenía que asistir a los plenos de la Cámara de Vitoria.

»La cita fue en un reservado del restaurante Zabala, en el casco histórico de Vitoria, y por supuesto debía mantenerse en la reserva más absoluta. Lleida y yo nos desplazamos a pie desde Jefatura, lo que le permitió fumarse dos o tres cigarrillos de forma un tanto compulsiva, pues sabía que dentro no podría hacerlo y ese vicio sí que lo tiene. Me vino a la cabeza entonces lo que mi madre siempre me decía, que no me fiara de alguien que no tuviera vicios, ni de uno que los tuviera todos…

»Llegamos puntuales y no habían pasado ni cinco minutos cuando entraron Basagoiti e Ibañez. Para romper el hielo, lo primero que hizo el presidente del PP fue preguntarle por cómo estaba ETA, sabedor sin duda de que estaba delante de una de las personas que mejor conocía a la organización y su entorno. Alfonso Ibañez y yo estábamos callados, porque el protagonismo era de los otros dos comensales.

»Pronto se decantó la situación. Basagoiti, qué menos, le reconoció sus méritos y prestigio profesional, pero inmediatamente después ya fue al asunto que de verdad le interesaba. "Mira Enrique, todos sabemos de tu valía profesional pero tú eres el eslabón que nos puede llevar a Rubalcaba, que es nuestro enemigo a eliminar. Tenemos que acabar políticamente con él. Tienes que decir que el chivatazo del Faisán lo dirige Rubalcaba por orden del presidente Zapatero. No vamos a por ti ni a por Ballesteros, pero eres el eslabón más débil que nos puede

llevar hasta nuestro objetivo, que es Rubalcaba; ese sí es peligroso y un enemigo político importante al que necesitamos derrotar… De verdad que contra vosotros no hay nada. Tienes que hablar con Casimiro Garcá Abadillo, él te va a entrevistar y tú tienes que contarle todo".

»Después de esa última frase directa ambos se levantaron de la mesa y salieron fuera a fumar, por un espacio de unos quince minutos. Al volver la conversación ya fue por otros derroteros, de nuevo alrededor de ETA. A partir de ese momento la cita no se prolongó más de media hora… De vuelta en la Jefatura Superior, Pamies me enseñó un dosier con un contenido que nunca olvidaré, y que en gran medida se recoge en ese libro.

»Yo dejé de nuevo la Policía, poco antes de que destituyeran a Pamies; Enrique sufrió lo que sufrió; Alfonso Ibáñez asesora de vez en cuando a algún político del PP (aunque luego se vayan a Ciudadanos, como José Ramón Bauzá) y Antonio Basagoiti dimitió y dejó la vida política.

Por supuesto, Enrique Pamies, el mismo que se había jugado la vida tantas veces para conseguir la derrota de la banda, y que tantas muertes evitó, incluidas las de militantes y cargos del PP, hizo honor a su uniforme y a su condición de policía. Jamás delató a nadie, ni siquiera admite que existiera la posibilidad de hacerlo, porque no hubo chivatazo. Nunca ha jugado con las cosas importantes, ya fuese con el PP o con el PSOE en el Gobierno. ¿Un hombre de Rubalcaba? En realidad, también fue un hombre de José María Aznar, al que siempre se refiere como el auténtico líder de los populares en la lucha contra el terrorismo, acertara o se equivocara con sus decisiones.

CAPÍTULO 15

LAS NEGOCIACIONES CON ETA

Según los hechos probados de la sentencia, el chivatazo se produjo a las 11:23 del 4 de mayo de 2006, muy pocos días después de que Alfredo Pérez Rubalcaba, el histórico dirigente del PSOE, asumiera la cartera de Interior. Esas semanas ya estaba muy claro que el Gobierno iba a intentar una nueva negociación con ETA, sobre todo después de la declaración de alto el fuego permanente de marzo de ese año. La decisión de José Luis Rodríguez Zapatero de relevar a José Antonio Alonso solo podía interpretarse en una clave: el jefe del Ejecutivo quería a alguien muy próximo a los socialistas vascos, capaz como pocos de diseñar estrategias y con experiencia en otro de los campos en los que se estaba jugando el partido: el de la comunicación. Y Rubalcaba, no hay que olvidarlo, había sido portavoz del Gobierno con Felipe González y tenía relaciones privilegiadas con algunos de los grupos mediáticos más potentes.

Zapatero, en cualquier caso, actuaba en estos asuntos un poco por libre y contaba con sus propias fuentes de información, más allá de lo que le pudiera decir el ministro del Interior. Jesús Eguiguren, presidente de los socialistas vascos, también tenía su peso específico, entre otras razones porque fue uno de los pioneros en los contactos con el mundo *abertzale*. Y por supuesto estaba el trabajo de los servicios de inteligencia, que también informaban al jefe del Gobierno.

«Las Fuerzas de Seguridad [recuerda Pamies] no fuimos informadas de los movimientos políticos que se hacían, pero también es verdad que cuando se tienen intervenidas 120 líneas telefónicas solo en Guipúzcoa uno recibe información suficiente como para saber que el comienzo de las negociaciones era inminente». Que el Gobierno como tal no informase de sus movimientos a la policía y a la guardia civil tampoco quería decir que algunas personas concretas de esos cuerpos no fuesen consultadas por alguno de los actores de aquel proceso.

Ese fue el caso de Lleida, jefe superior del País Vasco al que Eguiguren conocía desde hacía muchos años y en el que tenía plena confianza. «Eran conversaciones de una franqueza total; yo le explicaba mis puntos de vista y él me hacía los comentarios que creía oportunos… Uno de los días me quedé un poco sorprendido, porque me pidió que preparara mi pasaporte, aunque no me explicó para qué».

Como Eguiguren estaba acompañado de un hombre de su confianza, y

cuando el primero se había marchado ya, Pamies le preguntó para qué tenía que preparar este documento. Le respondió que quizá tendría que acompañarle en las reuniones que iba a haber con ETA. La respuesta del comisario fue muy clara: «No soy el más indicado para eso, porque si me encuentro en una habitación con Josu Ternera y se me pone borde voy a saltar por encima de la mesa y lo voy a agarrar del pescuezo… Supongo que eso no es lo mejor en un proceso de este tipo, así que te sugiero que busquéis a otro, a alguno de los que beben con el meñique para arriba, que también los hay en la Policía».

Eguiguren era consciente de que su interlocutor no exageraba nada, porque le conocía y sabía de lo que era capaz. Eso sí, le dio un consejo: «Meted a dos o tres de vuestra confianza en una habitación contigua a la que estéis vosotros y que tengan preparados ordenadores con toda la información posible de vuestros interlocutores. De esta forma podréis saber con quién habláis, de qué pie cojea y la fuerza que tiene dentro de la organización». No está claro que se siguiera este consejo; es más, parece que no se hizo y no fue nada bueno para la marcha de las conversaciones.

En la primera reunión, celebrada en Ginebra incluso antes de que se hiciera oficial la negociación, no hubo problemas en ese sentido, porque quien llevaba la voz cantante por parte de ETA era Josu Ternera, al que Eguiguren conocía bien por haber coincidido con él en el Parlamento vasco. Eran las primeras fases de la negociación, en la que todo parecía ir razonablemente bien, hasta el punto de crear un punto de euforia en el propio Zapatero.

Javier Moscoso, que acompañó a Eguiguren en las negociaciones por deseo expreso de Zapatero y Rubalcaba, lo contaba así en *El País*: «Unos días antes de la declaración presidencial Rubalcaba me llamó y me dijo que se adelantaban [las negociaciones] porque ETA había avisado de que la tregua peligraba. Nos ordenó que asistiéramos y nos limitásemos a tomar nota». Así lo hicieron, pero la verdad es que por momentos daba la sensación de que aquello podía salir bien. Todos los encuentros se fijaban a través del Centro Henri Durant, con sede en Ginebra (Suiza), que era el que proporcionaba la logística: «Fijaban las citas y no sabíamos dónde nos íbamos a reunir. Tampoco sabíamos dónde residían los de ETA. Todo era por razones de seguridad. A los etarras les notábamos más seguros en Oslo que en Ginebra».

La primera cita fue el 22 de junio, en la capital suiza. «Lo primero que me sorprendió [continúa Moscoso] fue el tremendo recelo de los etarras. Los del centro nos pidieron que saliéramos del coche porque los terroristas querían comprobar que no nos acompañaba la policía».

Una vez en el hotel, los representantes del centro presentaron a los interlocutores. Por parte de la banda estaban Josu Ternera y otro individuo al que con el tiempo se identificó como Jon Yurbebaso.

«Nos presentaron una lista de agravios cuya conclusión era que, tras la tregua, el Gobierno les trataba peor que antes. Eguiguren les recordó que en el preacuerdo quedó claro que las Fuerzas de Seguridad seguían actuando con la misma intensidad, y que hacía muy poco habían incendiado una ferretería de un concejal de UPN en Barañain (Navarra). Entre reproches transcurrió la reunión. Ellos negaron ser los autores y afirmaron que muchos de los actos de *kale borroka* eran de incontrolados».

La delegación del Gobierno introdujo también en la conversación el asunto del histórico José Ignacio de Juana Chaos, en el que explicó que podía ser más flexible con su situación penitenciaria, ya que esa política sí dependía directamente del Ejecutivo. La respuesta fue sorprendente: «Nos importa muy poco lo que hagáis con él, eso es un problema del Gobierno español». Lo único positivo del encuentro es que Ternera dijo que quería seguir con la tregua y entregó una carta para Zapatero en esos términos. Aquello le debió parecer suficiente al presidente del Gobierno, porque a todo el que le quisiera oír le decía que las cosas iban muy bien.

A la vuelta del verano, sin embargo, ese optimismo comenzó a tornarse en pesimismo. La segunda tanda de reuniones se fijó entre el 26 y el 28 de septiembre en Lausana (Suiza), y con respecto a la primera se había producido un cambio muy notable: había desaparecido de la escena Yurbebaso y entraba en ella otro individuo al que no se conocía, y que actuaba de un modo especialmente agresivo y grosero. Hablaba a gritos, también a su compañero, al que quería dejar muy claro quién era el que mandaba allí, el jefe de la banda. Moscoso lo relata así: «La reunión fue tan desastrosa que pensamos que no habría una tercera ronda. El nuevo dirigente, por entonces desconocido para nosotros, nos dijo que el proceso no nos iba a salir gratis, que tendríamos que ceder algo para que los miembros de ETA vieran que su sacrificio había servido para algo. Le respondimos que la postura del Gobierno era la contraria. Nunca el terrorismo podía tener rentabilidad política y le recordamos que en el acuerdo con Urruticoechea (Ternera) ya quedó claro que solo hablaríamos de presos a cambio del cese del terrorismo. A pesar de todo no rompimos. Nos interesaba que la tregua siguiera porque ETA no mataba e intuíamos que cada vez estaban más divididos. Rubalcaba nos insistía además en que no rompiésemos, que lo hiciera ETA para provocar contradicciones en el mundo *abertzale*».

La irrupción de un nuevo personaje desconocido en la negociación hubiese sido causa suficiente para haber roto los contactos, aunque como se ha visto existían razones poderosas para mantenerlos. Pero había que moverse rápido e identificar al nuevo etarra. Una vez más, Pamies fue el encargado de la misión. «Seguir con la reunión en aquellas circunstancias pudo ser un error; ETA había cambiado unilateralmente el escenario y su postura, y eso no se puede consentir en un proceso de este tipo… Para el Gobierno era imprescindible identificar al nuevo interlocutor para saber qué posición tenía dentro de la organización, su fuerza real».

Lleida hablaba en muchas veces con Eguiguren —pocas en persona, ya que este no se fiaba mucho de Rubalcaba y prefería hacerlo través de una línea de teléfono fija— para que le diera todos los datos posibles del nuevo personaje. El líder socialista vasco conocía muy bien su tierra, distinguía perfectamente acentos de unas zonas y otras y aunque se ha dado de él una imagen muy distorsionada, lo cierto es que tenía una enorme capacidad de observación y análisis. Por ello facilitó al comisario muchas claves para poder identificar al señor X. Por ejemplo, le contó que el desconocido, por cómo hablaba francés y las referencias que hacía a algunas cuestiones del interior, llevaba mucho tiempo fuera del País Vasco; además, calculó bastante bien su edad, e hizo una descripción física muy detallada; incluso fue capaz de identificar su zona de procedencia por el euskera que utilizaba. En resumen, una información muy valiosa que sirvió para su identificación.

La nueva misión de Pamies, por supuesto, era clave y secreta. Solo él podía saber por qué se quería identificar a este individuo. Para ayudarlo convocó a tres personas de su máxima confianza: Kiyo, su mano derecha en el País Vasco, y una de las personas que mejor lo conocen, y otros dos comisarios, Bertín y Marci, que también habían hecho buena parte de su carrera en la lucha contra el terrorismo, en su caso desde Francia. Los tres, como siempre, demostraron una lealtad extraordinaria y se volcaron en la tarea sin hacer una sola pregunta…

No pasó mucho tiempo hasta que se identificó a ese nuevo etarra, y la verdad es que cuando se hizo había otro dato más para ser pesimista en cuanto al desarrollo de las negociaciones. Se trataba de Francisco Javier López Peña, nacido en Galdácano el 30 de mayo de 1958. Pamies mostró su fotografía a Eguiguren y este le reconoció de inmediato. ¿Cómo había que interpretar aquello? Estaba muy claro; este etarra era un duro entre los duros, y si había asumido el control de la negociación significaba que los partidarios de seguir matando controlaban el comité ejecutivo de ETA. Las posibilidades de éxito en

el proceso, por tanto, eran prácticamente nulas.

«Parte de la responsabilidad de que ese sector duro llegara a imponerse en el comité ejecutivo la tuvimos nosotros, aunque sin saberlo», recuerda Lleida. Y es que en 2005 fue detenido en Francia, gracias a una investigación de la policía, Ramón Sagarzazu Gaztelumendi, integrante de la cúpula de la organización terrorista e hijo del histórico Ramón Sagarzazu, Ramontxu, quien también fue apresado más tarde, en junio de 2006, en una operación contra el aparato de extorsión de ETA en España y Francia, precisamente la misma que se iba a hacer el día del chivatazo.

Pues bien, nada más llegar a la comisaría francesa lo primero que dijo Sagarzazu Gaztelumendi fue: «¿Estamos intentando negociar y vosotros qué, queréis joderlo todo?». El terrorista se refería, claro, al proceso de diálogo con la banda. «La verdad [afirma Pamies], es que no sabíamos que estaba encuadrado en el comité ejecutivo y que además era uno de los más proclives al diálogo. Sandokán no me lo había situado porque no había tenido contacto alguno con él, solo de forma indirecta… Por entonces la cúpula de ETA la formaban Thierry, Txeroki, Josu Ternera y Sagarzazu, y la caída de este devolvió la mayoría a los dos primeros, partidarios de las pistolas».

A veces, así se escribe la historia: lo que pareció —y así lo era realmente— un éxito policial fue una de las claves para que el proceso de negociación descarrilase. Probablemente si se hubiese tenido toda la información Sagarzazu no hubiese sido detenido, como había sucedido ya con algunos otros partidarios del diálogo a pesar de estar perfectamente localizados y ser posible su arresto. ¿No era esa otra forma de chivatazo, o al menos un incumplimiento de la obligación de perseguir delitos? Alguno dirá que sí, pero lo cierto es que ese tipo de decisiones estratégicas salvaron muchas vidas y se tomaron siempre para debilitar a ETA, nunca para colaborar con ella. Ojalá que ningún policía o guardia civil más tenga que perder su carrera por ello y que la sociedad jamás los vuelva a tachar de traidores.

Otra escena importante llegó tras el verano a conocimiento de Pamies. Las grietas por el proceso no solo afectaban a ETA, sino que alcanzaban a la propia Batasuna. Ahí dentro había dos corrientes claras: una, la encabezada por Arnaldo Otegi, claramente favorable a la negociación; la segunda, mucho más dura, la lideraba Joseba Permach. Las discusiones entre ellos por la marcha del diálogo eran frecuentes y mucho más desde que Thierry se había puesto al frente de la delegación terrorista. En una de las ocasiones, los dos batasunos llegaron a las manos… Si se volvieron a unir fue por obligación,

cuando todo saltó por los aires. No les quedaba otra que cerrar filas. El episodio no quiere decir que Otegi sea un hombre de paz, ni mucho menos; pero negar que intentó que aquello no se rompiera es, simplemente, faltar a la verdad.

El lendakari, Josu Jon Imaz, también participó en las negociaciones con Batasuna a través de la llamada mesa de partidos, pero al mismo tiempo seguía los detalles de las conversaciones con ETA, probablemente informado por el propio Zapatero. Cuando todo estaba a punto de romperse, Imaz trasladó a los batasunos este mensaje: «Estáis locos, jamás vais a sacar lo que os dan aquí». Pero por entonces, hay que recordarlo, las pistolas aun mandaban por encima de los políticos en el mundo etarra.

El puente de la Inmaculada de 2006 todas las noticias sobre la negociación eran muy pesimistas y se produjo esta conversación entre Eguiguren y el jefe superior de Policía del País Vasco:

—Egiguren: Oye Enrique, estoy muy preocupado por cómo van las cosas y todo puede saltar por los aires. ¿Tú crees que estos son capaces de meternos una hostia sin romper la tregua?

—Pamies: No, en absoluto, ETA jamás ha atentado en tiempo de tregua, incluso aunque haya habido detenciones. No sin antes avisar. Otra cosa es que rompa la tregua y al minuto siguiente ataque, pero no antes… ¿Tan mal lo ves?

—Egiguren: Muy mal, desde septiembre las cosas han cambiado mucho, también en Madrid… La verdad es que tengo muchos problemas con ellos. Les he dicho que no me gusta esto, que no va bien…

Lleida se equivocó con su análisis, como se comprobaría menos de un mes después en la T-4 del aeropuerto de Barajas, cuando ETA rompió su regla sagrada hasta entonces… Pero antes de llegar a eso, el único optimista que quedaba era el presidente José Luis Rodríguez Zapatero, que era obvio que bebía de fuentes distintas a las de las Fuerzas de Seguridad, el CNI y el propio equipo negociador.

Otra escena, ocurrida en el aeropuerto de Vitoria, es buen ejemplo de ello. Un día de otoño viajaba Zapatero al País Vasco, y como es lógico entre las autoridades que fueron a recibirle estaban el jefe superior de Policía y el general jefe de la Zona. Al bajar del avión y terminar los saludos, el entonces presidente del Gobierno se acercó a los dos máximos responsables de las Fuerzas de Seguridad en esa comunidad

y les dijo: «Estén tranquilos, esto se acaba».

«El general, un excelente profesional y un buen amigo, y yo salimos juntos de allí. En el camino hasta los coches le pregunté cómo veía lo que acababa de decir el presidente, porque todos los datos que tenía de mi gente apuntaban exactamente en sentido contrario… Él me confirmó que los suyos pensaban exactamente lo mismo que nosotros, pero convinimos en que él era presidente del Gobierno, así que sabría más y tendría mejor información que la nuestra… Por lo que sucedió después, debía estar atravesando por un periodo de iluminación».

Rubalcaba y Eguiguren informaban a Zapatero por separado y en ocasiones los análisis no coincidían. Gente de Moncloa decía por su parte que todo dependía del humor con que se levantase el presidente: había días que estaba eufórico y todo iba sobre ruedas, y otros solo veía un horizonte desastroso. Interpretaba las cosas a su manera.

En esas se estaba cuando entre el 11 y el 15 de diciembre se celebró en Oslo la tercera tanda de negociaciones. Para Moscoso fue la más larga e inútil. Josu Ternera había desaparecido, y estaba claro ya quien mandaba. A Thierry le acompañaba otro individuo del que tampoco se conocía la identidad. El jefe de la banda intentó meter una y otra vez en la agenda el asunto de Navarra, a lo que el Gobierno se negó, y derogar la ley de partidos, lo que dependía del Parlamento y no del Gobierno. «Le tuvimos que explicar [recuerda el exfiscal general en *El País*— que los políticos no podían condicionar a los jueces. No se creía la división de poderes». En realidad, lo que le ocurría a Thierry es que era un zote, un tipo básico con una incultura enciclopédica que había llegado a la cúpula de la banda por la fuerza de las armas. Lo que sí se aclaró a los etarras es que el propio estatuto navarro tenía una disposición adicional, la segunda, en la que se hace referencia a la Constitución española que recoge la posibilidad de una anexión al País Vasco sí así lo deciden los ciudadanos de esa comunidad en referéndum.

Moscoso pensó tras acabar las reuniones que las conversaciones se rompían, pero a pesar de todo quedaron para enero… El 29 de diciembre el presidente del Gobierno mostraba en una rueda de prensa en el Palacio de la Moncloa su «convicción» de que «dentro de un año estaremos mejor que hoy» en la búsqueda del fin de ETA, al tiempo que aseguraba que el Gobierno seguiría trabajando «dentro de los principios establecidos» para conseguirlo. Cuando Eguiguren oyó estas palabras, simplemente comentó: «Si él lo dice…». Al día siguiente ETA perpetraba la salvajada de la T-4 en la que murieron dos personas.

Tras el atentado surgió el dilema de si se debían mantener más reuniones —obviamente, la de enero se suspendió— o bien dar por rotas las conversaciones. Se optó por la primera opción, ya que la máxima seguía siendo la de que rompiesen los terroristas y así aumentar sus contradicciones internas. La nueva cita tuvo lugar los días 30 y 31 de marzo de 2007, y la última, a mediados de mayo de ese año. A esos encuentros ya no acudió Moscoso, al estar quemado por haber salido su nombre como negociador en un medio de comunicación.

El acompañante de Thierry no pudo ser identificado entonces por la policía, aunque hoy ya se sabe que fue Igor Suberbiola. «Egiguren me decía que era alto, que hablaba idiomas… Pero jamás pensé que un tipo como él, al que había detenido e interrogado en su etapa en los grupos de *kale borroka*, y que entonces tenía cara del típico empollón, pudiese ser elegido por el jefe de ETA para un cometido como ese». Había otro dato de su perfil que lo hacía difícilmente conectable con la cúpula: su alias, que en castellano quería decir algo así como idiota. El tener que recurrir a un personaje de esta simpleza era otra muestra muy evidente de que la organización terrorista estaba en descomposición y de que su final, ahora sí, era cuestión de pocos años. Ya no había dudas sobre la victoria del Estado de derecho; solo de cuándo se haría efectiva y reconocida por la banda, aunque en ese periodo hubiera más muertos, como así fue.

Si se deja al margen a las víctimas mortales, a los heridos y a las familias, a la que más daño hizo el atentado de la T-4 fue a la propia ETA, ya que su militancia, cansada por los golpes recibidos, la mayoría de ella en prisión y cada vez más aislada socialmente, había depositado muchas esperanzas en la negociación con el Gobierno. Aquella salvajada provocó una gran frustración en la banda, donde muchos no entendían siquiera cómo se había colocado un coche bomba con la tregua aún vigente. Romper la tregua-trampa de 2000 ya les hizo daño, pero incluso entonces se unieron a ETA un buen número de individuos; esta vez no solo nadie se alistó, sino que comenzó a haber deserciones. Ya no había relevos y los terroristas que aún estaban en libertad tenían que acumular funciones, lo que les hacía mucho más vulnerables.

«Desde un punto de vista profesional [afirma Pamies] la etapa de la negociación fue muy bonita porque manejaba una información a la que muy poca gente tenía acceso. Todos estos procesos tienen unas claves y es muy interesante conocerlas. Por ejemplo, en la tregua de 1989 las Fuerzas de Seguridad seguimos trabajando como si no hubiera ese alto el fuego. Aquella fue la única de la que ETA sacó algo

positivo, ya que consiguió que el Gobierno se sentase con ellos en una misma mesa, de igual a igual, lo que era todo un reconocimiento. En la de 2000, como sabíamos por la agente infiltrada que era una mera trampa, y que mientras hablaban en una mesa la banda estaba preparando atentados, también se siguió con el mismo ritmo de trabajo. En la de 2006, sin embargo, sí había alguna esperanza de que aquello cuajase, y de ahí que se ralentizarse la lucha contra el entramado de la organización; recuerdo, por ejemplo, que no podíamos golpear a Gestoras o a los abogados. Aquello se paralizó y luego hubo que reactivar esas investigaciones».

TERCERA PARTE

# ÚLTIMOS COLETAZOS
# y VICTORIA FINAL (2007-2011)

*Fueron los últimos coletazos, pero también muy duros. En esos cuatro años hubo diez asesinatos de ETA: cinco guardias civiles, un concejal del PSE, un empresario muy ligado al PNV, un militar, mi compañero y referente de la Brigada Provincial de Información de Bilbao, Eduardo Pueyes, y por fin, la última víctima de la banda, el policía francés Jean Serge Nerin. ETA ya no era una organización, entonces sí que ya era una banda. El CNI con la guardia civil en lo operativo; la policía siguiendo su estrategia de golpear todos los frentes, más las disensiones que había dentro, unido a que la rama política en España había roto el cordón umbilical con la banda, hizo que el final se acelerara. A partir de entonces era ya una carrera de los políticos por ver quién se apuntaba el tanto, y si no lo conseguían al menos había que desprestigiar al que lo lograra. Y eso ha supuesto que no se ha sabido sacar rendimiento a esa victoria. En mi último discurso como jefe superior el día de nuestro patrón, el 2 de octubre (dieciocho días antes de la rendición) dije a mis compañeros que recordaran que el día de la victoria, cuando llegara que no estaba lejos, tenían que celebrarlo con sus compañeros y sus familias que son quienes realmente habían estado al pie del cañón durante toda la travesía. «No esperéis reconocimiento ni de los políticos ni del resto del Cuerpo, ya que acabado el problema nadie querrá acordarse de lo que hemos hecho. Otros, muchos, se apuntarán la victoria, y la mayoría de ellos ni estaba ni se le esperaba. Por no hablar de los famosos "etólogos" de salón, periodistas, estudiosos, analistas, que vendrán a venderos cómo acabó ETA y lo mucho que ellos saben del tema, incluso lo mucho que han padecido. Ya se sabe, la victoria tiene muchos padres y la derrota se la come el más idiota».*

CAPÍTULO 16

# UN CALVARIO TRUFADO DE ÉXITOS PROFESIONALES

Es interesante recordar que tanto durante el proceso de negociación, en el que Pamies tuvo, como se ha visto, un papel relevante, como en los años siguientes, los medios de comunicación y los investigadores del chivatazo mantenían al comisario en su objetivo, con constantes ataques que, en cualquier otra persona, podían haber desembocado en una bajada de brazos en su actividad profesional. Lleida nunca se permitió ese lujo, incluso en los momentos personales más duros por los que atravesó. Y todo ello sin ningún reconocimiento, salvo el de las personas que trabajaban a sus órdenes, que por otra parte era el que más valoraba.

«Era él el que nos animaba, el que quitaba importancia a su proceso judicial, aunque lógicamente le veíamos tocado. Nunca nos permitió que su problema afectara a las investigaciones; trabajaba como siempre, y nos exigía con la misma intensidad de siempre… No sé cómo fue capaz de hacerlo, pero lo hizo», reflexiona Koro, una policía extraordinaria que siempre ha estado al lado de Lleida.

Vamos con algunos ejemplos de ello. Como ya se ha señalado, la estrategia de Jesús de la Morena de que «todo es ETA» se seguía aplicando con el paso de los años, y así sucedió igualmente en 2007. Por entonces uno de los objetivos que siempre estaban sobre la mesa era Batasuna, y más concretamente su mesa nacional. Así pues, las brigadas de Información de las tres provincias vascas y la de Navarra realizaban seguimientos a sus miembros para obtener información de sus actividades.

«Una tarde estaba en el despacho cuando me informaron de que estaban centrando a varios de ellos en un caserío de Salvatierra, en Álava. Pregunté a mi gente qué hacían esos tíos allí y me respondieron que no sabían, que simplemente habían comenzado a concentrarse en ese lugar bastantes miembros de la mesa nacional. Dejaban los coches en un aparcamiento a las afueras del pueblo, y desde allí se trasladaban en pocos vehículos hasta el caserío. Por supuesto, acercarse era inviable sin ser descubierto. Era evidente que no teníamos mucho tiempo para decidir, de modo que llamé a Bilbao para saber si había algún grupo de las UIP disponible, y como había uno en Basauri ordené que se desplegara de inmediato en la zona; y

también pedí a los compañeros que buscaran el sitio más adecuado para poder pararlos cuando acabara la reunión. Además, informé al comisario general de Información, Miguel Valverde, de lo que estaba sucediendo, aunque sin poder avanzarle si íbamos a intervenir o no, porque ni siquiera yo mismo lo sabía».

Finalmente, la orden del jefe superior fue que se les parara, identificara, se registraran los coches y filmasen todos los documentos que llevasen encima, y que después se les dejase marchar. Solo hubo una excepción, la de un diputado de la Cámara de Vitoria, al que no había que retener precisamente por tener esa condición. «Cayeron como conejos», describe ahora entre risas Pamies, que sin embargo no sabía lo que le esperaba por haber actuado de esta manera…

«Cuando volví a llamar al comisario general le conté que habíamos intervenido bastante documentación, así que la operación, aunque fue decidida sobre la marcha, había dado buenos resultados. Yo, desde luego, estaba bastante contento y así se lo transmití. Pero al rato me volvió a llamar Valverde, y tuvimos una gran bronca… Me dijo que Garzón se había cabreado como una mona por no haberle avisado con antelación, ya que hubiera ordenado que los detuviéramos. Pero era tarde porque a algunos los habíamos dejado marchar».

—Pamies: No tengo tiempo de andar pidiendo permisos, me informa mi gente y actúo.

—Valverde: Baltasar me ha pedido que te destituya…

—Pamies: No tienes cojones para cesarme.

El diálogo, que puede parecer muy duro, era entre dos profesionales que se tenían un aprecio muy especial, de modo que había confianza para eso y más. Valverde era el comisario general, pero sabía que hablaba con un hombre leal y uno de los mejores en la lucha contra el terrorismo. Y desde luego la destitución no se le pasaba por la cabeza, la pidiera Garzón o quien fuera. «Creo que dada la información que poseía, el tiempo de reacción, y todo lo que intervinimos, que fue la base para hacer poco después las detenciones de los batasunos, no actué mal. Pero como siempre, para gustos los colores, y además había que estar allí para decidir».

Curiosamente, meses después el enojado juez Garzón escribía en el auto sobre las detenciones de la mesa nacional que se hicieron en Segura que la cita de Salvatierra era un punto de inflexión. «En este caso se realizaron las correspondientes identificaciones y control de

documentos con el resultado que obra en autos… ahora sí llevaban documentos internos de Batasuna, listados de teléfonos y direcciones de correo electrónico en las que figuraban buena parte de los participantes en dichas reuniones», escribió el magistrado sobre aquella «iniciativa personal» del jefe superior del País Vasco.

Algunos lo llaman justicia poética, y otros prefieren decir que no conviene escupir al cielo si no quieres que te caiga el lapo encima… El caso es que como ya se ha adelantado la cúpula batasuna cometió la torpeza de volver a reunirse, ahora en Segura. La única diferencia es que esta vez habían tomado más medidas de seguridad, escarmentados tras el primer episodio. Como entre buenos compañeros siempre hay margen para el humor, incluso el sarcasmo, el 5 de octubre de 2007 Pamies volvió a coger el teléfono para llamar a su comisario general:

—Pamies: Don Miguel (con retintín), ¿puedo mandar a las UIP a la zona o me paso la reunión por el forro de los huevos?

—Valverde: Espera, que llamo a Garzón a ver qué me dice y te cuento… No me toques los cojones.

Poco después el comisario general, como no podía ser de otra manera, daba luz verde para la operación. Hubo veintitrés detenidos. «Jefe, ¿qué hacemos con todo lo que hay aquí?», le preguntaba su gente a Pamies. Afortunadamente en esos momentos la Jefatura Superior tenía un escáner —el cómo lo consiguió es secreto de sumario— y Lleida ordenó llevarlo hasta Segura para registrar en soporte informático toda la documentación intervenida. Esos papeles, junto con los intervenidos en Salvatierra, fueron la base para la nueva ilegalización de Batasuna, que se consiguió gracias en gran medida al trabajo sobre el terreno de las brigadas de Información del País Vasco y Navarra.

La operación de Segura, y su antecedente de Salvatierra, abortó el primer intento de ETA de reorganizar Batasuna para readaptarla a un escenario de asesinatos, y, además, se extendió al Partido Comunista de las Tierras Vascas (PCTV), cuya sede de San Sebastián fue registrada. Los dirigentes de la coalición proetarra fueron detenidos tras haber celebrado una reunión clandestina de «alta seguridad», para la que buscaron el blindaje de esa localidad del Gohierri de poco más de 1300 personas, marcada por el nacionalismo más radical.

Además, utilizaron diversas argucias, como la de reservar otros locales en diferentes municipios, con el objetivo de obstaculizar un hipotético seguimiento y evitar que lo dicho allí fuera grabado por agentes antiterroristas. En el caso de Segura, el local fue reservado ante el

Ayuntamiento por los tres vecinos del pueblo que asistieron a la reunión y que se encontraban entre los detenidos. Pese a estas precauciones, la cita fue detectada por la policía.

Las cautelas de Batasuna estaban más que justificadas. La reunión, cuyo objetivo inmediato era preparar otro encuentro los días siguientes en Irún, se enmarcaba dentro del proceso interno que mantenía Batasuna, por orden de ETA, para readaptarse al nuevo escenario posproceso. La banda pretendía, cuanto antes, imponer una nueva dirección —más dura— y una nueva estrategia —más radical— para que la coalición saliera de su situación de bloqueo, que le restaba margen de maniobra, y retomara la iniciativa, responsabilizando al Gobierno de los atentados para así exigir «otro» proceso. Al mismo tiempo, quería acallar las primeras críticas surgidas en sectores de la izquierda *abertzale*, disconformes con la ruptura de la tregua.

Entre los cometidos asignados a la dirección de Batasuna estaba una actualización de la propuesta de un nuevo marco político para el País Vasco y Navarra presentada por la coalición en el pabellón Anaitasuna, en Pamplona, y que fue redactada durante el llamado «proceso de paz». Ahora, el objetivo de los batasunos era adaptar la «oferta Anaitasuna» a la situación de amenaza terrorista, con nuevas exigencias. Además, con una Batasuna decapitada y sumida en una situación de desgobierno, podía resultar más fácil la deserción de las voces que entonces solo tímidamente se alzaban en contra de la decisión de ETA de hacer saltar por los aires el «proceso de paz».

De los veintitrés detenidos, formaban parte de la «mesa nacional»: Joseba Permarch, Juan José Petrikorena, Rufino Etxeberria, Juan Cruz Aldasoro, Patxi Urrutia, Ángel María Elkano, Ibon Arbulu, Maite Díaz de Heredia, Asier Araitz, Maite Fernández de la Bastida, Mikel Zubimendi, Imanol Iparraguirre, Aner Petralanda, Ana Lizarralde, Joana Rogueiro, Jon Garai, Arantxa Santetesban, Haizpea Abrisketa y Jean Claude Aguirre (estos dos últimos pertenecían a la organización de Batasuna en Francia).

El resto no estaba en la dirección. Uno de ellos, Javier Albizu Apaolaza, concurrió en las anteriores elecciones municipales en la candidatura Segurako Abertzale Sozialista, que fue ilegalizada por la justicia. Otro, Egoitz Apaolaza Goena, formó parte de la lista de ANV en Segura, que también fue rechazada. Además, se incluían entre los arrestados Iban Berasategui Guerrico y Tomasa Alejandro Gordaliza. Esta última fue una de las promotoras de la formación Abertzale Sozialisten Batasuna.

Las primeras pesquisas llevaron en la misma noche del jueves hasta la sede que el Partido Comunista de las Tierras Vascas tiene en el polígono industrial Belartza de San Sebastián, aunque los agentes no pudieron entrar hasta primeras horas de la tarde del día siguiente, cuando llegó el mandamiento judicial.

El registro se llevó a cabo en presencia de Permach, cuyas relaciones con el PCTV ya estaban claras al menos desde 2005. Entre ellas, por ejemplo, una reunión que el 30 de marzo mantuvo el presidente del PCTV, Juan Carlos Ramos, con dirigentes de Batasuna, entre ellos Joseba Permach. En aquel encuentro, este impartió «instrucciones precisas» para que el partido satélite «asumiese el papel de Aukera Guztiak», una candidatura ilegalizada por el Tribunal Constitucional.

Después de la reunión, se produjo un claro cambio programático y en su mensaje ideológico en el Partido Comunista de las Tierras Vascas, que abandonó sus reivindicaciones políticas para asumir claramente el programa y las reivindicaciones de la izquierda *abertzale* y en concreto de Batasuna.

Veintiuno de los veintitrés detenidos ingresaron en prisión, y solo unos días antes ya habían sido encarcelados Joseba Álvarez y Arnaldo Otegi. El final de la tregua le salía muy caro a la banda, y en los meses siguientes continuarían los golpes policiales, cada vez más contundentes.

Tras la ruptura de la tregua en 2007, el MLNV tenía preparada una muy seria ofensiva terrorista tanto por parte de ETA como en el terreno de la violencia callejera. En esos momentos los autores de ese terrorismo al que algunos llamaban de «baja intensidad» eran individuos de Segi, bien con esta denominación o con cualquiera de los nombres que utilizaba para eludir la acción judicial, ya que estaba ilegalizada.

La respuesta jurídico policial hizo que tanto una ofensiva como otra fracasaran, y en lo que se refiere a la *kale borroka* fue la policía, especialmente la Jefatura Superior del País Vasco, la que lideró las investigaciones y realizó varias operaciones en las tres provincias vascas y alguna en Navarra. De hecho, las acciones de los «cachorros de ETA» eran muy escasas, tanto que Pamies y su equipo comenzaron a preguntarse si ese patrón se debía a alguna razón distinta que no fuera la presión policial.

La detención en Francia, el 1 de abril de 2009, del etarra Ekaitz Sirvent cuando se apeaba de un tren en la estación de Montparnasse

de París dio muchas claves sobre el asunto. Ese arresto había sido resultado de la cooperación policial hispano-francesa, en este caso de la Comisaría General de Información y el SDAT francés.

A Sirvent se le encuadraba entonces en el aparato de falsificación de la banda, pero una vez examinados los múltiples documentos que portaba tanto en soporte papel como informático, se pudo apreciar que además de esa labor tenía otros roles de una importancia clave en la organización. La Jefatura Superior del País Vasco se fijó especialmente en uno de los informes intervenidos, titulado *La organización de la Revolución Juvenil en Euskal Herria*, de cuarenta folios.

«Es quizás uno de los documentos sobre ideología a implantar más relevantes de los que se habían detectado en los quince o veinte años anteriores. Sin lugar a dudas, y en el terreno de la juventud, creo que no tiene parangón», explica Pamies, que a partir de él comenzó a poner en marcha una operación de enorme trascendencia en este campo. «Desde el punto de vista policial lo evaluamos como muy peligroso en el caso de que se implantase la ideología que de él se derivaba, y que hubiera devuelto a la organización a los sesenta, setenta y mediados de los ochenta, donde sus militantes, además de una preparación paramilitar, contaban con una no menos relevante concienciación ideológica que les hacía continuar con su actividad terrorista».

Si había algo que quedó claro los años anteriores era que ETA se había nutrido de militantes de la *kale borroka* sin bagaje ideológico alguno, prácticamente reducido a un deseo de independencia y de liberar Euskal Herria. Por supuesto, no tenían la menor idea de lo que eso podía suponer, ni qué pasaría el día después de conseguirlo. Pues bien, con ese documento Sirvent daba respuesta a esa situación y al nacionalismo le unía el concepto de «socialismo utópico», cuando no de comunismo, en cualquier caso muy alejado de lo que es una democracia.

Lo primero que se constataba en el documento es que ETA había dirigido e iba a seguir haciéndolo los destinos de los movimientos juveniles de la izquierda proetarra, independientemente del nombre que tuvieran: «La lucha es el camino: acelerar las contradicciones y hacerlas visibles para superarlas (conflicto); crear ética revolucionaria y conciencia de Pueblo, de oprimid@ y de ser parte de la Madre Tierra», escribe Sirvent, recogiendo casi literalmente el primer comunicado de la banda tras la ruptura de la tregua en 2007. A continuación, ya se refiere a los elementos esenciales para que un

colectivo pueda emanciparse y cita «el arte de la agitación y la propaganda»; «el arte de la lucha en la calle» y la «constatación práctica de que bien organizados, la lucha da resultados y se cumplen los objetivos marcados».

El escrito sorprende porque tiene una elaboración teórica bastante avanzada, se dan instrucciones muy claras y se marcan objetivos temporales:

Existen tres elementos fundamentales que se deben garantizar: 1) denuncia de los responsables de la situación de opresión juvenil y de Euskal Herria; 2) crítica del actual sistema capitalista-patriarcal; y 3) defensa del proyecto político (…) del 70 al 90 por ciento de la militancia juvenil debe participar en otras organizaciones (…) generando movimiento, generando conciencia, generando lucha, generando alternativas reales.

Es decir, el movimiento juvenil proetarra debía fagocitar cualquier otro que hubiera en el País Vasco, como de hecho ya sucedía con ecologistas, okupas, antisistema, cooperantes internacionales…

Allá donde haya movimiento juvenil, dinamizarlo, y donde no haya, crearlo. Esta frase era una frase que salió del V Congreso [se refiere al de Jarrai] y que sintetizaba de forma muy clara una de las tareas fundamentales de la organización juvenil (…). La función de una organización juvenil debe ser la de organizar a la juventud.

Pero desde el punto de vista de una organización previa como era Jarrai.

En el documento, el jefe etarra admitía sin paliativos el gran daño que se hizo a ETA con las ilegalizaciones de Haika, en la que había militado el propio Ekaitz Sirvent, y Segi y las numerosas detenciones que se habían realizado. Por tanto, se confirmaba que la estrategia de la policía de golpear a los grupos de *kale borroka* había sido plenamente acertada, tal como reconocía la propia banda.

En una de las conclusiones del documento, Sirvent se lamentaba de la escasa gestión del conocimiento que existía dentro del movimiento juvenil, sobre todo por los continuos golpes policiales que habían sufrido sus organizaciones.

En el informe, además, se recogía una reflexión un tanto sorprendente. Sirvent escribe que:

Desde junio de 2007 [fin oficial de la tregua] las operaciones

represivas contra la juventud vasca no han parado. Y muy a nuestro pesar esta dinámica represiva va a seguir los dos próximos años como mínimo. Bajo la excusa de la lucha contra la *kale borroka*, la maquinaria represiva del Estado español se va a encargar de ir golpeando duramente a la organización juvenil. Hay que tomarlo en cuenta y estar preparado para ello.

Y añade, en otro apartado, el jefe etarra:

Maximizar la propia maquinaria de estructura organizativa se debe convertir en uno de los objetivos prioritarios en los próximos años. Un objetivo planificable, cuantificable, valorable y conseguible… Hay que hacer apuestas de futuro, y no hay mejor escuela militante que la organización juvenil.

Pamies se dio cuenta de que Sirvent era un doctrinario, algo así como el nuevo Txelis de la banda, que en su día fue considerado el ideólogo de la misma y estaba encuadrado, junto con Pakito y Fiti, en el colectivo Artapalo, que dirigió los destinos de ETA en los años de plomo. Por tanto, era imprescindible actuar contra ese individuo. La mano derecha del jefe superior, Kiyo, coincidía plenamente en el análisis y juntos diseñaron una operación contra Segi y sus grupos satélites que culminó en noviembre de 2009 con decenas de detenidos y el final de las ensoñaciones de Sirvent.

El actual ministro del Interior, Fernando Grande-Marlaska, fue el instructor de las diligencias. Las Fuerzas de Seguridad del Estado realizaron 34 arrestos en el País Vasco y Navarra. El entonces titular de la cartera, Alfredo Pérez Rubalcaba, describió la operación como un intento de «impedir que ETA tenga cantera». La operación fue llevada a cabo conjuntamente por 700 agentes de la Policía y de la Guardia Civil. El juez acusó a los arrestados de intentar reestructurar Segi, de acuerdo con los parámetros antes citados. Los apresados ocupaban los niveles de «máxima» dirección a nivel territorial y comarcal.

El recorrido judicial de este sumario no alcanzó las expectativas previstas, probablemente porque solo dos años después ETA hacía pública su rendición en un comunicado en el que anunciaba el final de la actividad terrorista. Y en esas condiciones, los jueces tenían una visión muy distinta de las cosas, de modo que si esa circunstancia no se hubiera producido muy probablemente habría caído sobre los implicados todo el peso de la ley. En otras palabras, la «cantera de ETA», como se la definió entonces, ya no era tan mala y peligrosa como antes. Un trato amable, por decirlo suavemente, que sin

embargo no se aplicó a los policías implicados en el caso Faisán. Curioso.

Las relaciones de la Policía con el CNI atravesaban por entonces un mal momento, hasta el punto de que Pamies recibió la orden tajante de Madrid de que debía romper relaciones con la Casa, lo mismo que habían hecho ellos. Aquello era muy difícil de entender para él, ya que siempre había mantenido unas excelentes relaciones con los Servicios de Inteligencia, de modo que decidió actuar por su cuenta. «Mis jefes podían hacer lo que les diera la gana porque estaban a 400 o 500 kilómetros de las trincheras, pero para mí esas relaciones eran absolutamente necesarias».

Para aclarar las cosas, Lleida quedó a comer con el jefe regional del CNI y su segundo en Vitoria. «Hablamos como lo que éramos, compañeros y amigos ante un destino común. El caso es que no rompimos las relaciones». Probablemente los jefes de Pamies en Madrid no se enteraron, porque le podía haber costado muy caro. Es más; como prueba de que las cosas funcionaban como siempre, el Centro le pidió a Pamies que soltara un objetivo, ya que para ellos era prioritario. La franqueza entre ambas partes era total, de modo que le explicaron exactamente a qué venía tanto interés.

«Llamé al jefe de la Brigada que llevaba el tema, le pregunté qué nos daba ese individuo y a la vista de la respuesta le ordené que cesara el trabajo sobre él. La verdad es que lo pedí de una forma que mi compañero entendió que no había otra alternativa que cumplir lo dicho, sin preguntar la razón de ello. La Casa, claro, se quedó con él. Sus resultados fueron muy buenos, aunque bien es cierto que los explotó la Guardia Civil, algo que ya sabía de antemano, y que por tanto no podía reprocharles. Sobre lo que recibí a cambio, nada se puede contar, porque ellos están en activo».

En una de las reuniones de esa época en el Ministerio del Interior, se produjo esta escena:

—Rubalcaba: ¿Qué queda por desmantelar de todo el entramado etarra que aún no hayamos golpeado?

—Pamies: El tema de los abogados y el sindicato LAB aún están pendientes.

—Rubalcaba: Pero Enrique, LAB es un sindicato, no podemos detener a tres mil personas…

—Pamies (en broma): Por mí no hay problema, yo los meto en un

campo de fútbol y listo…

Solo unos meses después, el 13 de octubre de 2009, la policía frustraba el tercer intento de reorganización de Batasuna desde su ilegalización al detener a los cabecillas que formaban parte de la nueva «mesa nacional», que había sido bautizada con el nombre de Bateragune o «comisión de dirección», para seguir cumpliendo las directrices de ETA. Entre los arrestados estuvo Arnaldo Otegi —que en los meses anteriores había acatado las órdenes de la banda de no formar un nuevo partido desmarcado del terror al recibir la consigna de que «la izquierda *abertzale* debe prepararse para afrontar un largo período de confrontación»— y Rafa Díaz Usabiaga, exdirigente de LAB y un viejo objetivo de las Fuerzas de Seguridad que siempre había logrado salir bien parado.

Desde febrero de 2007, la policía seguía los pasos dados por los restos de Batasuna para reorganizarse de forma clandestina. La investigación condujo hasta la sede que el sindicato LAB tiene en San Sebastián, lugar que los meses anteriores había utilizado la izquierda *abertzale* para mantener reuniones estratégicas. Para la policía era muy relevante el hecho de que «la nueva Batasuna» se estuviera «cocinando» en LAB, único entramado del «complejo ETA» que, junto Askapena, no era ilegal.

«El día de la operación viajaba con Miguel Valverde en coche desde Madrid a San Sebastián, cuando recibí una llamada en la que me informaban de que todos los *bakalaos* (personajes principales) de Batasuna, los que de verdad manejaban el cotarro, estaban reunidos en la sede de LAB de Donosti…Valverde llamó a Garzón, y una vez más este dijo que entráramos, que adelante. A partir de ahí todo fue frenético, porque había que organizar una operación de esta envergadura sobre la marcha, lo cual no es sencillo».

Cuando estuvo completado el despliegue, se dio la orden de entrar. La primera comunicación que recibió Pamies a los pocos minutos le hizo ver claro que la operación había sido un éxito: «Les hemos pillado cagando y sin papel», le dijo su interlocutor a modo de resumen, muy gráfico por lo demás, para luego aportar ya los detalles del servicio.

«Cuando entramos sorprendimos a Rafa Díez Usabiaga, que jamás había sido detenido a pesar de ser uno de los *burukides* (jefes) más importantes del MLNV, con el ordenador abierto con un texto de ETA. El compañero que lo vio actuó de forma impecable: "¡Ni toques el ordenador, quieto!", le gritó mientras le apuntaba con su pistola. Usabiaga comprendió que había perdido, y simplemente trató de

tranquilizar el ambiente: “Vale, me habéis pillado”, admitió».

Allí, en la base logística del sindicato, fueron detenidos, además de Díaz Usabiaga, Arnaldo Otegi; Arkaitz Rodríguez Torres, exportavoz de la plataforma Gelditu; la extesorera del PCTV, Sonia Jacinto; y una vez más el cabecilla, Rufino Etxeberria, que el 7 de septiembre había logrado salir de la cárcel tras ser arrestado en la operación de Segura.

Además, Miren Zabaleta, hija del coordinador general de Aralar, Patxi Zabaleta, y José Luis Moreno Sagües fueron arrestados en Pamplona. Mientras, en Hernani la policía detuvo a Amaia Esnal Martiarena, vinculada a Askatasuna, y José Manuel Serra Ugarte. A estas detenciones había que sumar la de Ainara Oiz Elgorriaga, que fue sorprendida en el portal de la casa de Miren Zabaleta cuando sacaba documentación. Los apresados, excepto esta última, habían constituido una «comisión de dirección» a la que llamaban Bateragune («todos juntos» en castellano) y que sustituiría a la mesa nacional.

Durante el tiempo que estuvieron sometidos a seguimiento la policía observó que adoptaban numerosas medidas de seguridad cuando se reunían en la sede de LAB. Entraban de forma escalonada para no levantar sospechas y las mismas precauciones mantenían en el momento de abandonarla. En los meses que duró la investigación, Otegi, pese a tener prohibida la salida de España, realizó varios viajes al sur de Francia, donde se sospecha que se reunió con dirigentes de la banda. En los desplazamientos, cambiaba varias veces de coche ante la posibilidad, cierta, de que pudiera estar siendo vigilado.

Además de los seguimientos policiales, la investigación tuvo como uno de sus pilares la documentación incautada a Ekaitz Sirvent, ya analizada anteriormente, cuando fue detenido en abril en París. A este cabecilla se le encontraron los «planes políticos».

Es en esta etapa, finales de 2007 y principios de 2008, cuando Sandokán comienza a dejar paulatinamente de colaborar con Lleida. Por supuesto, no fue por desencuentro alguno, ni porque el confidente quisiera dejar de ayudar al final de ETA. Simplemente, a raíz de los cambios generacionales provocados por las continuas detenciones, él se fue viendo cada vez más postergado. Los nuevos cada vez eran más brutos y menos inteligentes.

«Un día me hizo saber que quería dejarlo, también porque como su vida había sido un tanto desordenada había tenido últimamente visitas no controladas por la organización terrorista de amigos y amigas de sus años mozos. Incluso había iniciado una relación con una

chica alavesa que había ido acompañando a algunos de los anteriores. Vistas las circunstancias, y que no se puede trabajar en "esto" si uno no está entregado al cien por cien, comencé a buscar la fórmula para que regresase a su casa».

Al mirar cuál era su situación, Pamies vio que todavía le quedaba algún tiempo para que lo que tenía pendiente en España prescribiese, así que le buscó una vivienda cerca de la frontera donde pudiera residir. Para evitar malos entendidos, él aún mantuvo contactos con la organización terrorista, pero además de hacerles saber que no quería más responsabilidades llegó incluso a discutir con ellos… Poco a poco dejaron de contar con él. Pasaron los años necesarios. Ya convivía con una chica que se había desplazado a vivir con él, e incluso ambos hacían alguna chapucilla para sacar un dinero extra.

Llegado el día en que ya nada se le podía recriminar judicialmente en España —hay que recordar que solo tenía antecedentes por *kale borroka*— regresó a su tierra. Al principio en silencio, prácticamente sin dejarse ver. Cierto que la Ertzaintza lo detectó conduciendo un coche de un amigo cerca de Bilbao, pero no tenía nada pendiente. Al año y medio de estar con esa mujer sí que le hicieron un homenaje como a todos los que regresaron o salían del talego. Paradojas de la vida; los proetarras vitoreaban a una de las personas que más daño había hecho a ETA… Así terminó la historia de Sandokán, que no la amistad entre él y Lleida. «Esa, pase el tiempo que pase, y aunque estemos mucho tiempo sin saber el uno del otro, nunca terminará. Lo que vivimos juntos no creo que se sepa nunca. Lo que le debe España, tampoco».

A principios de 2009 sectores «duros» de Batasuna se unieron a los pragmáticos Otegi y Usabiaga para pedir a ETA, no que abandonara la «lucha armada», pero sí que la relegara a la «lucha política» a fin de que la izquierda *abertzale* constituyera un «polo soberanista». Como objetivo se planteaba también la presencia en las urnas con siglas propias para regresar a los parlamentos del País Vasco y Navarra.

ETA receló y sus cabecillas interpretaron que detrás había un intento de crear un nuevo partido con vocación de acomodarse en la vía política. A principios del mes de septiembre anterior, como se ha señalado, se había detectado que la banda había lanzado una clara advertencia a Otegi para que no se lanzara a la «aventura».

La operación de Bateragune sirvió, entre otras cosas, para que la parte política, que siempre había estado supeditada a las pistolas, iniciara un camino independiente, lo que sin duda tuvo influencia en la

decisión final de la banda de rendirse sin condiciones. Además de la Jefatura Superior de Policía del País Vasco hubo una persona de la Comisaría General de Información que jugó un papel muy importante en este asunto: se trataba de Rémora, también conocido como 18/98, quien desde hacía muchos años se había convertido en un fantástico analista del MLNV.

Poco después de la operación en la que fue detenido Usabiaga hubo una nueva reunión en el Ministerio del Interior. En un determinado momento, Rubalcaba cogió del brazo a Enrique Pamies e hizo un aparte con él:

—Rubalcaba (con una sonrisa): Qué hijoputa eres… No quería entrar en LAB y ya has entrado en LAB…

—Pamies: Sí, ministro, pero tenía razón…

Ese mismo año se produjo uno de esos episodios que debería sonrojar a más de uno. Todo comenzó porque Lleida tenía una espina clavada. Al contrario que la Guardia Civil, que en todos sus acuartelamientos tenía un monolito, una escultura o algo en homenaje a sus caídos, en las dependencias de la Policía no había nada similar, más allá del que existe dentro de la instalación policial de Basauri. En cualquier caso, nada a la vista de los ciudadanos, ni siquiera en alguna de las comisarías de las tres provincias vascas o en la de Irún. Y decidió que ya era hora de cambiar esa situación.

«Mi idea inicial, aunque parezca ruda y poco estética, era ir con los de mantenimiento y un camioncito que teníamos hasta una de las canteras cercanas a Vitoria. Una vez allí, hacernos con un peñasco no muy grande con la forma adecuada, llevarlo a nuestras instalaciones y limpiarlo y pulirlo dentro de nuestras capacidades. Luego colocarlo a la puerta de nuestra Jefatura —entonces estaba la sede en Vitoria—, eso sí, fuera, aunque muy cercano a la puerta con una placa en memoria a nuestros caídos por la lacra criminal etarra. Por cómo se desarrollaron luego las cosas, fue una mala idea. A veces es mejor dejar las cosas como están».

El comisario comentó sus intenciones con el delegado del Gobierno y la subdelegada y ambos le animaron a seguir adelante. Eso sí, le explicaron que como se iba a colocar fuera del recinto de Jefatura, en la vía pública, la autorización debía darla el Ayuntamiento, entonces presidido por el socialista Patxi Lazcoz. Dado que ya iba a intervenir una autoridad municipal ajena a la policía, el segundo de Pamies, comisario principal Emiliano De la Fuente, le recomendó que se lo

comunicara también a la Dirección General. El asunto ganaba enjundia por momentos, así que su colaborador se ofreció a entrar en contacto con el escultor Faustino Aizkorbe, al cual conocía y del que estaba seguro que no tendría problemas en participar en ese homenaje de forma altruista.

Desde ese momento se desataron en cadena un rosario de despropósitos que acabaron por desvirtuar lo que pretendía ser un sencillo acto en memoria de los policías asesinados. El entonces director adjunto operativo (DAO), Miguel Ángel Fernández Chico, ya fallecido, dijo que por él adelante, pero que eso era algo que debía tratar con la Subdirección del Gabinete del Director General. Al principio todo parecía ir bien, pero con el paso del tiempo la cosa cambió. Llegado el momento en el que la escultura estuvo terminada había que inaugurarla. «Se abrieron los cielos y descendieron los cuatro jinetes del apocalipsis», recuerda Pamies.

Ya no era un simple monolito, sino una obra artística de primer nivel que además iba a ocupar una zona céntrica de la plaza situada frente a la Jefatura Superior. Y el problema era quién lo inauguraba, porque todos los políticos querían ser los máximos protagonistas del acto. «Madrid decía que el discurso final tenía que darlo, sí o sí, el director general de la Policía y Guardia Civil, por entonces Francisco Javier Velázquez. Y el Ayuntamiento que tenía que ser el alcalde. Y yo en medio».

El texto de la placa también supuso un quebradero de cabeza. Pamies era partidario de que solo fuera en memoria de los policías caídos, pero al ocupar suelo de propiedad municipal tenía que ser más amplia, más genérica. Se hicieron muchas propuestas, y cada una de ellas había que enviarla a la Dirección General de la Policía y al Ayuntamiento para que diesen el visto bueno. Menos mal que todos eran del mismo partido político, cabría añadir. Pese a las dificultades, al final se consiguió el acuerdo.

El 5 de mayo de 2010 fue el día elegido para la inauguración. Finalmente, fue el director general del Cuerpo quien pronunció el discurso final; en realidad, final y único, salvo por unas palabras muy hermosas del autor de la obra.

«Se hizo un acto con la Unidad de Intervención Policial formada, pasamos revista el director general, el DAO y yo mismo. El alcalde excusó su asistencia… El delegado del Gobierno, entre dos fuegos, tampoco asistió. Sí que lo hicieron representantes del PP y una senadora del PSOE. Mi gratitud hacia ellos. Pero me queda el regusto

amargo de que un lugar que podría haber sido un sitio de reunión ante fechas señaladas, recuerdo a víctimas, homenaje el día de nuestro patrón, ha quedado allí, sin más. Eso sí; Aizkorbe nos regaló una pieza en miniatura a algunos de nosotros, e incluso nos entregó el molde para que pudiésemos hacer copias y hacer regalos con una pieza única y muy simbólica. El molde ignoro si sigue existiendo, pero la mía ocupa un lugar preeminente en mi casa».

El jueves, 20 de octubre de 2011, un mes antes de las elecciones generales en las que los candidatos de los principales partidos eran Alfredo Pérez Rubalcaba y Mariano Rajoy, Enrique Pamies estaba en su despacho, como casi siempre. Ese día, la banda terrorista ETA hacía público el comunicado del «cese definitivo de la violencia», que no era otra cosa que la pura y simple rendición de la organización mafiosa. Tras leer con detenimiento el documento y hablar con el comisario general de Información, Miguel Valverde, con el delegado del Gobierno en el País Vasco, con Kiyo, Koro y quizá alguno más, Lleida se quitó la corbata, se fumó un cigarrillo «—me importaba un bledo que estuviese prohibido»—, se puso la americana «—era algo muy raro en mí»—, y salió a dar un paseo… Pasados unos minutos entró en un bar y pidió una cerveza, por supuesto sin alcohol. «Recordé aquella tarde del 5 de diciembre de 1982 en que llegué a San Sebastián con 21 años, y ahora, después de tantas cosas vividas, el trabajo había acabado. Habíamos vencido a los terroristas. Regresé al despacho y atendí un montón de llamadas perdidas… Otros trabajos seguían pendientes en Jefatura».

CAPÍTULO 17

UNA ESTANCIA INOLVIDABLE

La llegada de Mariano Rajoy al Gobierno tras las elecciones del 20 de noviembre de 2011 no auguraba nada bueno para el futuro profesional de Enrique Pamies. Para entonces, el jefe superior de Policía del País Vasco ya veía como casi inevitable la celebración del juicio del chivatazo y el PP —un sector del PP para ser más exactos—, había hecho de este asunto bandera electoral y arma de desgaste del PSOE. En cuanto el presidente nombrara a sus ministros, y estos a sus equipos, era evidente que sería destituido, por mucho que tuviera uno de los expedientes profesionales más brillantes del Cuerpo.

Así sucedió el 12 de enero de 2012. Una llamada del entonces director general de la Policía, Ignacio Cosidó, ponía fin a sus días no ya como jefe superior, sino en el País Vasco. La destitución fue un tanto curiosa, ya que se produjo al mismo tiempo que la de toda la junta de gobierno de la Policía, un «honor» muy poco habitual. Lo normal en estos casos es, primero, relevar a la Junta de Gobierno del Cuerpo, y ya después proceder a los siguientes cambios. En esta ocasión debía haber una urgencia extraordinaria, porque Pamies fue el único jefe superior que cesó al mismo tiempo que la cúpula policial.

Días después se celebró una comida de homenaje en Vitoria, en la que la tristeza lo invadió todo. La organizó el segundo de Pamies, Emiliano, al que pidió que la convocatoria se hiciera sin publicidad, dadas las circunstancias. Nadie fue a sacar fotografías —de eso se suelen encargar los de policía científica, acostumbrados a usar la cámara— «para evitar que algún buitre de la prensa se enterase y le diese difusión». Tampoco asistió ninguna autoridad política, salvo el exdelegado —lo habían cesado ya—. Por supuesto, el nuevo, Carlos Urquijo, del PP, no fue, porque lógicamente no quería dejarse ver con semejante compañía. Sí acudieron compañeros, mandos de la Guardia Civil, del CNI y también de la Ertzaintza, así como algunas personas muy cercanas como Pablo y Vicente Torres, su mujer, su hermana y su cuñado, que son de los pocos amigos ajenos al Cuerpo que tenía, lo mismo que el escultor Faustino Aizkorbe. «Fue un día lluvioso, como el que me recibió en el País Vasco en 1982. La verdad es que para mí fue bastante triste, y solo conservo alguna foto que tomó Vicente Torres».

Enrique Pamies fue destinado a Huesca, no sin algunas reticencias por parte de ciertas instancias de esa provincia, que recelaban de alguien

con los «antecedentes» de Lleida. Se incorporó a su nuevo puesto en febrero 2012 y es fácil imaginar el choque que le supuso pasar de una actividad frenética, mantenida a lo largo de treinta años en el País Vasco, a otra como la que debía afrontar allí, sin duda muy importante para el ciudadano, pero con mucha menos tensión. El reto esta vez era llevar la seguridad global de una ciudad de unos 50.000 habitantes, además de Jaca y la comisaría conjunta de Canfranc. En total, los agentes a sus órdenes no llegaban a 250, cuando venía de mandar a 1500. «Pero uno va donde le mandan y hace lo mejor que puede aquello para lo que lo mandan. Y la verdad es que solo puedo tener buenas palabras tanto para la subdelegada del Gobierno como para la alcaldesa, al igual que para todas las fuerzas vivas que allí me encontré».

En la primera etapa Pamies continuó al mismo ritmo que en el País Vasco: solo dejaba de pisar el despacho el domingo por la tarde. Obviamente, el fin de semana la comisaría de Huesca apenas tenía actividad salvo algún día muy concreto, y en consecuencia tampoco era necesario que trabajaran demasiados policías esos días. De lo que se trataba era de que la ciudadanía estuviese tranquila y tuviese sensación de seguridad, lo que es mucho más importante que los meros datos, ya que estos pueden ser buenos, pero si los vecinos están nerviosos o preocupados por alguna modalidad delictiva no se está haciendo un buen trabajo. A la vista de la situación, Lleida entendió que no pasaba nada por amoldarse a las circunstancias; en otras palabras, que podía ganar algo de tiempo para otras actividades que no fueran la estrictamente policial.

«La plantilla de Huesca era excepcional. Gente joven y no tan joven con ganas de trabajar, que con su esfuerzo personal cubría las deficiencias que teníamos. Fue un año y medio que jamás olvidaré, en el que también aprendí muchas cosas y que me sirvieron, por ejemplo, para recuperar algo de tiempo para mi mujer, Ana, y Lourdes, mi hija».

Por supuesto, cambió cosas que no le gustaban, la mayor parte de ellas relativas a la figura del mando, y tuvo que acostumbrarse a que parte de su trabajo consistía en asistir a eventos sociales en representación de la Policía… No es que le gustasen mucho, pero sabía que tenía que hacerlo y cumplía con su deber; eso sí, en cada «sarao» era el primero, o uno de los primeros, en marcharse. Por cierto, tuvo una magnífica relación con el obispo que, aunque no le devolvió la fe, sí le demostró que también entre el clero había buena gente.

Su primer gran reto fue el 15-M, con manifestaciones de estudiantes.

Parecía que la cosa estaba tensa, y en la primera reunión que tuvo, en la que se abordaba un dispositivo ante una manifestación que iba a celebrarse delante de la Subdelegación del Gobierno, no se le ocurrió otra cosa que preguntar cuál era la zona más conflictiva, dónde se tiraban cócteles molotov y había habitualmente enfrentamientos con la Policía… Los presentes le miraron, literalmente, como a un marciano. ¿Cócteles molotov? ¿Lucha callejera? ¿Pero de qué estaba hablando el jefe?

Pamies, inasequible al desaliento, decidió supervisar personalmente el dispositivo, como había hecho tantas veces en el País Vasco en situaciones mucho más complicadas: «Increíble. Gritaron cuatro consignas y se pusieron en marcha, siempre por la acera y cruzando por los pasos de cebra… No daba crédito a lo que veía; creía que estaba en otro planeta».

A los pocos días, una nueva «crisis». Una noche suena el teléfono:

—Jefe, perdona que te moleste a estas horas, pero han quemado un contenedor…

—Muy bien, y qué quieres que haga, ¿que vaya a apagarlo?

—No, es para que se lo digas a la subdelegada.

—¿Por un puñetero contenedor quemado tengo que molestar a alguien?

—Sí jefe, llámala…

Por supuesto, Lleida hizo caso del consejo y llamó a la subdelegada para darle la novedad. Lo que para él no era más que una anécdota, en Huesca era algo que debía conocer su responsable político… En el fondo, no dejaba de ser otra demostración más de que en esa ciudad era todo mucho más humano, más cercano. Podía extrañarle, claro; pero tampoco le disgustaba.

En el invierno de 2012, en marzo, los autores del libro viajamos por primera vez a Huesca para ir a comer con Enrique. El único objetivo era que Pablo Muñoz lo conociera, y Antonio Sala, su amigo de tantos años, fue el que concertó la cita. Hubo dos cosas sorprendentes: la enorme calidez del recibimiento en su despacho y el inmediato clima de confianza que se generó. Él lo llegó a decir casi al principio de la cita: «Si eres amigo de Antonio, eres mi amigo». Ninguno de los tres imaginamos que a aquella comida le iban a seguir muchas más, y mucho menos que un día la mayor parte de esas conversaciones

fueran la base de un libro.

En aquella época Ana, la mujer de Enrique Pamies, atravesaba por serios problemas de salud, de modo que a su trabajo policial el comisario tenía que sumar una presencia mucho mayor que hasta ese momento en el día a día de su hija. Estar destinado en Huesca le facilitó mucho las cosas, ya que su presencia en el despacho, como ya se ha contado, no tenía que ser tan constante. Además, el vivir en el mismo edificio de la comisaría permitía que la niña pudiera ir a ver a su padre cuando lo necesitara, y siempre al volver del colegio.

El día de nuestro primer encuentro a Lourdes no le había ido bien en algún examen. Por supuesto, aunque no decía nada se daba cuenta de lo mal que lo estaban pasando sus padres, y a los problemas propios de su edad se le unía su preocupación por la situación de las dos personas a las que más quería. Aquello, lógicamente, tenía que afectar a su rendimiento escolar. Al entrar en el despacho y después de saludarnos, Pamies le preguntó por las notas. No eran buenas… De Enrique, un hombre de carácter fuerte en su actividad profesional, no salió un solo reproche, solo palabras de ternura hacia ella. Los dos visitantes nos miramos, con una sonrisa: «Vaya con el duro comisario… Se le cae la baba con ella».

Las fiestas de Huesca, en honor de San Lorenzo, tienen una enorme participación vecinal y en ellas, como en tantas otras de nuestra geografía, las autoridades tienen un papel destacado. Como comisario provincial, y por tanto fuerza viva, Pamies tenía que asistir a la feria taurina, lo que llevó con entereza y buen humor a pesar de no ser un gran aficionado a la Fiesta Nacional: «Hombre, uno o dos toros, vale; pero seis y durante varios días seguidos». El caso es que el ciclo taurino de 2013 acabó siendo portada de todos los diarios nacionales por una fortísima cogida que sufrió Francisco Rivera Ordoñez, el hijo mayor del mítico Paquirri, que a punto estuvo de costarle la vida.

Pamies, por supuesto, estaba en la plaza y decidió acceder a la zona de la enfermería por si había que tomar alguna decisión, ya fuera movilizar un helicóptero o abrir paso a la UVI móvil para un traslado del diestro hasta un hospital lo más rápido posible… Al llegar, el comisario frunció el ceño… ¿Quiénes eran todas esas personas que andaban por ahí? A la cuadrilla, claro, la reconoció por los trajes de luces, y al apoderado también porque hablaba con ellos… Pero ¿y el resto?, ¿qué pintaba?

A los pocos segundos se le comunicó que entre esas personas había gente relacionada con la plaza y también algunos periodistas, entre

ellos —aunque él no lo sabía—, Ángel González Abad, crítico taurino de *ABC* y gran amigo de los autores del libro, que además tenía muy buena relación con la empresa que gestionaba el coso taurino. «Pues los mandáis al ruedo a todos hasta que salga la ambulancia, que aquí molestan», ordenó Lleida. Y claro, la orden, pese a algunas protestas, se cumplió… Un par de horas más tarde, ya entrada la noche, Pablo Muñoz recibió una llamada de su compañero: «Joder con tu amigo, nos ha mandado al ruedo y ahí nos ha dejado… Menudo cabronazo», dijo, ya entre risas. «Ha hecho muy bien; seguro que estabais molestando, que sois muy pesados», fue la respuesta que recibió… «Pero no te preocupes, que ahora mismo se lo comento». Pamies, por supuesto, fue informado de inmediato del episodio de los periodistas. Su respuesta: más risas…

El comisario cada día estaba más integrado en la ciudad, feliz con sus compañeros, no solo de Huesca sino también de Jaca —«el jefe era mi amigo Pepe, una institución»— y Canfranc, y animado al ver que su mujer y su hija, después de tantos sacrificios en el País Vasco, comenzaban a disfrutar un poco de la vida, a pesar de la enfermedad de la madre, que poco a poco superaba.

Las «crisis» de seguridad seguían siendo, no obstante, motivo de asombro para Lleida. Un servicio le llamó especialmente la atención. Unos críos robaron una señal de tráfico de la ciudad. Como se supo enseguida quiénes eran, bastó hacerles llegar un aviso indirecto para que al día siguiente Pamies viera, desde la ventana de su despacho, a tres chicos cargando con el botín camino de comisaría… Por supuesto, hubo un rato de risas antes de continuar con la actividad diaria.

Más seria, por peligrosa, era la mala costumbre que un individuo de etnia gitana había cogido cuando en noches de juerga se cargaba de alcohol y, quizá también, de otras sustancias. El caso es que este joven se dedicaba a atacar a los coches patrullas y a incitar a otros a hacerlo. Además, algunos ciudadanos también habían vivido ese tipo de situaciones, que en ciudades como Huesca crean mucha sensación de inseguridad.

Aquello comenzaba a desmadrarse, cogiendo un cariz que a Pamies no le gustaba nada. Lo primero, claro, fue detener al implicado, pero para cortar de raíz este tipo de cosas había que hacer algo más. Aquel día se celebraba un juicio contra alguien de esa etnia, y en este tipo de circunstancias los gitanos hacen piña y acuden en masa. Lleida decidió que ese era un buen momento para intervenir. Se enfundó el uniforme y se acercó hasta el Palacio de Justicia. Su intuición no le fallaba y allí estaban congregadas un montón de personas.

—Buenas tardes, ¿quién de ustedes es el patriarca u hombre de respeto?

—Aquí no hay nadie así, señor…

—Me es igual. A las seis de la tarde de hoy espero en comisaría a quien os represente y tenga voz por todos vosotros. Decírselo a quien corresponda.

A las seis de la tarde, en efecto, seis personas acudían a dependencias policiales, extrañadas por la forma de actuar de este comisario. Cuatro eran de mediana edad y dos bastante mayores.

«Les expliqué cuál era la situación, y que por supuesto eso no podía seguir así. Añadí además que cuando el detenido quedase libre no quería tener más problemas con él… Como vi que no me daban ninguna respuesta en firme, me tiré el farol: "Ya saben de dónde vengo y no tengo problema alguno en cerrar el barrio donde viven y cachear a todo el que intente entrar o salir de él, mujeres incluidas". Por supuesto, aquello era imposible, entre otras cosas por falta de personal, pero es que además algo así no se puede hacer por las bravas. Sin embargo, funcionó. El mayor de todos, al que el resto miraba antes de decir nada, me dio su palabra de que cuando el arrestado saliese no daría un solo problema. Posiblemente lo desterraron fuera de Aragón…Visto con perspectiva, puse en práctica el arte de la diplomacia, al menos de la mía, y dio resultado».

Como tantas veces en cualquier ciudad española, desde luego muchas más de las deseables, las relaciones de los jueces y fiscales con la policía eran, salvo excepciones, mejorables. «El presidente de la Audiencia y el fiscal jefe estaban siempre en sus puestos, ya fuera mañana o tarde, y trabajar con ellos ha sido un placer… el problema estaba con alguno de los de instrucción y determinados fiscales, la mayor parte de los cuáles vivía en Zaragoza, a 70 kilómetros de su puesto de trabajo. Llegaban todos en coches compartidos, que llamábamos pateras, y la puntualidad, desde luego, no era la mejor de sus virtudes». Hacían acto de presencia sobre las 9:30. Luego estaba el sagrado cafelito, más tarde el imperdonable almuerzo y a las 14:30 era una hora magnífica para regresar a casa tras una complicada jornada laboral, juez de guardia incluido.

Una tarde los agentes de policía judicial de la comisaría lograron detener a un correo que acababa de entregar cinco kilos de hachís a un distribuidor en Huesca. Para esa ciudad era una cantidad importante, y sobre todo se podía quitar de la circulación a un

traficante que operaba desde un piso que estaba perfectamente controlado. Al haber detenido al correo, lo lógico era que el receptor de la mercancía se enterase pronto y se deshiciera de ella por lo que era urgente intervenir.

Pamies llamó personalmente al juez de guardia, que obviamente estaba en Zaragoza. Le explicó la situación y la respuesta del magistrado es para enseñarla en la escuela judicial: «A mí solo se me llama para temas de terrorismo o de crimen organizado», como si el tráfico de estupefacientes fuera una menudencia. «Me dijo que tomáramos posiciones y que, al día siguiente, cuando llegase, nos daría la orden de entrada y registro… Y estábamos hablando a las siete de la tarde… Pues así lo hizo; su señoría esperó hasta aproximadamente las once para darnos la orden. Por fortuna, el choro debía tener las mismas costumbres que el juez, porque al entrar allí seguían los cinco kilos».

«Un juez [reflexiona Pamies, con ironía] no deja de ser un funcionario, pero parece que, al aprobar la oposición, y en ese momento justo, aparece el espíritu santo en forma de paloma y le caga en el hombro, como señal de que está por encima del resto de los mortales. Como me dijo un alto cargo judicial en el País Vasco, está bien que pidamos medios, cuantos más mejor, pero tampoco estaría de más que cumpliéramos el horario que debemos tener, y tampoco pasa nada si una tarde tenemos que echar unas horas».

Por supuesto, en estas líneas no hay afán alguno de generalización, ya que gran parte de los jueces trabajan y cumplen en unas condiciones a veces muy complicadas. Pero ejemplos como el relatado echan por tierra su imagen y, sobre todo, existe la sensación de que entre ellos se protegen y por eso hay tan pocos que son sancionados, al contrario de lo que sucede en otras profesiones como, por ejemplo, la de policía.

## CAPÍTULO 18

## EN EL BANQUILLO

Enrique Pamies estaba cada día más a gusto en Huesca, más integrado y su mujer y su hija disfrutaban además no ya solo de la ciudad, sino también de él. Pero la espada de Damocles que era el caso Faisán ahí estaba e impedía que la felicidad fuera completa. El 16 de septiembre de 2013 fue la fecha fijada para el juicio. Habían pasado siete años desde que se produjeron los hechos, los beneficiados del chivatazo habían sido detenidos meses después, aunque seguían sin ser juzgados, y la Fiscalía, que en un determinado momento pidió el archivo de la causa, varió su postura y al final acusó por revelación de secretos.

Aunque todos atribuyeron el chivatazo al deseo del Gobierno de evitar unas detenciones inoportunas en un momento en que se iban a poner en marcha las negociaciones con ETA —el asunto se trató en los encuentros de los enviados del Gobierno con los jefes de la banda en Suiza el 22 y 23 de junio de 2006—, el ministerio público sostenía que lo que se trató de impedir fue el arresto de un destacado dirigente del PNV, Gorka Agirre, que luego tuvo que declarar como imputado. Esa operación, según la Fiscalía, hubiese provocado una crisis en las relaciones del Gobierno con los nacionalistas, en ese momento excelentes.

«Poco antes del juicio [explica Pamies], dos magistrados diferentes de la Audiencia Nacional, por separado, nos advirtieron de que estábamos condenados, hiciéramos lo que hiciéramos. Habíamos cometido el error de creer en la Justicia cuando había intereses políticos de por medio… Visto con perspectiva, quizá teníamos que haber derivado el caso a la Audiencia de San Sebastián, dado que se trataba de una revelación de secretos. Es muy posible que el partido en el Gobierno, el PP, hubiese tenido allí menos influencia en los jueces».

Sea como fuere, a las 10:20 del día señalado en el tribunal de la Sección Tercera de la Audiencia Nacional, presidido por el magistrado Félix Alfonso Guevara, daba comienzo la vista oral. En la sala había unas treinta personas, la mayoría cercanas a Pamies, y la tensión era evidente. Por primera vez se iba a escuchar el testimonio de los acusados, que al contrario que las acusaciones nunca utilizaron a los medios para reforzar sus posiciones. Nunca dieron una entrevista; jamás filtraron información del procedimiento. Pero, además, también por primera vez, iba a declarar Sandokán, el confidente de Pamies,

quien aun a riesgo de ser identificado, lo que le podía costar la vida, decidió viajar a Madrid y prestar declaración detrás de un biombo, pero sin la voz distorsionada… Debe ser que al tribunal no le quedaba muy claro qué consecuencias podía tener que alguien le pusiera nombre y apellidos al testigo. Cosas de los de la toga.

La declaración de Pamies fue sólida y demostraba que el acusado tenía un conocimiento muy profundo del sumario. El fiscal Carlos Bautista, cuya actuación posterior a lo largo del juicio provocó vergüenza ajena, intentó acorralar al acusado, sin ningún resultado. Normal. A ojos de terceros, era como si un chiquillo de cualquier club de fútbol de barrio intentase driblar a Messi…

Lleida afirmó que ni recibió la orden política de dar el chivatazo a Joseba Elosúa el 4 de mayo de 2006 «ni nunca lo hubiera admitido». Explicó además que envió al otro procesado, el inspector jefe José María Ballesteros, para que le diera cobertura para una cita que ese día tenía con su confidente en el País Vasco francés, como tantas veces se había hecho.

El fiscal se volcó en preguntas sobre el tráfico de llamadas de ese día, y de los anteriores y posteriores, y Pamies fue explicando una por una a qué se debían; eso sí, llamó la atención sobre el hecho de que solo se fijara en las llamadas realizadas desde el móvil oficial y no desde el resto de líneas que tenía a su disposición. «Si hay 286 llamadas de más de siete minutos, no sé por qué una es sospechosa, para mi es normal», precisó sobre la comunicación realizada presuntamente para el chivatazo. Y sobre la de 27 minutos que mantuvo con el director general de la Policía, Víctor García Hidalgo, la noche anterior, explicó que le reprochó «que el comisario general de Información fuera a hacer una operación sin tener la deferencia de, al menos, informarme; le dan ustedes mucha importancia a la duración de estas llamadas».

Por su parte, Ballesteros ratificó que su presencia en la zona se debía a que iba a hacerle la cobertura a Pamies porque tenía una cita con su confidente, aseguró que nunca mantuvo conversación alguna telefónica desde el bar Faisán y por supuesto negó haberle dado un teléfono al dueño del local.

El plato fuerte, la declaración de Sandokán, estaba por llegar. El primer reto, felizmente superado, fue introducirle en el edificio de la Audiencia Nacional de Torrejón de Ardoz sin ser visto. Para ello se montó una operación con varios coches policiales que entraron escalonadamente en el recinto. Él iba en el maletero de uno de ellos, por lo que nadie pudo fotografiarle. No obstante, había cambiado de

aspecto, por si se producía algún problema. El segundo inconveniente a superar, era el de la voz. La solución, en este caso, fue meterse algodón en la boca…

Sandokán confirmó que el día del chivatazo se desplazó hasta las proximidades de la estación de Bayona, en el País Vasco francés, para mantener el encuentro con Pamies. «¿No era más seguro reunirse en otro punto?», le preguntó el fiscal, convencido de que esa pregunta le desarmaba. La respuesta fue demoledora: «El mundo de lo clandestino, por definición, no es seguro nunca; he corrido peligro todo el tiempo que he estado colaborando». Insistió en que en esa época aún trabajaba como colaborador y explicó que Pamies «velaba por mi seguridad y la continuidad de obtención de datos». Y añadió que al no llegar el comisario se alejó de Biarritz «porque estaba muy cerca de la frontera y eso era un tanto arriesgado. Al día siguiente le llamé y me dijo que había tenido un problema porque estaba montada una operación en la frontera».

Curiosamente, el testimonio de Sandokán ni siquiera fue valorado en la sentencia, más allá de despreciarlo porque este señor tenía dependencia económica de Lleida… ¿Si no era fiable ahora por ese motivo, por qué sí lo era cuando daba informaciones sobre ETA que salvaron muchas vidas? Literalmente, fue como si no se hubiera producido, como si la palabra de alguien que se juega la vida por declarar en un proceso no tuviera que ser tenida en cuenta, siquiera para abrir diligencias por falso testimonio en el caso de que se considerase que estaba mintiendo. Pero ni una cosa ni la otra.

También declaró ese mismo día una camarera del Faisán, que admitió haber visto a un hombre «de entre 30 y 50 años» ese día en el bar dándole un teléfono al propietario, pero añadió que era incapaz de reconocerlo.

El resto de la vista oral se desarrolló como estaba previsto, con el análisis de tráfico de llamadas como prueba del nueve de que el chivatazo se había producido y de que Pamies y Ballesteros eran los autores del mismo. «Me sorprendió la falta de educación con la que el presidente del tribunal se condujo durante el juicio. No solo expulsó de la sala de una forma grotesca a Salitre, sino que cortaba a las defensas, pero no a los testigos de la acusación. Llegó incluso a abroncar a mi letrada por poner en duda lo dicho por el jefe del grupo investigador, Carlos Germán, diciéndole que allí no se ponía en duda al testigo, que era una forma pésima de llevar la defensa… Y digo yo, si no puedes dudar de lo que dice un testigo o un perito de la otra parte, ¿para qué sirve el principio de contradicción?».

Un ejemplo claro: según declaró el equipo investigador, el «chivatazo» sirvió para que Elosúa saliera enseguida del bar y fuera a un local cercano para deshacerse de las pruebas. Pues bien, cuando se les preguntó, por separado, a los dos policías que tenían la misión de vigilar dicho local si Elosúa había entrado en él, ambos respondieron que no. Por tanto, el equipo liderado por Germán no estaba en lo cierto, dicho con suavidad, o había mentido, si fue un error deliberado. En cualquier caso, tampoco se tuvo en cuenta en la sentencia.

La actitud del fiscal Carlos Bautista, como se ha adelantado, fue, por momentos, lamentable, pero alcanzó la cota de lo grotesco en su informe final. A lo largo del mismo, sabiendo que el juicio era muy mediático y que sus palabras se recogerían ampliamente, intentó parecer brillante, «coronarse» con su «verbo fluido» y «astutos» razonamientos. Y claro, como a todos los torpes, se le fue la mano al calificar a Pamies y Ballesteros de «Mortadelo y Filemón» y «Torrentes»… ¿Quién era el señor fiscal para permitirse ese lujo gratuito y tonto? ¿Conocía siquiera mínimamente el historial de los dos policías de los que se mofaba? ¿Sabía que con su trabajo habían salvado muchas vidas, a costa de jugarse la suya? ¿Podía decir él algo así de sí mismo?

Durante el juicio se lo pasó en grande con la letrada de Dignidad y Justicia, que estaba a su lado. Intercambiaba con ella comentarios, risitas… Luego este fiscal salió en los periódicos por verter comentarios despectivos contra sus compañeros en las redes sociales… Pero ahí sigue, sin que nadie le moleste.

«Eso sí, para mí también fue muy importante el apoyo que recibimos de tanta gente. Mi gratitud eterna para ellos. Ahí estaba mi gran amigo Pablo, con su esposa, Ana, que a pesar de estar ya enferma aguantó como una leona en la sala; algunos dirigentes sindicales de la Policía, compañeros; los autores de este libro… Por cierto, para los suspicaces, Alfredo Pérez Rubalcaba jamás me llamó por teléfono, ni entonces ni nunca. Llegaron a decir que en mi época de jefe superior me desplazaba todos los fines de semana a Madrid a estar con él, lo que es falso. Ahí están los registros de entradas y salidas de la Jefatura para demostrarlo. Rubalcaba, que junto con Aznar han sido los mejores dirigentes de la lucha contra el terrorismo, tenía muchas virtudes, pero al menos en cuanto a un apoyo personal hacia nosotros, salvo cosas que desconozca, podía haberse esforzado un pelo».

«Otra cosa que se rumoreó un tiempo es que yo era de los afines a Villarejo. En mi vida he visto a este señor. Ignoro cuáles fueron los

grandes servicios contra ETA en los que participó, pero yo, en treinta años de servicio en las trincheras, jamás oí hablar de él. Eso no quiere decir que no hiciera algo, pero desde luego en territorio comanche ni estaba ni se le esperaba».

La sentencia, condenatoria, no entró en algunos detalles más de los ya citados, no menores, que podían haber cambiado las cosas. Por ejemplo, no se chequearon todos los teléfonos posibles, quedaron unos 3000 sin revisar, porque nadie pidió a los franceses sus listados, cuando la zona del Faisán tiene cobertura tanto española como francesa. Además, la cadena de custodia de la baliza instalada en el coche de Elosúa no se garantizó —de hecho, la original se destruyó el mismo 4 de mayo—, y tampoco la de la cinta de vídeo en donde se ve a Ballesteros en diferentes momentos por la zona de Behobia. En su primera revisión, el equipo investigador no detectó nada raro; cuatro años después, esa misma cinta dio unos resultados sorprendentes a ojos de los mismos que la examinaron… Y finalmente, el Constitucional consideró en una sentencia nulas las grabaciones, como las de la baliza, pero sin embargo el mismo tribunal se negó a revisar este caso. Lo más sorprendente es que esa grabación sí fue desechada en el procedimiento contra los miembros de la red Faisán. Hay que recordar que sin baliza no hubiera existido caso.

Los dos policías fueron condenados a año y medio de cárcel por revelación de secretos y a cuatro de inhabilitación especial. Recurrieron ante el Tribunal Supremo, por lo que la sentencia no era firme. Corría noviembre de 2013 y se celebraba un acto en Jaca, al que iba a asistir el ministro Jorge Fernández Díaz. A Pamies le avisó del evento el teniente coronel jefe de la Comandancia de Huesca, extrañado porque no figurara el nombre del comisario entre los asistentes. Hechas las gestiones oportunas, la explicación fue que el titular de Interior no quería una fotografía en la que pudieran aparecer los dos, como si Lleida tuviese el menor interés en hacerse una no ya con él, sino con cualquier otro político. El tiempo pone a cada uno en su sitio y esta persona ha pasado a la historia como uno de los peores ministros de Interior, con una conducta cuando menos cuestionable.

«Si en mi época operativa [reflexiona Lleida], me hubiese encontrado con alguno de los míos que me hubiese dicho que había visto la luz (o a la Virgen), le hubiese dicho, “tranqui colega, dame tu arma y ven que te acompaño al psiquiatra”. Pues en política le dicen, “tranquilo, vas a ser ministro del Interior”».

«Casi de inmediato llegó mi cese como comisario de Huesca, en donde

dejé buenísimos amigos en todos los ámbitos, y mi traslado a Zaragoza como secretario general de la Jefatura, un puesto de mera gestión. Además, me dieron la orden expresa de que no podía participar en asuntos operativos de ningún tipo. Pasé a ser, como yo decía de cachondeo, encargado de parques y jardines. No quise que se me hiciera despedida de la capital oscense por si me envalentonaba y decía una barbaridad… Pero sí me dieron una placa que me emocionó hasta lo más profundo».

La leyenda que se escribió en ella fue la siguiente: «La grandeza no se mide por el espacio que uno ocupa, sino por el hueco que deja cuando se va. A Enrique Pamies Medina El mejor jefe de Policía y amigo que ha pasado por Huesca, de sus compañeros de la comisaría provincial». Quizá algunos prefieran una roja, por la dotación económica que conlleva, pero que la plantilla que uno dirige escriba algo así tiene un mérito mucho mayor que cualquier otra condecoración.

«En Zaragoza también hubo gente que me ayudó y estuvo a mi lado, porque no tenía ni idea de gestión. Algunos me llamaban traidor, por supuesto siempre a espaldas mías. La cobardía también es moneda común en la Policía… Eso sí, tanto el jefe superior y hoy director adjunto operativo, José Ángel González, como Txutxi, comisario provincial de Zaragoza con el que había compartido trabajo en los años difíciles, demostraron su humanidad y hombría en todo momento».

Tras el fallido recurso al Supremo, la inadmisión de otro por parte del Constitucional y la petición de indulto con la consiguiente suspensión en la ejecución de la condena, Pamies entendió que no había posibilidad alguna de seguir en la Policía y que al menos tenía que salvar la jubilación, porque lo último era que su familia comenzara a pasar por dificultades económicas tras una trayectoria como la suya. Por ello decidió pedir la jubilación alegando lo que era verdad: que sufría ansiedad, en ocasiones con bastante intensidad, lo que le obligaba a ser tratado médica y farmacológicamente. La vida, estaba claro, le había pasado factura.

Una mañana de invierno los autores del libro recogimos al comisario en la estación de Atocha. Iba a pasar el tribunal médico, y se le notaba el mal trago por el que pasaba. Al salir, comentó: «Ya está hecho», con una tristeza infinita. Esos mismos días un juez, en este caso De la Mata, le había vuelto a citar para preguntarle por cuál era la X del Faisán, la persona que le dio la orden de hacerlo. No le entraba en la cabeza que después de haber asumido personalmente las gravísimas consecuencias de su lealtad alguien pensara que esa vez iba a cambiar

de opinión. «¿Pero qué tiene en la cabeza esa gente?», reflexionó Pamies en voz alta; «¿piensan que todos somos como ellos?», añadió.

«Quiero hacer una reflexión. Se habla y mucho de las cloacas policiales, e incluso de las periodísticas. Espero que algún día se investiguen también las judiciales, esos palcos de los equipos de fútbol más importantes, los viajes en avión privado para asistir a algunos partidos, cenas o comidas con ministros cuando su partido político está involucrado en alguna causa, destinos conseguidos por el chalaneo entre partidos… A ver si de verdad alguien se pone a investigar eso y quizá entonces se recupere la confianza en la justicia».

CAPÍTULO 19

DAÑOS COLATERALES

El eufemismo, claro, se refiere a la familia de Enrique Pamies, en especial a su mujer, Ana, y a su hija, Lourdes. A lo largo de estas páginas se han dejado algunas pinceladas de cómo han vivido todos estos años, su sufrimiento constante, su soledad ante las ausencias… Pero dejarlo en eso no habría hecho justicia, no solo a ellas, sino también a otras muchas como ellas, mujeres e hijas de grandes policías que han pasado por situaciones similares. Por eso, cuando este libro ya estaba muy avanzado, y a pesar de que sabemos de su pudor a la hora de recordar ciertas cuestiones pedimos a Lleida que nos hablara de ellas, de las dos personas más importantes de su vida. En esta ocasión, para respetar al máximo sus reflexiones, no vamos a intercalar elementos ajenos a sus palabras ni valoraciones de ningún tipo. El resultado, pensamos, podrá provocar un sentimiento u otro —a nosotros, la verdad, nos estremece—, pero lo que es seguro es que a nadie le será indiferente. Vamos con ello:

«Tommaso Buscetta (arrepentido de Cosa Nostra) preguntó al fiscal antimafia Giovanni Falcone, tras haberle "cantado" la estructura de Cosa Nostra en Sicilia: "¿Usted quiere a su mujer?". "Muchísimo", contestó Falcone, a lo que Buscetta repuso: "Pues eso es lo más importante". Algo así se puede decir sobre Ana, mi esposa, una de las grandes sacrificadas, junto a mi hija, Lourdes, de mi pasión, que no profesión, de policía.

»En la familia de mi mujer no ha habido miembros de las Fuerzas de Seguridad del Estado, por lo que todo eso era nuevo para ella. Nos conocimos en Lérida, un 23 de diciembre de 1985 —llevaba apenas tres años en la Policía— y el 3 de mayo de 1987 nos casábamos. Yo lo tenía claro y ella también. No podía estar viajando cada quince días para verla, y por tanto decidimos unir nuestras vidas.

»Tras los quince días de viaje de novios, la llevé conmigo a San Sebastián. Ella nunca había abandonado a su familia, especialmente a su madre con quien sigue manteniendo una relación muy estrecha y especial, quizás motivada porque su padre falleció cuando Ana tenía 16 años y tuvo que ayudar a su madre a sacar adelante a sus tres hermanos, más pequeños.

»Nunca lo pasó bien allí, ni entonces ni al final. Ahora no quiere ni oír hablar de volver a Euskadi, y posiblemente tenga razón. Los tres

primeros años sé que fueron un auténtico suplicio para ella. Sola, viendo que yo aparecía cuando aparecía. Cuando me iba de servicio por las noches permanecía despierta hasta que me oía entrar de nuevo, ya de día. Escuchaba la radio para enterarse de si había pasado algo. En la calle, en las tiendas, a ella que siempre le ha gustado hablar con las dependientas, en aquellos años vio cómo le hacían el vacío si había algún cliente más… Eso sí, menos mal que contó con el apoyo de las mujeres de algunos compañeros, pero sobre todo con el de la familia que yo tenía en San Sebastián que la recogió como si fuera una hija más… Nunca se lo podré agradecer lo suficiente.

»Ana, ni entonces ni después, supo nada de mi trabajo hasta que las cosas ya estaban hechas. Yo era y soy así. Es más, ignora por completo que estoy en este proyecto del libro. Espero que, si llega a buen puerto, y lo lee, sepa perdonarme por esto, y por la vida que le he dado, a ella y a Lourdes, las personas que más quiero en el mundo. No se lo merecían.

»Fueron pasando los años y decidimos adoptar un hijo, porque por razones que a nadie interesan no podíamos tenerlo de forma natural. Fue un embarazo de diplodocus. Desde que iniciamos los trámites hasta que tuve a mi hija en brazos pasaron cuatro años, ocho meses y un día; vive Dios que mereció la pena la espera.

»Me perdí los primeros años de mi hija —no solo yo, otros también, no quiero que se me vea como algo excepcional—. Cuando llegaba a casa ya estaba dormida, y cuando me iba apenas me daba tiempo a estar con ella. Sí que nunca olvidaré que de las primeras palabras que pronunció, aún desde la cuna, era “papá ovil” (papá móvil), ya que sonaba siempre a horas intempestivas para darme cuenta de algún atentado o acción de *kale borroka*. Algunos domingos por la tarde aprovechaba y me la llevaba a un parque en la zona de Ayete, y allí la veía subir a los columpios o hacíamos como si ella tuviese que participar en alguna prueba de correr. Era nuestro momento de la semana. Con Ana y Lourdes juntas nunca o en muy contadas ocasiones salía a pasear. Yo ya era bastante conocido por los “ciervos” (proetarras) y no podía permitirme un susto estando ellas presentes.

»Otra costumbre, como medida de seguridad, era no dejar jamás que mi mujer abriera el buzón. Siempre lo hacía yo, y con el brazo izquierdo lo más separado posible del cuerpo. Llegué a tener cierta habilidad en hacerlo… Era porque si habían colocado una carga explosiva dentro que al reventar solo se me llevase esa mano, sin afectar al resto del cuerpo, al menos gravemente… Por supuesto, si había alguna carta más gruesa de lo normal, iba directamente a la

basura. Igual nos tocó algún crucero o similar y nunca nos llegamos a enterar…

»Ya en Vitoria, tanto como comisario provincial o como jefe superior, algo mejoró la cosa. Al estar más tiempo en el despacho podía estar más con ellas, pero tengo que reconocer que casi siempre mi mente estaba en otro sitio.

»Allí le detectaron un mioma a mi mujer, que le fue extirpado. Tiempo después vieron algo en las pruebas que pensaron que podía ser maligno. Se lo comenté al entonces delegado del Gobierno, Paulino Luesma (fallecería años después de un cáncer de pulmón), quien conmigo se comportó siempre como un verdadero amigo. Yo dudaba de si llevarme a Ana a Navarra, por aquello de la fama de la Clínica Universitaria. Estaba en eso cuando me llamó Mikel Legarda, viceconsejero de Seguridad del Gobierno vasco con el PNV y un señor con todas las letras. Al igual que he puesto a caldo a gente de este partido, tengo que decir que tanto él, como Balza y otros que no citaré por si con ello les perjudico, fueron gente con la que se podía hablar. Nacionalistas vascos, sí; pero igual que yo me considero nacionalista español. Entablamos una relación profesional (hasta donde se pudo) y personal que a día de hoy aún sigue.

»El caso es que Mikel me dijo que se había enterado de lo de mi mujer y que tenía el Oncológico de San Sebastián a mi disposición, ya que era puntero en temas de mujeres. No solo fue eso, es que el sábado siguiente ya tenía preparada una cita con un especialista allí. Fuimos a la consulta, y el miércoles siguiente mi mujer ya fue intervenida, siendo al final la cosa benigna. Gracias es poco; no sé cómo definir cómo se portaron conmigo. Por cierto, y como anécdota, nos pusieron en un extremo de una planta, con salida al exterior directa por la zona de emergencias, y cuando llegamos la ATS me dijo que la habitación de enfrente también estaba a mi disposición. "¿Por qué?", le pregunté; "para sus escoltas", respondió. Casi me da la risa. Tuve que explicarles que de eso yo no gastaba, aunque ellos no lo entendían.

»Según fue saliendo lo del Faisán, es lógico que mi mujer se preocupara, aunque yo, en mi línea, le restase importancia…

»Una vez cesado, ya en Huesca, la vida para ellas dos dio un cambio muy positivo. Paseábamos, salíamos sin precauciones… vamos, una vida normal. En junio de ese año volvió a tocarnos la "lotería". Le detectaron a Ana una enfermedad grave, dos intervenciones quirúrgicas y seis años de tratamiento. Afortunadamente, a día de hoy está superado, aunque hay que seguir con las revisiones.

»Lo peor de todo, si es que puede haber algo peor, es que al año de detectárselo fue el juicio del Faisán. Procuré poner buena cara al mal tiempo, pero sé que la preocupación de ella y de mi hija, que ya era mayorcita, no se la quitaba nadie. Encima Lourdes era, como todos los jóvenes de hoy en día, aficionada a Internet y las redes sociales, por lo que leía las lindezas que bastantes buitres juntaletras decían sobre mí. Y es que una cosa es informar, y otra muy diferente hacer calificaciones como algunos hicieron. ¿Alguien se ha fijado que del único colectivo que no hay nadie en la cárcel es el del gremio del periodismo? Eso de la libertad de expresión lo ampara todo. Algún día cambiará y veremos a alguno "caminito de Jerez", que dijo alguien.

»Ya en Zaragoza mi mujer me contó algo que siempre llevaré grabado en mi interior. Al comentar madre e hija lo que estaba sucediendo conmigo, y decirle algo Ana a Lourdes, esta contestó: "Oye, que yo sé muy bien quién es mi padre".

»Cuento todo esto no por dar lástima, ni es mi intención ni la quiero. Tomé mis decisiones. Con ellas se lo hice pasar muy mal a mis allegados, y me faltará vida para agradecérselo lo suficiente. Pero ha sido nuestra vida».

Por nuestra parte, solo aportar un detalle más: la tarde del 15 de septiembre de 2000, Ignacio Gracia Arregi, Iñaki de Rentería, considerado entonces jefe del aparato militar de ETA, era detenido en Bidart, en el sur de Francia, junto a su mujer, Fabianne Tapia. El arresto fue realizado por agentes del Servicio de Información de la policía francesa gracias a las investigaciones de la Guardia Civil y se produjo en la misma localidad donde hacía ocho años fueron atrapados los tres terroristas que entonces encabezaban ETA, Pakito, Txelis y Fiti.

La Policía no intervino en esa investigación, pero la documentación intervenida al cabecilla etarra llegó a la Unidad Central de Inteligencia de la Comisaría General de Información. En uno de sus viajes a Madrid, Pamies pidió ver aquellos papeles… y saltó la sorpresa. En el tercer puesto de una lista de objetivos estaba el nombre de su mujer, el teléfono de su casa, que estaba a nombre de Ana, y la dirección… Sus compañeros no lo detectaron porque solo chequearon las identidades de la lista en Madrid, y como no pertenecía a ningún miembro de las Fuerzas de Seguridad, ni se trataba de ningún industrial no hicieron más gestiones. La mujer de Lleida se enterará también de esto por el libro…

CAPÍTULO 20

# «NO DEBÍAMOS ESTAR HOY AQUÍ»

El martes 14 de noviembre de 2017, un restaurante de Zaragoza, próximo al Ebro, acogió la despedida de la Policía de Enrique Pamies, Lleida, que había tenido que luchar por su jubilación para evitar que se ejecutase la sentencia del caso Faisán y perder de esta forma no ya solo su carrera profesional y su pasión, sino hasta su pensión tras una vida entera dedicada al trabajo. El hombre que había sido clave en algunos de los golpes más importantes contra ETA, de una lealtad inquebrantable para con el Estado y sus superiores —algunos hay que jamás podrán pagar la deuda de agradecimiento que tienen con él— se marchaba por la puerta de atrás, de forma casi clandestina, solo con el apoyo de los suyos y de un puñado de compañeros y amigos que con su presencia querían rendirle homenaje.

Quizá el que la comida se celebrara en Zaragoza, o que no se publicitara por los canales internos del Cuerpo, fue la excusa perfecta para que muchos no acudieran al homenaje, aunque la verdad es que algunas de las ausencias no pueden explicarse ni siquiera en esta clave. En otras palabras: para algunos de sus «compañeros» Lleida se había convertido en un apestado y pensaban que si asistían al evento podían quedar «marcados» por el Gobierno del PP, el partido que quiso matar políticamente a Alfredo Pérez Rubalcaba aunque para ello tuviera que destrozar la reputación de dos policías con mayúsculas. Por eso, gestos como el del entonces jefe superior de Aragón, José Julio González, hoy director adjunto operativo, que sin haber tenido apenas trato con Pamies decidió asistir a la comida porque se despedía un comisario que servía a sus órdenes, tiene un valor especial. Alguien quizá le quiera discutir su preparación; lo que nadie puede negar es que es un hombre que se viste por los pies.

«Hoy no deberíamos estar aquí, porque hoy Enrique Pamies no tendría que estar jubilado», afirmó a los postres el excomisario general de Información Miguel Valverde, por entonces alto cargo de la Jefatura Superior de Policía de Madrid y que como persona que había ostentado el puesto de mayor responsabilidad de todos los presentes hizo el primero de los discursos. Tenía razón el veterano policía: probablemente en ningún país serio del mundo una persona como Lleida tendría que haber pasado por lo que pasó. Porque a la injusticia de esa circunstancia se le une la estupidez, pues estaba en un momento de plenitud profesional y hubiese ofrecido aún grandes

servicios.

En este tipo de homenajes el ambiente suele ser de alegría, por supuesto con espacio también para la añoranza, pues de lo que se trata es de ensalzar la trayectoria de un compañero que tras ofrecer lo mejor de sí mismo comienza una nueva vida. La despedida del protagonista de este libro, sin embargo, fue profundamente triste; mejor dicho, parcialmente triste, porque todos, los que asistieron y los que no, se «retrataron». Ninguno de los presentes entendía cómo se había podido llegar a ese punto; algunos, además, se fijaban en las clamorosas ausencias y en las presencias de personas que sin haber tenido una relación tan estrecha con Lleida habían querido acompañarle. Cada uno demostró lo mejor y lo peor de sí mismo. Allá las conciencias…

Hubo un detalle que demuestra la personalidad del comisario: entre los asistentes hubo más personas que sirvieron a sus órdenes que compañeros con los que había compartido carrera profesional. Especialmente llamativa, además por supuesto de la presencia de varios de los veteranos del «glorioso Grupo III» y de un buen número de agentes del País Vasco, fue la presencia de policías de la comisaría de Huesca, un destino en el que a pesar de haber estado poco tiempo dejó una huella imborrable, como lo demuestra la placa que le grabaron cuando tuvo que dejar de mandar la comisaría provincial. Un texto como ese solo se escribe a quien de verdad es considerado como el «mejor jefe que ha pasado nunca por esa ciudad».

Pamies, claro, también tomó la palabra. No hubo reproches, solo desprecio para aquellos que habían acabado con su carrera desde sus mismas filas. Oírle hablar transportaba a esas épocas de sangre y dolor en las que ETA, ahora ya derrotada y rendida, mataba un día sí y otro también, principalmente a miembros de las Fuerzas de Seguridad del Estado. Recordó su llegada a San Sebastián, las cosas que hizo con Sandokán… «He disfrutado a tope de mi profesión, que era y es mi pasión, y volvería a hacerlo sin cambiar nada; absolutamente nada de estos treinta años que llevo de policía».

Su mujer, Ana, en la mesa presidencial arropada por los principales mandos policiales que asistieron, le observaba y seguro que recordaba tantos años de sufrimiento en los que veía a su marido salir de casa para una operación sin saber cuándo iba a volver; en realidad, ni siquiera estaba segura de que fuera a hacerlo, porque había muchas posibilidades de que la siguiente vez que lo viera fuera dentro de un ataúd… «No te preocupes, que si pasa algo a la primera que van a llamar es a ti», le decía su marido para intentar tranquilizarla,

sabiendo que ni siquiera a veces eso era posible porque los medios de comunicación difundían la identidad de la víctima antes de que se pudiera haber comunicado a la familia lo sucedido.

Para los autores del libro las palabras de Pamies también tenían un significado muy especial, porque en esa época ya habían comenzado las conversaciones con él para escribirlo. Nadie lo sabía entonces; de hecho, muy pocos lo han sabido hasta que esta obra ha visto la luz. «¿Vosotros creéis que esto interesa a alguien?», nos preguntó antes de decidirse a colaborar.

La última imagen de la comida homenaje no es mucho más estimulante. Pamies, con su mujer, se dirigían a su coche con los regalos propios de la ocasión. Los dos solos, sin nadie a su lado. Lleida se había ido como cualquier otro. «Maldito sea el país que no reconoce a sus héroes». Pues eso.

Madrid, 28 de septiembre de 2020

ANEXO

El estado de derecho, por el que tanto ha luchado Enrique Pamies, obliga a acatar las sentencias, aunque no se esté de acuerdo con ellas. Por eso, es el momento de reproducir, literalmente, los hechos probados de la del caso Faisán que recoge el Tribunal Supremo, sin valoraciones de ningún tipo. Estos son:

PRIMERO. Desde 1998, la Unidad de Información de la Policía de San Sebastián venía realizando una investigación contra la red de extorsión de ETA, denominada GEZI, que parecía tener como centro neurálgico el bar Faisán del barrio fronterizo de Behobia, en la localidad de Irún (Guipúzcoa). Dicha indagación, archivada en 2003, fue retomada más tarde por la Comisaría General de Información a principios de 2004, de forma coordinada con la Comisaría de San Sebastián, de modo y manera que las pesquisas eran conjuntas. La investigación se denominó Urogallo, primitivo nombre del bar Faisán.

En el ámbito de estas averiguaciones, al constatarse que la actividad de los miembros de la red se desarrollaba de forma simultánea en España y en Francia, y que algunos de esos miembros residían en este último país, con fecha 31 de enero de 2006, en el marco de las entonces Diligencias Previas 86/1998, abiertas para investigar este aparato de extorsión, las autoridades judiciales del Juzgado Central de Instrucción número 5 y del Tribunal de Gran Instancia de París acordaron la constitución de un equipo conjunto de investigación. Dicho equipo serviría para profundizar en las pesquisas sobre una posible subred de GEZI considerando que quien la dirigía era Joseba Elosúa Urbieta desde el bar Faisán.

SEGUNDO. Mientras tanto, al margen de la actividad judicial, el día 17 de mayo de 2005, el Congreso de los Diputados en España, aprobaba por 192 votos a favor (PSOE, CIU, ERC, PNV, IU-ICV, CC y Grupo Mixto), 147 en contra (PP) que el gobierno dialogara con ETA siempre que esta deje plenamente las armas; iniciativa que trasladada al ámbito Europeo, hizo que el Parlamento Europeo adoptara el 25/10/2006, por 321 votos a favor, 311 en contra y 24 abstenciones, la resolución presentada por los partidos socialistas, liberales, verdes e izquierda Unidad, apoyando la iniciativa de paz en el País Vasco emprendida por las Instituciones democráticas españolas en el marco de sus competencias exclusivas.

TERCERO. A raíz de considerar por las investigaciones efectuadas, a Joseba Elosúa Urbieta un eslabón importante en la red de extorsión de

ETA, se acordó previa autorización judicial (Juzgado Central de Instrucción núm. 5), instalar el dispositivo de balizamiento GPS-GSEM, en el vehículo Ford Focus, matrícula 7424-CYX utilizado habitualmente por el objetivo de la investigación Joseba Imanol Elosúa Urbieta, todo ello en el marco de unas diligencias penales abiertas, distintas a las que han motivado el presente proceso penal.

Tras un periodo de escuchas, vigilancias y seguimientos, se tuvo conocimiento, en la tarde del miércoles 3 de mayo de 2006, a través del dispositivo de balizamiento referido, de una reunión en una sidrería de la localidad de Oyarzun, entre Elosúa Urbieta y Ramón Sagarzazu, y el fallecido Gorka Agirre Arizmendi, miembro del Partido Nacionalista Vasco. Tras escuchar los datos que el balizamiento del vehículo arrojaba, la policía sospechó que se iba a producir una entrega de dinero —nueve millones de pesetas, deducción sacada de la expresión recogida por el dato que el balizamiento del vehículo de Elosúa Urbieta, mostró, de «nueve botellas de vino»—. Dicho dinero, según la Sección de Economía de la Comisaría General de Información, sería entregado al día siguiente (4 de mayo) a Cau Aldanur, otro de los investigados en la red de extorsión de ETA, residente en Francia, en el propio bar de Elosúa Urbieta.

CUARTO. A raíz de la interceptación de esta conversación, se activó todo un dispositivo policial, por José Cabanillas Sánchez, Comisario del CNP, jefe accidental de la Unidad Central de Inteligencia de la Comisaría General de Información.

En consecuencia, en la misma tarde-noche del 3 de mayo, activado el operativo policial encaminado a la intervención del dinero y detención de todos los posibles miembros de la trama de extorsión de ETA, se preparó una actuación conjunta con las autoridades judiciales y policiales francesas cuyas condiciones de puesta en marcha eran las siguientes:

1. Que Cau Aldanur mantuviera una cita con Elosúa Urbieta.

2. Que los investigadores constataran que efectivamente esa cita se celebrase.

3. Que en el control de identificación del paso fronterizo se constatara que Cau portaba el dinero anunciado o cualquier otro dato relevante para la investigación.

Los detalles operativos se coordinaron en España, entre el responsable del equipo conjunto y jefe de la Sección de Economía de la Comisaría

General de Información, Inspector jefe con carné profesional núm. 16.586, Carlos Germán Hernández, y el Comisario Jefe de Información de San Sebastián.

En la madrugada del día 4 de mayo, a primera hora, se distribuyeron equipos y objetivos, viajando diversos miembros del CNP desde Madrid a la zona del País Vasco en que se iba a desarrollar la operación, a fin de actuar en su momento, para proceder a las detenciones oportunas en cuanto se produjeran las condiciones antedichas.

El entonces jefe superior de Policía del País Vasco, el acusado Enrique Pamies Medina, mayor de edad y sin antecedentes penales, tuvo conocimiento en la tarde anterior (3 mayo), del dispositivo que se iba a poner en marcha para detener a Joseba Elosúa y Cau Aldanur entre otros, entre los que se encontraban además, Sagarzazu y Gorka Agirre, y con el designio de no entorpecer la situación política abierta de diálogo, para acabar con la actividad de ETA, a estos efectos, desarrolló una actuación tendente a tal fin, buscando una persona que no perteneciera a la plantilla del CNP de San Sebastián para ponerle en contacto con Elosúa Urbieta, para poder lograr que no pudiera ser reconocida por los integrantes de esta, o de la Sección de Economía de la Unidad Central de Inteligencia, y todo ello con el propósito de que entrara en el bar Faisán esa mañana del 4 de mayo de 2006, y por su mediación le permitiera avisar a Elosúa Urbieta de que Cau Aldanur no acudiera a España, para evitar la detención de ambos.

El elegido fue el también acusado José María Balles-Teros Pastor, mayor de edad y sin antecedentes penales, en aquel momento inspector destinado en la Brigada de Información de Vitoria, en cuyas funciones no estaba la investigación de terrorismo de ETA, sino yihadista, lo que le hacía especialmente apto para la misión, pues no era conocido en la zona.

El acusado José María Ballesteros, informado de los propósitos del acusado Enrique Pamies, aceptó llevar a cabo la función que se le encomendó, dejando de asistir a un curso en Santander de conducción 4x4, para el que tenía concedida comisión de servicio los días 3, 4 y 5 de mayo.

En la mañana del día 4 de mayo, a primera hora, José María Ballesteros se dirigió a Irún, encontrándose en las inmediaciones del domicilio de Elosúa a las 11:04 horas. Como quiera que José María Ballesteros no conocía la zona, abordó en las proximidades del domicilio de Elosúa Urbieta, a una persona que resultó ser Avelina

Llanos, esposa de Elosúa Urbieta, preguntándole por el edificio Gaztelu-Tar, lugar que le habían indicado que vivía Elosúa Urbieta, diciéndole Avelina Llanos donde estaba ubicado dicho edificio. Una vez situado en el portal del edificio, José María Ballesteros fue visto por Elosúa Urbieta, siendo que el acusado José María Ballesteros quisiera contactar con Elosúa Urbieta en su domicilio para transmitirle la operación policial en marcha contra el aparato de extorsión de ETA, no consiguiéndolo al salir Elosúa Urbieta con su vehículo directamente desde el garaje de su casa hacia el bar Faisán, lo que motivó, que José María Ballesteros no pudiera contactar en ese momento con Elosúa Urbieta.

Desde el lugar donde estaba el edificio Gaztelu-Tar de Irún, José María Ballesteros fracasado su intento, efectuó una llamada al acusado Enrique Pamies a las 11:04:06, desde su teléfono móvil con número 630.XX.XX.XX, tal y como acredita la localización de su terminal telefónico en el poste BTS que recoge la señal, San Marcial-Urdaine-Irán. El terminal del jefe superior de Policía del País Vasco, del procesado Pamies, 629.XX.XX.XX se localizó en el repetidor FRANCIA EB, que da cobertura a la localidad de Vitoria, ciudad de la que no se movió en toda la mañana.

A raíz de lo acontecido, el acusado Enrique Pamies, le indicó al acusado José María Ballesteros, mediante la llamada de las 11:04:06, que contactara con Elosúa Urbieta en el propio bar Faisán. A tal fin, el acusado José María Ballesteros se desplaza al bar Faisán, y estando ya en sus inmediaciones el acusado Enrique Pamies llamó a José María Ballesteros a las 11:08:44 horas, entrando José María Ballesteros en el bar Faisán, pidiendo un café.

Ya dentro del bar José María Ballesteros, Elosúa Urbieta llegó un poco después de las 11:10 horas, y José María Ballesteros preguntó a Elosúa Urbieta por el propio Elosúa, a lo que este le contesta si el padre o el hijo; en este momento, una vez identificada la persona de Elosúa Urbieta, el acusado José María Ballesteros le extendió un terminal telefónico, con la tarjeta correspondiente al número 630.XX.XX.XX desde donde previamente había llamado al número 629.XX.XX.XX del acusado Enrique Pamies, diciéndole a Elosúa que alguien le iba a hablar. La llamada comenzó a las 11:23:31 y duró 8 minutos y 11 segundos, o 491 segundos, hasta las 11:30:42 horas, estando localizada de inicio y finalización en el poste Irún-Urdaine, que es el que da cobertura a la zona del bar Faisán.

A través de esa llamada, el acusado Enrique Pamies le dio a Elosúa Urbieta datos y detalles de la operación policial en marcha, para

detener el aparato de extorsión de ETA. Para hacer creíble su mensaje, le indicó que bajo ningún concepto Cau Aldanur cruzara la frontera porque sería detenido.

Concretamente, le dijo: «Ya te habrá dicho mi compañero, ya te habrá explicado por qué te llamamos», comentándole a continuación «ya sabes cómo nos encontramos», diciéndole a continuación que sus teléfonos estaban intervenidos, y que estaba al tanto de la reunión que el día 3 de mayo había tenido con Burutxuri (apodo de Cau Aldanur), manifestándole que sabía que el día 4 o 5 de mayo iba a tener una cita con él para darle 9 botellas de vino (en el argot se correspondía con 9 millones de pesetas), según le habría manifestado Joseba Elosúa a Cau Aldanur, manifestándole a continuación que no dijera a nadie que le había llamado para no fastidiar todo el proceso, pues se podría armar un zipizape si dices que te he llamado yo, para continuar diciendo que escuchara lo que le estaba diciendo, pues aquí hay gente que quiere que esto se rompa, pues ya sabes cuál es la situación política actual. Asimismo le manifestó que había policías en la frontera para coger a José Antonio Cau Aldanur, que si pasaba le iban a detener».

Después de mantenida esta conversación entre Enrique Pamies y Joseba Elosúa Urbieta, Jose María Ballesteros salió del bar Faisán permaneciendo en las inmediaciones hasta las 11:44:50, momento en que se produce una llamada entre Enrique Pamiés y José María Ballesteros, abandonando este último el lugar.

QUINTO. Una vez recibido el aviso por parte de Enrique Pamies, Joseba Elosúa Urbieta se dirigió a una lonja de su propiedad sita en la calle Juncal Labandibar a unos 150 metros del bar Faisán, estando en dicho lugar por espacio de media hora hasta aproximadamente las 12 horas en que volvió al Bar Faisán, intentando contactar con Cau Aldanur a través del móvil de su hijo José María Elosúa Llanos, no acertando a marcar el número por su estado de nerviosismo, por lo que decide llamar desde las cabinas situadas al lado del establecimiento, sobre las 12:35 horas.

Seguidamente, a las 12:40 horas, Elosúa Urbieta tras ver que no contactaba con Cau Aldanur, le comentó a su yerno Carmelo Luquín la conversación mantenida con Enrique Pamiés, decidiendo desplazarse ambos para avisar a Cau Aldanur a Francia, en el coche Ford Focus de Elosúa, deteniéndose en el trayecto a Bayona en una cabina situada cerca de la frontera, en Behobia, para llamar el teléfono 0559593144 de Cau Aldanur, sin conseguir contactar con Cau Aldanur. En el curso del viaje, Elosúa Urbieta le narró a su yerno lo que le ha ocurrido, detallándole repetidamente la conversación telefónica con Enrique

Pamiés Medina, mientras se dirigían hacia Bayona al domicilio de José Antonio Cau Aldanur, produciéndose el encuentro entre Elosúa Urbieta, su yerno y José Antonio Cau Aldanur, sobre las 13:30 horas, entregando Elosúa Urbieta a Cau Aldanur un paquete de periódicos que sacó de su vehículo, dejando Cau Aldanur los periódicos en su coche. Después de comer juntos Elosúa Urbieta, su yerno y Cau Aldanur sobre las 15:35 horas, Elosúa y su yerno salieron para España.

SEXTO. Como quiera que el inspector jefe, Carlos Germán, ya el día 3 de mayo de 2006 por la tarde había comunicado al inspector del Cuerpo Nacional de Policía, Javier Gil de Sola, adscrito a la Agregaduría de la Embajada de España en París, y oficial de enlace en la Unidad de coordinación de la lucha antiterrorista, que los objetivos en España iban a efectuar una entrega de dinero, siendo estos objetivos los descubiertos en la investigación de una línea de financiación de ETA, basada en la extorsión a través del llamado «impuesto revolucionario» el día 4 de mayo de 2006, Carlos Germán contactó con Javier Gil de Sola, diciéndole que Elosúa Urbieta iba a ser detenido junto con Cau Aldanur en España cuando se produjera la entrega de la supuesta cantidad de dinero del primero al segundo, de forma tal, que la policía francesa procediera de forma coordinada a la detención de los objetivos en Francia, enviando Carlos Germán a Javier Gil de Sola un informe policial con sus conclusiones, para que fueran traducidos al francés y entregado al homólogo de Carlos Germán, el comisario Bomet.

A las 10:40 horas del día 4 de mayo de 2006, Javier Gil de Sola recogió en el aeropuerto de París este informe (dos copias), entregándole una al comisario Bomet, quien ordenó el traslado inmediato de una copia a la juez Le Vert.

Ante la detención fallida en España de Cau Aldanur y Joseba Elosúa, en el puesto fronterizo con Francia, Carlos Germán comunicó a los miembros del CNP desplazados a Francia, que Joseba Elosúa iba con el dinero a Bayona para contactar con José Luis Cau Aldanur en el Petit Bayona, para hacerle entrega de varios periódicos entre los cuaales se encontraba según su criterio el dinero, y que se procediera a su detención, lo que no se llegó a realizar, al manifestar la policía francesa que no tenía instrucciones de París al respecto al no disponer según la juez Le Vert, de elementos suficientes para proceder a su detención, por lo que no se pudo comprobar el contenido de lo entregado por Joseba Elosúa a José Antonio Cau Aldanur entre los periódicos, lo que motivó un cierto incidente entre Carlos Germán y los miembros de la policía judicial francesa por no proceder a las detenciones solicitadas. Ante lo acontecido el dispositivo policial para

efectuar las detenciones previstas en España de Sagarzazu y Gorka Agirre, se levantó antes de las 14:30 horas del día 4 de mayo de 2006, sin que llegaran a efectuarse.

Con posterioridad, el aparato de extorsión de ETA fue detenido el día 22 de junio de 2006.